

FERNANDO SCHWARTZ **AL SUR DE CARTAGO**



Lectulandia

Ha desaparecido uno de los secretos mejor guardados de Norteamérica. Es evidente que se trata de una conspiración urdida para perjudicar los intereses de Estados Unidos en Centroamérica, aunque tal maniobra signifique poner al mundo entero al borde del holocausto nuclear. En principio, parece que sólo tres personas pueden ser el cerebro de la operación: el jefe de los servicios secretos norteamericanos, el director de la CIA... o el propio presidente de los Estados Unidos. La CIA encarga el caso a Chris Rodríguez, un hombre que ejerce dos de las profesiones más peligrosas que se han inventado: fotógrafo de guerra y agente secreto. Héroe solitario, Chris Rodríguez se hace cargo de la investigación y empieza a avanzar, con paso no muy firme, por la enmarañada selva de un mundo donde a los asesinatos se les llama ejecuciones, los sobresaltos no paran de encender luces rojas en la mente de todos y el ritmo trepidante de la acción sacude los nervios más templados. Porque el polvorín sobre el que se desarrollan los hechos puede estallar en cualquier momento...

Lectulandia

Fernando Schwartz

Al sur de Cartago

ePub r1.0

Titivillus 06.10.2018

Fernando Schwartz, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para A. S., que no paró
hasta verme escribir
la última palabra del manuscrito
y que nunca dejó de creer en él

PREFACIO

—Es una vista asombrosa, ¿verdad? —dijo, acercándose al enorme ventanal—. Nueva York es una ciudad para el invierno. En verano no hay quien la aguante, pero ahora es como un tónico. —Miró hacia el río, veintiún pisos más abajo, y sonrió—. Al principio, cuando se llega aquí por primera vez, esta vista le parece a uno un vertedero... Pasan las barcas cubiertas de basura, las orillas están llenas de sacos de plástico y enfrente está aquella isla con un par de edificios en ruinas —señaló con la barbilla. Guardó silencio. Luego añadió pensativamente—: Recuerdo la primera vez en que me pareció una vista espléndida. Era una mañana de domingo, en primavera, unos seis meses después de llegar. —Se volvió y la miró—. Tenía una resaca de caballo. —Se puso a reír y se le marcaron unas profundas arrugas en la frente.

—¿Me das un coñac?

—Claro que sí. ¿Courvoisier? —preguntó, acercándose a un aparador cubierto de botellones de cristal. Del cuello de cada botella colgaba un pequeño letrero de plata con el nombre del licor que contenía. Abrió la puerta del mueble y sacó dos enormes copas.

—Me parece que he bebido más de lo que conviene a una joven inocente —dijo ella, recostándose en el sofá. Al hacerlo, se le subió la falda del traje negro, dejando entrever la perfecta curva de una rodilla enfundada en la media de seda. Sonrió y se le marcaron dos hoyuelos en la comisura de los labios—. De pequeños, mi padre ni siquiera nos dejaba ponerle vinagre a la ensalada. Siempre decía que tenía alcohol y que eso era malo. Por las noches, bajábamos de puntillas a la cocina y nos bebíamos el vino que había sobrado de la cena. Nos sabía fatal. —Rió.

—No te imagino haciendo travesuras con ese aire de niña ingenua que ahora tienes. —Se acercó con una copa de coñac en cada mano y le ofreció una.

—Gracias. —La mujer se levantó y dio unos pasos hasta el ventanal—. Es de verdad increíble —murmuró.

De pie, era aún más alta de lo que parecía cuando estaba sentada.

Fuera, la luna, inmóvil y brillante, prestaba al paisaje del East River y de los rascacielos que se amontonaban hacia él una cualidad etérea, suspendida en el aire, como piezas de un rompecabezas de cristal. A aquella altura, los ruidos de la ciudad llegaban apagados, con sordina, sólo rota por los continuos bocinazos y sirenas de los coches de bomberos, las ambulancias y los automóviles azules de la policía. Un raudal de plata flotaba en el río, reflejando la luna. Alguna cornisa cubierta de nieve reforzaba la impresión de una ciudad que, con el frío, había llegado al punto de resquebrajamiento.

—Parece casi frágil este monstruo, ¿verdad?

—Humm. Hay que acostumbrarse a él. Pero a mí me cuesta cada día más trabajo. Toda mi vida, desde que era niña, he vivido rodeada de plantas y bosques. A mí, esto del cemento no me va.

Se volvió sonriendo; y desdecía, con su elegancia y sofisticación, su pequeña declaración campesina.

Él se acercó a la ventana. Miró hacia el río y luego se volvió hacia ella. Sus rasgos tenían la cualidad impasible y escudriñadora de quien está acostumbrado a mandar y, sobre todo, a que se le obedezca.

Repentinamente sonrió.

—¿Sabes una cosa? Hace mil años que no bailo. Seguro que ya no sabré, pero, mirándote, lo único que se me ocurre es decirte que bailemos.

Sin esperar a que le contestara, fue hacia la enorme biblioteca. Manipuló unos botones y, al instante, empezó a sonar una música suave y rítmica. Sin volverse, se acercó a la chimenea, dejó su copa sobre la repisa, ladeó la cabeza y miró al fuego. Se inclinó, tomó un grueso tronco de un gran caldero de cobre y, cuidadosamente, lo colocó encima de las llamas. Se enderezó y se dio la vuelta.

Ella no se había movido. De pie, quieta, ausente, enfundada en su traje negro, parecía casi transparente. Se sacudió con un escalofrío y fue hacia él. Le entregó su copa y permaneció inmóvil hasta que él la tomó en sus brazos.

Empezaron a bailar en perfecta sincronía.

Fue apenas un gesto. Apenas la sugerencia de un momento que se escapó al ritmo. Una larga aguja apareció en la mano izquierda de la mujer. Con un movimiento fluido y rapidísimo, colocó la punta de la aguja en el cuello de él, a la altura de su segunda vértebra cervical, y empujó hacia sí, como si quisiera estrechar su abrazo. La aguja penetró limpiamente y seccionó el tallo cervical.

Sin un ruido, con un solo y profundo suspiro, el hombre murió. Sin sufrir y sin darse cuenta. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

Se quedó quieta mirándole. Ni siquiera había soltado la aguja. Cuidadosamente, le pasó un pie por encima y, luego, el otro. Se acercó a la consola de música y la apagó con la mano derecha. Aún llevaba la aguja en la izquierda.

Se dirigió hacia la puerta. En su umbral, se volvió y paseó lentamente la mirada por la habitación. Hizo un rápido gesto afirmativo con la cabeza y salió. Se acercó a un pequeño taburete que había en el vestíbulo. Su bolso estaba colocado encima de un abrigo de piel de lobo. Lo abrió y metió la aguja. Luego, dejó el bolso a un lado y se puso el abrigo; y, mientras lo hacía, examinaba con verdadero y frío interés cinco pequeños cuadros renacentistas que colgaban de la pared, encima del taburete. En cada marco había una pequeña chapa de latón en que rezaba: Durero.

Cerró la puerta del apartamento con cuidado y llamó al ascensor.

—Buenas noches, señorita —dijo el ascensorista.

—Buenas noches.

Las puertas metálicas se cerraron con el estrépito siempre reconocible de los ascensores neoyorquinos.

Salió a la calle. Unos metros a la izquierda del portal estaba estacionado un taxi con la luz encendida. El taxista levantó la cabeza, se llevó dos dedos a la frente en

señal de aquiescencia, arrancó el motor y dejó que el coche rodara hasta donde esperaba ella.

—Al aeropuerto Kennedy, por favor.

CAPÍTULO I

El día en que murió Marta yo no estaba delante. Marta era mi mujer, la persona más increíblemente bella, sensible e inteligente que he conocido y que, probablemente, conoceré en mi vida. Creo que lo que más me afectó al principio fue no haber podido ser testigo, no haber estado físicamente allí para sentir masoquísticamente mi impotencia. Me pareció que alguien me había quitado el derecho a contemplar personalmente el acontecimiento que rompió en dos mi vida. Todavía hoy, me levanto por la mañana cada día y me acuerdo de ella y de quien ni siquiera me dio la oportunidad de atesorar los últimos momentos de su existencia, de mirarle la cara tan terriblemente expresiva, la sonrisa tan repentina, y de saber que era la última vez que lo hacía.

Algún día me pasará por delante, pensaba yo a cada momento.

Me levanté, como siempre, con el súbito recuerdo de Marta, como un rito, y me asomé a la ventana. El día era gris y frío. Es irónico que ahora no recuerde aquella mañana como particularmente ominosa. Nada hacía presagiar que se iniciaba la cadena de coincidencias que terminaría en el desastre en que acabó la operación *cordón sanitario*. Nina Mahler, Dios la bendiga, tenía la imaginación calenturienta y se le ocurrían unos nombres inevitablemente grotescos. *Cordón sanitario*, naturalmente, fue rebautizado como *tampax* por Dennis tres minutos después de que yo le hablara de mi nuevo encargo.

—No es que vayas a proteger la santidad de la información, vida; le vas a poner un tampón.

El hecho es que ahora sé que, probablemente, debería haberme quedado en la cama. Nada, siquiera, permitía sospechar la concatenación de acontecimientos que se iniciaba al asomarme por la ventana, un acto tan sencillo y automático tendría algo que ver con la operación misma. Y es que, abriendo los cristales de par en par («un día, la manía de la higiene te ya a llevar a la tumba, vida»), me acatarré instantáneamente. Esas cosas no pasan más que en Washington. Si no me hubiera acatarrado, no me habría dado una sauna, en la sauna no habría leído el periódico, y no habría acabado en Nueva York ese fin de Semana. Soy un fatalista. También soy un simple mortal: una premonición hubiera evitado la tragedia. Pero las cosas siempre ocurren demasiado deprisa y se reacciona un segundo o dos después, y no antes, del hecho que las desencadena.

Ni siquiera me dolía el pie más que de costumbre. Cerré la ventana deprisa y ya sentía detrás del paladar el irritante carraspeo que me suele anunciar un catarro monstruoso. Eran las siete y media de la mañana. Las jornadas de doce horas que empiezan a las nueve deberían ser suprimidas. Y más para mí, que ni siquiera las necesito.

De abajo llegaba el sonido de la radio desgranando las noticias, todas ellas, supuse, malas. Me puse la bata y bajé la escalera. Por las mañanas, descansado y

fresco, siempre cojea menos y casi ni se me nota.

Olía a café. Dennis hace el café a la italiana, con cafetera exprés. En casa se toma café y no el aguachirle que beben mis compatriotas. Entré en la cocina. Sobre la mesa había un gran vaso lleno de zumo de naranja recién exprimido. Vivir con un homosexual tiene sus inconvenientes, pero también muchísimas ventajas.

—Dennis, no creo estar preparado para contemplar un pijama malva en una mañana de invierno.

—Chris, vida, mientras yo te prepare el desayuno por las mañanas, te vas a tener que aguantar el mal gusto.

Dennis me miró por encima de las gafas, resopló, me guiñó un ojo y metió un trozo de pan en la tostadora. Es un hombre menudo, rubio, con aire delicado y pulcro. Por las mañanas aparece con el pelo revuelto y un mechón en punta que le destapa la calva. Supongo que, cuando se levanta, está tan dormido que nunca se acuerda de peinarse. Es lo único que se me ocurre para explicar el mechón revuelto, si se tiene en cuenta lo vanidoso y meticuloso que es.

En la cara, algo infantil e ingenua, destacan los enormes y saltones ojos azules que miran al mundo con aire de total inocencia y con permanente sorpresa. La existencia de Dennis no ha sido precisamente un camino de rosas. Pero es el hombre más valiente que conozco: me salvó la vida, y eso, para mí, considerando las condiciones en que lo hizo, es valentía suficiente.

A veces me inquietaba, pero él vivía su vida y yo la mía. Confieso que cuando, en alguna ocasión, por la noche entraba en mi habitación y se sentaba a charlar en el borde de mi cama, no podía evitar un cierto desasosiego. Luego respiraba hondo y se me pasaba. Como si no pudiera darle un sofionazo a un hombre que quisiera insinuármeme. Pero no dejaba de despertar en mí una cierta irracional inquietud.

—Te dejo que mires el periódico, anda.

El *Washington Post* estaba encima de la mesa de la cocina, la única habitación de mi casa que es absolutamente fría e impersonal. Como un quirófano. Manías mías. Desde pequeño en Puerto Rico, tengo la obsesión de la pulcritud en la comida. Comí tantas porquerías, tuve de niño tantas diarreas, que me juré un día, lo recuerdo bien, que, si podía, cocinaría con guantes desinfectados alimentos congelados comprados en un supermercado aséptico. Luego las cosas cambian y acaba uno descubriendo que no todo es verdura podrida en el mundo. Viviendo solo, aprendí a guisar las cuatro cosas que me gustan. Pero la cocina quedó como una patena: con baldosín blanco, muebles impolutos, todo en absoluto orden. Son manías mías.

Con el zumo de naranja en la mano izquierda, cogí el periódico y, echándole un vistazo, me fui hacia el salón.

Mi cuarto de estar es la antítesis de la cocina. En realidad, es casi el único sitio que me queda en donde me siento a gusto. Muchos muebles no tiene, pero los pocos que hay son cómodos. Casi hogareños. Los sofás tapizados de *chinz* verde musgo son sofás de verdad, para tumbarse. No hay un solo mueble que esté donde está por

razones estéticas: las mesas son para poner libros, ceniceros, vasos; las lámparas no son fantasías de diseñador, sino instrumentos para iluminar; la biblioteca, atiborrada de libros, está precisamente para ponerle libros, y la chimenea tira y da lumbre. Lo que ocurre es que, cuando los ingleses se ponen a hacer muebles cómodos, además los hacen bonitos.

Mi única extravagancia está colgada de las paredes. Mis cuadros, comprados a precios superiores a lo que es sensato y con la autosugestión de que hacía una inversión para el futuro, supremo argumento de los que buscamos una excusa para enmascarar el gasto, lo cubren todo. Hay una pared entera con cuatro explosiones de luz y color, la geometría armoniosa de las *Cuatro estaciones* de Sempere. En la columna que separa el ventanal en dos, una atormentada marina de Houthuesen. Sobre la chimenea, uno de los primeros esbozos del *Guernica* de Picasso, comprado a un precio que aún me duele a un pequeño marchante de París que me juró haberlo adquirido a su vez por medios legítimos. Y, claro, como se había apresurado a darme una explicación que yo no le había pedido, no me la creí ni por un momento. Mi tesoro está encima de un caballete al lado de la biblioteca: un Renoir diminuto, el retrato de una mujer provinciana cogiendo flores en el campo. Sólo en la pared en la que está la puerta, está mi fotografía de Zubriggen dándose el tortazo en el descenso de Cortina; mi primer trabajo cuando tuve que dejar de hacer reportajes bélicos. Debajo cuelga, enmarcada, mi última portada guerrera en el *Time*: un tanque israelí estallando en el Sinaí.

Miré distraídamente los titulares del periódico.

—¡Dennis! ¿Está el café? —grité.

Justo detrás de mí, contestó en voz muy baja:

—El maestro está servido. Alabado sea Alá. Una mañana normal.

Hubiera hecho mejor quedándome en la cama.

Cuando llegué al edificio de la Pennsylvania Avenue a las nueve menos tres minutos, ya estaba lleno de gente que se movía de un lado para otro, supongo que intentando dar, en un viernes por la mañana, la impresión de actividad extremada. Pasé los complicados trámites de seguridad, tomé el ascensor y subí al noveno piso.

El noveno, por contraste, estaba calmo y silencioso. Apenas se oía el repicar de alguna máquina de escribir, un télex, un teléfono llamando. El pasillo estaba vacío, a excepción de los dos guardias de seguridad.

Estornudé. «Buenos días», dije, y entregué mi tarjeta de identificación al que estaba sentado detrás de una mesita. Al hacerlo, me entró por primera vez aquella mañana un sentimiento de aprensión que me agarrotó el estómago. No hice demasiado caso: el estómago se me agarrotaba cada vez que subía al noveno piso.

Pero, inmediatamente después, comprobé que no era yo el único con problemas premonitorios. Las vibraciones negativas habían asaltado simultáneamente el poderoso olfato de Nina Mahler, que siempre era la primera en husmear las malas noticias. Revoloteaba en su cubículo como un ratón enjaulado. Cuando asomé la

cabeza, arreglaba y rearreglaba papeles inútiles y expedientes que seguridad le había subido muy temprano. Tenía una manera muy especial de escudriñar documentos: se los colocaba a la altura de la cara, un poco ladeados hacia la izquierda, y los sujetaba firmemente con ambas manos. Los dedos, cortos y rollizos, cargados de sortijas de cobre y hierro que le manchaban la piel de negro y orín, asomaban por las esquinas superiores del papel, y las muñecas, con tres hoyuelos repartidos caprichosamente, se blanqueaban a parches, mitad por el esfuerzo de la incómoda postura, mitad por el efecto de la mala circulación que produce la obesidad. Las uñas que asomaban por encima del papel estaban roídas y sucias.

A Nina Mahler le solía temblar la doble papada cuando concentraba intensamente su atención. Y, detrás de la cara abotargada y ansiosamente inquisitiva, brillaba un cerebro privilegiado, cuyos procesos eran tanto más rápidos cuanto más mortecina se hacía la expresión de sus ojos. Sus ojos, bellos, románticos y tristes, atestiguaban un esplendor pasado, hoy sumergido en hamburguesas, patatas, pan y salsas. Nina, en realidad, hubiera cambiado con gusto su inteligencia por un físico más agraciado y por un corazón menos sentimental. Estoy seguro de que hubiera pagado dinero por tener un poco de la belleza tonta y moralmente venal de Jean, su espléndida secretaria.

Nina Mahler se enamoraba regularmente del agente al que controlaba en ese momento. El término, con éxito o no, de cada operación se saldaba, en el caso de Nina, por mor de sentimientos no correspondidos, con una depresión negra, pronto transformada sin embargo en amor maternal. Tenía, después de tantos años, una pléyade de hijos espirituales. «Nina, Nina —le había dicho una vez—, tu vida transcurre entre el complejo de Edipo y el arco de Cupido». Una de mis frases menos afortunadas.

—¡Chris, amor! —exclamó al verme asomar la cabeza. Se apartó el papel que tenía delante de la cara e hizo una mueca de disgusto—. Y además vienes tú. Esto confirma mis peores sospechas. Sonreí.

—¿Por qué?

—Algo pasa, amor. Todos nuestros ilustrados jefes se pasean como almas en pena, con la cara solemne de los graves momentos. Guardan silencio, miran por encima de las gafas y mueven las manos significativamente.

—Miran por encima de las gafas, ¿eh? Eso es malo.

—¿Cómo malo? —Dejó el documento sobre la mesa y empezó a incorporarse lenta y trabajosamente. Resopló—. Malísimo. Y además de mirar por encima de las gafas, fruncen el ceño. —Cuando Nina se ponía de pie, su estrecho cubículo se empequeñecía aún más. Su enorme mole parecía ocupar varios metros cúbicos.

Sacudí la cabeza. Nina me miró y añadió:

—Cuando Christopher Rodríguez, el portorriqueño testimonial, es llamado al *sancta sanctorum* del espionaje imperialista, hay lío seguro. ¿Sabes lo que es?

—Ni idea, Nina. Me llamó John anoche.

Arrastrando los pies de costado, Nina salió de detrás de su mesa. Sin dejar de mirarme, recogió los papeles que había esparcido y los metió en un cajón que cerró con llave. Nina siempre llevaba colgado de la cintura un llavero con una gran chapa en que rezaba: «aquí están las puñeteras llaves». Era absurdo porque nunca se le olvidaba nada ni se le perdía cosa alguna.

—Anda, vamos —dijo.

Se humedeció el pulgar de la mano derecha y se frotó una mancha de orín en el meñique izquierdo.

Salimos al pasillo. Cerró cuidadosamente la puerta y nos pusimos a andar lentamente hacia la derecha, hacia la sala de reuniones que estaba al fondo, detrás de una puerta doble. Llegamos a ella y Nina la abrió. Como siempre, me sorprendió la inmensidad de la habitación. Los dos gigantescos ventanales haciendo esquina, en un rincón el enorme ficus, y la gran mesa en el centro. Hay una moqueta color tabaco que se carga de estática. Siempre me llevo unos calambres tremendos. Todos hemos aprendido a dar un golpe con los nudillos en la pared antes de tocar nada.

Cerré la puerta mientras Nina se dirigía hacia uno de los sillones giratorios que había alrededor de la mesa. Se sentó pesadamente.

Estornudé.

—¿Qué te pasa, amor? ¿Te has acatarrado?

—Me he acatarrado.

John Lawrence, el jefe de sección, entró en ese momento en la sala. Y en vez de sonreír, como siempre, frotándose las manos con aire amable y exclamando «¡hola, hola, hola a todos!», nos miró por encima de las gafas, se sentó a la mesa con aire preocupado y no pronunció palabra. Miré a Nina; se encogió de hombros.

—John, amor, qué callado te veo. Serás portador de malas noticias... y además, te traes a la alegría de la huerta —dijo, señalándome con el pulgar—. John, John, algo te traes entre manos.

—Tenemos, en efecto, un pequeño problema que tal vez valga la pena desentrañar. Yo diría que es una cuestión potencialmente embarazosa. —Extendió las manos, impecablemente pulcras y cuidadas—. Pero no debes tener cuidado, Nina; no es cosa que deba alterar tu ritmo vital...

—Vamos, que no me meta en lo que nadie me manda, ¿eh?

—Precisamente.

Nina sonrió y, como por arte de magia, extrajo unos papeles de dentro de su chaqueta de lana, se los llevó a la cara y se puso a escudriñarlos intensamente. Nunca he entendido cómo hace estos trucos. Evidentemente, los utiliza para desconcertar.

Hubo un largo silencio. Saqué un paquete de cigarrillos, escogí uno, me lo puse en la boca y lo encendí. El primero del día. No estaba mal este último esfuerzo mío por reducir mi consumo de tabaco.

—Estás acatarrado —dijo Nina sin levantar la vista—. No te conviene nada.

Y chasqueó la lengua, encantada de haber dicho su maldad de cada día.

Se abrió la puerta y entró David Gardner, un hombre corpulento, de actitudes positivas y gesto preciso. Era el director del centro.

—Sé de buena fuente, amor, que duerme con la pajarita puesta y que lleva las gafas atornilladas a la nariz —me dijo Nina una vez—. Por eso le cuesta más trabajo que a nadie mirar por encima de ellas en los momentos de tensión histórica.

Gardner no era santo de su devoción.

—Buenos días, señores; John, Christopher —dijo. Ignoraba sistemáticamente a las mujeres que hubiera en cualquier lugar de trabajo. Por lo que a él se refería, Nina Mahler era una máquina de producir datos y de discurrir. Inmediatamente, ésta se apartó los papeles de la cara y se puso a hablar, mientras Gardner se sentaba a la cabecera de la mesa, enarcando las cejas y enfrascándose en la lectura de unos documentos que traía consigo.

—John —dijo Nina—, a mí estas reuniones me fastidian mucho: nunca se sabe en qué acaban. Qué quieres que te diga. No me gusta.

—Nina, me gustaría que prestara un poco de atención a lo que nos traemos entre manos —exclamó John con impaciencia.

—¿Y qué nos traemos entre manos, amor?

—Nina —murmuré.

—Sí, bueno. OK, OK, OK... me callo. Pero nadie me pregunta por qué todo esto me huele a chamusquina. Luego se arma la que se arma —dijo en voz baja.

Cuánta razón tenía. Gardner, totalmente abstraído, levantó los ojos con aire de no haber oído nada.

—Bueno, señores, vamos al grano —dijo, mirando imperiosamente a través de sus gafas de gruesa montura de concha—. Nuestros primos de enfrente...

No pude evitar una sonrisa. Cuando se refería a la CIA, a Gardner le asaltaba el melodrama Bogart y les llamaba *nuestros primos de enfrente*.

—... Tienen un problema y nos piden que les ayudemos a resolverlo. Me he tomado la libertad de convocar a Christopher porque pienso que, como siempre en estos casos, es la persona más idónea para ayudarnos.

Nadie le creía cuando decía estas cosas; todos sabemos que no pensaba que fuera la persona más idónea para nada. Le parecía demasiado anárquico e indisciplinado. Pero tenía que acudir a mí, creo, porque se lo ordenaba el propio presidente, desde que le hice un pequeño favor que agradeció bastante. Gardner no me tenía ninguna simpatía, no. No es sólo que nuestros caracteres fueran radicalmente distintos, que nuestras respectivas maneras de entender la vida difirieran profundamente. Según él, probablemente, yo era un bohemio, que era lo peor que se podía ser. Pero además, en los años en que llevaba trabajando para él, había habido muchas ocasiones en las que habíamos estado en violento desacuerdo sobre una cuestión u otra. La verdad es que, como era el jefe y las discusiones las acababa ganando él, el resentido debiera haber sido yo. Así es la vida.

Era un hombre terriblemente eficaz en su trabajo. Por consiguiente, era neurótico,

egocéntrico, pomposo y carecía totalmente de sentido del humor. No le gustaba nada ser sorprendido en un renuncio. Y yo no sólo le sorprendí en un renuncio, sino que le salvé de una situación muy embarazosa. No me lo perdonó nunca.

Dirigía la más secreta de las agencias secretas de los Estados Unidos. Una institución, además, que es particularmente feroz en sus métodos de investigación y resolución de los problemas, y que ha pisado muchos callos en su larga y fructífera historia. David Gardner era, probablemente, el ciudadano mejor protegido de los Estados Unidos después del presidente. Su montaje de seguridad era discreto, eficaz, rápido y absolutamente implacable. Tengo motivos para saberlo.

Una protección así tiene graves inconvenientes para la esfera privada del ciudadano. Especialmente cuando el protegido es el propio ciudadano y su carne es débil. Algún defecto tenía que tener Gardner.

Aunque no conozco bien la historia, porque sólo intervine en ella al final del episodio, por lo que deduzco, Gardner decidió un buen día, hace algún tiempo, dar rienda suelta a la debilidad de su carne. Por métodos de seducción que desconozco, se hizo con los entusiastas servicios amorosos de una dama. Su problema fundamental debió ser la discreción con que tenía que desarrollarse su interludio sentimental. No hay más que conocer a su mujer para comprender que, con ella, las consecuencias del descubrimiento de una infidelidad matrimonial hubieran podido ser, cuando menos, violentas. Imagino que debió consultar su dilema con algún amigo íntimo y que le pidió la llave de su apartamento. Evidentemente, su amigo no podía dejarle el piso, por lo que debió ofrecerle pedírselo a un tercero, al que, supongo, convenció.

Armado con su llave y las más aviesas intenciones eróticas, Gardner citó a la dama en cuestión en el apartamento. A las dos y media de la tarde salió de su despacho y, protegido por su numeroso retén de guardaespaldas, se dirigió hacia el lugar de la cita. La dama le esperaba en la puerta de la calle. Momento agudamente embarazoso, que los guardaespaldas resolvieron examinándose atentamente los zapatos e incrementando el nivel de su vigilancia de la esquina y de la casa de enfrente.

Los amantes subieron entonces al apartamento, ante la mirada impávida del portero. La primera sorpresa se la debió llevar Gardner al comprobar que, sobre una mesa del salón, presidía firmemente los acontecimientos una fotografía, sacada por mi hermano, de Marta y de mí el día en que nos casamos. Sospecho que mi moralidad no es todo lo estricta que sería de desear y que la culpa de todo el embrollo fue mía por permitir que se utilizara mi apartamento como lugar de esparcimiento amoroso. Qué le vamos a hacer: nadie es perfecto en la vida.

Para entonces, la concupiscencia de Gardner había, evidentemente, sobrepasado los límites de lo razonable y decidió seguir adelante con su aventura. A juzgar por cómo me dejaron la cama, debió ser una sesión bastante apasionada. Con su maravillosa risa colgada de los ojos, Marta no me lo perdonó nunca.

Lo cierto es que no consideré necesario explicarle a nuestro común amigo, el

intermediario de la llave, que llevábamos meses pidiendo al portero que mandara arreglar el bidé del cuarto de baño: nadie que abriera la llave del agua sabría cómo cerrarla; una lata, pero había que conocer el truco. La dama de la aventura evidentemente decidió utilizar el bidé con vigor y mucha agua. No necesito imaginar la escena, después de que la señorita en cuestión decidiera volver a la cama y abandonarse lánguidamente en los amorosos brazos de Gardner. Me pregunto si éste se había quitado las gafas. El agua siguió manando, inundó el cuarto de baño, empapó los pantalones de Gardner, abandonados en el suelo en un momento de aguda impaciencia, y empezó a correr por el dormitorio.

Aunque ya era bastante tarde, yo seguía en la oficina, terminando de recoger unos expedientes. Sonó el teléfono de mi mesa. Lo descolgué y dije:

—Rodríguez. ¿Quién habla? —Al principio no se oyó más que una sucesión de suspiros asmáticos y de ruidos entrecortados—. Si ésta es una llamada obscena, pienso colgar y avisar a la policía. Venga, ¿quién habla?

—Christopher...

Apenas un murmullo ronco y rasposo. Mi interlocutor carraspeó.

—¿Quiénes?

—Oiga, Rodríguez...

—Si no habla usted más alto, no le puedo oír. Carraspeó.

—Oiga, Rodríguez —un poco más alto—. ¿Sabe usted quién soy?

—¿Señor Gardner?

—Sí, claro.

Un toque de impaciencia. Genio y figura hasta la sepultura.

—Señor Gardner.

—Esta historia le va a parecer mentira... pero... este... yo... ejem... me temo que estoy en su piso.

—¿En mi piso? —Me acababa de enterar de para quién había sido hecho el préstamo de la llave. Pero no lo pude resistir—: Y, ¿qué hace usted en mi piso, señor Gardner?

—Mire usted, Christopher... —Más impaciencia—. Le necesito aquí con urgencia.

—Señor Gardner, señor Gardner, me da la impresión de que tiene usted problemas con mi bidé. —En esta frase puse toda la frustración de años de aguantarle. Hice mal. Lo pagué durante tiempo—. Ahora mismo voy.

No les hubiera visto si no hubiera reconocido a Markoff.

Paseaba por la acera de enfrente, leyendo un periódico, en el momento en que yo llegaba al portal de mi casa. Entré sin detenerme. Si Markoff rondaba por allí, el resto de su equipo de asesinos no debía andar muy lejos; son tan buenos profesionales que los guardaespaldas de Gardner ni los habían detectado aún. Con su aspecto de americano medio, Markoff no puede evitar dar a sus operaciones un cierto aire de

exhibicionismo personal. Es como Hitchcock: si no aparece en escena, cree que ha dejado incompleto el plano.

La KGB le tenía jurada venganza a Gardner por una jugada que les había hecho muchos años antes y que les había costado toda su red de espionaje en el Midwest americano. En aquella ocasión, hubo más sangre de la necesaria. Gardner se excedió en su ferocidad; incumplió las reglas del juego. Desde entonces, pesaba sobre su cabeza un contrato abierto.

En el mundo esotérico del espionaje, se opera sobre la base de lo que es estrictamente necesario: nadie sabe más de lo que es indispensable; el principio del ojo por ojo, diente por diente se aplica con absoluta justicia retributiva, y las operaciones de limpieza afectan exclusivamente a quienes debe afectar y a nadie más. Sólo de vez en cuando alguien pierde los nervios y la medida de las cosas se disparata. Hay más escándalo del necesario, más muertes de lo indispensable; diplomáticos, aparentemente inocentes, son expulsados de los respectivos países, y todo el asunto acaba trascendiendo a la prensa. Suele haber en esos momentos un instante de histeria en equilibrio muy precario que el más mínimo incidente rompe, con consecuencias generalmente sangrientas. En la operación del Midwest americano, Gardner perdió por una vez los nervios. Recuerdo, como si fuera ahora, una llamada de teléfono a mi habitación de hotel.

—¿Señor Rodríguez? ¿Podemos hablar un momento en el bar?

—¿Cuchillos o *whisky*? —contesté.

—*Whisky*, naturalmente. Somos gente respetable.

Markoff me esperaba en un rincón apartado del bar del hotel.

A pesar de la media luz, la palidez de su rostro era perfectamente distinguible.

—Todo esto ha llegado muy lejos —dijo con evidente cansancio.

Su cara, generalmente risueña, estaba seria. En la mano derecha llevaba un pañuelo con el que, de vez en cuando, se secaba el sudor de la frente. Cogió el vaso de *whisky* con la izquierda; al llevarlo a los labios, le tembló imperceptiblemente. Mala señal.

—La organización desmontada era suya, no nuestra, amigo mío.

—Son las reglas del juego, señor Rodríguez... las reglas del juego —repitió con cierto énfasis—. Esta carnicería no era necesaria. Usted, que es persona sensata, me entiende bien. Lo lamento —añadió, meneando la cabeza de derecha a izquierda—. Su señor Gardner pagará por esto.

Me levanté y, con una breve inclinación de cabeza, le dije:

—Buenas noches, señor Markoff.

Markoff ni me miró. Se secó una vez más el sudor. Dejó el vaso de *whisky*, se rebuscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó una manzana. Le dio un mordisco. Luego, cogió un palillo de los que habían estado pinchados en unas aceitunas que le habían servido con el *whisky*, se limpió los dientes con él, lo clavó en la manzana y la dejó en el cenicero. Sacudí la cabeza, me di la vuelta y me marché.

Hacía años que no le había vuelto a ver. También es cierto que hacía años que no estaba yo involucrado en una operación dentro de los Estados Unidos, por más que no sé si es correcto llamar «operación» a subirle los pantalones a Gardner y a escamotear a su amante dama.

Lo cierto es que Gardner era efectivamente uno de los hombres mejor protegidos del país, aunque alguna vez se nos escapara algún detalle. Sé bien que decir de Markoff y sus hombres que son un «detalle» resulta un tanto despreciativo, pero es que había veces en que se me llevaban los demonios: cuando Gardner salía de su casa o iba al cine con su mujer, aquello parecía la ocupación de Berlín por las fuerzas aliadas; y, en otras ocasiones, como en ésta o como cuando iba a visitar a su santa madre al asilo de ancianos en el que la tenía recluida en Virginia (residencia para la tercera edad, las llaman ahora), iba prácticamente sin protección. Cosas que hacen los hombres de acero para demostrar que son humanos. La locura, vamos.

Una vez dentro del portal, me detuve. Mi portero y Staines, con su sempiterno palillo en la boca, me miraron en silencio. Staines chasqueó la lengua. Me metí las manos en los bolsillos y me volví hacia la calle. Luego, con un suspiro, salí a la acera. Esperé hasta que Markoff me hubiera visto desde la esquina. Se volvió, bajó el periódico y se quedó quieto mirándome durante un buen rato. Por fin, levantó una mano en señal de saludo y desapareció.

Entré nuevamente en el portal. Levanté la vista hacia Staines y dije:

—Vamos a por el amante de Verona.

CAPÍTULO II

Estornudé.

Nina Mahler murmuró:

—Gardner hace muchas veces difícil recordar que nuestra gran misión conjunta es amar y defender a los Estados Unidos, ¿verdad, amor?

Sonreí. John Lawrence levantó bruscamente la mirada, la fijó en Nina y frunció el ceño.

—¿Pueden prestarme su atención? —dijo Gardner con tono severo.

Y lo cierto es que se hizo un silencio absoluto en la habitación. Metió tres dedos de su mano derecha en un bolsillo del chaleco y extrajo un grueso reloj de oro. Abrió la tapa y lo colocó ante sí, encima de la mesa.

—Nuestros primos de enfrente —empezó secamente— sufren del grave defecto que es usual en las grandes compañías: absoluta concentración de poder y, por consiguiente, total centralización de la información. Para controlar, *necesitan* centralizar la información, tener siempre los datos a mano. —Se quitó las gafas y, con el índice y el pulgar, se frotó parsimoniosamente los dos profundos cercos rojos que aquéllas le habían dejado a cada lado de la nariz. No las llevaba atornilladas—. La informática tiende a dominar al hombre, que así deja de ser amo para convertirse en esclavo. —Si no hubiera dicho estas tonterías de vez en cuando, el director no habría sido un ser humano. Nina dio un bufido de impaciencia. Gardner la miró con irritación—. No quiero decir con esto, naturalmente, que la dirección de la empresa no deba estar al tanto de cuanto ocurre en ella. —De justos es rectificar las tonterías—. Lo que sí quiero decir es que, cuando toda la información está concentrada en un solo sitio, no hay que buscar mucho para encontrarla y robarla. Intentar robarla... Con las computadoras, la información con que se alimenta la memoria central pasa, además, por tantas manos hasta quedar depositada, que las fugas parecen casi inevitables.

—Por otra parte, sin embargo —se volvió a poner las gafas—, la informática, si debe servir para algo, debe permitir la posibilidad instantánea y selecta de consulta de datos y de análisis de posibilidades. Esa es su ventaja y su mayor inconveniente. Porque, señores, el crimen del siglo, el más lucrativo y el menos descubierto, es el robo y la manipulación ilegal de los computadores. —Sonrió triunfalmente y nos miró a todos, uno por uno—. Christopher, ¿por qué es el crimen más lucrativo?

Nina me dio una patada por debajo de la mesa, pero guardé silencio e hice un gesto negativo con la cabeza. Nunca hay que robarle la escena a un gran hombre. Gardner levantó dos dedos:

—Por dos razones: la primera, porque, con la debida manipulación, es muy posible impedir que la víctima se entere jamás de que ha sido robada. Si un ladrón es capaz de penetrar la barrera de seguridad de un computador, es igualmente capaz de imprimirle instrucciones para que olvide que ha sido robado. Menos del uno por

ciento de estos robos es descubierto. La segunda razón es que, generalmente, la víctima tiene enorme interés en que no se sepa que ha sido asaltada. Ofrecer a un cliente la absoluta garantía de que su secreto o su dinero están a buen recaudo y tener que confesarle, poco después, que, sin saber cómo, le han dejado sin un céntimo, suele ser terriblemente embarazoso.

Se levantó bruscamente de la mesa y se dirigió hacia los ventanales. A lo lejos, se divisaba la Casa Blanca, con la bandera americana ondeando majestuosamente en su mástil. Entrelazó las manos a su espalda y se volvió hacia nosotros.

—Un robo informático puede hacerse de dos maneras. Desde fuera y desde dentro. Es curioso que, desde fuera, los criminales sean generalmente adolescentes. Tienen un pequeño computador personal con el que hacen sus cuentas y sus madres la compra. Como saben, un buen computador personal puede ser ligado a las líneas de teléfono y es perfectamente capaz de encargarse de la compra de la semana a la tienda o la *pitia* al restaurante de la esquina. Basta con imprimir en su memoria las instrucciones pertinentes. Cualquier adolescente puede aprender a programar su computador. Ligado al teléfono, ésta es un arma terrible. ¿Qué puede hacer un criminal adolescente? Puede decirle a su computador que llame a todos los números de teléfono de una ciudad, hasta localizar el de un banco cualquiera o el de una instalación de seguridad militar. Porque los computadores del banco o de la instalación militar también utilizan el teléfono para impartir o recibir instrucciones. Una vez que el ladrón ha sintonizado con el banco, ordena a su computador que realice una serie de pruebas para buscar las claves operativas del banco. En más o menos tiempo, las encuentra. Con ellas en la mano puede hacer lo que quiera, desde abrirse una cuenta de depósito hasta borrar la memoria del ordenador bancario, que es lo más frecuente.

Gardner volvió despacio hacia la mesa, apartó la silla y se volvió a sentar. Nina, que era una de nuestras mejores especialistas de informática, le miraba con los ojos opacos. Con los dedos de la mano izquierda tamborileaba sobre la mesa un pequeño ritmo, constantemente repetido. Saqué un cigarrillo del paquete que tenía delante de mí y lo encendí. Me sentía francamente enfermo. El director miró la hora en su reloj de bolsillo y siguió hablando:

—Pero los peores ladrones son los que operan desde dentro. Son los que, sobre todo en los bancos y en las compañías de seguros, manejan los ordenadores, los programan, los manipulan. ¿Han oído ustedes hablar de Stanley Rifkin? No, claro que no —se contestó a sí mismo, sonriendo con aire de superioridad.

—Lo mato —murmuró Nina Mahler.

—Los bancos, las grandes compañías que tienen y funcionan con ordenadores, han establecido, naturalmente, salvaguardas, métodos defensivos contra robos. Es muy sencillo de hacer: en el programa, a lo largo de sus distintas fases, se van poniendo contraseñas, que impiden pasar de una fase a otra si no son correctamente utilizadas. De este modo, es fácil, por ejemplo, depositar dinero. Pero sólo un cajero

que disponga de la contraseña podrá retirarlo. Pues bien... Stanley Rifkin era un ingeniero, empleado en la Security Pacific Bank de Los Ángeles. Sabía que había tres series de contraseñas para acceder al dispositivo de transferencias del banco. Conocía dos y, tras muchas horas de cálculo y prueba, consiguió encontrar, hace muchos años, la tercera. En 1978, dio al ordenador del banco la orden de que transfiriera 10 500 000 dólares a una cuenta numerada, abierta en Suiza a su nombre. Aún se está riendo. Este es el método más sencillo de robo. Más sencillo y menos peligroso que el de la lanzadera térmica y el *rififi*, ¿verdad? —Lanzó una breve carcajada, algo así como el graznido de un pato. Muy desagradable. Además, habían sido 10 332 000 y no 10 500 000—. Un programador medianamente hábil puede dejar abierta la puerta para meter en el programa una instrucción determinada que, una vez cumplido su objetivo de robo, se autoborre: el robo se ha consumado sin dejar rastro alguno. Por ejemplo, un ingeniero francés, resentido con su compañía porque le había puesto en la calle, hizo que el ordenador de la empresa borrara la totalidad de las informaciones almacenadas en su memoria al cabo de dos años. Verdadero terrorismo informático, ¿eh? Imagínense ustedes lo que podría ocurrir si un enemigo consiguiera acceder a un computador gubernamental sin que el Gobierno se enterara. Podría alterar datos, cambiar instrucciones, borrar memorias..., en una palabra, crear una confusión tal que podría desestabilizar al propio país. —Gardner levantó la vista y guardó silencio por un momento. Después, dijo lentamente—: Nos preguntamos, señores, si algún enemigo de la CIA ha conseguido penetrar la información que está depositada en su computador central.

Nina dio un largo silbido.

—Caray.

John Lawrence hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—No se les escapa a ustedes la gravedad de lo que estoy diciendo.

—A lo mejor digo una tontería —dije, mirando a Nina—, pero un computador como el de la CIA debe estar más protegido que la fórmula de la Coca-Cola. —Me saqué un pañuelo del bolsillo y me soné ruidosamente.

Gardner esperó a que hubiera terminado de sonarme, mirándome con impaciencia.

—Está muy protegido, sí. Las barreras de seguridad son enormes. Pero, por muchas medidas que se tomen, siempre queda el elemento humano. Aunque nunca una sola persona tiene todos los datos de seguridad, no cabe descartar la existencia de uno o más *topos*... espías al servicio de otras potencias...

—Pero ¿sabemos que haya ocurrido? —preguntó Nina.

—Eso es lo malo —dijo John Lawrence, mirando a Gardner—. Que no estamos seguros...

—Nuestros primos de enfrente, ¿eh?, nuestros primos de enfrente piensan que es posible. Christopher, quiero que investigue ese asunto...

—¡Pero si no sé nada de informática!

—No va a investigar cómo se ha hecho, si es que se ha hecho, Rodríguez. Lo que nos interesa es quién y para qué. Y qué —añadió—. El cómo es puramente académico y ya se ocuparán los técnicos de inventar nuevas salvaguardas.

—El cómo no es académico, director... Vamos, creo yo.

—Me da igual lo que usted crea, Rodríguez.

Y, como por arte de magia, ya estábamos nuevamente intercambiándonos lindezas. Nina me volvió a dar una patada por debajo de la mesa. Guardé silencio.

—Esta noche va usted a cenar a casa de Meryl Hathaway. El director de la CIA me encarga que le diga que allí tendremos ocasión de hablar de este asunto con él.

Sin añadir palabra, Gardner recogió su reloj y sus papeles, se levantó de la mesa y salió de la habitación.

Hubo un momento de silencio. Luego, dije:

—Con este hombre siempre tengo la impresión de que me hace vigilar hasta en la cama. No puedo ir a cenar en paz a ningún sitio.

—Humm —dijo Nina—. Le encanta dar la impresión de que está al tanto de todo. Es lo más pomposo que he visto en mi vida. Y, además, no tiene ni idea de informática.

John Lawrence la miró, enarcando las cejas. Nina sonrió.

Me levanté. Hice una mueca de dolor. Cuando estoy sentado durante mucho tiempo, al levantarme se me ha dormido invariablemente el pie y luego me duele. Es un latigazo repentino.

Nina me miró con cierta preocupación maternal y se llevó el pulgar derecho a la boca.

Me di la vuelta y me apoyé en la mesa.

—Vamos a ver si por lo menos yo me entero de algo, Nina. Un ordenador es un aparato que, debidamente instruido por el hombre, hace operaciones a mucha mayor velocidad que cualquier ser humano, tiene una memoria monstruosa metida en unas cintas y cuando le pides un dato, te lo da.

—Correcto.

—Por eso se le llama un cerebro electrónico. Nina Mahler asintió.

—Sí, señor.

—Y, además, los ordenadores de la última generación —añadí con la satisfacción de conocer el nombre que se les da— son capaces de pensar...

—No, amor. La capacidad de pensamiento y de decisión presupone capacidad de reflexión ética, instinto, emociones... sentimientos, vamos. Y eso no lo tienen los ordenadores. Los ordenadores no hacen más que reproducir a gran velocidad los datos que tienen archivados en sus memorias y no son capaces de superar las instrucciones que se les han dado. Para pensar por su cuenta, tendrían que tomar decisiones independientes a partir de las instrucciones. Y eso no puede ocurrir.

—Vaya —dije, y me rasqué la barbilla. Me senté nuevamente en uno de los sillones y saqué un cigarrillo.

—No fumes más, anda —me dijo Nina.

No hice ni caso y encendí el cigarrillo. La primera bocanada me entró en los pulmones como un volcán y me provocó un ataque de tos. Nina levantó los ojos al cielo. Estornudé ruidosamente.

—Pareces una caja de ruidos, Chris.

—Vamos a... —carraspeé—. Vamos a ver...

—Lo que quieres saber es por qué un ordenador puede darte la opción que debes seguir en un momento determinado.

—Exacto.

—Eso no es pensar, mi vida. Eso es un cálculo de probabilidades. Y tú eres quien ha introducido los datos para que el cerebro sopesa las probabilidades. En otras palabras, si al cerebro le has dicho que, para tomarte un plato de sopa, puedes utilizar una cuchara, un tenedor o un cuchillo o puedes sorber, al mismo tiempo le has indicado cuáles son las ventajas y desventajas, en determinadas condiciones, de utilizar uno u otro procedimiento, dependiendo de lo caliente que está la sopa, de lo líquida que es, de la prisa que tienes o de la cantidad que, en cada momento, te quieres llevar a la boca. Si le preguntas su opinión, te dirá lo que, considerando las circunstancias, es más eficaz para el consumo óptimo de la sopa.

—¡Qué horror!

—Así es la vida. Pero las máquinas, son máquinas. Más o menos sofisticadas, pero con limitaciones. Es nuestra única esperanza como seres humanos. Imagínate lo que sería si un montón de chatarra, que no siente ni frío ni calor, pudiera objetivamente empezar a tomar decisiones más allá de nuestra voluntad, aplicando la lógica más pura. Acabaríamos teniendo un mundo sin subnormales, sin tontos cariñosos, sin frío, sin moscas, sin locura. ¿Te imaginas? La locura sería inmediatamente eliminada. Dios nos libre...

—Estoy seguro de que la filosofía es buena consejera —dijo John Lawrence desde el otro lado de la mesa. Nina le miró como si le viera por primera vez—. Pero creo que os estáis apartando del problema.

—John, John. ¿Cómo quieres que le explique a este portorriqueño tercermundista los matices de la técnica, si no se entera primero de lo que es la vida?

—Déjate de historias, Nina, y sigue.

—Como decía el bueno de Gardner, el ordenador de nuestros primos de enfrente es más bien un monstruoso archivo. Lo tiene absolutamente todo dentro. Evidentemente, la mayor parte de los datos es secreta. Una porción importante, muy secreta. Y un porcentaje pequeño, tan reservado que, probablemente, no tienen acceso a él más que el presidente, el director de la CIA y me imagino que Gardner.

—Un momento, un momento —dije, levantando una mano—. ¿No puede un experto robar los datos?

Nina hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Los operadores y programadores son, en primer lugar, de absoluta garantía.

Ellos son los que introducen los datos. Pero, además, ninguno de ellos introduce *todos* los datos de un asunto; se los reparten por trozos probablemente ininteligibles. Y, por añadidura, para tener acceso al ordenador, tienen que inscribir primero su propia clave, que queda grabada para que haya constancia de quién usa el cerebro en cada momento. Y, además, tienen que conocer la contraseña de cada eslabón del programa. Y, además, nunca están solos cuando trabajan. Y, además, si quieren hacer una perrería, como poner una instrucción espúrea... qué sé yo... derivar una línea hacia otro ordenador... algo así, el monstruo avisa, echa humo, grita, da calambre. En fin, se pone como una tigresa en celo.

—Bueno, pero alguien tiene que pedirle a la máquina que imprima un papelito para que lo vea el presidente —dijo con lógica aplastante.

—Hombre, el propio presidente. O el director de la CIA. O Gardner. —Nina se quedó pensativa y, al cabo de un momento, se puso a sonreír—. Fíjate si Gardner fuera un espía ruso. Tendría su gracia. No, Chris, amor, no necesitan a nadie. Tienen su propia pantalla...

—Gardner, no —dijo John Lawrence.

—Bueno, Gardner no. Los otros dos, probablemente utilizan una clave especial que les facilita el acceso a toda la información que quieran...

—Nina, me voy a poner pesado —interrumpí—. Alguien tiene que programar la clave y meterla en el ordenador.

—No. Eso es fácil. El programador lleva el programa hasta el momento en que es preciso introducir una clave final. Luego, se sienta a la máquina el director de la CIA, pongamos por caso, e instruido de cómo hay que hacerlo, pone su tontería personal. Qué sé yo... algo así como: ABC 32 cuá cuá 3 mamá. A partir de ese momento, se pueden meter datos, pero como el operador no sepa decir ABC 32 cuá cuá 3 mamá, nunca será capaz de volverlos a leer.

Levanté la mano, riendo.

—Está bien, está bien, Nina. Me lo creo. Y, ahora, ¿qué?

—Bueno, ahora, vas a tener que averiguar por qué nuestros primitos sospechan que algo está mal. Y te van a tener que explicar cómo ha podido ocurrir. Por tanto, el cómo es importante —añadió con una sonrisa dirigida a John Lawrence—. Una vez más, nuestro ilustre jefe ha dicho una tontería. —Apoyando las manos en la mesa, se levantó pesadamente y el esfuerzo la hizo jadear—. Vámonos... amor. Aquí no hay nada más que hacer. John... —añadió con la respiración entrecortada, a modo de saludo.

Volvimos lentamente hacia su cubículo. Saqué el pañuelo de mi bolsillo y me soné.

—Puah. Estoy fatal. Se me va a caer la nariz. Odio Washington.

—Lo mejor que puedes hacer, belleza, es darte una sauna, a ver si se te despejan las meninges. Si no, el hombre más varonil de los Estados Unidos no va a estar en forma para propinarle su famosa sonrisa a Meryl Hathaway.

—Me daré una sauna —contesté, ignorando deliberadamente la pequeña puntada de celos que se adivinaba en la voz de Nina. Es lo menos que se puede esperar de ella —. No sé si voy a poder aguantar a los dos directores juntos.

—¿Quieres un consejo, amor?

—No.

—Trátalos como si fueran un par de tarántulas. Sólo desconfiando de ellos y no creyéndote sus mentiras llegaremos a desentrañar la madeja y a resolver la operación *cordón sanitario*.

—¿Cordón qué?

—Sanitario, amor, sanitario —contestó, sentándose nuevamente detrás de su mesa —. Se trata de proteger la información de los Estados Unidos de infecciones exteriores, ¿no? Cordón sanitario —concluyó, haciendo una seca afirmación con la cabeza, como si prestara solemnidad definitiva a un asunto de Estado.

Dejé el bastón en una esquina de la habitación y me senté en el borde de su mesa de trabajo, apoyando una nalga sobre ella y dejando que mi pie malo descansara en el suelo. Me dolía más que de costumbre. Algo debió notárseme en la cara porque Nina me volvió a mirar con preocupación. Pero no dijo nada. Me conocía demasiado bien y sabía que hacerme observaciones de tipo maternal podía ser peligroso.

Cuando las piernas y la velocidad son un instrumento fundamental de trabajo, sienta muy mal quedarse cojo. Para dedicarse a sacar fotos en un campo de batalla o corriendo en una manifestación, es preciso poder moverse deprisa y con agilidad. Puedo garantizarlo. Por eso ya no saco fotos bélicas, y todas esas cosas románticas que se dicen sobre la resignación de hombría y sobre el sacrificio silencioso son, en mi caso, cantos celestiales. Además, mi cojera ofende a mi sentido de la estética y de la armonía. Toda mi vida, pelo largo o no, *blue jeans* o no, he cuidado de mi cuerpo de forma puntillosa, tan inmaculadamente como de mi cocina. Pues, para haberme propuesto cuidarlo de esa manera, el resultado ha sido bastante catastrófico. Pero no hay que hacerme mucho caso; a veces me desborda la amargura.

Tenía una larga cuenta que saldar con Pedro. El día en que perdí cuatro dedos de mi pie derecho hacía un calor espantoso. Era a finales de abril. La ligereza de la primavera del desierto se había fundido ya en la calina oprimiente del interminable verano. Ya temblaba la luz blanquísima en el horizonte y, sobre las rocas, se habían agostado los matorrales. No quedaba más que polvo y sequedad. La alfombra de flores moradas con que se recubre el desierto en febrero y marzo se había vuelto marrón y estéril. Lo que, hacía apenas unos días, eran charcas de agua de lluvia remansada en las que bebían mulas y camellos, se había convertido en arañazos agrietados de color ocre. Sólo aquí y allá aparecían puntos más oscuros en donde la tierra estaba aún húmeda.

Nuestro campamento estaba establecido al pie de unas quebradas en el *wadi* Ramm, al sur de Jordania, cerca de Aqaba. Es, en verdad, un espectáculo

sobrecogedor, vasto e infinitamente silencioso. Comprendo bien a Lawrence de Arabia, que, cuando pasó por allí durante la primera guerra mundial hostigando a los turcos, se quedó mudo e impresionado durante días. «Nuestra pequeña caravana estaba avergonzada y silenciosa —escribió—, asustada y tímida de exhibir su pequeñez en presencia de tan gigantescos macizos». Colinas, rocas, estribaciones torturadas y *wadis* estallan de repente, emergiendo de la arena polvorienta y casi negra. Y, hasta donde alcanza la vista, se divisan montes retorcidos, de color miel donde les ilumina el sol y marrón oscuro cuando les inunda la sombra. Son cadenas de piedra, casi sólo intuidas en la lontananza, que van a morir hacia el tajo del Rift Valley y la frontera con Israel. Es, ciertamente, el paisaje más inhóspito que he visto en mi vida. Dios sabe lo que lo odio. También es verdad que se trata del lugar mejor protegido y más aislado del mundo, y que es el paraje idóneo para montar un campamento terrorista. Además, está lo suficientemente cerca de Israel como para organizar rápidos golpes de mano y retirarse a toda velocidad, antes de que las patrullas judías puedan reaccionar.

Era años después de que ocurriera el *septiembre negro*. Ocho o nueve después de que se armara la terrible matanza; las guerrillas palestinas volvían a moverse con libertad en Jordania. Entonces ya no nos protegíamos de los jordanos, sino de los judíos, que eran capaces de perseguirnos hasta muchos kilómetros en el interior del país.

Mohammed, sin embargo, había establecido su base de operaciones con extremo cuidado, en un lugar casi inaccesible y tan recóndito que resultaba imposible de detectar desde el aire. Nuestras tiendas, trenzadas de pelo de camello, se fundían en la naturaleza tan perfectamente que el campamento pasaba inadvertido a cien metros. El fuego sólo se encendía al atardecer, cuando el humo podía confundirse con la neblina; en las noches de mucho frío, encendíamos los braseros dentro de las tiendas y tapábamos las brasas con material aislante para que no se viera el rescoldo desde lo alto. Pasábamos semanas sin lavarnos. Alguna vez, Marta y yo conseguíamos escaparnos a Aqaba, con la excusa de que tenía que mandar mis películas a mis agentes en los Estados Unidos. Solíamos quedarnos tres o cuatro días en el hotel Coral Beach, inmersos en un lujo que nos parecía inimaginable, bañándonos interminablemente en el mar Rojo, haciendo el amor voluptuosamente bajo las palmeras y a la luz de las estrellas. Muy de vez en cuando, Mohammed, Pedro, Dennis, Marta y yo subíamos al Lawrence's Well, arriba en la montaña, a llenar nuestras grandes pieles de camello con agua del manantial. Pero eran excursiones arriesgadas, en las que siempre existía el peligro de toparse con una patrulla jordana de las que pernoctaban en el fortín de Beau Geste. Todo muy romántico. Perfectamente espantoso.

La noche anterior habíamos cruzado la frontera, hacia el norte de Elat, con la intención de volar unos depósitos de municiones que sabíamos había al otro lado de la ciudad. Mohammed conducía el Land Rover que iba delante. Yo iba

inmediatamente detrás en el viejo *jeep*, con Pedro sentado a mi lado. Rodábamos sin luces y ya bastante despacio, porque nos estábamos acercando al *wadi*. En los semblantes de los compañeros, diez eran, que venían con nosotros se notaba perfectamente la tensión que precede a una acción guerrillera; las caras jóvenes, barbilampiñas, siempre adornadas de bigotes, por ralos y raquíticos que fueran, estaban tirantes, con los ojos muy abiertos, como los de los caballos asustados. Movían las manos constantemente, acariciando los cañones de sus metralletas, tocando los gatillos con dedos nerviosos. Como siempre, nos proponíamos atravesar el riachuelo por la revuelta de Ichlan, el único punto que sabíamos estaba sin vigilancia. Al otro lado del riachuelo había una colina escarpada de imposible acceso; los israelíes nunca la vigilaban, y nosotros habíamos encontrado este viejo y casi re seco *wadi* que la atravesaba como un túnel escondido entre matorrales y sombras. Hacía semanas que yo le decía a Mohammed que aquel lugar ya no era seguro y que algún día nos pillarían. Pero en esta ocasión no se trataba de pegar tiros suicidas, sino solamente de colocar unos explosivos; diez quilos de plástico a los que Dennis ya había puesto las espoletas. Una marcha nocturna larga y un trabajo sencillo. Los israelíes se preocupaban más del Golán y de la frontera con el Líbano que del flanco sur: en el sector de Elat no tenían más que reservistas.

Esta vez nos estaban esperando. Nos cazaron como a palomas, cuando vadeábamos el centro del *wadi*.

A mí me salvó que me cayera encima, con la cabeza atravesada por un balazo, uno de los muchachos más jóvenes que había en el grupo. Ibrahim se llamaba; se había unido a nosotros hacía apenas unos días y éste era su bautismo de fuego. Recuerdo bien que, en el resplandor de la noche, distinguí perfectamente el orificio que le había hecho la bala. Un agujero negro y redondo donde había estado el lagrimal. Toda la parte de atrás del cráneo se había desintegrado y sobre mi camisa escurría una masa sanguinolenta y viscosa. Mohammed tiró de mí. «¡Vamos, Chris, vamos!». Toda la espantosa escena quedará grabada para siempre en mi memoria: había cadáveres por todos sitios, unos flotando boca abajo en el agua estancada, otros enganchados a los matorrales de la orilla. Sobre la arena, quejándose suavemente con sollozos entrecortados, se desangraba un pobre chico, apenas adolescente, que la noche antes mostraba orgullosamente su primer rifle mientras miraba con adoración a Marta.

Nos arrastramos penosamente hasta los matorrales y, a gatas, llegamos a los camiones. Nos pusimos a conducir como locos hacia el campamento. Mientras yo guiaba sin decir palabra, con el estómago aún revuelto de asco y rabia, Pedro, a mi lado, me miraba en silencio y en sus rasgos latinos no había ni un atisbo de la jocosidad, algo amenazante, que era usual en él, incluso en los momentos de mayor peligro. Con estos latinoamericanos nunca se sabe si la risa de un instante va a estallar en la violencia irracional del siguiente. Yo creo que tenemos algo genéticamente desarreglado y que no nos funcionan bien las neuronas.

Tardamos algo más de dos horas en llegar al campamento, saltando por encima de las matas, utilizando la vieja pista de las caravanas de camellos. A la luz de los faros, el horizonte que nos rodeaba parecía convertirse en una gigantesca muralla de árboles y fantasmas espesos; de no haber sabido que no había nada a nuestro alrededor que no fuera la inmensa llanura desértica y que sólo al fondo, a lo lejos, se levantaban las escarpadas rocas del *wadi* Ramm, habría podido pensarse que viajábamos por un pasillo estrecho y ominoso.

Al llegar al campamento, nos detuvimos, frenando violentamente, y resbalando sobre la superficie polvorienta. Mientras se posaba nuevamente la arena que habían levantado nuestras ruedas, Mohammed y yo apagamos nuestros respectivos motores. Me quedé sentado frente al volante con las dos manos apoyadas en él; tenía la piel cubierta de barro y sangre. Durante un buen rato, el único ruido que se oyó en la noche estrellada fue el chasquido metálico de los motores enfriándose.

Suspiré profundamente y levanté la vista. Allí, en el umbral de la tienda, con la angustia haciéndole cruzar las manos sobre el pecho, estaba Marta, silenciosa y asustada, mirándonos. Lentamente, saqué las piernas del *jeep* y me incorporé. Marta se acercó corriendo y se refugió en mis brazos. No sabía yo que empezaba nuestra última noche juntos y que, apenas unas horas después, la vida me privaría para siempre de su consuelo, de la vitalidad inagotable de su piel. A lo mejor, un día me acostumbraré a su muerte. Pero lo que nunca le perdonaré a Pedro es que me impidiera atesorar el recuerdo de Marta, que no me avisara de que nunca más podría besar sus pechos y anudar su vientre, de que no podría grabar su risa y su mirada en mi memoria. Pedro dejó que el consuelo de aquella noche fuera rutina y no excepción final.

Cuando me desperté, me dolían los brazos y los tobillos. Por unos segundos no acerté a comprender la razón de esta incomodidad. Me di la vuelta trabajosamente para buscar a Marta, pero no estaba a mi lado. Era, evidentemente, muy temprano: empezaba a clarear difusamente y, en el aire limpio de la madrugada, los objetos apenas si tomaban fijeza poco a poco.

Intenté moverme y traer mis brazos hacia adelante para mirarme las muñecas. No pude. Me miré los pies. Los llevaba desnudos. Vi que los tobillos estaban atados con alambre y me di cuenta de que también me habían sujetado las manos. Levanté la mirada.

—Se acaba de despertar el espía —dijo Pedro—. Hola, espía.

No contesté.

Detrás de Pedro apareció la figura rechoncha de Dennis, con su eterna mirada de sorpresa.

—Mira, Dennis —dijo Pedro con una sonrisa—. Nuestro buen hermano se acaba de despertar y se siente incómodo.

Pedro me miraba como si faltara algo; imagino que esperaba alguna explosión por mi parte o un síntoma de miedo, qué sé yo.

—¿Qué broma es ésta? —pregunté.

—Ninguna broma, ninguna broma. Por fin hemos cogido al traidor. —Se acercó a mí y se puso en cuclillas—. ¿Eh, traidor?

—No digas tonterías, Pedro, y suéltame.

—No, mi amigo. No te voy a soltar hasta que me cuentes por qué nos has traicionado... Hasta que me digas cómo se siente uno siendo responsable de la muerte de tanta gente. —Alargó la mano y me agarró del pelo. Tiró de mi cabeza hacia arriba. En su cara, la sonrisa se hizo más ancha y, de repente, se convirtió en una mueca de ferocidad—. No tienes miedo, ¿eh?

Me pareció ocioso explicarle el miedo que tenía y guardé silencio. Con un gesto de impaciencia, Pedro soltó mi cabellera y, con el mismo movimiento, me dio un fuerte golpe en la boca con la mano abierta. Supongo que me reventó el labio porque en seguida noté el sabor dulzón de la sangre sobre la lengua. El corazón me latía muy deprisa y me pareció que él lo iba a notar. Me di cuenta de que si averiguaba el terror que yo sentía, las cosas iban a ir mucho peor.

Ahora, la claridad dentro de la tienda era total. Dennis me miraba desde el otro lado del brasero y en sus ojos había una súplica que yo no acertaba a comprender.

Algo había ido terriblemente mal. Me parecía imposible que Pedro hubiera averiguado que, efectivamente, yo era un espía. Supuse que la noche anterior, volviendo hacia el campamento, lo había decidido. Pero ¿cómo?

Me pasé la lengua por el labio. Miré a Dennis, que seguía inmóvil sin decir nada. Pedro se puso nuevamente de pie y dio dos pasos hacia atrás.

—Bueno, bueno —dijo, y por primera vez noté que en la mano derecha llevaba el machete que, como para todo buen centroamericano, era su compañero permanente.

Garantizo que un machete, afilado como una hoja de afeitar, en manos de quien está evidentemente animado por las peores intenciones respecto del prisionero inmovilizado a sus pies, es un instrumento singularmente amenazador.

Pedro notó que lo miraba y, sonriendo, lo alzó a la altura de mis ojos.

—Mi machete, Chris. Me parece que hoy lo vamos a utilizar, ¿eh?

No dije nada.

—Te ha comido la lengua un pajarito, ¿eh? —Repentinamente se puso serio. En sus ojos apareció un fulgor extraño y salvaje, como el que brilla en los ojos de las alimañas o de las fieras solitarias cuando son sorprendidas en la noche por la luz de los faros. Empecé a preocuparme seriamente por mi suerte—. ¿Quién eres, Christopher Rodríguez?

Silencio.

Muy despacio, Pedro se inclinó sobre mi pie derecho y apoyó el filo del machete sobre el dedo meñique. Cerré los ojos porque sabía lo que iba a pasar. Noté perfectamente cómo se reventaba la piel del dedo. Fue un dolor caliente y agudo. Tragué saliva e intenté convencerme de que el dolor no era peor que el de los mil cortes y caídas que sufre uno al cabo de una vida.

—¿Quién eres? Le miré a los ojos.

Pedro alzó el machete unos centímetros y lo dejó caer sobre el meñique. Confieso que no me dolió más que el primer corte. Miré hacia mi pie, y a su lado estaba, como un gusano obscuro y retorcido, el pequeño dedo. Sentí que me invadía la náusea. De la herida brotaba mucha sangre. Me parecía imposible que fuera mía. Me mareé y apoyé la cabeza contra el suelo.

—Dennis —dijo Pedro.

Con cara asustada y pálida, Dennis se acercó, sacó un pañuelo del bolsillo, se puso de rodillas y me lo aplicó al pie. Noté un tremendo latigazo de dolor.

—Voy a buscar el botiquín —dijo Dennis, intentando levantarse trabajosamente. Ya entonces era regordete y poco ágil.

—No te muevas. Para lo que le va a servir... Lo que no quiero es que se me desangre antes de cantar todo lo que tiene que cantar... Dime, Chris, ahora sí que me lo vas a decir, ¿eh? ¿Quién eres?

El más valiente de los Rodríguez no habla por un quítame allá ese dedo. Con un poco de suerte, Pedro no se daría cuenta de que el más valiente de los Rodríguez estaba dispuesto a hablar en cuanto le acercaran otra vez el machete al pie. Apreté los dientes, pero no por valentía, sino para que no se me notara cuánto me temblaba la mandíbula. De todos modos, la historia que pudiera contarle era tan sencilla que no tenía mayor misterio. Creo que, en ese instante, me di cuenta de que no quería contársela por no ver que se cumplía la horrible sospecha de que no le interesaba nada y que lo único que quería era matarme despacio. Lo importante no era lo que yo sabía, sino mi traición.

—¡Mohammed! —gritó, girando la cabeza hacia el exterior de la tienda.

Al instante apareció Mohammed. A su lado, traía a Marta, casi arrastrándola por un brazo doblado por detrás de la espalda. Me dio un vuelco el corazón. Estaba pálida, con ojos despavoridos, como los de una gacela asustada. Incliné la cabeza hacia Dennis que, sin volverse, escondía de su vista mi maltrecho pie. Se cruzaron nuestras miradas y me pareció que, en ese instante, nos dijimos todo el caudal de cosas que nos faltaba por decir; todo lo que cabía en una vida.

—Me llamo, efectivamente, Christopher Rodríguez. —Tragué saliva—. Eso no tiene misterio. Trabajo para una organización norteamericana...

—¿La CIA?

—La CIA.

Hasta esa pequeña mentira me pareció una traición a Marta. Los viejos hábitos, sin embargo, mueren mal. Cuando quise decir la verdad, me di cuenta de que se habría complicado aún más nuestra situación y me callé.

—¿Por qué viniste aquí?

—Era fácil. Con la excusa de ser un reportero gráfico, tenía el encargo de infiltrarme en una de las guerrillas palestinas, observar su proceder, ver cuál era su cadena de mando, cómo comunicaban con sus jefes... —Miré a Marta—. Pedro, te

juro que lo que te voy a decir es verdad. No tengo por qué mentir. Marta no sabe nada de todo esto. Nunca lo supo...

Pedro se encogió de hombros.

Mohammed, con su mal inglés, seguía esta conversación con dificultad. Sin embargo, debió notar que el ambiente se había relajado un tanto y soltó a Marta. Al notarse libre, vino corriendo hacia mí, se arrodilló al lado de mi cabeza, me la cogió con ambas manos y se la colocó sobre las rodillas. Miró hacia Dennis y, al ver lo que estaba tapando, se llevó una mano a la boca y empalideció aún más. Levanté la vista hacia ella e intenté sonreír. No me debió salir demasiado bien.

—Y, de paso, te dedicaste a informar de nuestros movimientos... ¿Con qué te voy a pagar a ti tanta muerte?

Intenté mover las manos.

—Nunca delaté a nuestra gente. Nunca dije dónde íbamos a estar... entre otras cosas —añadí, sonriendo penosamente—, porque me iba en ello mi propia vida. En una batalla de noche, todos los gatos son pardos. Lo que sí hacía era dar información para que fueran desactivadas bombas, protegidas poblaciones civiles... cosas así.

—¿Cómo dabas esa información?

—De dos maneras. A un portero del Coral Beach en Aqaba y, a veces, dejando una nota en el *jeep* cuando lo escondíamos en el *wadi* en Ichlan, antes de cruzar a pie.

—¿Cómo sabían dónde buscarlo?

—Era fácil, Pedro. Más o menos, sabíamos qué acciones íbamos a hacer en el mes y cuáles requerían que fuéramos por el *wadi*. Nuestra llegada era fácil de vigilar.

Me moví con incomodidad. En el pie notaba un latido sordo y constante que me dolía cada vez más.

—Igual que anoche, ¿eh? —Me miró con odio y eso era peligroso.

Intenté cambiar de tema.

—No. Lo más importante era explicar a mis amos cómo funcionaban los canales de información entre grupos.

Y esa información acababa yo de completarla hacía unos días. Me entró una terrible amargura: de no haber estado atado y con un dedo menos en el pie derecho, en ese momento habría estado en el *jeep* con Marta a mi lado, conduciendo a toda velocidad hacia Aqaba en el último viaje que pensaba hacer: esa misma tarde íbamos a tomar un avión hacia Ammán y otro hasta Roma. Cosas de la fatalidad. Cuántas veces lo habíamos hablado Marta y yo, arrebujaos en la manta, protegiéndonos del frío. Si todo hubiera salido bien, además, en este momento Pedro habría estado muerto.

—¿Cómo se llama tu contacto en Aqaba? Ese que es portero en el Coral Beach.

—Staines. Larry Staines.

Staines era mayorcito y sabría defenderse solo. No creo que nadie le haya pillado nunca desprevenido. Sospecha hasta de su sombra. Cuando le volví a ver, meses después, me miró el bastón, asumió mi cojera, chasqueó la lengua sobre su palillo y

no dijo nada. Nunca me lo ha reprochado.

—¿Y anoche?

Anoche no habíamos salido con vida más que Pedro, Mohammed y yo.

—No lo sé, Pedro. No sé por qué nos atacaron los israelíes... —Lo cierto era que lo suponía y Pedro iba a tardar dos segundos en imaginarlo.

—¡Yo sí lo sé! —dijo, agitándose repentinamente—. Han decidido acabar con nosotros porque hemos dejado de ser una fuente interesante de información. —Me miró durante un largo rato. Luego se volvió hacia Mohammed y dijo—: Recoge las cuatro cosas más urgentes, móntate en el Land Rover con Chris y Dennis y vete hacia el este, pasado el Lawrence's Well. Como diez kilómetros más allá hay un pozo. ¿Lo recuerdas? —Mohammed afirmó con la cabeza—. Espérame allí. —Me miró nuevamente—. Este pajarito tiene mucho que cantar todavía. Vamos a visitar al señor Staines.

Se acercó a nosotros y, con sorprendente dulzura, extendió la mano izquierda a Marta. En la derecha aún llevaba el machete. Marta me apretó la cara con las dos manos y me besó la frente. Se levantó. En ese momento comprendí que pensaba intentar matar a Pedro. Hice un gesto desesperadamente negativo con la cabeza. Sonrió.

—No me olvides, portorriqueño —dijo Pedro y, con un rapidísimo movimiento, levantó el machete.

En la milésima de segundo, antes de que cayera, tuve el reflejo de encoger las piernas. El gesto me salvó el pie. Aunque Pedro en el último instante corrigió la dirección del corte, el machete sólo alcanzó tres dedos de mi pie derecho. Lo último que recuerdo, antes de perder el conocimiento, fue ver a Marta cayendo al suelo desmayada.

No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento. Cuando lo recobré, Dennis me estaba haciendo una cura. Siempre ha sido muy hábil con las manos. Es, además, un excelente médico. En lo que a mí concierne, el mejor. Meses después, me explicó que me había tenido que cauterizar la herida con una brasa.

En ese momento, Mohammed entró en la tienda.

—Vámonos, mujerzuela —le dijo a Dennis.

Este, sin pronunciar palabra, metió la mano en su botiquín y extrajo de él una enorme pistola. Se volvió hacia Mohammed y le apuntó. El disparo sonó como un cañonazo y vi a Mohammed literalmente volando hacia atrás; tenía un tremendo boquete en el pecho y, en el rostro, una expresión de sorpresa y terror. Teniendo en cuenta cómo maltrataba a Dennis, no me sorprendió que éste le matara.

Se volvió hacia mí. Por la cara le rodaban dos enormes lágrimas y, en ese instante, comprendí lo que debe ser estar enamorado y sentirse envilecido al mismo tiempo. Cuando vio que le estaba mirando, alargó la mano y, dejando la pistola en el suelo, rebuscó en su gran botiquín. Extrajo una jeringuilla y una ampolla de morfina. Rellenó la jeringuilla con el líquido y, sin más miramiento, me pinchó en el muslo.

Hacía un calor espantoso.

CAPÍTULO III

—Nina —dije, mientras ella rearreglaba por enésima vez los papeles que había sacado de los cajones de su escritorio—. ¿Qué sabes tú que yo no sepa?

Levantó las cejas con aire de absoluta inocencia.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Por qué te da tan mala espina todo esto?

—Francamente, Chris —dijo, abriendo las manos—, no tengo ni idea. No lo sé. De este asunto, sé tanto como tú. Lo único que me pasa es que me escama ver a nuestros amados jefes tan nerviosos, tan... qué sé yo... tensos. ¡Bah! —añadió, encogiéndose de hombros— da igual. Tú piensa en tus computadores y en la alta política. —Las circunvoluciones mentales de Nina Mahler son extraordinarias: con total ligereza, había acabado averiguando todo lo que se pudiera saber sobre la operación, aparentando absoluta inocencia. La conozco demasiado bien y a mí ya no me engaña—. Vete a darte la sauna, cena con nuestros nobles próceres y mañana hablamos.

—¿Mañana, sábado? Ni hablar, Nina. Si de algo me ha valido obtener mi independencia ha sido para no trabajar los fines de semana, órdenes de mi médico.

—¿Qué tal está Dennis?

—Bien, bien. Trabaja mucho. Pero no los fines de semana. Los *bloody marys* de Dennis se han hecho justamente famosos. Nada como un tratamiento de vodka para el catarro. —Me bajé de la mesa y cogí mi bastón—. Hasta el lunes, preciosa.

—Cuidado con los lobos del bosque.

Cerré cuidadosamente la puerta. Eran las doce menos tres minutos del viernes 12 de febrero de 1982. Lo digo, porque, si cualquiera puede acordarse de un horizonte tan cercano aunque generalmente olvide los detalles minuciosos del minuto a minuto, yo, por el contrario, recuerdo aquel día hasta en sus más mínimos incidentes. Y no es que pasara nada especial; es que se iniciaba el tremendo lío en que ha acabado todo esto y mi cerebro parece haber querido grabármelo en la memoria para que yo no olvide las tonterías que es capaz de hacer un hombre hecho y derecho.

Salí del edificio de Pennsylvania Avenue y, nada más pisar la acera, tuve que arrebujaarme en mi abrigo. Hacía un frío espantoso. Me ardía la garganta y tenía la nariz completamente bloqueada. A Washington, en invierno, se le pone una capa de hielo encima de las aceras y no la pierde hasta bien entrado el mes de abril. Las avenidas anchas y cubiertas de árboles se visten de un gris sucio y plomizo y a la ciudad le invade un aire provinciano. Los grandes edificios de alrededor de la Casa Blanca, que ya son feos de por sí, se vuelven lúgubres, casi amenazantes, con sus columnas negruzcas y sus ventanas sucias. Tan acogedores como el castillo del conde Drácula. Hasta Georgetown, con sus calles umbrosas bordeadas de mil casitas llenas de armonía, pierde su estilo próspero y toma un aire tristón y mortecino. Me encanta Washington, pero también es verdad que Washington podría estimular mi cariño

siendo un poco más acogedor.

Tomé un taxi hasta el Club de Prensa. Por fuera, ahora, está recubierto de andamios y lonas y, por dentro, en los pasillos y vestíbulos hay cascotes por doquier y el polvo lo invade todo. La junta directiva ha decidido remozar el edificio y lo está dejando hecho una pena. Tomé el ascensor y bajé al sótano. La gran virtud del Club de Prensa está en su sótano: hay allí un excelente gimnasio, unas canchas de *squash* y una sauna, que es el remedio prescrito por Nina Mahler para los catarros.

—Hola, Smitty —dije.

—¡Señor Rodríguez! Pero ¿cómo dice que le va?

Soy grande, pero Smitty me saca casi un palmo de estatura. Cada bíceps suyo es como un muslo mío y sus manos son el terror de los que pacientemente tenemos que aguantar sus masajes. Smitty es un negrazo gigantesco; pudo llegar a ser campeón de los pesos pesados pero se quedó corto porque su entrenador amañó un combate y le dejó en la estacada. Pobre Smitty. Todavía no comprende bien lo que pasó.

—Tiene usted la nariz como un tomate. Me parece, en verdad lo digo, que está usted acatarrado, sí, señor, y en esos casos, no hay nada como la receta de papá Smitty: una sauna y un buen masaje, sí, señor. —Y se frotaba las manos, pensando, seguro, en la paliza que me iba a dar—. Vamos allá —dije.

Me desnudé. Sobre el asiento había un ejemplar del *New York Times* del día y lo cogí al pasar. Lo cierto es que hago lo que sea, hasta leer el periódico en la sauna, con tal de no estar un rato solo, pensando en mis cosas. No me gusta pensar en mis cosas, porque se me amontonan recuerdos de Marta, dudas de moral, irritaciones contra la vida en general e insatisfacción con mis baremos éticos.

Entré en la sauna, me senté y me puse a hojear el *Times*. Los artículos de periódico me aburren porque estereotipan la noticia y la desnudan de su contenido emocional. En cambio, lo que de verdad tiene validez en la labor informativa es la foto. Sólo la fotografía refleja la tragedia de una situación, el humor de un momento, la emoción de un semblante. Por ejemplo, todo el espanto de la guerra del Vietnam quedó grabado, mejor que en un millón de palabras, en la imagen de una niña vietnamita que lloraba mientras corría por un camino y se le caía la piel a tiras por las salpicaduras del napalm; detrás de ella había un soldado norteamericano con su metralleta en la mano y lo verdaderamente importante de la foto: el horror reflejado en su cara. Una foto impresionante que dio la vuelta al mundo y que se llevó el Pulitzer de aquel año. Aún se me revuelve el estómago.

En la página 15 del *New York Times*, en el último hueco de la izquierda, aparecía una pequeña noticia intitulada «PR Cop Gets Medal». («Un policía portorriqueño es condecorado»), que decía más o menos así:

«Esta mañana, el teniente de Homicidios del Departamento de Policía de Nueva York, Patrick Rodríguez, será condecorado con la medalla de oro de Nueva York por el alcalde Lenn. Rodríguez, un hispano que llegó a la ciudad hace veinte años, entró en la Policía hace dieciséis.

»El martes pasado, el teniente entró solo en una sucursal del New York Savings Bank de la Tercera Avenida, en la que tres pistoleros tenían como rehenes a los empleados del banco y a una veintena de clientes. Es una acción que ha sido calificada de “milagrosa” por el Comisionado de Policía, Rodríguez consiguió desarmar a dos de los pistoleros y matar al tercero.

»¿Comentario del teniente Rodríguez? “Es mi ciudad y estamos aquí para defenderla”».

Típico de Patrick. Decir una tontería así en los momentos solemnes. Más típico aún: no contárselo al único hermano que tiene en el mundo. Qué le vamos a hacer. Los Rodríguez de San Juan somos así.

Mi madre le puso Patrick para que pareciera más americano. Fue el único de toda la familia que salió con la piel algo blanca.

Con todos los músculos del cuerpo doliéndome después de los amorosos cuidados de Smitty y con una pasajera sensación de mejoría en la nariz, subí a la cafetería del Club de Prensa a comer alguna cosa. Si hay algo seguro en esta vida es que la cafetería del Club de Prensa de Washington nunca obtendrá una estrella culinaria de la Guía Michelin. Me comí media hamburguesa, dejé intactas las patatas fritas y tomé un sorbo de café. Preferí ni mirar las arandelas de cebolla frita. Jurándome, como siempre, que no volvería a comer allí, tomé un taxi y regresé a casa.

—¿Cuándo te vas a Suiza? —me preguntó Dennis, sin levantar la vista del libro que estaba leyendo. Dennis siempre leía en la cocina. No sé aún si no entraba casi nunca en el salón por no invadir mi aura privada o porque le parecía que había un desorden dantesco.

—¿Ya estás aquí?

—Tenía poco trabajo, había terminado las rondas y decidí tomarme el fin de semana desde el viernes al mediodía. ¿Cuándo te vas a Suiza?

—Nunca, creo. ¿Qué es una Copa del Mundo de esquí para un fotógrafo deportivo?

—Te ha vuelto a cazar el bienamado Gardner, ¿eh? —Levantó la cabeza y me miró con sorna.

Apreté los labios.

—Cosas de la vida, Dennis, cosas de la vida. —Le expliqué lo que querían de mí Gardner y su gente.

Dio un silbido, igual que Nina había hecho. Ni qué decir tiene que Dennis y Nina Mahler se odiaban a muerte.

—*¿Cordón sanitario dices que se llama? Tampax, más bien. No es que vayas a proteger la santidad de la información, vida; le vas a poner un tampón higiénico. No dejes de tirar de la cadena después.*

Di un gruñido. Luego, descolgué el teléfono y llamé a Nueva York.

—¡Sí! —Un ladrido entrecortado y seco y, al fondo, gritos de niños, puertas que son abiertas y cerradas violentamente, una radio emitiendo estridentes sonos latinos.

—¡Tina! —grité para hacerme oír.

—¿Quieren bajarme ese radio? ¡Aj, qué niños!

Tina, mi cuñada, es una portorriqueña de rasgos finos y ojos negros, de belleza cálida y voz dulce, cuando no tiene que hacerse oír por encima del jaleo usual de su casa. Cuatro niños alborotadores acaban con la paciencia de cualquiera. Creo que me enamoré de ella antes que mi hermano, viéndola bailar la salsa en un club de la calle 58. Es de esas mujeres que rodean al hombre al que quieren de tal cantidad de calor y hogar, de tal sexualidad, que hay que suspender el juicio y dejarse ir. Demasiado para mí. Además, no me hizo ningún caso: con un instinto absolutamente infalible, fue a por mi hermano. A mí siempre me ha considerado un bohemio medio loco, sin asiento ni estabilidad en la vida.

—¿Quiénes?

—¡Tina! Soy yo, Christopher.

—¡Chris! Pero ¡Dios mío!, ¿de dónde sales? ¡Qué alegría! ¿Será posible que la oveja descarriada dé señales de vida? —Y rió—. ¿Dónde estás?

Confieso que me encanta su risa.

—En Washington. Y enfadadísimo con vosotros. Me entero por casualidad de que a Patrick le han condecorado hoy y a mí no me decís nada.

—Bueno... —Una nota de culpabilidad—, ya sabes cómo es Patrick. Todas estas cosas le parecen tonterías y no le ha dado mayor importancia... Aunque, la verdad, estaba guapísimo y muy orgulloso.

Tina es admirable en muchos sentidos, pero tal vez su mayor virtud sea la de la paciencia resignada. Lleva diez años casada con mi hermano y todas las noches, todas las noches, espera pacientemente la llamada de teléfono que le ha de decir que a Patrick le ha pasado algo. Todavía cuando era un simple policía de uniforme que patrullaba las calles de Manhattan, las probabilidades de que tal cosa ocurriera eran remotas. Pero desde que mi hermano está en la sección de homicidios y se pasea de paisano por los sitios más peligrosos de Nueva York, el estado de ánimo de Tina debe ser de constante angustia. Que yo sepa, sin embargo, nunca se ha quejado.

—Bueno, bueno, bueno. Pero esto hay que celebrarlo. ¿Qué hacéis mañana?

—Nada... —rió nuevamente—. Celebrarlo.

—Bueno, pues prepárame una olla de arroz con pollo y plátanos fritos, que llego en el puente aéreo de las diez.

—¡Pero qué alegría! Ya verás cuando se entere Patrick. Te esperamos aquí en casa.

—¿Cómo está mi ahijada?

—Mira, Chris, para qué nos vamos a engañar: tan mala, traviesa y loca como su padrino... y tan guapa.

Solté una carcajada, colgué el teléfono y estornudé aparatosamente.

El resto de la tarde lo pasé entrando y saliendo de mi cuarto oscuro, ordenando las cámaras y los carretes que había sacado para mi viaje a los deportes de invierno. Más

tarde, hice unas cuantas llamadas de teléfono para explicar a mis agentes por qué no iba a Suiza. Lo cierto es que, como saben que me mueve mal en la nieve a causa de mi pie, a ninguno le sorprendió demasiado mi reticencia. Es una excusa estupenda.

A las ocho en punto de la noche, impecablemente vestido de *smoking*, una prenda que odio cordialmente, llamé al timbre de la puerta de la casa de Meryl Hathaway en el barrio de Chevy Chase.

Creo que hay momentos muy definidos de mi vida... que responden exclusivamente a un sentimiento de reivindicación. Las cenas de Meryl Hathaway, por ejemplo. Supongo que lo hago por mi madre, en recuerdo del bohío del que he salido y para demostrarme a mí mismo lo importante que ha llegado a ser socialmente un pobre portorriqueño que ha triunfado en la vida. Me temo que ese esnobismo momentáneo es uno de los peores rasgos de mi maltrecha personalidad. Y pago caro por ello, porque me aburro como un mono.

Los salones de Meryl Hathaway, la célebre viuda del millonario bostoniano, son en Washington lo que fueron, supongo, en el París del XVIII los grandes cenáculos literarios de las mujeres galantes: lugar de reunión de la alta sociedad y de los intelectuales, de artistas y políticos. Nadie que sea invitado a cenar se atreve a no aceptar, y a mí me invitan de vez en cuando porque luzca el *enfant terrible* de la capital de los Estados Unidos. Cualquiera parecido entre un *enfant terrible* y yo es pura casualidad. Lo único que me pasa es que digo lo que pienso y me resisto cuando puedo a vestir como los demás. Alguna vez, además, me topo con algún personaje que es útil para mi trabajo. No el de fotógrafo, claro, sino el otro.

En esta ocasión, la cena pasó sin pena ni gloria, para mi total aburrimiento. Estaban, en efecto, Gardner y el director de la CIA; se pasaron toda la noche hablando en tono vagamente misterioso y les hice el menor caso posible. Sólo después del café me acerqué a ellos, poco a poco, yendo de grupo en grupo.

—¿Qué tal, Rodríguez? —me preguntó el director de la CIA.

Tenía un aire preocupado y tenso. No me sorprende, considerando el colosal jaleo que tiene armado en Centroamérica; y si a ello se añade que su computador era un colador, me parecía extraordinaria hasta su mera presencia en una cena frívola. Henry Masters es un hombre corpulento y grave, con grandes y agresivas cejas y una mata de pelo blanco que le prestan el aire amenazante de un león suelto en un corral de ovejas. A mí me parece un tipo inteligente y perceptivo, pero hay mucha gente que le discute esas cualidades. Aseguran que sólo un tonto es capaz de meterse en el espantoso atolladero de dirigir a la CIA por mera amistad con el presidente de los Estados Unidos. A mí, más que tontería, me da la impresión de ser lealtad este sacrificio suyo. Se le nota en la cara.

—¿Cómo está usted, señor? —dije y, volviéndome hacia mi dilecto jefe, añadí—: Señor Gardner.

—Me dice David que le ha puesto en antecedentes de nuestro pequeño problema. —Sonrió débilmente—. Me he visto obligado a acudir a usted porque me temo que

no puedo utilizar a ninguno de mis colaboradores...

—¿Un *topo*, señor?

—Bueno, parece inevitable, ¿no? Yo añadiría, sin embargo, que me parece difícil que el origen de esta filtración esté en los operadores de nuestro cerebro electrónico... o, al menos, en ellos exclusivamente. Tiene que haber una manzana podrida en las alturas. —Volvió a sonreír—. ¿Dónde está? ¿Quién es?

—¿Cómo lo han hecho, señor?

Al oírme decir esto, Gardner dio un bufido.

—Cómo lo han hecho, desde luego. Creo que cuando usted averigüe cómo ha sido hecho, sabrá quién es el que lo ha hecho... humm. Desde luego —afirmó con la cabeza.

—Va usted a pensar que digo tonterías, señor, pero ¿estamos seguros de que ha ocurrido?

Masters me miró largamente con aire de especulación. Al cabo de un buen rato, dijo:

—Yo creo que sí. Me parece que sí. Y si existe una sola posibilidad, quiero que se investigue.

—Muy bien.

Es evidente que estas conversaciones en lugares públicos ponen nervioso a Gardner y que no se da cuenta de que son el método más seguro de garantizarse la discreción. Como Masters, creo firmemente en la virtud de las cosas simples. Pero mi pobre jefe ponía cara de estarse atragantando con el coñac; miraba a derecha e izquierda como si nos fuera a caer encima la hidra soviética.

—Venga a verme el lunes a las ocho de la mañana. Desayunaremos juntos, si es usted capaz de beberse el café que damos en mi oficina. Le enseñaré lo que creo que es la prueba de la filtración y veremos lo que se nos ocurre. ¡Ah, Meryl! Nos tenías francamente abandonados y empezábamos a pensar en quejarnos amargamente a la dirección. —Nuestra anfitriona se había acercado hasta donde estábamos. La cogió por el brazo y se alejó con ella charlando animadamente.

Gardner me miró con irritación. Me encogí de hombros y le sonreí.

Al día siguiente me fui a Nueva York a pasar el fin de semana con mis hermanos.

El *shuttle* que, desde Washington, vuela hasta el aeropuerto de La Guardia en Nueva York, pasa por delante de Manhattan, yendo ya muy bajo, a la altura de los rascacielos. Durante un par de minutos, el pasajero contempla el panorama que ha sido fotografiado millones de veces; la estatua de la Libertad a la derecha y el Battery, la punta de la isla de Manhattan, a la izquierda, con su racimo de rascacielos desafiando agresivamente al mundo. Cada vez que pienso en las barbaridades que se han hecho en la isleta de la Aduana de Nueva York, a la sombra de la estatua de la Libertad, me pongo enfermo. Generaciones de inmigrantes europeos, pobres y asustados, han pasado por el siniestro edificio de la aduana, con la esperanza pintada en el semblante y la desolación marcada en los hombros caídos y en la ropa sucia y

desvaída. Un corral donde se selecciona el ganado. ¡Cuánta humillación se ha inflingido en nombre de esta tierra de promisión! Si yo no supiera cuántas promesas contiene en efecto este país y cuántas pueden ser realizadas, creo que no viviría aquí.

Atendiendo a la señal luminosa que, una vez más, me ordenaba apagar el cigarrillo y abrocharme el cinturón (supongo que para que me reconocieran bien cuando los técnicos rebuscaran entre los restos humeantes del avión), dejé de fumar. Odio volar, qué le vamos a hacer. El comandante bajó el tren de aterrizaje y, con el golpazo de las ruedas fijándose en su posición final, se me subió —me pasa en cada vuelo— el estómago a la garganta. Como medio de transporte prefiero mi barco de vela.

Tomamos tierra puntualmente a las diez de la mañana. Con mi saco de viaje al hombro y renqueando como siempre, me bajé del avión y me dirigí a la salida. En la puerta me detuve un momento, mirando brevemente al grupo de taxistas y mozos de equipaje que, a la espera de clientes, tomaban un café humeante comprado por veinticinco centavos en el pequeño bar del vestíbulo. Había pasado muchas horas en aquel mismo lugar hacía años, cuando, con una cámara ganada en una partida de póquer, decidí montarme por mi cuenta. «Christopher Rodríguez, fotógrafo», rezaba una pequeña chapa que llevaba colgada de la solapa de mi cazadora. La máquina era una Hasselblad, sin duda robada, y cuando aprendí a utilizarla, sacaba unas fotos estupendas. Lo único malo era que no las podía revelar en el momento y tenía que convencer a los pasajeros a los que retrataba de que me dieran su dirección y me pagaran contra reembolso. No quiero ni recordar los sustos que di a gente que volvía de fines de semana poco ortodoxos y que pretendía arrebatarme la cámara para proteger su anonimato.

Tantas horas pasé en aquel sitio que algún día tuvo que llegarme la suerte. Una mañana de agosto, estaba apoyado contra una columna cambiando el carrete de la máquina, cuando, al levantar la vista impelido por el estrépito que estaba ocurriendo al otro lado del vestíbulo, vi que se trataba de un atraco contra las oficinas de una de las líneas aéreas. Dos enmascarados, con las piernas abiertas y las manos extendidas en posición de disparo, sujetando unos enormes revólveres, encañonaban a clientes y dependientes, mientras un tercero recogía una bolsa de detrás del mostrador. Luego me enteré de que la bolsa acababa de ser depositada allí para ser trasladada a las oficinas centrales y que contenía la nómina de la agencia de Nueva York para esa semana. Uno de los encargados de la oficina hizo una tontería; pretendió abrir un cajón y sacar una pistola. El pistolero de la derecha varió fraccionalmente la posición de su arma y disparó, volándole literalmente la cabeza al pobre empleado. Todo ocurrió tan rápidamente que los tres forajidos recogieron la bolsa, salieron al aparcamiento del aeropuerto y se montaron en un coche que les esperaba, sin dar tiempo a que la policía reaccionara. Fue cuestión de segundos, pero «Christopher Rodríguez, fotógrafo» sacó una foto de la primera escena, otra de la muerte del empleado, otra de los tres atracadores cuando se volvían hacia mí para salir del

vestíbulo (ésta salió algo borrosa porque pensé que me habían visto y me temblaron las piernas) y otras dos del coche arrancando con una portezuela aún abierta y el último ladrón montándose a la carrera. Mi fiel Hasselblad respondió sacando unas fotos, salvo una, de una nitidez completa; lo único que interesó a la Policía fue lo bien que se veía la matrícula del coche. Pero al *New York Times* le interesó tanto toda la secuencia que me la publicaron íntegra al día siguiente. «*Photographs by C. Rodríguez*», ponía. Desde entonces, C. Rodríguez ha sido mi marca y me ha traído buena suerte. Con la matrícula del coche, la Policía pudo detener a los ladrones y recuperar el botín intacto. La compañía aérea, Dios los bendiga, me dio diez mil dólares de recompensa. Diez mil. No quiero ni pensar en el dinero que debía haber en la bolsa.

Con los diez mil dólares, hice las tres o cuatro cosas más sensatas que he hecho en mi vida: le compré dos kilos de filetes a mi madre, seis botellas de champán a toda la familia, un equipo completo de fotografía al famoso profesional C. Rodríguez y me matriculé en la Universidad de Columbia, Facultad de Bellas Artes, rama fotografía. A Patrick le di quinientos dólares para que se comprara una moto Harley Davidson de segunda mano con la que se le caía la baba desde hacía un año.

En mi cuarto oscuro aún guardo la Hasselblad. A su lado está la Kónica Reflex T3 y el equipo de lentes que me compré con la recompensa. Ya no las uso, pero no me da el corazón para tirarlas.

CAPÍTULO IV

Marta, mi ahijada, tiene nueve años y es la cosa más bonita que he visto en mi vida. Es espigada y morena, tiene la piel tersa y suave y las piernas más largas que darse puedan. Los ojos, enormes, le lucen en la cara como dos carbones y la ingenua sonrisa tiene toda la feminidad de su madre y la travesura supongo que de su tío y padrino.

En cuanto abrió el paquete que contenía el *body* de raso y los calcetines calentadores para practicar *ballet* moderno, Marta se colgó de mi cuello y ya no me quiso soltar. No hay nada como el soborno para estimular el amor de los niños. Tina me miraba con aire de reprobación y Patrick con todo el profundo cariño que nos tenemos.

—Bueno, teniente —le dije con una sonrisa—, eres el héroe de Nueva York.

—¡Bah! Tampoco es para tanto —me contestó, encogiéndose de hombros.

Patrick se parece mucho a mí físicamente; es igual de alto y tiene el mismo cuerpo musculoso y sólido, con mucha fibra estirada y nerviosa. Sus manos son grandes, afiladas y sensibles. Y ahí para nuestro parecido. Creo que la diferencia sustancial entre nosotros es que Patrick carece en absoluto de imaginación. Es más, le parece escandaloso y vagamente desequilibrado andar por la vida dando tumbos, dejándose llevar por la inspiración del momento y encender por el entusiasmo pasajero. Más o menos como Gardner, pero infinitamente más entrañable y menos pomposo. Por eso aprobaba tan solemnemente a Marta cuando vio que se había convertido en mi ancla. Por eso, él, tan duro y despiadado como profesional, lloró como un niño el día en que le dije que Marta había muerto; había en su tristeza mitad dolor y mitad preocupación por mí.

Creo que esa cualidad sólida y llena de sentido común hace de Patrick el mejor policía que conozco. Es como un perro de presa, que no suelta su mordisco hasta haberlo digerido. Y, al mismo tiempo, desconoce el miedo y, sorprendentemente, nunca calcula los riesgos personales que arrostra. Sin Patrick, hubiera sido incapaz de desentrañar toda esta historia de dementes que estoy contando y, sin embargo, mi hermano no es consciente de lo que supuso su ayuda. Para él fue un trabajo más.

Pasamos el día apaciblemente en la casita de Brooklyn Heights, rodeados por los cuatro escandalosos niños, Marta, Christopher, Leticia y Juan, que se agitaban y jugaban sin parar, entrando y saliendo de las habitaciones, deteniéndose un momento a mirar los dibujos animados de la televisión, volviendo a correr de un lado para otro y, en general, ignorando el chorro constante de órdenes que les impartía su madre. La diferencia entre las madres latinas y las anglosajonas es que las primeras gritan mucho y pretenden, sin pretenderlo, asustar e intimidar, educando a su prole más por lo que está prohibido hacer que por lo que resulta positivo y estimulante y lógico. Con todo su griterío, prefiero a la madre clueca y chillona. Me recuerda a la mía que, hasta hace bien poco, me veía y exclamaba: «A este niño le voy a dar un cachete; está

usted muy flaco, niño; tómese ahorita mismo un vaso de leche».

Tina nos dio un festín de las cosas que verdaderamente me gustan: ensalada de aguacates, un poco de guacamole con tortillitas de harina de maíz, arroz a la cubana con un montón de plátanos fritos y salsa de tomate, filetes de chanco con papas dulces y, para terminar, dulce de guava hecho por ella. Me temo que bebimos más ron del conveniente. Había llegado yo con dos botellas de añejo y casi nos las liquidamos. Nos quedamos los tres medio adormilados en los sillones, charlando esporádicamente, recordando otros tiempos, riendo alguna broma. Al caer la tarde, mis cuatro sobrinos me obligaron a contarles una de mis aventuras (safaris fotográficos, los llama Tina), en las que ocurren muchas más muertes de las posibles y yo acabo salvando al jefe de la tribu, «¿y a la princesa?», y a su hija la princesa, y me quedan eternamente agradecidos y me hacen hijo adoptivo del clan. Siempre acabo perdiendo los dedos de los pies de la manera más inverosímil posible, y Juan, que es tan pequeño que no recuerda las cosas, pide insistentemente verme el pie derecho.

—¿Queréis dejar al tío Christopher en paz? Hale, es la hora del baño. ¡Todos arriba!

—¿Te duele mucho? —me preguntó Patrick.

—Bah, ya sabes. Sobre todo con el frío, me molesta. Pero me olvido de ello la mayor parte del tiempo. Echo de menos, eso sí, la fotografía de guerra, pero no tiene remedio. —Bajé la vista y supongo que mi hermano debió verme un gesto de amargura, porque me puso una mano en la rodilla y la apretó.

—Nunca cazaste al que mató a tu mujer.

—¿A Pedro? No, nunca... Vamos a dejarlo, ¿eh, Pat?

—Bueno, bueno, lo dejamos. Pero es que nunca quieres hablar de ello, nunca me has contado de verdad lo que pasó y me parece que no te sacarás la hiel de dentro hasta que seas capaz de enfrentarte con ello.

¿Enfrentarme con ello? Lo había hecho mil veces. En la cama del hospital y en mi casa, soñando, delirando o despierto, por la calle o en un avión. Mil veces, Pat, mil veces. Pero la hiel no me saldría de dentro hasta que encontrara a Pedro. Hasta que murió Marta, nunca creí que un hombre fuera capaz de vivir sólo estimulado por el deseo de venganza. Todos los días, cuando estaba en Washington, hacía dos horas de rehabilitación y me entrenaba para aprender a correr y a moverme con agilidad faltándome medio pie. Dennis era absolutamente implacable en estas cosas, y sabía bien que era esencial que recuperara todos mis movimientos para enfrentarme con lo que tenía que hacer. Un día volvería a estar en forma y podría regresar al campo de batalla, se supone que a hacer fotos. Pedro estaba en algún campo de batalla, en alguna revolución, despreciando a los débiles, matando cruelmente, dirigiendo purgas. Y le encontraría.

Levanté la vista. Patrick me miraba con el ceño fruncido. Tina, apagados los ruidos de la casa, estaba quieta en el umbral de la puerta, mirándonos a uno y otro sin

decir nada, sabiendo que en medio de aquel salón tan acogedor flotaba el fantasma de Marta.

De repente sonó el teléfono en el vestíbulo, con la estridencia agigantada de lo inesperado. Tina se volvió hacia donde estaba el aparato, diciendo:

—Ya lo cojo yo. ¿Diga?... Sí, aquí es... Sí, sí está. Un momento, que ahora le aviso. ¡Pat! —dijo, alzando la voz—. Es para ti, de la Comisaría. —Y se quedó quieta con el auricular en la mano, esperando a que llegara Patrick.

Este lo cogió, al tiempo que apretaba cariñosamente la mano de Tina.

—Rodríguez —dijo mi hermano secamente. Escuchó durante un largo rato en silencio y luego añadió—: OK, OK, ahora voy para allá. —Colgó el teléfono.

Estornudé ruidosamente. Pat se asomó a la puerta y me dijo:

—Estás acatarrado. Te vas a tener que cuidar, que hace mucho frío. ¿Quieres ver cómo mueren los ricos?

—Siempre quiero ver cómo mueren los ricos.

—Pues vente conmigo.

—Como volveréis a unas horas imposibles —dijo Tina—, os dejaré algo de cena en la cocina.

—Ni te molestes, amor —contestó Patrick—. Sabes que estas cosas que pasan en sábado, se complican siempre. —Le puso las manos en los hombros y le dio un rápido beso en los labios—. No me esperes, ¿eh? Hasta mañana.

Por lo que a él concernía, mi hermano ya no estaba en casa. Se había puesto la máscara del sabueso y ya husmeaba la presa. Alguien había matado a alguien; un asesino andaba suelto por Nueva York, por el corral del teniente Rodríguez, de Homicidios. Eso no podía ser. Patrick ya no descansaría hasta dar con él. Siempre me he preguntado qué hace con los asesinatos que quedan sin resolver. Me imagino que los archiva en su fenomenal memoria y espera, incluso años, a encontrar una pista, cualquier cosa, un indicio que le lleve a detener al malhechor. Puedo ver la cara de sorpresa de un supuestamente pacífico ciudadano cuando es detenido por Patrick años después de haber matado a su abuela por robarle unos dólares o cobrar un seguro de vida. Nueva York es una ciudad totalmente neurótica, pero hay una cosa que funciona: la Policía. Con desorden e inmoralidad, con corrupción o sin ella, es difícil cometer impunemente un crimen en Nueva York. A lo mejor, esto que digo no es verdad, pero le debo a Patrick un par de favores y se los pago así. Sin una sola palabra, nos montamos en su coche. Encendió las luces y arrancó. Cruzamos a Manhattan por el puente de Brooklyn y tomamos por el FDR Drive hacia el norte. Abandonados el Drive en la salida de la calle 42, dejando a la derecha el enorme edificio de las Naciones Unidas y seguimos subiendo por la Primera Avenida hasta llegar a la calle 51. Allí, mi hermano torció a la derecha, en dirección al río y se detuvo ante el inmenso portalón del East River Club Building, un viejo rascacielos de veintiún pisos que contiene los veintiún dúplex más lujosos de los Estados Unidos. Di un largo silbido; decididamente, éste era un fin de semana para dar silbidos.

Aparcados ante la puerta había una ambulancia, dos coches-patrulla y el automóvil del forense del distrito de Manhattan. Un poco más allá, una enorme *limousine* negra quedaba discretamente apartada con el motor encendido para que no se enfriara su interior.

—El dignísimo fiscal del distrito —murmuró Patrick, señalándola con la barbilla.

Un policía de uniforme daba patadas en la acera para intentar calentarse los pies. Había un pequeño grupo de curiosos mantenido a distancia por el policía.

—Buenas noches, teniente —dijo—. Piso veintiuno.

El ascensorista, un viejo asmático con pinta de irlandés, nos miró a los dos con aire desconfiado.

—¿Piso veintiuno? —preguntó.

—Sí, por favor —contestó mi hermano—. Mucho trajín esta noche, ¿eh?

—Sí, señor, sí. —El irlandés hizo girar la palanca que controlaba el movimiento del ascensor, al tiempo que empujaba con la otra mano la puerta metálica, que se cerró con el estrépito siempre reconocible de los elevadores neoyorquinos. Se puso a mirar hacia el frente, dándonos la espalda. Luego tosió una vez, volvió un poco la cabeza hacia nosotros como si pensara hablarnos. Dudó un momento y, por fin, se decidió—: Yo estaba de servicio la noche en que pasó todo esto... eh... señor. —Había cambiado la dirección de sus ojos y ahora miraba firmemente a un punto intermedio entre nuestras dos cabezas.

Yo creo que luchaba contra el sentimiento de años de discreción y que hablar le estaba costando un esfuerzo tremendo, como si fuera una traición a sus inquilinos.

—¿Ah, sí? —dijo Patrick—. ¿Cómo se llama usted?

—Patrick MacDougall, para servirle... esto... eh... ¿capitán?

—Teniente —contestó mi hermano, sonriendo—. Patrick MacDougall, ¿eh? Pues, hombre, yo también me llamo Patrick. Patrick Rodríguez. Sólo que apuesto a que soy menos legítimo que usted, ¿verdad?

El ascensor se detuvo. Habíamos llegado al piso 21. El ascensorista abrió la puerta.

—Country Tyrone, Irlanda del Norte, teniente. ¿Y usted? —preguntó, sonriendo francamente.

—Yo soy de Puerto Rico. Un Patrick menos legítimo, ¿eh? Me gustaría que luego habláramos un poco usted y yo. ¿Qué le parece?

—A su disposición, teniente. Cuando quiera. Estoy de servicio toda la noche.

—Estupendo. Pues luego nos vemos.

—Sí, señor. —Y cerró la puerta del ascensor, que se puso a bajar inmediatamente, rechinando sobre sus rieles.

A través de la puerta se oyó el aire que subía, resoplando por el hueco.

Por la puerta abierta del apartamento al que llegábamos, la única que daba al descansillo, podían verse los destellos de los *flashes* de los fotógrafos de la Policía. Un policía uniformado que hacía guardia en la puerta nos dio las buenas noches y nos

anunció que estaba el fiscal del distrito.

En el vestíbulo del apartamento había poca gente. Dos técnicos de la Policía estaban inclinados sobre una fantástica mesa de mármol y lapislázuli levantando huellas dactilares. Encima de la mesa, colgado de la pared entelada de seda color azul-gris, había un maravilloso espejo renacentista, cuyo marco de nácar se arabescaba en dibujos apenas sugeridos de figurines y diosas. Adosado contra la pared de enfrente había un pequeño taburete recubierto de tapicería holandesa. No había más mobiliario y todo, incluidos la mesa y el taburete, era perfectamente despreciable al lado de una colección de cinco cuadros con dibujos de Durero colgados encima del taburete. No me hubiera movido de allí en horas. Y luego se dice que se roba por hacer dinero. Pat me dio un codazo y dijo:

—Vamos, hombre.

Dios, desgraciadamente, me ha dado un sentido del olfato que para sí quisiera el catador de la casa de Mouton-Rothchild, comerciante en vinos. Nada más trasponer el umbral del salón, me asaltó el olor punzante y característico de un cadáver humano en descomposición. Lo conozco bien; años de recorrer campos de batalla, escenarios de atentados y prisiones de guerra, me han convertido en uno de los primeros conocedores en la materia. Nunca me acostumbraré a él. Me revuelve el estómago.

Pat y yo cruzamos el vestíbulo y nos acercamos a la puerta de lo que evidentemente era el salón. Apoyado contra el quicio, espléndidamente vestido de *smoking*, estaba el fiscal del distrito de Nueva York, Matthew Hartfield.

—Buenas noches, teniente —dijo, volviendo la cabeza. Tenía el aspecto cansado y tenso de quien se ha llevado una sorpresa desagradable sin estar preparado para ella.

—Buenas noches, señor —contestó Patrick. Yo no dije nada.

El fiscal me miró, levantó las cejas, hizo una breve inclinación de cabeza apenas perceptible y, a partir de ese momento, dejé de existir para él.

—Malcom era buen amigo mío, teniente. Esto es una verdadera tragedia para los Estados Unidos y para mí personalmente.

—Así, sin más; los dos protagonistas de este drama eran los Estados Unidos y el señor fiscal general. Vaya por Dios. —Quiero que me informe del progreso de la investigación, paso a paso. Y, teniente, quiero una detención inmediata, cuanto antes.

—Sin añadir una sola palabra, se dio la vuelta y se marchó.

—Sí, señor —murmuró Patrick. Luego, levantó la voz y exclamó—: ¡Joe!

—Teniente —contestó un hombre corpulento que estaba a un par de metros, con un bloc en la mano.

Paseé mi mirada por la escena. Era verdaderamente una enorme habitación. Al fondo había un gigantesco ventanal que daba al río. A la derecha, una gran biblioteca con una chimenea en medio. Como era de esperar, sobre la chimenea colgaba un Juan Gris que yo conocía bien porque era una de mis pinturas favoritas; la había visto hacía poco en una exposición del Metropolitan de pintura postimpresionista y, sobre

un atril que había en el salón de mi casa, tenía el catálogo de la muestra, abierto precisamente por la página en que se reproducía el Gris. Me acababa de enterar de quién era el muerto. En la pared de la izquierda había una puerta de corredera y el larguísimo espacio que quedaba libre hasta el ventanal estaba casi totalmente cubierto por una clásica escena veneciana de Canaletto. El dueño del apartamento creía en la bondad de rodearse de cosas bellas. Aunque, la verdad sea dicha, el dueño del apartamento, probablemente, ya no creía en nada: estaba caído de espaldas en el suelo, con los brazos en cruz. La muerte no tiene nada de sereno. Malcom Aspiner, el empresario de las portadas de *Time*, el mecenas de las Artes, presidente de Aspiner Conglomerates y uno de los hombres más ricos del país, carecía en la muerte de la dignidad y firmeza que había tenido en vida; su cara se había hinchado con el principio de la descomposición, los ojos muy abiertos daban la impresión de írsele a salir de las órbitas y era evidente que, al morir, su esfínter se había relajado haciéndole defecar, lo que añadía un elemento más al horror de la escena.

Aspiner Conglomerates era, en el momento de la muerte de su presidente y principal accionista, la tercera compañía en el *ranking* de *Fortune*, lo que equivale a decir la tercera compañía del mundo. Se me olvidan las cosas que produce o en cuya producción interviene Aspiner Conglomerates. Donde se mire, está: componentes electrónicos para la industria de armamento y para la NASA, plásticos, minería, petróleo, alimentación, plátanos, sí, plátanos, *software* para la cibernética, calzado. Todo. A lo largo de su vida, Aspiner supo diversificar sus inversiones para evitar, de ese modo, problemas con la legislación norteamericana de monopolios. Era un verdadero genio de las finanzas y de la industria. Y, además, fue un hombre de gusto refinado: la Fundación Aspiner tiene en Denver una de las pinacotecas más importantes de los Estados Unidos. Un pilar de la comunidad. Padre de familia respetado, vivía con su mujer y sus cuatro hijos en una magnífica mansión en el condado de Westchester y mantenía este pequeño apartamento en Nueva York, por si tenía que quedarse a dormir allí o para alojar a sus numerosos invitados. Fruslerías.

Ahora, unos cuantos técnicos fotografiaban su cadáver, otros tomaban medidas o colocaban un cerco de cinta adhesiva negra sobre la inmaculada moqueta, alrededor de su cuerpo. El forense, el viejo e irrespetuoso doctor Scott, le examinaba de rodillas.

—Malcom Aspiner, cincuenta y ocho años —dijo Joe—, probablemente asesinado...

—Asesinado, Joe, asesinado —interrumpió Scott con voz segura, y se incorporó—. Buenas noches, Pat. ¡Hombre, si está Chris aquí! ¿Qué, vas a fotografiar a este fiambre, Chris? A Aspiner lo mataron.

—¿Cuándo?

—Yo diría que hace unos cinco días. Tengo que ver lo que nos cuenta la autopsia, pero a lo sumo cinco días, Pat.

—Pero, vamos a ver, ¿cómo es posible que se tarde cinco días en descubrir la

muerte de un personaje de este calibre?

—Humm. Parece que se marchaba a Europa a hacer una breve gira y que, en esos casos, no se le contactaba si él no llamaba antes. Si había algo urgente, le dejaban un mensaje en su oficina de París.

—¿Y?

—Hubo algo urgente. Nada, una tontería de un par de millones de dólares y, al sexto día de no tener noticias tuyas, uno de sus gerentes se puso a buscarle en serio. Bueno, no se había embarcado en avión alguno, no había utilizado el suyo propio, y vinieron a ver.

Patrick me pidió un cigarrillo. Se lo di, me puse otro en los labios y le di fuego.

—¿Cómo le mataron, doc?

—Con una aguja, con un estilete... algo así, aquí detrás —y se señaló la nuca—. Le cortaron el tallo encefálico y el que lo hizo desde luego sabía lo que hacía. Aspiner no debió ni enterarse.

—¿Alguna hipótesis?

—Bueno... —El doctor se rascó la nuca, se sacó un puro del bolsillo, se lo puso en la boca y empezó a mascararlo—. Estoy dejando de fumar, Chris. Deberíais seguir mi ejemplo. No hay señales de lucha... lo cierto es que no se puede saber... ya lo veremos en la autopsia. Bueno, chicos, os lo podéis llevar.

Los camilleros tenían preparada una gran bolsa de plástico verde. Entre dos, agarraron el cadáver, lo introdujeron en la bolsa y cerraron la cremallera. Lo colocaron sobre una camilla y se marcharon con él.

Sobre la moqueta quedó una sola pequeña mancha marrón; una gota de sangre coagulada.

—Joe —dijo mi hermano—, ¿la viuda?

—Se lo iba a contar el fiscal del distrito, teniente.

Miré hacia la luz del techo, que había sido encendida para mejorar la iluminación.

—Pat —dije—, ¿no notas algo raro?

—No. ¿Qué?

—No tengo ni idea... Me ha parecido que hay una vibración en este cuarto, como si temblaran las bombillas... No sé, es algo raro.

—Raro estás tú —dijo el doctor Scott—. Aquí no se nota nada. Anda, Chris, que ves fantasmas por todas partes.

—Será eso.

Hay una cosa a la que nunca consigo acostumbrarme: la frialdad e indiferencia con que la Policía trata a un muerto. Puede que tengan razón. La verdad es que un muerto es menos que nada, y que sólo cuando se tuvo relación con él en vida, se guarda un recuerdo impresionado. Pero no deja de chocarme. Patrick se frotó las manos.

—Bueno —dijo—, aquí ya no tenemos nada que hacer, mientras estén todos estos patosos dando vueltas. Ya me lo contaréis mañana. Chris, vamos a echar una

parrafada con MacDougall. El ascensorista irlandés nos condujo a su cubículo de detrás de la portería. Había preparado té y nos ofreció un tazón a cada uno. Ardía y, de puro cargado, raspaba la lengua.

—Les podría dar algo más fuerte, pero ya sé que la Policía no bebe cuando está de servicio.

—Patrick, Patrick, ya se nota que no sale usted mucho de aquí. Cuando más bebe la Policía es cuando estamos de servicio... No, no. No se mueva. El té nos vendrá bien. Bueno. ¿Qué nos puede contar?

MacDougall levantó las cejas, agitó un poco las manos y se removió en su asiento. Estaba nervioso y se le notaba la poca costumbre de hablar.

—¿Es usted soltero?

—Viudo. —Me miró con sorpresa—. ¿Por qué lo pregunta?

—No, por nada. Me preguntaba si vive usted solo. —Pat me miró con impaciencia.

—Sí, vivo solo. Tengo una hija casada y paso con ellos los domingos cuando no me toca estar aquí.

Pat carraspeó.

—¿Qué nos puede contar?

—Eh... bueno. La última vez que vi al señor Aspiner fue el lunes pasado. Llegaron después de cenar, como a las once...

—¿Llegaron?

—Sí... él y una señorita.

Me empezó a parecer que Malcom Aspiner no era un verdadero pilar de la comunidad. MacDougall sorbió un poco de té ruidosamente.

—¿Una señorita?

—Sí. Nunca la había visto antes. Digo que era una señorita porque se la veía muy joven... muy alta. —Ahora hablaba con mayor seguridad.

—¿La reconocería si la volviera a ver?

—Hombre... yo creo que sí. Era... alta... eh... morena. Bien guapa, sí, bien guapa que era. —Se rió—. Pero no creo que la volvamos a ver.

—¿Por qué?

—Bueno, porque salió como a la hora... serían las doce o así. Me dio las buenas noches, se fue a la calle, llamó un taxi y le pidió que la llevara al aeropuerto Kennedy.

—¿Sonaba a extranjera?

—No sé. —Pensó durante un rato—. La verdad es que no lo sé. Hablar, hablaba bien... me parece. ¿Ustedes son americanos?

—Más o menos. Somos portorriqueños.

—Bueno, pues yo la veo más o menos como ustedes.

—¿Qué quiere decir más o menos como nosotros?

—Pues, qué sé yo... el color de la piel, así, tostado.

He oído muchas definiciones del color de mi piel, pero *tostado* resultaba definitivamente original.

—¿Quiere decir que era latina?

—Eso... eso es... latina.

—Humm. —Pat se rascó la barbilla.

—Y ¿cómo sabe usted que se fue a Kennedy?

—La acompañé hasta la puerta. De noche, ya se sabe, nunca está nadie seguro en Manhattan. Y menos una señorita.

—Ya. —Pat se volvió hacia mí y dijo pensativamente—: Dios sabe cuántos vuelos salen de Kennedy durante la madrugada. Habrá que ver eso. —Suspiró—. Muy bien, Patrick, nos ha sido muy útil. A lo mejor tenemos que volver a darle la lata. —Le dio una palmada en el hombro.

MacDougall se atragantó. Le dio un ataque de tos. Cuando se calmó, dijo:

—A sus órdenes, teniente. Eh... el señor Aspiner era muy querido... muy buena persona. Ya sabe. Me gustaría que la pillaran.

No me pareció muy convencido.

—Humm.

CAPÍTULO V

El día en que conocí a Marta celebrábamos mi primer Pulitzer y el hecho de que había terminado de pagar todas mis deudas. Mi cuenta corriente en el banco disfrutaba de un sanísimo e inusual color negro; tenía exactamente 527 dólares en ella. Mis posesiones incluían cuatro cámaras fotográficas, un pequeño laboratorio para revelar mis propios contactos, el cuadro de Houthuesen, un par de centenares de libros, seis pantalones y cuatro camisas. Era el hombre más feliz del mundo. Y el más rico. Aquella misma mañana había mandado a mis agentes a freír espárragos; había dejado de trabajar en exclusiva para una sola agencia o con primer derecho de reserva para *Time*. De entonces en adelante, quien quisiera mis fotos, las iba a tener que pagar a lo que se cotizara cada disparo de mi objetivo y, además, nadie más que yo iba a decidir qué fotos mías se seleccionaban para publicación. Mi trabajo era mío y, en mi opinión, que es la que cuenta, el mejor del mundo.

¿La foto del Pulitzer? La última foto de guerra que se hizo en Vietnam: la de la niña huyendo con el napalm a la espalda. Aquel día estaba tan eufórico que había conseguido olvidar la tragedia de la niña y no pensaba más que en el futuro.

Nos habíamos ido a cenar al viejo restaurante de Lou, en la Pequeña Italia de Manhattan. Estábamos Tina, Pat y yo. En el momento de sentarnos a la mesa faltaba por llegar John Mazzini, el columnista del *New York Times*, compañero de mil aventuras, y una prima que había anunciado que traería consigo. Lou's es una pequeña tasca, de suelo de baldosa y mesas cubiertas de manteles a cuadros rojos y blancos; nada de fantasías de velitas o iluminación discreta: la luz le viene de enormes tubos fluorescentes que cuelgan del techo. A todo lo largo del restaurante hay una barra y, en uno de sus extremos, en grandes bandejas y cajas de madera, se exhiben mariscos, ostras, bígaros, almejas y mejillones. Detrás de la barra se yergue Lou, siempre en mangas de camisa, con su pinta de gángster mañoso y una eterna sonrisa en la que brilla un sólido diente de oro. Lou ha debido verlas de todos los colores. Su establecimiento está en una esquina, justo enfrente de la estatua de San Gennaro, y en ese preciso lugar, han muerto decenas de mafiosos en tradicionales ajustes de cuentas a lo largo de cuarenta años. Pero los *spaghetti alie vongole* de Lou son los mejores del mundo, y cuando en verano se decide a hacer salsa de *pesto*, sus fieles acudimos en masa.

En esta ocasión, Lou había abandonado su tradicional puesto de vigilancia de detrás de la barra (los viejos del lugar aseguraban que, al alcance de su mano, al lado de los vasos y las botellas, tenía una Lupara siempre cargada) y se había acercado a nuestra mesa con un gigantesco botellón de vino espumante en la mano.

—¡Eh, *signor* Christopher! —dijo—, aquí se festeja hoy al más famoso de todos los periodistas. Aquí hoy se bebe por cuenta de la casa. Un viejo *spumante* Cinzano. —Y agitaba el botellón con entusiasmo.

John Mazzini llegó en ese momento. A su lado venía una maravillosa criatura.

Pequeña, morena, tenía las facciones delicadas y perfectamente delineadas de una *madonna* de Andrea del Sarto. Y en su mentón acababa la pureza virginal: debajo del viejo jersey de lana se adivinaba más fuego que en un volcán, y las piernas, enfundadas en un estrecho par de *jeans*, daban la impresión de estar rodeadas de piel tersa y apretada. Se me debió poner cara de tonto porque Tina me miró, enarcó las cejas y sonrió con picardía, y la niña, en el instante de un segundo, hizo tres cosas que establecieron, para el resto de mi vida, la vitalidad de aquel rostro increíble: me miró con sorpresa, rompió a sonreír con la insolencia que da la certeza de haber impresionado a un hombre y se puso colorada al darse cuenta de las implicaciones del efecto que había producido en mí.

—¡Chris! —exclamó Mazzini—. ¿Chris? ¿Me estás oyendo? —De repente, se calló. Me miró y, lentamente, fue volviendo la cabeza hasta que su vista se fijó en la niña. Poco a poco se dibujó una sonrisa, cada vez mayor, en su semblante, hasta que rompió a reír francamente—. ¡Pero, hombre! Caramba. Hombre, te voy a presentar a mi prima, aunque, a juzgar por la cara que pones, no sé si debería. Mira, ésta es Marta. Marta —añadió solemnemente—, éste es mi amigo Christopher Rodríguez, el mejor fotógrafo del mundo y un tipo muy poco recomendable.

Marta se acercó y, ladeando la cabeza, me ofreció su mano. La cogí y tiré de ella hacia mí. Entonces, con un impulso que nunca seré capaz de repetir en mi vida, le puse la mano izquierda debajo de la barbilla e, inclinándome, la besé en los labios. Aún hoy recuerdo la suavidad de su boca y el aroma fresco de su aliento. Me enderecé y quedé paralizado de vergüenza, mientras los que estaban en la mesa aplaudían y reían alegremente.

En un gesto que aprendí a reconocer como terriblemente suyo, Marta hinchó los carrillos, sopló hacia arriba para quitarse un mechón de pelo que le caía sobre la frente y se dejó caer sentada en una silla.

Hay veces en que, en el duermevela de la madrugada, recuerdo y medio sueño esta escena. Soy capaz de reproducirla en mi memoria como si acabara de pasar, y daría, no los dedos de mi pie, sino toda mi pierna y después la otra con tal de poder retroceder diez años y volver a encontrarme en el restaurante de Lou aquella noche del Pulitzer.

Me levanté empapado en sudor. Me dolía la cabeza y me escocía la garganta. En la cocina, Dennis me dijo:

—Tienes mala cara.

—Dennis, vete a freír puñetas.

—¿Vas a venir a recuperación hoy?

—No lo sé. Tal vez por la tarde.

Para entrar al edificio de Langley, cuartel general de la CIA, hay que pasar por numerosos controles que requieren identificación por documentos, por huellas dactilares y, finalmente, por la prueba de la voz, cuya tonalidad es tan segura e indeleble como los surcos microscópicos de los dedos. No me parece que se fien

mucho de la gente que les visita y, si la cita es con el director, se tiene la sensación de ser un delincuente en potencia, a quien los agentes de seguridad preferirían meter en una mazmorra antes que en el ascensor que lleva al piso de los superpoderosos.

Cuando me hicieron pasar al despacho del director, éste estaba sentado detrás de su mesa, impecablemente vestido como siempre y enfrascado en la lectura de un montón de documentos. A las ocho de la mañana. Hay cosas que no entiendo en la vida. Levantó la vista, sonrió, y me dijo:

—Adelante, adelante, Christopher —y con la mano señaló un pequeño sillón que había delante de su mesa—. Siéntese. Vamos a ver si es usted capaz de superar con bien la prueba del café de esta casa. —Sonrió nuevamente y, dirigiéndose a su secretaria, dijo—: Traiga usted café, por favor. Supongo que unas galletas también. —Levantó las cejas inquisitivamente en dirección a mí.

Hice un gesto afirmativo y me encogí de hombros.

—Habrá que arriesgarse, señor.

—Habrá que arriesgarse. —Se puso serio—. Christopher, imaginará usted por qué le he llamado para que se ocupe de esta investigación. No es sólo, como dijimos la otra noche, que no pueda fiarme de mi propia gente. Es que necesito personas sin ideas preconcebidas, con capacidad independiente de movimientos y con un alto grado de conocimientos técnicos.

Levanté una mano.

—Me temo, señor, que, en mi caso, el alto grado de conocimientos técnicos es absolutamente inexistente...

—Ya lo sé. Pero tiene usted una virtud imbatible. Usted y la señorita Mahler son un equipo completo. Lo que a ella le falta en movilidad, lo suple con la técnica...

—¡Ah! Nina Mahler y yo colaboramos en esto...

—Naturalmente. ¿No se lo dijo Gardner?

—No, señor.

—Vaya, qué hombre más desmemoriado. —Meneó la cabeza de derecha a izquierda. Se levantó y, sacando una pequeña llave del bolsillo del pantalón, se acerco a una caja fuerte que había en una esquina. Marcó la combinación, introdujo la llave y abrió la puerta. Extrajo un papel y, con él en la mano, se volvió a sentar. Era lo que se llama un *print-out*, una hoja impresa por computador—. Vamos a ver, Christopher. Que yo sepa, la prueba de la manipulación, si es que ha existido, está aquí. —Sacudió el *print-out*.— Tanto el presidente como yo tenemos un terminal como éste —señaló una pantalla colocada sobre el teclado y una impresora que había en una pequeña mesa supletoria a la derecha de su propia mesa de despacho—. Para utilizar los datos e informaciones de nuestro computador, tengo que hacer dos cosas: en primer lugar, abrir el interruptor de seguridad con una llave que tengo aquí, permanentemente colgada de mi cuello. En segundo lugar, debo escribir mi nombre y, cuando me lo pide el ordenador, mi clave personal. Sólo el presidente de los Estados Unidos, David Gardner y yo tenemos la clave personal que permite el acceso a toda la información

secreta de este país. Puede usted imaginar los secretos que guardamos entre los tres.

—Pero John Lawrence dice que Gardner no dispone de pantalla.

El director sonrió.

—Sí que la tiene, sí. Pero en su casa, en una habitación blindada.

—¿Cuántas personas pueden obtener ese *print-out* del computador? —pregunté, señalando con la barbilla la hoja que el director tenía aún en la mano.

—Sólo tres, como le digo. El presidente, David y yo.

—Muy bien, señor. Pues si lo que le hace sospechar que ha habido manipulación está en esa hoja solamente, y el ordenador sólo produce ese impreso cuando se lo ordena una de tres personas...

—... El culpable tiene que ser uno de nosotros tres —dijo, asintiendo con la cabeza. Sonrió—. Lo malo es que es imposible. Eso querría decir que o el presidente o yo o Gardner somos espías. Bueno... todo es posible. Alguno de nosotros podría ser un espía soviético. Pero, no... es impensable, Christopher. Impensable. La naturaleza humana es débil, pero ninguno de los tres seríamos lo que somos o habríamos prestado los servicios que hemos prestado a los Estados Unidos, con el daño sustancial, *sustancial*, que le hemos hecho en ocasiones a la Unión Soviética, si fuéramos comunistas. El valor de tener un *topo* en una posición tan elevada como la que desempeñamos cualquiera de nosotros se esfuma ante los servicios contrarios a los intereses soviéticos que hemos realizado. —Se quedó callado, pensando. Era evidentemente un argumento que se había repetido muchas veces y que le convencía. Asintió y volvió a fijar su mirada en mí—. No, es imposible.

—Nada es imposible en la vida, señor. Usted mismo lo ha dicho —dije lentamente en voz baja. Lo cierto es que me asustaba la mera posibilidad de que una cosa así pudiera ocurrir.

—Sin embargo —añadió como si no me hubiera oído—, ponemos algunas salvaguardas. Nuestro historial es conocido hasta en sus más mínimos detalles. Yo creo que la CIA sabe más de nosotros que cualquiera de nuestras madres. Y, desde hace años, sigue paso a paso cada una de las cosas que hacemos. Yo, menos, pero el presidente y Gardner llevan muchos años al servicio del Estado. Hay más: desde que cada uno ocupamos el puesto que ocupamos, cada uno de nuestros movimientos, cada conversación, cada viaje, cada llamada de teléfono, es cuidadosamente vigilado, grabado y registrado en el ordenador. Nos sería imposible establecer la clase de relación que es necesaria para llegar al punto en que se puede confiar lo suficientemente en el enemigo como para entregarle un secreto de esta naturaleza. —Se acarició la barbilla con el papel, mirando por encima de mi hombro hacia la ventana. Hizo un gesto denegatorio con la cabeza—. ¿Dinero? Me parece difícil que alguien pudiera pagarnos el dinero que haría falta para comprar una traición. Los tres tenemos más dinero del que nos haría falta para vivir más que espléndidamente. ¿Poder? ¿Qué más poder podemos llegar a tener en la URSS? ¿Más que el que tenemos aquí? Imposible. No.

—Muy bien, señor. Acepto los argumentos que usted me da. De acuerdo. Son ustedes más inocentes que Blancanieves. ¿Y ahora qué?

—Ahora, amigo mío, tiene usted que buscar lo imposible. En esta hoja.

Sí, señor; que se lo confiaran al inimitable C. Rodríguez. Había llegado la flor de Puerto Rico. El caso estaba resuelto.

—¿Me enseña usted la hoja?

Sin decir una palabra, me la entregó. Bueno, aparte de que el texto estaba en mayúsculas y que lo primero que vi fue el nombre de Markoff, no me pareció contener nada particularmente revelador. Así, de entrada.

—No necesito decirle que lo que está usted leyendo es absolutamente secreto y que no lo conocen más que tres personas... bueno, cuatro, en el mundo.

Levanté la vista y la fijé en su cara sin decir nada. Dio un gruñido.

—Ya —dijo—, y todo el Kremlin. —Sonrió débilmente. Bajé la mirada y leí.

1. 28. 82. 09. 33.

XXXXXXXXXXXX. Senador Thomas Perkins. Estatus financiero senador Perkins. 26 000 acciones AT&T + 3000 obligaciones Consolidated Edison + Cuentas bancarias y saldos: Manufacturers Hanover Trust USD431055.36 + Chase Manhattan depósito a la vista USD 200 000 + CréditSuisse tres meses SWF1 233 000 + Condominio Vail Coló. Snowsun APT. 6B + Casa Sunset Blvd. 1505 L. A. + Washington DC calle P 1630 + XXXXXXXXXXXX.

1. 28. 82.: 09. 41.

XXXXXXXXXXXX. Senador Thomas Perkins. Los Ángeles. Contactos 1. 27. 82.: 08. 13. Teléfono Vladimir Markoff, residente KGB, identificado por voz, intercambio anodino (reproducción verbatim en expediente) + 08. 56 Teléfono Ronald Enders, presidente comité reelección demócrata, estableciendo cita para almorzar+ 09. 01 Teléfono Mharles Retting, amigo personal, cita para golf posmeridiana+ resto mañana, reunión ininterrum

El resto del *print-out* había sido cuidadosamente arrancado.

—No parece que esté en la calle el senador Perkins —dije, sin levantar la vista—. Markoff, ¿eh? ¿Es por eso que le vigilan?

—No, desde luego que no. El contacto de Markoff ha sido una sorpresa. Por eso me fijé más en el *print-out*. A veces me pregunto por qué los soviets mantienen aquí a Markoff.

—Usted lo sabrá mejor que yo, pero se me ocurre que es mejor tener bien a la vista a un agente quemado, mientras se opera en la sombra. Al fin y al cabo, Markoff raramente sale al campo. Controla desde la embajada soviética, maneja los hilos... Supongo que asumen que da igual quién maneja los hilos con tal de que no se sepa cuál es el color del algodón.

—Usted estuvo involucrado en la operación del Midwest, ¿no?

—Sí, señor.

—Humm. No salió muy bien aquello. En fin —suspiró—, qué le vamos a hacer. Bueno, ¿qué le ve usted a ese papel?

—Bueno... —Apreté los labios—. Una falta de impresión...

—¿La ha visto también? —preguntó con agitación.

—Claro. En realidad, son dos.

—¿Dos?

—Sí, señor. ¿Pero no pueden ser error del operador?

—No, eso es imposible. —Con gesto impaciente de la mano, descartó la suposición—. Dígame lo que ve.

—Bueno... en primer lugar, no conozco a nadie que se llame Mharles... Charles,

sí. Charles Retting. Todos sabemos quién es. —Retting es uno de esos millonarios californianos que son dueños de siete mil cosas y que no saben bien lo que tienen—. En segundo lugar... a lo mejor es una tontería, pero...

—Pero ¿qué? ¡Vamos, hombre!

—Si usted dice que el error es impensable...

—Sí, la máquina los corrige.

... Cada vez que en este papel hay una coma, hay un espacio en blanco antes y después... ¿no?... entonces no veo cómo al apellido Retting sigue una coma sin que haya corrido un espacio.

—¡Claro! Eso no puede ser. El ordenador corre automáticamente un espacio antes y después de un signo de puntuación.

—Se inclinó hacia adelante.

—Eso quiere decir que el nombre de Retting, para que la coma que le sigue no corra un espacio, ha sido introducido *después* de que estuviera grabado en el texto original... Por tanto, ha sido una corrección hecha por un operador distinto y en una operación diferente a la que da lugar a la inscripción original.

El director se recostó en su asiento y me miró en silencio. Luego pulsó un botón y dijo:

—¿Qué pasa con el café?

—Bueno, señor —contestó inmediatamente la voz de su secretaria—, puso usted la luz roja... Ahora mismo se lo llevo.

Levanté las cejas.

—Son las manías de la seguridad —dijo el director con tono resignado—. Cuando me siento con un visitante, aprieto un botón que hay al lado de mi pie y, fuera de mi puerta, se enciende una luz roja. Eso quiere decir que nadie debe pasar. —Sonrió—. A veces, aprieto el botón de alarma y no puede usted ni imaginar la que se arma.

La secretaria entró con una bandeja en la que había un termo, dos tazas, una pequeña jarra de crema, un azucarero y un plato con galletas, de esas horribles que siempre están rancias. Dejó la bandeja encima de la mesa del despacho y se retiró sin decir palabra. Alargué la mano y cogí una galleta. No estaba rancia.

—No están rancias —dijo el director, sonriendo—. ¿Solo?

—Con un poco de crema y sin azúcar, gracias, señor.

Me sirvió un café y le añadió la leche. Lo probé. Estaba, efectivamente repugnante.

—Malo, ¿eh?

—No hay quien se lo tome. —Me dio la impresión de que todas estas fruslerías y pérdidas de tiempo respondían a una cierta ansiedad por parte del director: lo que le preocupaba ver confirmadas sus sospechas y pensar en las consecuencias; debía de estar sintiéndose francamente alarmado. Suspiró.

—Vamos allá, Christopher.

—Bueno, señor, lo único que cabe imaginar es que quien quiera que sea nuestro

ladrón borró el nombre de quien de verdad llamó al senador Perkins y lo sustituyó por otro. Eso puede querer decir dos cosas: o que es el propio interesado o que está a sueldo del interesado. En ambos casos, el nombre del verdadero comunicante debe ser en sí mismo tan escandaloso que, con sólo leerlo, descubriríamos algo verdaderamente grave. —Plusmarca Rodríguez en errores de ciento ochenta grados—. Y mucho más considerando el medio que se utiliza; nadie se molestaría en alterar nada menos que el computador de la CIA por un quítame allá esas pajas... Claro que —levanté la mirada y la fijé en sus ojos, en un momento de gran operatividad de la inteligencia privilegiada de C. Rodríguez— puede averiguarse quién es realmente el interesado de manera bastante sencilla...

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Llamando al club de golf y preguntando con quién jugó el senador durante la tarde del 27 de enero...

—Eso ya lo hice. Fue lo primero que se me ocurrió —y tuvo la bondad de no sonreír—. La reserva estaba hecha a nombre de Perkins y su contrincante no se presentó esa tarde. El senador jugó con unos cuantos colegas que estaban allí. El *caddy* recuerda bien el malhumor de Perkins, pero, lamentablemente, no recuerda quién le dio plantón. Y Retting, desde luego, no pudo ser porque se marchó de viaje esa misma tarde. A menos de que fuera él mismo el que le diera el plantón.

—Vaya. ¿Y por qué no preguntárselo al interesado?

—Naturalmente, Christopher. ¿Se imagina usted la cara del senador Perkins, del Partido Demócrata, firme defensor de las libertades individuales y del derecho al respeto de la esfera privada, si me acerco a él y le digo: «Perkins, amigo mío, estaba relejendo tu ficha en mi ordenador y no queda claro quién fue tu contrincante de ayer en el noble deporte del golf»?

—He dicho una tontería, señor.

—Humm. —Hizo una pausa. —¿Cómo se ha hecho? ¿Quién lo ha hecho? ¿Qué oscuros intereses se esconden detrás de todo esto? Puede usted suponer que se abren las más insospechadas posibilidades. ¿Perkins, agente soviético? ¿Markoff metido de por medio? ¿El archivo más secreto de los Estados Unidos en manos de la Unión Soviética? Dios del cielo, Christopher, vaya y averíguelo como sea.

—Muy bien, señor —contesté con una convicción que estaba lejos de sentir. No sólo no tenía ni idea de por dónde empezar; es que, además, a mí también me molesta, como le molestaría a Perkins, que no se respete mi esfera privada. No quiero ni pensar en la ficha que debe figurar a mi nombre—. Antes de marcharme, sin embargo, quisiera asegurarme de una cosa... si es que usted no lo ha hecho ya. —La prudencia se aprende deprisa—. ¿Podríamos pedirle al ordenador que nos enseñara nuevamente la página? A lo mejor, en el momento preciso de la impresión, hubo un fallo eléctrico, un terremoto, qué sé yo, y se alteraron las pulsaciones.

Sin pronunciar palabra, el director se soltó el botón del cuello de la camisa, tiró de una cadena de oro y sacó la llave del interruptor de seguridad. Tenía, más bien,

aspecto de ser un pulsador electrónico. Se quitó la cadena, enchufó la llave en el costado de la pantalla y la hizo girar. Se enderezó, me miró y dijo:

—¿Quiere usted apartarse un poco, por favor?

Me levanté y me fui al otro lado de la habitación. El director se puso a escribir en su teclado, intercambiando evidentemente con su ordenador las lindezas mundanas que son de rigor. Hola. Buenos días. ¿Qué tal el tiempo hoy? Cosas así. Y la clave más secreta del mundo. Bueno, la más secreta, ya no. Al cabo de un rato, dijo:

—¿Le importa venir aquí?

Me acerqué y, por encima de su hombro, leí en la pantalla:

«09.01 Teléfono Mharles Retting, amigo personal, cita para golf».

—No hay duda, ¿eh, Christopher?

—No, señor, no hay duda.

El director se levantó de su sillón, rodeó su mesa de despacho y se acercó a mí. Me puso una mano en el hombro.

—Tenemos un problema, Christopher. No dude usted en acudir a mí cuando lo necesite. No tengo previsto moverme de Washington en las próximas semanas. Sólo hoy voy a ir a Nueva York, al entierro de Malcom Aspiner. ¿Se entero usted de su muerte?

—Sí, señor. Una lástima.

—Era un buen amigo mío. Una verdadera lástima. Lo siento por Mary; estaban muy unidos. Lo cierto es que era amigo de todo el mundo. Del presidente, también. Hasta de Gardner, que no tiene amigos. —Sacudió la cabeza.

Siempre que salgo del cuartel general de la CIA me detengo un momento, miro hacia atrás y dejo que me dé un escalofrío.

Tengo que confesar que odio Langley, probablemente igual que odiaría la plaza Dzerzinski si fuera un empleado de la KGB.

Es posible que la norteamericana y la soviética no sean las peores o las más malvadas de las organizaciones de espionaje; pero, en este asunto, la antipatía no se mide por la maldad sino por el tamaño. La verdad, por otra parte, es que técnicamente yo no era un miembro de la CIA. El organismo que dirigía Gardner ni siquiera tenía nombre y no constaba en partida presupuestaria alguna; es uno de esos servicios ejecutivos que están directamente a las órdenes del presidente de los Estados Unidos. Fue creado en los años cincuenta como perro guardián de la pureza de los demás organismos de inteligencia de los Estados Unidos. «Una organización limitada en el tiempo», se dijo en aquellos momentos, y, como toda criatura provisional, se mantiene hoy con más fuerza que nunca. El hecho de que Gardner respondiera sólo ante el presidente, le confería un poder realmente extraordinario. Gardner no controlaba la pureza de nada. Ni le importaba. Lo único que hacía era montar y dirigir operaciones especiales, las más especiales y, con toda seguridad, las más sucias. Con una sola ventaja objetiva: no era en absoluto partidista y estaba exclusivamente al

servicio de los intereses globales del país.

Ni yo mismo sé cuánta gente trabaja a las órdenes de mi querido jefe. ¿Centenares? ¿Miles? ¿Una veintena? Lo que sí sé es que el servicio invade las áreas de competencia de la CIA, del FBI y de la Agencia de Seguridad Nacional. Nada le detiene y nadie le conoce en realidad. En teoría, David Gardner era uno de los subdirectores de la CIA y me parece que ni siquiera Markoff sabía muy bien dónde colocarle. Yo, en cambio, sí sabía dónde colocarle: en el círculo más bajo del infierno de Dante.

¿Y qué hace un amable personaje como yo en un sitio como éste? Estoy metido en este lío por dos razones fundamentales: me engañaron al principio y, una vez dentro, no se sale uno como no sea con los pies por delante. No es concebible que me acerque una tarde a Masters y le diga, sonriendo: «Muchas gracias, querido amigo, pero me he hartado y me voy a mi casa para siempre; ya no puedo más». Me va en ello la vida y eso no es una broma. No sé cuánta cuerda me queda, pero aunque sea poca, no soy un inconsciente.

Como siempre ocurre, una organización que nació con mucho poder para un fin muy concreto acaba siendo un fin en sí mismo y, a medida que pierde su justificación, crece y crece hasta hacerse absolutamente indispensable o, lo que es peor, totalmente dispensable; y entonces sí que no la mueve ni la bomba atómica. Y entonces sí que no puede abandonarla nadie: la organización no puede tolerar una defección que pueda poner de manifiesto que no pasa nada si uno se va. Por otra parte, la organización tampoco puede permitir que uno de sus exmiembros circule por ahí como una bomba de relojería; soy el depósito viviente de los secretos más oscuros y sucios de los Estados Unidos. De una forma u otra, moriré con ellos, sin que me dé tiempo a contárselos a nadie.

Lo cierto es que, para sumarme a las huestes de Gardner, no es que me engañaran; es que me dejé engañar. Estaba tan imbuido de mi importancia, estaba tan convencido de que había llegado a ser el mejor fotógrafo del mundo, tan seguro de que mi valía trascendía la del mero fotógrafo (mis fotos tenían más «mensaje» que millones de palabras), que, como un colorito, estaba dispuesto y deseando «contribuir». Me cazaron como a un pichón. La próxima vez que alguien se me acerque y me invoque el argumento de que el fin justifica los medios, le degüello sin mediar palabra. El razonamiento es el siguiente: nuestro sistema es el mejor del mundo, en nuestro país existe la verdadera felicidad y millones, *millones*, de personas tienen derecho a que unos cuantos superhombres, silenciosa y modestamente generosos y sacrificados, les protejan (como si el sistema no fuera capaz de defenderse por sus propios méritos); ¿no quiere usted ser uno de esos dioses? ¿No cree usted que, siendo como es, tiene la obligación de estar entre esos pocos elegidos que van a salvar a la patria? Es un privilegio al que usted no tiene derecho a negarse. Si uno es tan tonto y fatuo como yo lo era hace ocho o nueve años, cae en la trampa sin necesidad de más presión.

Recuerdo bien el instante en que ocurrió. Estaba en Jerusalén cubriendo la

precaria paz del final de la última de las guerras lanzadas por aquella pandilla de locos. Sirios, palestinos, libaneses, israelíes, todos iguales. Era una mañana clara y límpida, con el cielo muy azul contrastando con los tonos ocres de la tierra y la abigarrada confusión de los mil edificios, las tiendas, los zocos y las iglesias. Una confusión alegre, charlatana y chillona, como sólo puede haberla en el Oriente Medio, con olores mezclándose y flotando sobre los ruidos y los colores. Parece imposible que a tanta variopinta pobreza, tanta juventud y vejez, tanto tullido y tanto fuerte, ocupándose de sus cosas, yendo de un sitio para otro, comiendo pan recién salido de un horno aromático de en medio de la plaza, añadiéndole o no unas lonchas de cordero con hierbas compradas un poco más allá, mirando con indiferencia o con desconfianza o con interés, saludando expresivamente a un primo o a un rabino o a un *mullah*, pueda luego añadirse un elemento como la guerra, tan ajeno a una vida comunitaria intensa. Yo estaba en medio de aquello, disparando mi objetivo sin cesar, cambiando de una cámara a otra, agotando un carrete detrás de otro y disfrutando como rara vez lo había hecho en mi vida. Creo que la mezcla de luces y colores, de sombras y tonalidades, era la sensación más rica, más pletórica que jamás había experimentado.

En la plaza, a cuarenta metros de mí, se detuvo un viejo y renqueante autobús y de él empezaron a bajar estudiantes, turistas, viejas mujeres y algún niño. Me volví hacia el autobús, con la cámara en una mano a la altura del pecho. No lo recuerdo bien, pero seguro que estaba sonriendo. Una milésima de segundo antes del estallido de la bomba, percibí el fogonazo. El sobresalto me hizo disparar el objetivo. Y queda en la foto, increíblemente nítida, el autobús abriéndose como un hongo por su centro; hay un asiento doble volando por el aire y uno de sus dos ocupantes, aún sentado en él, tiene un brazo levantado y la cabeza doblada hacia atrás; flota delante de él una cesta de mimbre. Sé lo que es porque, más tarde, encontré la cesta en una esquina de la plaza.

Hubo cuarenta muertos y ya ni recuerdo cuántas decenas de heridos. La onda expansiva me tiró hacia atrás y caí sobre un tenderete en el que un viejo desdentado vendía semillas.

Media hora después estaba revelando febrilmente la película en la redacción de uno de los periódicos locales. Había terminado el carrete recién empezado, sacando fotos aceleradas de la dantesca escena. Tenía entre las manos una de las más sensacionales exclusivas mundiales a que jamás haya tenido acceso. En aquel momento no pensaba en nadie ni en nada; la tragedia carecía de importancia al lado de la portada del *New York Times* y del *Herald Tribune* y del *Time* del día siguiente. «*Photograph by C. Rodríguez*». Ese era mi lema. Mis prioridades estaban bien claras; sólo cuando hube enviado las fotos por la telecopiadora, me puse a mirarlas en serio. Me dio un vuelco el corazón.

Como un sonámbulo volví hacia la plaza. Al llegar a su entrada, en la que se arremolinaban centenares de personas sollozando, gritando y gesticulando, pude

abrirme paso hasta donde lo cortaba un joven soldado israelí. Lo que más me impresionó fue que, cuando llamé su atención y se volvió hacia mí, estaba llorando.

—No se puede pasar —me dijo—. ¿Por qué no nos dejan en paz con sus fotos?

Le dije que yo estaba en la plaza en el momento de la explosión, que había sacado fotos y que creía que interesarían a la Policía. El soldado me miró fijamente; se descolgó un *walkie-talkie* de la cintura y pidió instrucciones. Al poco rato apareció un teniente y me pidió que le acompañara.

En el improvisado tenderete que servía de hospital de campaña y de puesto de mando, me pusieron en manos de un coronel del ejército israelí y de un civil, pulcramente vestido. Ambos estaban pálidos y reflejaban la gravedad del momento. Septiembre Negro, la más radical de las organizaciones terroristas palestinas, acababa de hacerse responsable del atentado.

Entregué mis fotos y expliqué lo que había visto. El coronel me miraba con aire ausente y asentía de vez en cuando. El civil, por el contrario, vigilaba atentamente mi cara, como si quisiera leer pormenorizadamente cada una de mis expresiones. Cuando hube terminado mi explicación, el civil me dio las gracias, hizo una pausa y luego me dijo:

—Me llamo John Lawrence. ¿Usted es el Christopher Rodríguez que yo creo que es? ¿El Pulitzer?

Asentí con la cabeza.

—¿No le revuelve todo esto el estómago? ¿Qué han hecho los judíos para merecer esto? Todas ellas, preguntas terribles, ¿verdad? Me gustaría que charláramos un poquito más. ¿En qué hotel se aloja usted?

—Intercontinental —contesté.

—¿Podríamos cenar juntos?

Mucho tiempo después descubrí que, en realidad, a John Lawrence le interesaba menos mi personalidad que la capacidad de movimiento que me prestaba mi fama de fotógrafo. Así es la vida.

CAPÍTULO VI

—Markoff, ¿eh? —dijo Nina Mahler, sin levantar la vista del *print-out*—. ¿Qué diablos pintará éste en esta historia? ¿Humm?

—Eso mismo pensé yo, Nina —dije—. Si Markoff está metido, hay lío seguro. ¿El bueno de Vladimir hablando en secreto con un senador de los Estados Unidos? Mala cosa. Me parece que vamos a tener que mirar esto con lupa. Y eso que me dice el director de que él fue el primer sorprendido por la presencia del camarada en la vida de Perkins, no se lo cree ni él...

—No, claro que no. Bien —añadió con firmeza—, le dijiste a Masters que este papel tiene dos errores, ¿no?

Seguía sin mirarme. Es un truco típico de ella: aparentar que sus descubrimientos imposibles son fáciles y están al alcance de cualquiera, para después levantar la vista con perfecta inocencia y sorprenderse de que su interlocutor no haya caído en la cuenta de algo tan sencillo. Por una vez, le desinflé el globo.

—Naturalmente, Nina. —No le gustó nada—. Y habiendo establecido una certeza razonable sobre el hecho en sí de que alguien ha tenido acceso a la clave del computador, no estaría de más averiguar cómo lo ha hecho, de qué le ha servido...

—... Y quién es el caco. Sí, amor —dijo pensativamente—, quién diablos es el caco...

—Hombre... es también lógico pensar que los malos de la película son los de siempre: el bueno de Markoff, que representa los intereses malignos del gran oso de Moscú, y sus muchachos.

—Imposible, amor. Markoff no tiene medio de acceder a la clave. Le caería encima tal cantidad de agentes antes de abandonar la escena del crimen, que habría que despegarle de la acera con quitamanchas. No... eso no puede ser. No, no. Aquí nos estamos enfrentando con un *topo* que es un absoluto genio y con un montaje considerablemente más sofisticado que el de nuestro Vladimir. Hombre, no descarto una acción KGB, pero a unos niveles que van a exigir de nosotros escarbar hasta profundidades insospechadas.

—¿Qué se te ocurre?

—Chris, amor, me podrán decir lo que quieran, pero un computador lo programan seres humanos y, por mucha vigilancia que haya para impedir que hagan perrerías, la fuga tiene que salir de un solo sitio y ha sido realizada por un único individuo. Le encontraremos, no te quepa la menor duda. —Me miró y arrugó el entrecejo—. ¿Qué estás pensando?

—Bueno, que si los rusos querían nuestra información y la tienen, no veo por qué no han borrado la memoria de nuestro computador, una vez que nos robaron. Eso sí que nos habría hecho daño.

—Humm, no. Hay dos objetivos: el robo, que es útil de por sí, y el sigilo. Si no

nos enteramos de que nos están robando, seguirán haciéndolo en el futuro y nosotros, como inocentes doncellas. Sólo el ojo avizor de Henry Masters ha sido capaz de detectar el hecho.

—Ya...

—Mientras tanto, los rusos no saben que hemos descubierto su trampa y, de perdidos al río: se les puede dar información falsa y así minimizar el desastre.

—Otra pega, Nina. Seguro que me la sabes rebatir. ¡Aj! Me canso, ¿sabes?

Nina sonrió.

—Esta mañana, para acceder a la información del ordenador, Masters tuvo que hacer tres cosas: usar una llave, poner su nombre en la pantalla y escribir la clave. ¿OK? Bueno, pues su nombre queda registrado. Por consiguiente, nadie que quiera utilizar el ordenador puede hacerlo sin firmar y sin que quede registrada la firma. ¿Cómo es que no ha quedado registrada la firma del ladrón? Vamos, digo yo que no ha quedado registrada porque, en caso contrario, estaría ya entre rejas.

—No tengo ni la menor idea. No sé cómo lo ha hecho, amor.

—Frunció el ceño. —Creía que estos ordenadores son inviolables, pero, evidentemente, hay un modo de hacerlo. No sé...

—Sacudió la cabeza. —No lo sé. Desde luego, nuestro ladrón es un experto en informática y ha encontrado un modo de permanecer en el anonimato... Lo que, por supuesto, tenía era la clave y el lenguaje que se había utilizado para programar al ordenador...

—¿Lenguaje?

—Desde luego —contestó Nina pacientemente—. Mira, no nos vamos a meter en honduras, pero bástete saber que, para programar, pueden utilizarse muchos idiomas, unos más sofisticados que otros. El Basic, el Algol-60, el Algol-68, el Cobol, el Simula, qué sé yo; hay un montón. Cuanto más sofisticado es el lenguaje, más complicado resulta de manipular. El Basic, que es el más sencillo de todos y que fue el primero inventado, allá por los años cincuenta, ya no lo utiliza nadie. La CIA tiene el suyo propio, por ejemplo. Una vez que el ladrón tiene el idioma, puede instruir al computador y ordenarle lo que quiera: que olvide que ha hablado con él, que le mande automáticamente toda la información que almacena, que baile la samba, lo que quiera. Lo único que no puede hacer es decirle que borre la firma que ha tenido que utilizar. Tener que utilizar una firma es como dejar arañazos en la combinación de una caja fuerte: imborrable. Y, sin embargo, lo ha hecho —añadió pensativamente—. ¿Cómo diablos? Bueno... a lo mejor... —dijo lentamente—... la última generación de ordenadores empieza a incluir memorias infinitas. Es un nuevo descubrimiento que tiene incorporado la CIA. Un ladrón hábil podría, tal vez... no sé, tal vez esconder su firma, enterrarla muy dentro de la memoria infinita, de tal modo que sólo una casualidad entre mil billones hiciera que se encontrara. No estoy segura de que sea posible; no conozco bien el sistema... Pero... me parece difícil. El ladrón tendría que cambiar el programa y, para eso, tendría que tener acceso físico al

computador y manejar sus tripas. ¡Puf! Con la seguridad que hay, me parece improbable.

—Bien, está bien, Nina. Me lo creo. No sé si habrá sido como tú dices. Ya veremos. ¿Qué sabemos de momento? Un ladrón ha obtenido la clave de nuestro computador y puede hablar con él porque también conoce su idioma. Es evidente que roba, como lo demuestra el *print-out* de Masters, y es evidente que el método utilizado es el de desviar la información hacia otro computador. ¿En la Unión Soviética?

—No, amor. Sería demasiado arriesgado. Es mucho más fácil utilizar un computador en los Estados Unidos y mandar papeles impresos o cintas por valija diplomática desde la embajada soviética en Washington.

—Pero si el computador de la CIA está hecho de encargo, no podrá utilizarse otro diferente.

—Incorrecto. Puede utilizarse otro diferente. Desde luego, uno muy sofisticado. Un IBM, un UNIVAC... que utilice un programa igual al nuestro.

—¿Por qué? ¿No dice Gardner que cualquier niño con un computador casero puede ponerse en contacto con un ordenador sofisticado?

—Sí, pero no con el de la CIA u otro de similar sofisticación. Verás, estos grandes monstruos están utilizando un nuevo sistema de memoria que se basa en impulsos electrónicos por sonido. Si tu programa no incluye las mismas claves de sonido, no tienes modo de acceder al de la CIA.

—Ya.

—Además, para disfrutar al cien por cien de las ventajas de una memoria global, tienes que disponer de un banco de memoria tan grande como el de la CIA, tienes que tener un acceso conjunto e ilimitado a tu memoria. ¿Has visto el ordenador de la CIA últimamente?

—Ya. Es gigantesco.

—Por lo tanto, una máquina así no la puede tener un colegial...

—... Y supongo que es relativamente sencillo saber cuántos aparatos gigantescos y con el sistema específico de impulsos electrónicos de sonido del de la CIA hay en los Estados Unidos...

—... ¿Y Canadá?

—Y Canadá.

—Sí, supongo. Vamos a averiguarlo, ¿eh? Guardamos silencio. Al cabo de un buen rato, dije:

—Nina... —Tragué saliva. Encima de la mesa había un paquete de cigarrillos. Alargué la mano y cogí uno, me lo puse en los labios y lo encendí. Me dio un ataque de tos. Nina me miraba, esperando pacientemente a que dejara de ganar tiempo y dijera lo que tenía que decir. Saqué un pañuelo de mi bolsillo, me soné ruidosamente y, después, me sequé los ojos con él. Mientras tanto, Nina hacía dibujos en una

esquina del *print-out* con un grueso lápiz rojo que solía utilizar para tomar notas—. Nina...

—¿Amor?

—Nos pongamos como nos pongamos, y por mucho que diga Masters, aquí no puede haber más que un culpable de tres posibles. Me asusta pensar en la mera posibilidad... Uno de tres posibles, Nina. El presidente de los Estados Unidos, el director de la CIA y el bueno de Gardner, que lleva años defendiendo la santidad y la pureza capitalista de este país.

Nina Mahler levantó el papel sobre el que estaba dibujando con su lápiz rojo y me lo enseñó. En una esquina, en gruesos trazos encarnados y rodeados de líneas curvas convergentes, había escrito tres nombres: Fulton, Masters, Gardner. Detrás de cada nombre había una serie de signos de interrogación.

—Henry Fulton —dijo—. Presidente de los Estados Unidos, sesenta y dos años, del Partido Republicano, casado, tres hijos, ni una sola aventura extramatrimonial, sólida fortuna personal heredada de su padre, que era un conocido hombre de empresa bostoniano. Lo ha sido todo en este mundo. A los veintidós años entró por primera vez en combate en una misión de bombardeo sobre el sur de Italia. Cuando terminó la guerra mundial, mandaba una formación de bombarderos con base en el sur de Inglaterra. Pilotó aviones de combate en Corea. Llegó al grado de coronel. Herido y derribado a lo largo de la costa japonesa, fue recogido cuatro días después por un submarino. Medalla del Congreso. Abogado en el mismo despacho que Masters, se metió pronto en política. Fue elegido Senador por Massachusetts en 1954 y gobernador del Estado ocho años más tarde. Uno de los más sólidos partidarios de la guerra del Vietnam, fue, sin embargo, uno de los miembros más destacados y activos de la Comisión de Investigación del Congreso en el escándalo de Watergate. Director de la CIA en el 77. Elegido presidente en el 80 con un programa que incluye pararle los pies a la Unión Soviética de la manera más firme posible. —Nina había recitado el historial de Fulton como si fuera una colegiala que se lo supiera de memoria. Apretó los labios y se recostó en su asiento. Suspiró y continuó—: Henry Masters, 58 años, director de la CIA. Una historia muy simple. Salió de Harvard en 1948 e ingresó en el despacho de Fender, Kennedy, Joplin and Delaware en Boston. Allí conoció al joven Fulton y se hicieron inmediatamente amigos. Se casó con una prima de Fulton en 1954. Dos hijos. Nunca ha hecho otra cosa en la vida. Es un brillante abogado mercantilista y la firma de leguleyos se llama ahora Fender, Kennedy, Joplin, Delaware and Masters; le hicieron socio del despacho en 1963, cuando murió el viejo Joplin. Es republicano y nunca se había metido en política hasta que su amigo Henry Fulton, elegido presidente, le pidió que se hiciera cargo de la CIA. Un hombre impecable, ejemplo de cristianos... David Gardner es harina de otro costal. Más malo que la tina, ha pasado toda su vida activa en el campo de la inteligencia, concretamente en la CIA. Casado con una mujer horrible, le pone los cuernos cada vez que puede.

—Sonreí recordando la inefable aventura del bidé. —Es el azote de los espías. Sus métodos burdos y la crueldad de sus procedimientos no le van a granjear el Óscar a la popularidad en las próximas ceremonias que se celebren en Moscú.

—Nina, me parece que te estás dejando llevar por tus nobles sentimientos. Quieres demasiado a Gardner —dije riendo—. El bueno de Gardner es horrible pero eficaz... —Me puse serio—. ¿Cuál es tu candidato? Resopló.

—Vamos a ir por eliminación, amor. Por simples razones prácticas, Masters no puede ser. Si él fuera el espía, habría ocultado cuidadosamente su descubrimiento al leer el *print-out*. No nos habría contado sus sospechas y no habría lanzado la investigación. El mismo hecho de que no estuviera seguro de que se había producido el robo pero de que, por si las moscas, nos pidiera la investigación le excluye de la lista de candidatos. Gardner, nuestro probo jefe, queda eliminado por las mismas simples razones. Si Gardner es un espía soviético, yo soy arzobispo de Cantón. Que yo sepa, Markoff ha estado a punto de cazarle tres veces, después de la promesa que te hizo al acabar la operación del Midwest. En una ocasión, le hirieron de gravedad y estuvo en coma tres días. No se carga uno a un *topo* que se tiene a esa altura por una fruslería de diecisiete agentes muertos... No —sacudió enérgicamente la cabeza—, no, ni hablar.

Nos miramos en silencio. Nina se pasó la lengua por la encía y se removió en su asiento.

—Nina, Nina —dije severamente—, me parece que esos pensamientos no son dignos de una americana de pura sangre.

—Chris... ya me dirás lo que nos queda.

—¿El presidente de los Estados Unidos, espía soviético? ¡Venga ya! No es concebible.

—¿No es concebible? ¿No sería el golpe más colosal que se haya dado nunca?

—Desde luego... pero no puede ser. No puede ser, Nina. —Alargué la mano y descolgué el teléfono que había encima de la mesa. Muy despacio, marqué un número y esperé.

—Masters —me respondió secamente la voz.

—¿Señor? Soy Christopher Rodríguez.

—Dígame.

—¿Podríamos visitarle Nina Mahler y yo?

—¿Cuándo y para qué?

—Ahora mismo. Creo que necesitamos utilizar su computador, pero, para lo que queremos, tenemos que tener su clave.

—¿Qué pasa?

—Queremos ver con detenimiento el historial de cada uno de ustedes.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿El del presidente, el de Gardner y el mío?

—Sí señor.

Largo silencio.

—Creo que será mejor que vengan para acá.

—Sí, señor. Muchas gracias, señor.

Masters colgó sin añadir palabra. Me quedé con el auricular en la mano, mirándolo detenidamente, como si me pudiera dar la solución de este espantoso embrollo.

—¿Qué necesitas, amor?

—Un sólo detalle, un sólo punto oscuro. Quince días durante los cuales el ordenador no haya recogido datos. Unas vacaciones anónimas y sin vigilancia durante las cuales los comunistas hayan podido hablar con uno de los tres, lavarle el cerebro, qué sé yo...

—Chris, para lo que tú quieres, se necesitan más de quince días. No puede ser. Se requiere un adoctrinamiento, un convencimiento, conversaciones, dinero, mujeres, hombres, mil cosas...

—No tengo ni idea, Nina. Hay drogas... ¿Has oído hablar del Pentovar? Mucho más eficaz que el Pentotal. Hace hablar, fija instrucciones en el subconsciente sin que uno pueda recordarlas después. Contrariamente al Pentotal, que hace hablar pero mantiene el recuerdo de la conversación, el Pentovar hace que ese recuerdo quede en el subconsciente... Nina, necesito un espacio de tiempo no controlado por nadie.

—¿A ti te han interrogado alguna vez en serio? —Me vio la expresión y levantó la mano—. Perdona, pero no me refiero a algo tan burdo como que te recorten el tamaño del pie. Quiero decir con métodos científicos profundos.

—No.

—Yo he visto los resultados. No se remueve y revuelve en el alma de un ser humano sin que haya consecuencias o sin que queden rastros. Los he visto, amor. Ya no son normales. Les falta algo, su mirada es turbia... ¿Es turbia la mirada de Fulton?

—Humm, no más que la de cualquier político.

—Mucho me tienes que convencer.

—¿Vamos? —Vamos.

Media hora después estábamos sentados frente a Masters en su despacho. Le acabábamos de repetir muy despacio lo que queríamos de él. El director nos miró en silencio durante un largo rato. Se hubiera podido oír el vuelo de una mosca. Me daba la impresión de que no había mucho calor en los ojos de nuestro interlocutor, aunque su enfado, también es cierto, me parecía bastante razonable: por más que aquella misma mañana, Masters hubiera rechazado como ridícula la posibilidad de una infidelidad suya, del presidente o del bueno de Gardner, yo volvía cargado de sospechas. Y confieso que no se acusa todos los días impunemente de traición a tres de los personajes más poderosos del planeta. Que se lo dejen a C. Rodríguez; cualquier gestión diplomática que me sea encomendada es despachada por mí con la misma delicadeza con la que un elefante pisa armoniosamente unas florecillas del valle.

Finalmente, el director se rascó la barbilla, hizo repetidos gestos afirmativos con la cabeza y preguntó secamente:

—¿Qué es lo que ustedes se proponen?

—Bueno, señor —contesté—, aunque usted mismo... —carraspeé—... me demostró esta mañana que era imposible, para seguir adelante con el espíritu libre de sospecha, nos *tenemos* que convencer de que no hay una manzana podrida en este montón... como si dijéramos —añadí en voz baja; no fue mi mejor frase del día.

—Estará usted conmigo en que el montón es bastante reducido.

Nina me dio una patada por debajo de la mesa.

—Sí, señor. Le pido perdón —me apresuré a añadir—. Pero, con el debido respeto —a veces me pregunto por qué hago estas cosas—, tengo que insistir en que, para seguir adelante con esto, es absolutamente fundamental que descartemos a los sospechosos que son más evidentes y, al tiempo, más improbables. El presidente, el señor Gardner y usted.

—¿Y cómo se proponen hacerlo?

Detecté un punto menos de hielo en la pregunta.

—Es largo y pesado, señor, pero no hay más remedio que pasar por ello. El computador guarda en su memoria cada uno de los movimientos que ustedes han realizado en los últimos años. —Asintió.

—Se lo confirmé esta mañana.

—Sí, señor. —Me aguanté las ganas de menear la cabeza. ¿Por qué diablos le sentaba tan mal que yo recogiera su propio argumento y me planteara seriamente la cuestión de su fidelidad o infidelidad? Caramba, en un asunto tan grave como éste, no nos podíamos permitir el lujo de un solo descuido. Me encogí de hombros mentalmente. Todos somos humanos: supongo que Masters había descartado el tema cuando lo había tratado conmigo esa misma mañana y ahora le irritaba que volviera a ser puesto sobre el tapete. Bueno, no siempre se actúa al gusto de todos—. En esas circunstancias, señor, el computador de la CIA nos revelaría cualquier lapso de tiempo cuyo empleo por ustedes no hubiera sido justificado. Me estoy refiriendo a un lapso de tiempo sustancial, lo suficientemente sustancial como para permitir un adoctrinamiento por los soviets y una preparación de la traición. Es decir, bastante tiempo. —Me dio la sensación de que Masters respiraba lentamente con cierto alivio—. De ser así, una cosa de este tipo debió de ocurrir hace años.

—¿Por qué? ¿Por qué no recientemente?

—¿Ha pasado usted últimamente quince, veinte, treinta días sin que nadie supiera dónde estaba?

—No, claro que no.

—Recientemente, en cambio, se han descubierto métodos químicos que aceleran el tiempo hipotético de adoctrinamiento. En otras palabras, si los rusos le pillaran ahora, es perfectamente concebible que le lavaran el cerebro en unas cuantas horas y que volviera usted una mañana, fresco y descansado tras un sueño reparador,

convertido en el peor de los traidores: el que ignora serlo.

Masters asintió lentamente.

—Humm. Esas drogas de que usted me habla son muy recientes. Un año. Año y medio...

—Efectivamente, señor —interrumpió Nina—. La primera que sepamos que han desarrollado los rusos data de aproximadamente diecisiete meses.

—Sí. —Tomó la decisión y, con tono definitivo, añadió—: Bien, quieren ustedes utilizar el ordenador. Muy bien. Apártense un poco, por favor.

Mientras Nina y yo nos levantábamos e íbamos hacia la ventana, el director empujó la mesita supletoria, que giró hacia atrás sobre sus ruedas. Con ello, nos dejaba suficiente espacio para que trabajáramos sin molestarle. Luego, repitió la operación de aquella misma mañana: introdujo la llave en su ranura y se puso a escribir en su teclado. Al cabo de un momento, dijo:

—Ya pueden ustedes acercarse.

En la pantalla, en pequeñas letras mayúsculas de color verde luminoso, podía leerse: «Ready». Nina cogió una silla, la acercó a la mesa y se sentó. Jadeaba un poco.

—Voy a conectar el impresor para que tengamos *print-outs* y los podamos leer con mayor comodidad en nuestra oficina. Así le molestaremos lo menos posible, señor.

Masters asintió nuevamente.

Nina se puso a escribir en el teclado y, mientras la impresora marcaba caracteres en el papel, en la pantalla fueron apareciendo las letras «Henry Fulton». Miré a mi alrededor, buscando una silla en que sentarme. No había ninguna cerca. Entonces, cogí uno de los silloncitos en que habíamos estado sentados antes y lo acerqué a la mesa.

—Comodón —murmuró Nina.

Me dolía el pie. Al sentarme, repentinamente se me desbloqueó la nariz por primera vez en cuatro días.

Parece mentira la cantidad de datos que puede almacenar un ordenador. Durante tres interminables horas, escupió sin cesar verdaderas remesas de papel. Ni por un momento Nina o yo nos apartamos de la pantalla: se trataba de impedir que nadie (y, siendo tres en la habitación, ya se sabe quién entendíamos por nadie) pudiera alterar los datos que estaban siendo impresos. Ni nos habíamos puesto de acuerdo, pero somos un par de desconfiados. Qué le vamos a hacer.

Probablemente, hubiera sido más fácil pedirle al computador que nos señalara los períodos de tiempo no controlados de nuestros tres héroes. No lo hicimos porque no teníamos modo de explicarle al monstruo qué tipo de intuición nos haría ver la luz. No lo sabíamos ni nosotros.

CAPÍTULO VII

Regresando hacia casa muchas horas después, le dije al taxista que parara en uno de esos *Delicatessen* que permanecen abiertos toda la noche. Entré en él, pedí un café y, volviéndome hacia la calle, hice gestos al taxista para que entrara a tomarse uno también. Sonrió desde el coche, se llevó dos dedos a la frente, abrió la portezuela y se bajó del taxi. Entró frotándose las manos.

—Dame un café, hermano —dijo al tendero.

Me dolía la cabeza y tenía la garganta reseca de nicotina y catarro. Nina y yo nos habíamos pasado toda la tarde y buena parte de la noche leyendo y releiendo las interminables hojas del *print-out*. Mis ojos casi no daban para más.

El *Washington Post* ya había salido. Cogí uno de un montón que había en el suelo. En portada había una gran fotografía del entierro de Malcom Aspiner; en primer plano, aparecía el furgón cubierto de flores, como si fuera el de un jefe mafioso, y, detrás, la viuda y dos de los hijos recibiendo el pésame del presidente. Fulton semitapaba al director de la CIA y al bueno de Gardner. Los tres tenían cara de circunstancias.

Encendí un cigarrillo, le di una larga chupada y bebí un poco de café.

En la columna de la izquierda del periódico había un artículo, cuyo título rezaba: «Malestar en el Congreso: actividad creciente de la inteligencia en Centroamérica». Ya empezamos, pensé. No hay nada como la popularidad.

«Los temas de El Salvador, Nicaragua y Cuba están saltando continuamente a las primeras páginas de los periódicos americanos. La zona se ha convertido en uno de los puntos más calientes de la fricción Este-Oeste.

»*El personal de los servicios de inteligencia. Cuando Fulton subió al poder en 1981, se encontró con que las actividades de inteligencia en Centroamérica estaban muy reducidas. Algunas, incluso, habían sido suspendidas (incluyendo parte de las dirigidas contra Cuba) por sucesivos recortes presupuestarios a lo largo de los años setenta.*

»Sin embargo, al exacerbarse los problemas de la zona en el último año, el Gobierno ha gastado unos cincuenta millones de dólares en crear un equipo que cubra más intensamente el área.

»Componen este equipo más de 150 personas, la mayoría con base en El Salvador.

»En contraste con ello, el número de “asesores militares” americanos instalados en El Salvador es oficialmente de 55. Pero estos asesores tienen prohibido ir a las zonas de combate, mientras que la actividad de los agentes de inteligencia es considerablemente más peligrosa, aunque más callada y discreta».

«Estos servicios en Centroamérica son, por supuesto, sólo una pequeña parte de toda la inteligencia americana, fundamentalmente orientada hacia Rusia y los países

del este europeo.

»La CIA y la Agencia de Seguridad Nacional son las instituciones que más se han ocupado últimamente del problema centroamericano.

»Misiones específicas. Gracias a su organización de espionaje, los Estados Unidos conocen finalmente con detalle las rutas terrestres, marítimas y aéreas utilizadas para abastecer de armas a las guerrillas centroamericanas. Hasta parece ser que los Estados Unidos poseen información exacta sobre el tráfico de armamento soviético entre Cuba y Nicaragua. La mayor parte de estas armas es norteamericana, fueron capturadas en Vietnam y enviadas desde la URSS a Cuba; de allí son exportadas al puerto nicaragüense de Bluefields, en el Caribe. Las armas con destino a El Salvador (en su mayoría, munición y armas cortas) son transportadas a través de Honduras, ocultas en camiones y en pequeños aeroplanos que utilizan improvisados campos de aterrizaje.

«Una de las rutas más utilizadas era la del golfo de Fonseca, entre Nicaragua y El Salvador, pero la marina salvadoreña que patrulla la zona ha conseguido dificultar de tal modo el tráfico que éste ha sido abandonado.

»Últimamente se ha detectado el embrión de algún movimiento guerrillero en Costa Rica, nacido al amparo de las organizaciones antisandinistas de Edén Pastora. Su abastecimiento es poco claro, pero parece ser que hay pruebas de que armamento americano vendido a los ejércitos de Honduras y El Salvador ha sido revendido por oficiales de estos países a las guerrillas salvadoreñas y costarricenses.

»Objeciones en el Congreso. Los servicios de inteligencia americanos han topado últimamente con la reticencia de ciertas comisiones del Congreso, que piensan que sus actividades de espionaje suponen una involucración creciente del Gobierno en los problemas de la región. Hay senadores y congresistas que opinan que la mejor política estadounidense en la zona sería la de abstenerse y dejar que aquellos pequeños países resuelvan sus diferencias por sí mismos. Otros, más realistas, temen que miembros norteamericanos de las agencias de inteligencia pudieran ser objeto de ataque, lo que podría provocar una intervención militar más directa.

«Este no es el único problema —ha declarado el senador Perkins (Dem. California)—. Aquí nos enfrentamos con dos conceptos radicalmente distintos de lo que es la protección de la libertad y la democracia en el mundo. La presencia creciente de los Estados Unidos en Centroamérica está creando problemas agudos, en vez de resolverlos. Cada pueblo tiene derecho a resolver sus propios problemas y tiene derecho a que se le deje en paz. No —añade el senador—, puedo asegurarles que el presidente Fulton va a tener considerables problemas de apropiación de fondos con que alimentar esta guerra sucia. El Congreso no va a darle carta blanca. Este año va a ser de guerra abierta entre el legislativo y el ejecutivo. Se lo aseguro».

Vaya con el senador Perkins. Está empezando a aparecer en mi vida de forma insistente, me dije.

Levanté la vista y, señalando con el pulgar el periódico y los cafés que nos

habíamos tomado el taxista y yo, pregunté lo que debía. Dejé el dinero sobre la barra y, mirando al taxista, dije:

—Vamos, amigo.

Al llegar a casa, me bajé del taxi, le pagué, le di una generosa propina y, mientras el coche se perdía en la distancia echando humo blanco por el tubo de escape, me quedé un momento en la acera, apoyado en el bastón, dejando que el aire de la noche me refrescara la frente y las sienes. Hacía mucho frío y, allá arriba, el firmamento lucía sin una nube, distante y gélido; a las estrellas del hemisferio norte les falta el carácter nítido y cálido que el trópico confiere al cielo. Y, sin embargo, gélido o no, como navegante solitario, prefiero el hemisferio norte.

Me volví hacia la casa. El camino que va desde la acera hasta la puerta de entrada contrastaba con la blancura inmaculada de la nieve que, a uno y otro lado, tapaba dos anchos rectángulos que, en primavera, se cubren de hierba y petunias.

La casa estaba totalmente a oscuras, lo que, considerando que era pasada la una de la madrugada, no resultaba particularmente alarmante.

En lo que a mí respecta, no existe un sexto sentido que avisa del peligro; a los héroes de las novelas de intriga y espionaje, ese sexto sentido, que suele operar sólo de noche, les pone en guardia contra amenazas anónimas y ataques de enemigos. Tonterías. Lo que nunca deja de alarmar es la noche silenciosa cuando actúa sobre un ánimo desasosegado.

No recuerdo si mi espíritu estaba inquieto. Me dolía demasiado la cabeza para andarme preocupando por mi estado de ánimo.

Cuando llegué a la puerta, la encontré abierta. Repentinamente, el corazón empezó a latirme muy deprisa y se me cubrió la frente de sudor. Me aparté un poco hacia un lado y me quedé absolutamente inmóvil, escuchando. No se oía nada; ni un solo ruido. Levanté el bastón y, con la contera, empujé la puerta. Se entornó silenciosamente. Me asomé muy despacio para escudriñar el vestíbulo; todo estaba tranquilo y perfectamente en orden. Todo, menos yo. Punto muerto. El célebre C. Rodríguez, pasando un frío mortal fuera de su casa y sin atreverse a entrar. Confieso que tenía miedo y que, por mucho que me tentara una ducha caliente, la idea de cruzar el vestíbulo y ponerme a subir las escaleras me producía escalofríos. ¿Había allí dentro un enemigo animado por las más aviesas intenciones? ¿Dónde diablos estaría Dennis? ¿Le habría pasado algo?

Dejé que la puerta girara silenciosamente sobre sus goznes y volviera a entornarse y, justo antes de que llegara al límite que me hubiera impedido pasar al interior, me deslicé por la abertura. Una vez dentro de la casa, me volví a quedar quieto, esperando que mi vista se acostumbrara a la oscuridad. Cualquier persona sensata se habría alejado de la casa y hubiera llamado a la Policía. Pero es que yo soy un insensato total.

En el salón, en uno de los cajones de mi mesa de trabajo, hay una pistola, una Smith & Wesson del calibre 38. De vez en cuando me la llevo a alguna misión, pero

generalmente duerme el sueño de los justos en aquella gaveta. Hubiera dado lo que fuera por llevarla en el bolsillo.

En la distancia, sonó un leve chasquido. Deduje que mi anónimo visitante estaba en el sótano, probablemente en mi cuarto oscuro, y decidí llegar hasta el salón y coger mi pistola. Con ella en la mano, me sentiría considerablemente más tranquilo e incluso podría pensar en bajar las escaleras que llevan al sótano. Intenté razonar: el ladrón había entrado en mi casa, probablemente buscando algo que tuviera que ver con mi trabajo; con los cuadros no podía ser porque, o habría estado en el salón o ya se habría marchado con su botín bajo el brazo. Segundo, debía estar convencido de que yo dormía pacíficamente en el piso superior porque, de lo contrario, habría tomado unas precauciones que, en este caso, evidentemente, consideraba innecesarias. Craso error.

En el último instante, noté que la puerta se abría a mis espaldas, más por la corriente de aire que por el ruido. Empecé a volverme, levantando un brazo. Y la cabeza me estalló en mil fogonazos. Luego, me pareció que me hundía en un pozo negro, girando interminablemente en espiral.

Alguien pegaba repetidamente con un martillo en un yunque y el ruido metálico me retumbaba en la cabeza. Lo primero que pensé fue en gritar que pararan de martillear. Abrí los ojos; bueno, intenté abrir los ojos y conseguí entornar el derecho; en el izquierdo noté que tenía una dureza que me impedía mover el párpado y tiraba de mis pestañas. Y el martillo seguía. Al cabo de un buen rato, me di cuenta de que no se trataba de un yunque, sino del teléfono, que sonaba insistentemente. Intenté incorporarme, apoyando las manos en el suelo, y el mundo, el universo, la habitación, los muebles, empezaron a dar vueltas. Decidí que era mucho mejor quedarse tumbado y dejar que pasaran uno o dos años, por ver si para entonces había mejorado mi sentido del equilibrio. Creo que murmuré «voy, voy» en dirección al teléfono y empecé a preguntarme por qué no contestaba Dennis.

Muy lentamente, intenté incorporarme de nuevo y conseguí quedarme sentado y apoyado contra la pared. Miré a mi alrededor y vi que estaba en el mismo sitio en el que había caído; la puerta estaba abierta de par en par y hacía un frío tremendo.

El teléfono dejó de sonar.

Me pasé la mano por la cabeza; justo detrás de la oreja izquierda tenía un bulto tremendo. Lo noté blando, caliente y viscoso y me producía un dolor sordo, como el de un latido continuo. Me ardía el cuello y, al apoyar la mano izquierda en el suelo para intentar levantarme, la espalda me mandó un latigazo de protesta; la parte superior estaba tan rígida como un trozo de madera. Cambié de mano y, sobre la derecha, me puse lentamente en pie. Me sentía terriblemente mareado. Cerré la puerta y vi que, tirado en el suelo, estaba mi bastón. Decidí que lo recogería en otra ocasión: la mera idea de inclinarme me producía náuseas.

No sé cuál es el poder de recuperación de un espía que se precie, pero el mío, ciertamente, no alcanza los haremos mínimos. Con extremo cuidado me dirigí hacia

la escalera. La subí, escalón a escalón, tambaleándome, pero yendo muy despacio para intentar no alterar el precario equilibrio que había conseguido. Tenía el brazo izquierdo totalmente inutilizado. Cuando llegué al piso superior lo primero que hice fue ir al cuarto de Dennis; la puerta estaba entreabierta. Respiré profundamente por la nariz y la empujé. Busqué el interruptor de la luz con la mano derecha.

—Dennis —dije en voz baja. Silencio absoluto. La habitación estaba totalmente a oscuras: Dennis solía dormir con las persianas cerradas y las cortinas firmemente echadas para que no le despertara la luz de la mañana.

Empujé el interruptor hacia abajo y no ocurrió nada. Mi cabeza entera era ahora un latido constante y doloroso; seguía sin poder abrir el ojo izquierdo.

—Dennis —repetí. Nada. Desde el umbral intenté aguzar el oído para detectar un ruido de respiración. Di un paso y me detuve. Luego, apreté los labios, rebusqué en mi bolsillo derecho y saqué mi encendedor. Extendí el brazo y encendí el mechero. El fogonazo me cegó por un instante pero, al cabo de un momento, mi vista se acostumbró a la tenue luz de la llama y, levantando un poco la mano, miré hacia la cama. Estaba vacía y en perfecto orden: nadie había estado durmiendo en ella esa noche. Di un largo suspiro.

Mi siguiente problema consistía en bajar al sótano para intentar conectar los plomos que los ladrones, evidentemente, habían desenchufado. Vieja técnica utilizada por todo invasor de casa ajena que sea medianamente profesional. Dejando la casa a oscuras, se evita la sorpresa de la llegada sigilosa del dueño. También habían desconectado la alarma.

Tardé un buen rato en bajar. La caja de los plomos estaba, efectivamente, abierta y el interruptor general, bajado. Lo conecté e, inmediatamente, se encendieron varias luces en la casa. En el sótano hay un pequeño baño; entré en él, encendí la luz y me miré en el espejo. Toda la parte izquierda de mi cara estaba cubierta por una masa de sangre coagulada. Con razón no había podido abrir el ojo. Hice girar el grifo del agua y esperé a que se calentara un poco. Cogí una toalla y la empapé en agua caliente y, con mucho cuidado, fui limpiando la sangre. En la cara no tenía herida alguna. Obviamente, el golpe que me había dado mi asaltante, probablemente con una pequeña porra de plomo recubierto de cuero, me había reventado la piel de la nuca y, al caer al suelo, lo hice con la frente apoyada en él. La sangre había resbalado hacia adelante y se me había secado sobre la cara. No presentaba yo el aspecto más sofisticado del mundo. Y ni siquiera había empezado a pensar en las razones por las que al menos dos asaltantes habían entrado en mi domicilio y habían revuelto el cuarto oscuro; una simple mirada a mi laboratorio y al estado en que lo habían dejado me convenció de que sólo buscaban documentos, ¿una fotografía comprometedora?, algún papel revelador. Estos dos señores sabían que yo no era sólo un fotógrafo; el dato me causó una profunda alarma. Arriba, el teléfono empezó a sonar de nuevo. Me giré la cabeza. Inmediatamente, me di cuenta de dos cosas: que no se hacen movimientos bruscos impunemente cuando le acaban a uno de atontar con una porra

y que el resultado más inmediato de la contusión es una tortícolis paralizadora. Con la mano puesta en el cuello y masajeándome lo más delicadamente posible, subí las escaleras. Llegué al salón y descolgué el auricular.

—¡Eh! —dije.

—Chris... Siento despertarte, pero...

—Dennis —carraspeé—. Hombre, Dennis. ¿Dónde andabas metido?

—¿Yo? De guardia. Los lunes por la noche suelo estar de guardia, ¿recuerdas, vida?

Suspiré, me encogí de hombros y di un gruñido.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Nada, no me pasa nada...

—¿Puedes hablar un poco más alto? Estás dormido y no se te entiende nada, caramba.

—Dennis. ¿Me llamas a las... —Miré la hora en el reloj inglés que hay sobre la chimenea—... tres menos cuarto de la madrugada para hacer charleta amable y comprobar si dormía?

—Es que me aburría y pensé que una conversación amistosa me ayudaría a pasar el rato...

—Dennis, muérete, anda... —Colgué el teléfono.

Me di la vuelta en dirección a la cocina. Necesitaba un café bien cargado y, por lo menos, cuatro aspirinas. Volvió a sonar el teléfono.

—Dennis, me duele la cabeza y me voy a hacer un café. ¿Quieres hacer el favor de olvidar que existo?

—¡Espera! No cuelgues... He llamado muchas veces, pero no habías vuelto. Ha telefoneado tu hermano desde Nueva York. Le urgía hablar contigo. Algo sobre la muerte de Malcom Aspiner. Dice que llames a cualquier hora.

—¿A las tres de la madrugada? —A cualquier hora.

Colgué el teléfono. Metí la mano en el bolsillo de la cazadora que aún llevaba puesta, saqué un arrugado paquete de cigarrillos, escogí uno y me lo puse en la boca. Lo encendí. Es evidente que el tabaco es nocivo para la salud; me supo a absoluta gloria.

Di una larga chupada al pitillo. Luego me lo pensé mejor, y le di otra aún más profunda. Puse la cafetera sobre el hornillo y, con infinita paciencia, lo encendí. Me temblaban mucho las manos.

Cuando estuvo listo, en un enorme tazón puse el café, tres cucharadas de azúcar y un poco de leche. De una de las repisas, cogí un bote de aspirinas, saqué cuatro y me las metí en la boca. Bebí un gran sorbo y me abrasé la lengua.

Descolgué el teléfono y marqué el número de mi hermano en Nueva York. Estuvo sonando un buen rato. Como es natural, nadie que sea un ser civilizado llama a nadie a esas horas.

—Dígame —seguido de un largo bostezo.

—Tina, no sabes lo que siento despertarte. ¿Está Pat?

—Eh... em... no. Creo... No, no está. ¿Quién es?... ¿Chris?

—Sí, soy yo. Tina, Pat me ha dejado recado de que le llame a cualquier hora... —
Hubo un largo silencio al otro lado de la línea, seguido de otro bostezo.

—Sí, bueno, sí... Pero no sé de qué se trata. No le he visto en todo el día.
¿Quieres que le diga algo?

—No, no. Olvídalo. Ya le encontraré. Anda, cuelga y vuélvete a dormir.

Las duchas largas y calientes me relajan mucho pero al mismo tiempo me desestabilizan el ánimo porque me acuerdo de aquellas interminables que nos dábamos Marta y yo y que acababan convirtiéndose en un juego erótico y paciente, lleno de sensaciones táctiles. Eran como un rito: yo me sentaba en el borde de la bañera y dejaba que mi mirada recorriera todo su cuerpo, tan elástico y firme, mientras le resbalaban los chorros de agua por entre los pechos y sobre los largos muslos; luego, me unía a ella y pasábamos largo tiempo enjabonándonos despacio. Nunca acabábamos el ciclo porque no llegábamos a secarnos con la parsimonia que se requería. Al final, Marta reía con su risa profunda y cálida y me llamaba sinvergüenza. Por una vez, sin embargo, no me acordé de Marta: me dolía demasiado la cabeza.

Me sequé despacio, por la prudencia que me imponía mi dolor de cuello y la herida en el cuero cabelludo. Cogí una botella de agua de colonia y la invertí sobre mi pelo. Maldije en voz alta cuando el líquido me llegó a la herida. En ese momento, el brazo izquierdo empezó a revivir y ahora sentía un cosquilleo doloroso en las puntas de los dedos.

Hice dos llamadas más a Nueva York para intentar localizar a Patrick en un par de comisarías, pero no tuve éxito. Me metí en la cama y me dormí instantáneamente.

Me he preguntado muchas veces por qué mi sino es que me despierte siempre el teléfono. El teléfono es una de las maldiciones bíblicas, un instrumento cuya misión principal es invadir la esfera privada en los momentos más inoportunos.

—Diga. —Tenía la boca pastosa y la voz opaca—. Diga —repetí.

—¿Chris? Soy yo, Patrick.

—¿Humm? —Me parecía que me había dormido apenas hacía un minuto.

—¿Estás despierto?

Si hay una pregunta idiota en esta vida es la que inquiere si uno está despierto cuando es evidente que, hasta ese momento, estaba dormido.

—Ya no —contesté. Miré el reloj de la mesilla. Las ocho en punto de la mañana. Estupendo.

—Chris. La investigación sobre la muerte de Aspiner ha sido declarada oficialmente cerrada.

—¿Humm?

—¿Me oyes?... Oye, ¿tú conoces a un tipo que se llama Thomas Perkins?

Repentinamente, me encontré totalmente despierto y alerta.

—¿Quién dices?

—Thomas Perkins.

—Espera, espera... ¿Me has dicho que ha sido cerrada la investigación sobre la muerte de Malcom Aspiner? —Tosí y levanté la cabeza de la almohada. Instantáneamente, se me nubló la vista y un dolor tremendo me subió desde el cuello hasta las sienes. Volví a posar la cabeza sobre la almohada con exquisito cuidado—. ¿Por qué?

—Verás. Primero, la autopsia de Aspiner confirma que le mataron con una aguja, clavándosela en la parte trasera del cuello, pero haciendo el movimiento desde delante. Quien le mató era casi tan alto como él y parecería razonable pensar que estaban abrazados. Eso sustentaría la teoría de que fue la mujer que estuvo con él. También concuerda la fecha y hora aproximada de la muerte. Bueno, pues tras estas conclusiones, ayer por la tarde me llamó el fiscal del distrito Hartfield y me dijo que, en vista de que el asesino había salido de los Estados Unidos...

—¿Cómo es eso?... ¿Cómo es eso?

—Humm, sí, bueno... En Kennedy averigüé que los únicos aviones que salían del aeropuerto a la hora en que la presunta asesina podía haber llegado en el taxi que tomó a la puerta de la casa de Aspiner eran uno que iba a Costa Rica y otro a Londres...

—¡Pero eso no quiere decir nada!

—Ya. Eso mismo le dije yo. Hasta le dije que la mujer pudo cambiar la dirección a la que iba, una vez que el bueno de Patrick MacDougall, nuestro ascensorista, dejó de oírla... La verdad es que no cambió de dirección, Chris. Encontré al taxista y recuerda perfectamente haberla dejado en el terminal internacional. Pero eso no se lo dije a Hartfield...

—Pero ¿quién te dice que cogió un avión a esa hora?

—Nadie... Todo este asunto huele que apesta... Mira, Chris...

—¿Tienes las listas de pasajeros?

—¿De los dos aviones? Sí, naturalmente. Doscientas personas en cada vuelo, en su mayoría extranjeras... Es como buscar una aguja en un pajar. Sólo que, además, estoy convencido de que esa mujer no salió de Nueva York.

—¿Por qué?

—No sé. Tengo una corazonada.

—Ya.

—No pongas voz de escéptico, hombre. Mira, esto no tiene más que un camino: hay que averiguar por qué le mataron, no quién fue el asesino. Eso ya vendrá después. Se lo intenté explicar a Hartfield... Como si hablara con un sordo. Que si era mejor dejarlo, que si la familia había sufrido bastante... Cuando le dije lo que me estaban pareciendo las razones que me estaba dando, se puso como una hiena, me ordenó que abandonara el caso, llamó al comisionado de Policía y le encomendaron todo el asunto a Penkowski.

—El polaco, ¿eh?

—El polaco. Dos minutos después: muerte por persona o personas desconocidas. Se acabó...

—Oye, oye. Estoy medio idiota. ¿Qué pinta en todo esto el senador Thomas Perkins?

—No lo sé, Chris... No lo sé. Me pasé todo el día de ayer y toda la noche abriendo libro por libro de esa biblioteca gigantesca. Ya sabes, la que hay en el dúplex de Aspiner. En uno de ellos; muy dobladito, había un mensaje de télex o una hoja de esas de computadora, algo así, con el nombre de Perkins y una larga descripción de sus actividades...

Me latía el corazón muy deprisa.

—Espera un momento, Pat. ¿Por qué se te ocurrió examinar la biblioteca?

—Y la cocina y el cuarto de baño y la habitación y las moquetas. No hay ningún misterio. Ya sabes. Siempre lo hago.

—¿Vas a obedecer al fiscal?

Patrick se calló durante unos segundos. Le oí respirar en silencio. Imaginaba su cara, tan honrada y tan directa, con el ceño fruncido, sufriendo por el dilema que le planteaba seguir su inclinación natural como policía u obedecer las órdenes de un superior. En el auricular pude oír cómo aspiraba para empezar a hablar, pero se volvió a callar.

—¿Pat?

—... Sí, sí, estoy aquí...

—Pat, ¿te has pasado la noche en casa de Aspiner *después* de que el fiscal te ordenara que abandonaras el caso?

—Sí.

—¿Cómo entraste en el piso? Porque te habrán quitado la llave, ¿no?

—Bueno... Me llevé a MacDougall, el ascensorista, a tomar unas copas. Nos hemos hecho muy amigos...

—¿Vas a obedecer al fiscal?

—No, la verdad es que no.

—No hagas tonterías, ¿eh? No hagas nada sin que yo vaya a Nueva York.

—¿Cuándo vienes? —Una clara nota de alivio en su voz.

—En cuanto pueda, Pat. Hoy mismo, en cuanto pueda. Iré a tu casa.

—No, hombre. Llámame y te iré a buscar, ¿eh? —Y rió alegremente. Luego, se puso serio—. Oye, Chris. No me has contestado a la pregunta. ¿Conoces a Perkins?

—Sí que le conozco, sí.

CAPÍTULO VIII

—Nina —dije—, el senador Perkins está empezando a convertirse en una de mis constantes vitales.

—¿Por qué? —preguntó distraídamente. Se apartó los papeles de delante de la cara y me miró. De golpe, su expresión concentrada y distante se alteró por completo. Abrió mucho los ojos—. ¡Pero, Chris! ¿Qué te ha pasado? ¿Qué tienes en la cara? Lo cierto es que la sien izquierda y parte de la frente habían amanecido de varios colores aquella mañana al despertarme.

—Nada, no me ha pasado nada. Como soy muy patoso, ayer, al llegar a casa, resbalé en la escalera y caí hacia atrás. Me di un coscorrón de campeonato. No puedes imaginarte qué escena: sangré como un becerro... Pero no es nada.

Nina arrugó los ojos especulativamente. No creyó ni una sola palabra de lo que le había dicho.

—Ya... ¿Por qué no te has quedado en la cama?

—Bueno... aquí hay cosas que hacer y no puede uno andarse quedando en casa por un rasguño. —Me encogí de hombros. Inmediatamente, mi cuello se vengó de mí. Di un gruñido—. Me duele, ¿sabes?

—Ya. —Hizo un gesto con la mano, como descartando el asunto—. ¿Qué decías de Perkins?

—Decía que el senador aparece cada vez con mayor frecuencia en nuestras vidas, Nina.

—¿Por qué?

—No es gran cosa. Tal vez es sólo un cúmulo de coincidencias, pero es Perkins en el *print-out* de la CIA, Perkins en el *Washington Post*, Perkins en Nueva York...

—¿En Nueva York? —preguntó, levantando las cejas.

—Humm. Dio la casualidad de que estaba en casa de mi hermano el fin de semana pasado cuando le llamaron a investigar la muerte de Malcom Aspiner. Una muerte como otras mil de Manhattan, si se exceptúan la personalidad del interesado y los increíbles cuadros que tiene colgados de las paredes... y el hecho de que, en realidad, fue asesinado...

—¿Cómo?

—... Asesinado.

—¡Pero los periódicos no han dicho nada! Especulaban con un ataque de corazón...

—Ya. Pero fue asesinado, Nina. Con un estilete. Sin sangre. Todo muy profesional... El hecho es que mi hermano Pat está a cargo de la investigación... *estaba* a cargo de la investigación. Han ocurrido dos cosas curiosas. Una, que el fiscal del distrito ha interrumpido la investigación... que se la ha quitado de las manos a mi hermano, vamos. Y dos, que Pat, que es como una hormiguita, ha descubierto en un

libro de la biblioteca de Aspiner un papel que describe actividades de Perkins.

—¿Cómo, un papel?

—No lo he visto aún, Nina, pero me suena extrañamente similar al *print-out* que tenemos del computador de la CIA.

—Oye, oye, oye, eso lo cambia todo. —Se puso a enumerar con los dedos de la mano derecha mientras que, en la izquierda, seguía apretando firmemente el papel que había estado leyendo—. Primero, ahora nos compete averiguar a nosotros por qué asesinaron a Aspiner; segundo, tenemos que investigar la razón por la cual el señor fiscal ha decidido suspender la investigación...

—... Para que no se importune a la infortunada familia...

—... Tonterías. Y, tercero, qué diablos hace Perkins metido en todo este lío. Y... cuarto, y cuarto, ¿eh?, por qué le está investigando la CIA.

Levanté el auricular del teléfono de la mesa de Nina Mahler y marqué el número directo de Masters. Saqué un pitillo y me lo puse en la boca.

—Masters.

Me pilló encendiendo el cigarrillo y me dio un ataque de tos.

—Perdón, señor —dije al cabo de un momento—, le habla Christopher Rodríguez.

—Que se mejore usted. Buenos días. ¿Qué quiere ahora? Bastante seco, ¿no?

—Perdone que le moleste, señor. Pero hemos llegado a la conclusión de que necesitamos saber por qué están ustedes investigando al senador Perkins.

—Muy bien. Me lo pensaré y le daré una contestación.

—Perdón que insista, señor, pero necesitamos ese dato ahora. Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Por qué? —preguntó por fin.

Le expliqué mi lista de coincidencias y lo que estaba pasando en Nueva York.

—Un momento, un momento. ¿Dice usted que el fiscal ha ordenado que se interrumpa la investigación sobre la muerte de Aspiner?

—Sí, señor.

—¿Ha dado alguna razón?

—Hay que dejar en paz a la atribulada familia, señor.

—Tonterías. —Igual que Nina. Las grandes almas se encuentran—. Eso no puede ser. Esa investigación debe continuar.

—Estoy de acuerdo, señor, pero para eso hay que convencer al fiscal. No creo que pueda usted meterse en eso.

—Tiene usted razón. No puedo, no. Pero lo que sí puedo hacer es ordenarle a usted que eche un vistazo, ¿no?

—Muy bien, ¿puedo saber ahora por qué está siendo investigado el senador Perkins?

El director dudó un momento. Luego, dijo:

—¿Tiene usted puesto el *scrambler* en el teléfono?

—Sí, señor.

Toda persona que intentara interceptar nuestra conversación no oiría más que una sucesión de ruidos confusos y entremezclados. Útiles aparatos, estos mezcladores de sonido telefónico.

—El senador Perkins está siendo investigado, como todos sus compañeros, por mera cuestión de rutina. No es ya que se trate de un adversario político, Rodríguez, entiéndame. Es que hemos venido detectando contactos sorprendentes entre nuestros legisladores y representantes más o menos legítimos de otras potencias. Perkins, además, encabeza la lista de senadores que se están oponiendo a la acción del presidente en Centroamérica. Queremos averiguar las razones que tienen para ello.

Vaya con el respeto a la esfera privada del individuo.

—Acaso, por ser partidarios de la libertad y de la democracia, les molesta que los Estados Unidos traten a los países centroamericanos como si fueran repúblicas bananeras o como coto privado de caza —dije en voz baja.

—Bellas palabras, Rodríguez —contestó Masters secamente—. ¿Y qué me dice usted de los contactos de Perkins con Markoff?

Nina me miraba meneando la cabeza severamente.

—Poco satisfactorios, señor, poco satisfactorios. Iré a Nueva York esta tarde —añadí apresuradamente.

—Me parece bien. Dígame, Rodríguez. ¿Qué resultado están dando los *print-outs*?

Miré a Nina, tapé el auricular con la mano y, señalando los papeles que tenía encima de la mesa, le pregunté en voz apenas audible:

—¿Hay algo?

Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Por ahora, nada, señor.

—Muy bien. —Y sin más palabras, colgó.

—Nada, ¿eh, Nina?

—Nada, amor, absolutamente nada. Ya viste ayer... Estos chicos están más limpios que una patena... ¿Qué te ha dicho Masters? No me ha parecido particularmente cordial.

—No ha estado muy cordial, no. Quién sabe por qué será... Oye, Nina. ¿No te parece que es hora de que tengamos una charla con el senador Perkins?

—Desde luego. ¿Y qué le vas a decir? ¿Mire usted, senador, soy un modesto fotógrafo que se interesa por sus contactos con la KGB?

—Ya se me ocurrirá algo. —Me quedé pensativo por un instante—. Ya se me ocurrirá algo.

En ese momento se abrió la puerta y apareció, como un torbellino, Gardner. Me miró, miró a Nina y luego volvió a fijar sus ojos en mí.

—¿Qué le ha pasado. Rodríguez? Alguna juerga, naturalmente.

Suspiré.

—No, señor, no. Me caí en casa anoche.

Lo que, en rigor, era absolutamente cierto.

—¿Cómo va esto?

—Cuénteme lo que está haciendo. —Y se quedó parado, de pie, con las piernas separadas y balanceándose levemente de atrás hacia adelante, como si fuera un maestro de escuela tomando la lección a un par de golfillos.

Miré a Nina y sonreí muy levemente. Inmediatamente, Nina se puso a hablar y explicó pormenorizadamente cuanto habíamos hecho hasta el momento. Cuando le dijo que Masters me había ordenado ir a Nueva York a investigar la muerte de Aspiner, torció el gesto, pero no añadió nada. Cuando Nina dejó de hablar, Gardner hizo una seca inclinación de cabeza y salió del despacho dejando la puerta abierta.

—Es un verdadero dechado de simpatía y calor humano.

—Así son los grandes hombres —dije, levantando nuevamente el auricular.

Marqué el número de la centralita y, cuando me contestaron, pedí el número de la oficina del senador Perkins en el Congreso. Nina me miraba con moderada curiosidad.

—Siempre es bueno ver a un gran cerebro en funcionamiento —dijo.

—Anote, por favor: 737.2582.

Una telefonista contestó sin dejar que terminara de sonar la primera vez.

—Oficina del senador Perkins, buenos días.

—Buenos días, señorita. Quisiera hablar con el senador.

—No está en este momento. ¿Puedo dejarle algún recado?

—Sí, por favor. Dígale que soy Christopher Rodríguez, un periodista independiente, y que he leído sus declaraciones sobre Centroamérica esta mañana. Quisiera hacerle una entrevista.

—Espere un momento, por favor. La línea quedó muda.

—¿Señor Rodríguez? —Voz masculina, cálida. Apestaba a simpatía profesional.

La verdad es que soy muy desconfiado.

—Sí.

—Soy el senador Perkins. Me dice mi secretaria que quiere usted hacerme una entrevista. Accedo con mucho gusto. ¿Cuándo quiere venir?

—Ahora mismo, si a usted le parece bien.

—Le espero dentro de un cuarto de hora. Presumo que está usted en Washington.

—Sí, señor. Muchas gracias. Allí estaré. —Levanté las cejas e hinché los carrillos—. Mire usted qué fácil —le dije a Nina—. No hay nada como fomentar el ego de la gente.

El senador Perkins (me pareció seguro que sus íntimos le llamarían Tom) es un californiano de cuarenta y cinco años, alto, delgado, con la tez bronceada que dan la naturaleza y la vida sana, la dentadura muy blanca y el aire confiado que prestan el éxito y el dinero a un hombre honrado y estimable miembro de la comunidad. No me gustaría tenerle como enemigo.

—Señor Rodríguez, corrijame si me confundo, pero usted es un fotógrafo y no un periodista político.

Aquella mañana, con el golpe de la noche anterior, debía yo de estar medio atontado. Prueba de ello es que ni se me había ocurrido que el senador Perkins pudiera saber quién era yo realmente. Nadie es perfecto.

—En efecto, senador. Soy fotógrafo, como usted bien dice, pero, desde hace años, me ha apasionado el tema de Centroamérica. Este accidente del pie —dije, señalándome la pierna con el bastón— ha reducido, además, considerablemente mi actividad. El *New York Times*, bueno, su director de política internacional, John Mazzini —rogué al cielo que John conservara sus reflejos, porque, a la velocidad a la que este tío parecía hacer sus investigaciones, no me iba a dar tiempo a llamar por teléfono y poner a John en guardia—, me ha pedido que haga una serie sobre el conflicto centroamericano. Me parece útil empezar por entrevistarle a usted.

—Muy bien. Usted dirá.

Saqué un pequeño bloc de notas de mi bolsillo.

—En el *Washington Post* de esta mañana usted le declaraba la guerra al presidente Fulton y le prometía dificultades en la concesión de fondos para las operaciones de inteligencia en Centroamérica.

—Mire usted. ¿Me permite que filosofe un poco?

Asentí.

—Vamos a ver. Durante décadas, los Estados Unidos han decidido que lo que pasa en el continente latinoamericano afecta directamente a su seguridad y estabilidad. Es curioso este país nuestro: se considera a sí mismo como la cuna de la libertad y de la democracia y, para defender esos valores en el interior, no tiene inconveniente en suprimirlos o comprometerlos en aquellas naciones que, se estima, constituyen el cerco estratégico de su defensa. Sin decirlo, han impuesto un telón de acero, con una única diferencia con el de verdad: que los ciudadanos norteamericanos son libres...

—¿Y lo que pasa en Latinoamérica no afecta directamente a la seguridad de los Estados Unidos?

—¡Claro que sí! Por supuesto que sí. Pero ¿es moralmente justificable que, en vista de ello, se impongan penurias y dificultades sin cuento a los pobres latinoamericanos? No han hecho nada más que ser el proletariado más mísero del siglo xx... —Se quedó un momento callado y luego añadió—: Ahora hablaremos de cuestiones económicas, pero... pero, empecemos por las políticas. Cuando nos enfrentamos con el peligro de que una nación vecina, siendo pobrísima o estando tiranizada por una oligarquía, corre inminente riesgo de ser desestabilizada por una revolución sangrienta, y si esa revolución puede ser aprovechada por nuestros enemigos para dañar nuestros intereses, podemos seguir uno de dos caminos: intervenir militarmente o colonizar económicamente... —Sonrió—. Bueno, tal vez, esta última expresión sea un tanto exagerada, pero yo no pretendo, como me achacan

mis enemigos, negarle a los intereses económicos de los Estados Unidos el acceso a las vías normales de penetración... El colonialismo económico no es intrínsecamente malo. El abuso en su defensa, sí.

Cuando Perkins quería hacer hincapié en un punto, se echaba hacia adelante y golpeaba con la yema del dedo índice sobre la mesa. Lo hacía con intensidad, casi con pasión. Este hombre creía en lo que estaba diciendo y me estaba empezando a caer simpático.

—Pero, senador, los intereses estratégicos...

—Un momento, un momento, por favor. Vamos a hablar de los intereses estratégicos reales, no de los imaginados por la dinámica del poder. El poderoso, y Dios sabe que el presidente de los Estados Unidos lo es, vive inmerso en una espiral que le impulsa a conquistar cada vez más poder, primero, para llegar a ser más fuerte que el antagonista, en este caso la URSS, y segundo, para *conservarse* más fuerte, porque no puede perder la cara ante él. Es en ese segundo momento cuando le asalta la histeria de ver enemigos por todos lados.

—Pero existe, senador, un peligro real en el cerco de naciones enemigas en torno a los Estados Unidos...

—¿Cerco? ¿Qué cerco, amigo mío? ¿Van a ser capaces unas cuantas repúblicas diminutas de poner en peligro la existencia de los Estados Unidos? Si eso llegara a suceder, yo sería el primero en aconsejar la utilización de dos o tres bombas atómicas bien colocadas. Pero ¿puede un ratón inquietar a un elefante? —Hizo vehementes gestos negativos con la cabeza—. Imponer un cordón sanitario —sonreí para mis adentros—, como lo hizo la Unión Soviética en su día para defenderse de enemigos imaginarios, es el colmo de la manía persecutoria, la histeria llevada al máximo. Nos hemos pasado años criticando a los rusos por ello y ahora nos ponemos a hacerlo nosotros mismos. ¡Bah! Son burdas maniobras en defensa de intereses económicos. —Guardó silencio por un momento. De un paquete que había encima de su mesa cogió un cigarrillo y me ofreció otro. Encendió el suyo con un Dupont de oro y yo el mío con mi viejo Zippo—. Tome usted el caso de Cuba, por ejemplo. ¿Nos ha pasado algo por tener a Fidel Castro a noventa millas de Florida durante más de veinte años? ¿Ha aumentado el voto del partido comunista americano? Hubo sólo un momento de peligro, cuando la URSS rompió el juego entre caballeros y se puso a instalar misiles. Eso sí que fue una amenaza estratégica. Pero Kennedy la cortó de raíz y no pasó nada. Alarmarse por ello, es no conocer a los soviéticos; se pasan la vida viendo hasta dónde pueden llegar y, en cuanto se les ladra, dan marcha atrás. Lo único que defienden de verdad, en serio, es su propia parcela. —Dio una larga chupada al pitillo y lo apagó, al tiempo que exhalaba una verdadera cortina de humo por la nariz.

—Sin embargo, senador, no puede negarse que la tendencia revolucionaria existe en Centroamérica y que, en tales revoluciones, suelen ser los comunistas los que se llevan el gato al agua.

—¿Y quién tiene la culpa de ello, Christopher? ¿Le puedo llamar Christopher?

Nosotros y nadie más que nosotros. ¿Quién mantuvo a los Somoza en Nicaragua? ¿Quién mantiene los privilegios de las catorce familias en El Salvador? ¿Quién alimentaba y enriquecía a los mafiosos en Cuba? Nosotros. Y ahora estamos pagando el precio. En todos esos países hemos ayudado, condonado e impulsado la explotación de la población por unos cuantos plutócratas privilegiados. ¿Qué tiene de raro que cuando los campesinos, los miserables, los muertos de hambre, finalmente se organizan y le cortan el cuello al tirano, establezcan un sistema por el que intentan que nunca más los tiranos levanten la cabeza? Nunca más quiere decir, entre otras cosas, nunca más ceder a la tentación del consumismo esclavizante, del lujo. Y a usted y a mí nos choca, porque este efecto, que nos parece la más reveladora y repugnante consecuencia de la revolución, nos asombra y escandaliza, a nosotros, los consumistas por excelencia; nos parece increíble que se prescinda alegremente de la nevera, del aire acondicionado y del automóvil con tal de no caer nuevamente en el juego de la tiranía...

—Un momento, senador... —Levanté una mano.

—... Llámeme Tom...

—... Un momento, Tom. Prescindir, prescindirán alegremente, aunque lo dudo, de la nevera y del aire acondicionado los que acaban mandando después de haber triunfado en la revolución. Porque lo que es al pueblo, sí que le gustaría tener una nevera en la que conservar unos alimentos, accesibles en el mercado, ¿eh?, que se encuentren en el mercado, y que luego no se vayan a pudrir. Se lo digo yo, que he pasado por ello.

Perkins suspiró.

—Por eso, la revolución y la corrupción y el sistema de privilegios que acarrea luego, y las purgas y las ejecuciones, no son la verdadera solución. Me entrevista usted como si yo fuera un comunista. No se llame a engaño, Christopher. No soy un comunista. Solamente definiendo la idea de que hay que terminar con los regímenes capitalistas explotadores y evitar que se instalen los regímenes comunistas explotadores... Una solución que pasa por la generosidad de los Estados Unidos y que —sonrió-favorece, además, nuestros intereses económicos. Y si sale mal y se instala en el lugar un régimen comunista, qué le vamos a hacer... Lo más que se puede decir es que deseamos ver que la revolución, tan noble en su principio, vuelve a la pureza de ideales con que empezó. Nada más.

—Sí, pero como usted bien dice, el juego de poder acaba ensuciando todas esas bellas ideas.

—Desde luego. Lo que me gustaría es cortar esa dinámica de ensuciamiento. Mire usted, Christopher, ¿quiere usted un café? ¿Sí? —Tocó un timbre y se asomó la secretaria—. Jennifer, ¿nos trae café? Gracias. —Había mantenido el dedo índice apoyado en la mesa y levantó la vista con el aire un poco sorprendido del que ha olvidado lo que está diciendo—. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Mire usted cuál es el resultado de cuarenta años de actividad de los Estados Unidos en Latinoamérica.

Maniobras sucias por todas partes, cuando no intervenciones militares directas, derrocamiento de líderes populares, favorecimiento de las dictaduras de derechas. Y todo, en aras de la pretendida defensa de los intereses nacionales. ¡Pues vaya una defensa! Vaya una defensa, Christopher —repitió en voz baja—. La caída de Arbenz en Guatemala, el fin de la democracia en Brasil, la muerte de Allende en Chile, los desaparecidos en Argentina, Stroessner en Paraguay, los militares en Uruguay, la mafia en Bolivia, Batista en Cuba... Vaya *record*, amigo mío... Hombre, ya sé que no todo se debe exclusivamente a la malvada acción de Washington, pero poco le falta. Donde había un pastel que remover, allí estábamos nosotros. ¿Qué tal se compara todo eso con la invasión de Afganistán por los soviets? —Sacudió la cabeza—. Borre eso. No me haga caso: es un recurso de oratoria demagógica... Hubo un breve momento en que Kennedy lo comprendió, y construyó el efímero sueño de la Alianza para el Progreso.

La secretaria volvió a entrar con una bandeja en la mano: el café. Me eché a temblar. Tenía el mismo aspecto que el brebaje de Masters. Dejé que me sirviera una taza y la coloqué, humeando alegremente, a mi lado en la mesa, sin intención de consumirla.

—Un poco de generosidad —siguió el senador—. Nada más. Si los Estados Unidos, en vez de montar operaciones de desestabilización, se hubieran dedicado pacientemente a dar dinero y a crear bienestar y riqueza sin importarles los insultos, otro gallo nos hubiera cantado. Y no sólo se habrían beneficiado los recipientarios; habríamos ganado nosotros, exportando, vendiendo, montando industrias y llevando turistas. Pero del modo como lo hemos hecho, lo único que tenemos son mercados baratos de materias primas, y hasta eso se está acabando porque las guerras están echando a perder los sembrados y las minas... Desde luego que pienso oponerme al presidente Fulton —añadió con vigor.

Me miró con cierta tristeza. De repente, sonrió como si le hubiera hecho gracia un pensamiento.

—¿Qué es, Tom?

—Nada, tonterías infantiles. Supongo que, por estas cosas que digo, la CIA debe estar vigilándome como si fuera un peligroso enemigo de la patria. Eso mismo deben pensar los rusos...

—¿Por qué lo dice?

—Porque hay un ruso, uno que está en la embajada... Markoff, señor Markoff —rió—, debería decir camarada Markoff, que se empeña en llamarme regularmente a California, diciendo que quiere hablar conmigo. Deben ser todos espías, porque también se obstina en hacerse pasar por norteamericano. Mister Brown, dice que se llama cuando me telefonea. —Rió nuevamente.

Esta conversación me estaba devolviendo peligrosamente al mundo de los que son normales, de los que se toman a risa los afanes misteriosos de los espías y de los que, con su candor, desmontan cualquier operación secreta. ¡Vaya diferencia entre el

universo de Perkins y el de Masters! Y no digamos del bueno de Gardner. La ingenuidad y la intriga. Un hombre normal, este senador.

—Y usted, ¿qué le contesta? —pregunté.

—Ah, nada. Le intento convertir. Una vez, hasta almorcé con él. No quiera usted saber la cara que puso cuando le dije lo que opinaba de Afganistán, de Polonia... —Y rió francamente—. Un buen tipo.

Markoff es una persona que me intriga. No entiendo bien cómo se puede compaginar el mando de una escuadrilla de asesinos con la dirección de una red de espionaje y con la misión de propaganda. Pienso en cómo se le deja campar por sus respetos en los Estados Unidos, en cómo aparece en los escenarios de sus operaciones, en cómo me promete a mí, *a mí*, venganza contra mi jefe, en cómo le dejamos operar casi impunemente, y no entiendo nada. Menos aún, si se considera que los soviéticos saben todo eso, saben que Markoff es perfectamente conocido, que sus actividades son casi públicas. Más que un espía, Markoff es un consenso. Supongo que la única explicación es que es como una prostituta: si se la conoce y se la mantiene desinfectada, puede ser controlada y no contagia. Se lo he preguntado a Gardner, pero nunca me ha contestado. Miré al senador. Me sonrió y abrió las manos.

—Soy un hombre rico —dijo—. Necesito pocas cosas y me puedo permitir exhibir con valentía mis opiniones. —Se puso serio—. Tal vez, cuando moleste demasiado, algún organismo tenebroso me mandará ejecutar. No me apetece nada.

—¿Sabe usted que le vigile la CIA?

—No, la verdad es que no. Pero no puede ser de otra forma. Algún día obtendré pruebas de la vigilancia y entonces, acuérdesse de mí: armaré un lío del que se acordarán.

Confieso que, perteneciendo a una organización de espionaje, se tiene tendencia a simplificar. El poder simplifica y esquematiza. Y tiende uno a convertirse al maniqueísmo: todo se ve en términos de amigo o enemigo. El más mínimo matiz en la defensa de una idea, todo lo que no sea defenderla a rajatabla, con verdadero fanatismo, invalida a una persona y, automáticamente, la convierte en enemigo. El matiz es un enemigo de la patria. Los servicios de inteligencia no pueden permitirse una sola duda; la duda corroe y destroza la teoría de que el fin justifica todos los medios. Si se pierde esa proporción, la mano que ejecuta pierde su firmeza. Todo muy ético.

—Me decía usted que hablaríamos de las cuestiones económicas.

—Sí, las cuestiones económicas... La excelsa defensa de los intereses de la patria es un buen negocio. ¿Quién vendería armas, si no? ¿Quién desarrollaría computadoras para calcular los riesgos? ¿Quién prestaría dinero a tanto por ciento de interés? ¿Quién podría comprar materias primas baratas? ¿Quién instalaría las multinacionales? No. A la economía de los Estados Unidos le viene bien una guerra. ¡Pero es ciega! ¿No lo comprende usted? ¡Ciega! Cuando se ha destruido un país, no queda nada que vender o que comprar. ¡Cuánto más negocio es planificar

para la paz! Pero, para eso, amigo mío —añadió con cansancio—, hay que tener paciencia y visión de futuro. Y poca es la gente que la tiene en este país. —Me miró y frunció el ceño—. ¿Ha oído usted hablar del Club?

—¿El qué?

Se mordió el labio inferior y la cara, tan abierta y tan franca, se cerró repentinamente.

—Nada. Olvide que se lo he preguntado... No tiene importancia, realmente. No, hombre. No me mire así. Es una pequeña organización sin demasiado peso. Se la ponía a título de ejemplo. Pero, olvídela... Lo que importa es que escriba usted unos artículos serios e imparciales. Vaya y vea todo aquello de cerca. Si me ha escuchado usted de verdad, se convencerá de lo que le digo. —Se levantó de su asiento y rodeó la mesa—. Soy un viejo admirador suyo, Christopher. Sus fotos siempre han sido testimonio comprometido y visceral. No deje usted de ser así en sus artículos.

Ay, buen senador, si viera usted dónde han ido a parar mi pureza y mi inocencia. Tiene usted delante a un vengador. Nada más que un vengador.

Le di la mano y, al hacerlo, se me ocurrió una genialidad Rodríguez.

—Muchas gracias, Tom. Me ha ayudado usted mucho... Por cierto... ¿conocía usted a Malcom Aspiner?

—Naturalmente. Le conocía bien. Nos veíamos con cierta frecuencia. Jugábamos mucho al golf, ¿sabe? Fíjese; unos días antes de su muerte había quedado en jugar nueve hoyos conmigo en mi club en California. Pero me dejó plantado. —Suspiró—. Nunca sabremos por qué. Sentí mucho su muerte. —Era la tercera persona que me decía que le había entristecido la muerte de Aspiner y que no me daba la sensación de particular tristeza—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada especial. No sé. En realidad, por cómo me dicen que era, se me ha ocurrido que tal vez fueran amigos, que pensarán igual, qué sé yo.

Tom Perkins sonrió. No me había preguntado lo que me había pasado en la cara ni una sola vez.

CAPÍTULO IX

Marta era bailarina. No de *ballet*, sino de *jazz* y música moderna. Se movía electrizantemente, como si en el cuerpo y en las piernas llevara una dinamo. No me cansaba de verla hacer ejercicios rapidísimos, en los que combinaba el ritmo con la contorsión gimnástica, y contemplaba embobado la fuerza y elasticidad de sus músculos contrayéndose bajo la piel lisa y tostada. Cuando bailaba, era una llama que se paseaba por el escenario. Aún se me tensa el estómago al recordar el impacto físico que me producía su sexualidad caliente y felina. Era capaz de pasar horas mirándola. Y fotografiándola. Tengo miles de fotos de Marta bailando.

Sólo una vez desde que murió cedí a la tentación de mirarlas. Hice mal. Hice mal porque, por esa única vez, Marta dejó de ser un recuerdo doloroso y obsesionante para convertirse en una presencia viva y plástica: reconocí un músculo largo y flexible, un pecho casi desnudo, el estómago vibrando, un brazo aleteando, una sonrisa medio pícara. Cada detalle de su cuerpo me trajo violentamente a la memoria el olor de su piel, el sonido de su risa, el sabor de su boca.

Estuve diez días encerrado en mi cuarto oscuro y sobreviví gracias a Dennis, que me bajaba comida pacientemente y aporreaba la puerta hasta que salía de mi encierro para comer algún bocado. No tenía ganas de morirme; sólo quería que me aniquilara la tristeza. Dennis tuvo el buen sentido de nunca decirme nada. Cuando, finalmente, volví a subir al salón, tenía los ojos enrojecidos, la barba sucia y a medio crecer, el pie en un estado lamentable y había perdido ocho kilos de peso.

No he vuelto a repetir el ejercicio. Soy un masoquista, pero las cosas tienen un límite.

El día en que conocimos a Pedro y a Dennis, casi nos costó la vida. Estábamos en Beirut e intentábamos, Marta y yo, cruzar de la zona cristiana a la musulmana. A media avenida, se organizó una ensalada de tiros que nos bloqueó, tirados en el suelo detrás de una pared en ruinas. Estuvimos allí veinte minutos mientras nos silbaban los proyectiles por encima de la cabeza. Cómo estaría yo de loco que, con Marta medio tapada por mi cuerpo, asomaba la cabeza de vez en cuando para sacar fotos de un edificio que había a unos cincuenta metros. En mi cámara, tenía puesto un teleobjetivo de 400 milímetros y, a través de él, podía ver a tres chicos jóvenes parapetados detrás de una ventana, manejando, como podían, un mortero. El más pequeño de los tres, no tendría dieciséis años, era el único que estaba de pie y daba saltitos de impaciencia, evidentemente para que a él también le dejaran disparar. A los otros dos, mucho más conscientes de la suerte que iban a correr, se les notaba el terror en la cara.

Un obús de la artillería cristiana dio en la parte superior de la casa y le voló la terraza, como si le hubieran pegado un martillazo. Hubo un momento de silencio, mientras se despejaba la polvareda. Uno de los chicos se asomó a la ventana; me

pareció que se tambaleaba un poco; tenía sangre en la cara. Miraba a lo lejos, con una mano puesta en la frente a modo de visera, en un esfuerzo instintivo por averiguar la colocación de la batería enemiga. Marta dijo:

—¡Dios mío, ese pobre chico! —Y vi que cerraba los ojos. Me agarró fuerte del hombro. Al instante siguiente, la batería cristiana acertó de lleno en la ventana. La explosión fue tremenda porque, a la violencia del obús, se unió el estallido de las granadas de mortero que, sin duda, tenían almacenadas los tres muchachos en aquella habitación.

Cuando pudimos volver a ver, había un gran boquete en donde había estado toda la parte superior de la casa. Guardo una serie terrorífica de fotografías de toda la escena.

Sobre nosotros, empezó a sonar el carraspeo de los proyectiles cayendo.

—¡Eh!... ¡Gringo!

Volvimos simultáneamente la cabeza en dirección a la voz que nos había llamado y no conseguimos ver más que un montón de cascotes. La avenida estaba completamente desierta.

—¡Aquí! —Una mano nos hizo señas desde un poco más a la derecha de adonde estábamos mirando—. No os mováis. El bombardeo en esta zona se acabará en seguida... No os mováis.

—Tengo un miedo horrible —me dijo Marta en voz baja. Le pasé la mano por encima del hombro.

—Siento haberte metido en esto —dije, apretándole el brazo. A cien metros de nosotros cayó un cohete, estallando en mil fogonazos blancos y anaranjados. La onda expansiva sopló con violencia hacia nosotros, llenándonos de polvo. Una sola piedra me cayó en la espalda, rompiéndome la cazadora; noté que me había producido un pequeño corte. Inmediatamente, la calle estalló en un escándalo de disparos y de fuego cruzado. Agachamos la cabeza y nos quedamos absolutamente inmóviles. Tampoco es que antes nos hubiéramos estado moviendo tanto.

—No, si me estoy divirtiendo mucho —dijo Marta e, hinchando los carrillos, sopló hacia arriba para quitarse el mechón de pelo que le caía sobre la frente.

—Soy un miserable. En cuanto salgamos de ésta, cogemos el primer avión y nos vamos zumbando...

—Ah, pero ¿es que se sale de ésta?

—¡Eh, gringo! ¡Correr un poco hacia la izquierda! Lentamente, nos arrastramos hacia la izquierda, rodeando poco a poco la pared medio derruida tras la que estábamos parapetados.

—Bien. Cuando yo os diga, levantaos y echad a correr a toda velocidad hacia el otro lado de la calle. Ya os alcanzaremos allí. ¡Y no miréis hacia atrás!... ¡Ya!

Con la velocidad que sólo presta el miedo, Marta y yo nos levantamos y, sin mirar, doblados en dos, nos pusimos a correr hacia un portal que había a unos veinte metros. Entramos en tromba en él y no nos detuvimos hasta que alcanzamos la pared

del fondo. Nos apoyamos contra ella y nos dejamos deslizar hasta quedar sentados en el suelo, mirándonos en silencio. Marta tenía toda la cara embadurnada de barro. Parecía un negrito. Sonreí y luego me puse a reír.

—No sé de qué te ríes. No me hace ninguna gracia, idiota.

—Es que no te has visto la cara.

Se pasó la mano derecha por la mejilla y, luego, se miró los dedos. Levantó la mirada y me sacó la lengua.

En ese momento, dos cuerpos entraron rodando uno detrás de otro en el portal. Yo creo que se habían tirado en plancha desde unos metros antes de alcanzarlo. Sonó una ráfaga de ametralladora y el quicio de la puerta estalló hecho pedazos, con grandes desconchones de yeso y ladrillo saltando por los aires. El primero de los hombres, aún tumbado en el suelo, dio un largo silbido. Al cabo de un momento, se incorporó, se sacudió la chaqueta con ambas manos, levantó la cara hacia nosotros y sonrió. Me cayó instantáneamente antipático. Era grande y sólido. Un enorme bigote le cruzaba la cara, rodeando una boca demasiado ancha, en la que desentonaban los dientes, pequeños y manchados de nicotina. Los ojos le lucían como carbones en las órbitas. Daba la impresión de tremendo poder físico.

—Me llamo Pedro —dijo.

A su lado, en el piso de baldosa, había dejado el machete y la ametralladora Kalashnikof que había llevado en una mano al precipitarse por el portal. Le faltaba una falange del dedo meñique.

Pedro Ortega. Nacido en León (Nicaragua), en diciembre de 1947. Se tienen muy pocos datos sobre él. Su padre era propietario de un periódico, El Imparcial de León (cerrado por Somoza en 1977), y fue asesinado por desconocidos a la puerta de su casa el 24 de diciembre de 1977. Ortega estudió bachillerato en León y abogacía en la Universidad de Managua. Desapareció poco después de terminar la carrera; nuestros servicios le localizaron en 1969 en Moscú, en donde cursaba estudios de doctorado en la Universidad Patrice Lubumba. Algunos huidos de Cuba aseguraban que estuvo en La Habana por lo menos en 1970-1971. Se le conecta con acciones guerrilleras antisomocistas y, posteriormente, con grupos palestinos extremistas. Son proverbiales su crueldad, decisión y valentía. Se sabe que intervino como jefe de comando al lado del terrorista Carlos en los atentados de Munich durante los Juegos Olímpicos de 1972 y en el del aeropuerto de Lodd. Extremadamente peligroso. Características físicas: ojos y pelo negros, 180 cm, parece ser que le falta la primera falange del dedo meñique izquierdo. Ver foto adjunta, obtenida en 1969, Univ. de Managua.

Pedro Ortega. Me sabía su ficha de memoria. Llevaba meses intentando localizarle, siguiendo rastros de informadores, rumores de quienes creían haberle visto, sugerencias de alguno que había oído decir que un golpe de mano, aquí o allá, llevaba su firma. Y, ahora lo teníamos delante por pura casualidad. Y el que estaba

detrás de él debía ser Dennis Keatley, el médico. Me sorprendió su aspecto de gordinflón inocente.

—Soy Christopher y ésta es Marta, mi mujer.

Marta miraba a Pedro con los ojos muy abiertos.

—Eres fotógrafo, ¿eh? En menudos líos os metéis. —Y, de repente, se puso a hablar en español—. Tú eres hispano, ¿verdad?

Asentí.

—Portorriqueño. —Suspiré—. Sí que nos metemos en líos, sí. Vaya jaleo...

Pedro rió estentóreamente.

—Todavía no habéis salido de él... Me parece que lo mejor será que nos vayamos de aquí a un sitio más seguro. —Recogió sus armas y se levantó—. Saliendo a la derecha, como a cinco metros, hay un pasadizo. Lo vi antes, desde enfrente. Por ahí nos vamos a escurrir hacia la zona palestina y estaremos a salvo... Humm... Vamos a tener que salir de uno en uno. —Miró a Marta y arrugó la nariz. Luego, la señaló con el dedo—. Tú primero. Sal corriendo y, sobre todo, no te pares por nada. Corre y métete por el pasadizo sin detenerte. Estos falangistas son tan burros que hasta que reaccionan, pasan horas. Pero tampoco hay que tentar al destino. Anda, ven —y la empujó hacia la entrada.

Marta estaba pálida y no decía nada. De repente, agachó la cabeza, echó a correr y desapareció por la acera a toda velocidad. A los pocos segundos, sonó una ráfaga de ametralladora. Quise salir, pero Pedro me agarró por el hombro y no me dejó moverme. Esperó un momento que se me hizo eterno. Al cabo de un siglo, dijo:

—¡Ya!

Con ambas manos, sujeté las cámaras contra mi cuerpo y, sin pensarlo más, salí a la acera. Doblado en dos, torcí hacia la derecha y, en tres zancadas, me deslicé por el pasadizo. Marta estaba apoyada contra una pared, pálida y jadeante. A sus pies estaba el cadáver de un muchacho con la cara medio tapada por la *kufía*. Todo su costado derecho era una masa sanguinolenta. Me detuve en seco y, muy despacio, levanté la mano derecha, agarré la cara de Marta por la barbilla y la hice girar hacia mí. Me miró sin decir nada. Su labio superior y sus sienes estaban perlados de sudor. Sin previo aviso, se inclinó hacia adelante y vomitó desgarradoramente.

Detrás de nosotros, en la calle, sonó una nueva ráfaga de ametralladora, seguida inmediatamente de otra. Supuse que era Pedro, contestando a los disparos de los cristianos, antes de salir corriendo. Un segundo después, desembocó en el pasadizo y chocó violentamente contra mí.

—¿Qué...? —exclamó y, después, bajó la mirada.

El golpe de Pedro me había empujado hacia Marta. Me enderecé. Le ofrecí un pañuelo, lo cogió y se secó la boca. Pedro levantó los ojos y los fijó en nosotros. Meneó la cabeza y se encogió de hombros. Sonrió y, muy delicadamente, con la punta del pie, apartó la *kufía* de la cara del joven muerto. En ese momento, Dennis entró en tromba en el pasadizo y chocó contra él; casi le hizo perder el equilibrio.

—Un muerto —dijo Pedro, empujando con la bota la cabeza del palestino—. Un muerto, Dennis...

Dennis no dijo nada: aún no habíamos oído su voz.

—Miles de muertos, todos los días —añadió Pedro, volviéndonos a mirar—. Es el precio que se paga por esta guerra. Un muerto más... qué más da. —Y se encogió nuevamente de hombros.

—Creí que esta lucha era para evitar muertes e injusticias —dijo Marta en voz baja. Se dio la vuelta y echó a andar. Iba muy rígida y le temblaban los hombros.

Una hora más tarde, estábamos sentados en el destartado salón de una casa palestina. Una vieja destentada y silenciosa nos había traído té y unos dulces de miel. Marta se había lavado la cara con agua de pozo y estaba pálida pero, me parecía a mí, resplandeciente como siempre. Me dolía un poco el costado en el que me había pegado la piedra lanzada por la onda expansiva.

—¿Tú eres Christopher Rodríguez, el fotógrafo de *Time*? —me preguntó Pedro.

—Sí. ¿Por qué?

Me contestó con otra pregunta.

—¿A qué has venido aquí?

—Hombre, mi profesión es la de fotógrafo de guerra. Me temo que voy a los sitios en los que se pega la gente...

—Pero ¿por qué a éste? Hay otras guerra más interesantes. Esta es la misma de siempre, ¿no?

—Sí, pero yo... bueno, hago un poco lo que me da la gana. Mis fotos se venden... —Me permití una pequeña soberbia; todos tenemos nuestro corazoncito— ... más que como apoyo a la noticia escrita... bueno... se venden un poco por sí mismas. Son artículos en sí.

Tampoco le iba a contar que Gardner me había enviado al Líbano para encontrarle, para ver cómo estaban organizados los contactos entre guerrillas y entre revolucionarios centroamericanos y palestinos. Sospechábamos que el centro de operaciones estaba en Costa Rica, pero no estábamos seguros. Si sólo hubiera modo de rastrear los canales de comunicación... También tenía el encargo de liquidar a Pedro y hacerle un servicio señalado a la comunidad. Viéndole confiadamente recostado en un sofá, y recordando su crueldad e indiferencia ante la muerte, se me empezó a antojar que mi misión no iba a resultar tan sencilla como a primera vista hubiera podido parecer.

—Lo de los reporteros bélicos siempre me ha parecido algo masoquista —dijo repentinamente Dennis.

Le miré. Tenía la voz blanda y algo afectada. Volví la cabeza hacia Marta, que levantó una ceja. Éramos un par de machistas intolerables.

—Hombre... depende de cómo se mire. Toda mi vida he sido un enamorado de la fotografía. Toda mi vida he odiado las guerras. Pon las dos cosas juntas y sale un testimonio pacifista permanente y, bueno... algo pomposo. —Sonreí—. ¿Qué

seríamos sin un poco de pedantería? —Marta me miró con sorpresa—. Además, se gana mucho dinero.

Me dio la sensación de que Pedro me contemplaba con cierto desprecio.

—Un pacifista capitalista —dijo—. Vaya, hombre. Dennis, aquí tenemos a un revolucionario de salón.

Pensé decirle que *de salón*, regular, pero me callé.

—Dime, Christopher Rodríguez, ¿cómo se combate la injusticia absoluta? ¿Con fotografías? ¿Con testimonios de amor? —Se inclinó hacia adelante y me señaló con el dedo. Era muy aficionado a señalar con el dedo—. ¿O arrancando el mal de raíz, antes de que el mal acabe contigo?

—No lo sé, Pedro. Nunca he querido empuñar una pistola en mi vida... nunca he querido matar a nadie, porque no creo que haya causa que justifique derramamiento de sangre... —Desde luego, mi cinismo rebasa todos los límites.

—¡No, claro! Lo mejor es que los pobres sufran en silencio, esperando lo que los ricos nunca les van a dar. Aquí, mi amigo, se trata de tomar decisiones. Aquí, se trata de tomarse la justicia por su mano, porque si esperamos a que la concedan el Papa o el presidente de los Estados Unidos, vamos listos...

—No digo que no... Lo único que digo es que yo no quiero ser partícipe directo de esa lucha. Soy sólo un testigo... Y, mostrando el horror de lo que ocurre, soy más eficaz que pegando tiros. Además, tengo una puntería malísima. Te digo una cosa, Pedro —afirmé, levantando una mano para que no me interrumpiera—. Te digo una cosa: una foto mía es cien veces más eficaz que el chaval palestino que estaba muerto en el callejón. ¿Quién sabe que estaba muerto? ¿Quién sabe para qué murió? Nadie, si el *New York Times* no publica mañana en primera página la foto que yo he sacado... La desgracia de este mundo en el que nos ha tocado vivir es que las tragedias son tantas que la gente se ha vuelto insensible a ellas si no le afectan directamente. Y si yo, yo, no se las llevo a la mesa del desayuno en los periódicos que leen con indiferencia hasta que un horror verdadero y gráfico les atraganta el huevo frito y las salchichas, todas las bombas que lanzas y todos los disparos que tiras sirven en Chicago tanto como una gota de agua en el mar. ¿Qué te parece?

Guardó silencio. Sacó un paquete de cigarrillos americanos del bolsillo de su camisa, extrajo un pitillo, se lo puso en la boca y lo encendió con una cerilla. Toda esa operación la hizo sin dejar de mirarme.

—Oye, fotógrafo comprometido —dijo por fin—. ¿Quieres ver sufrimiento? ¿Quieres ver acción? ¿Quieres enterarte de lo que es nuestra lucha? ¿Se lo vas a decir a los americanos?

Asentí. Pedro acababa de cometer un error: ¿enterarme de su lucha?; a mí lo que me interesaba era sacar fotos; la tragedia de los palestinos me importaba un verdadero pimiento. Sabía que Marta me estaba mirando, pero yo seguí con la vista puesta en Pedro. En ese momento, a mí no me estimulaba el remordimiento de conciencia absolutamente nadie. Ni siquiera Marta.

—Muy bien. Vas a tener acción y sufrimiento. ¿Tenéis algún equipaje?

—Un par de bolsas de viaje en el hotel.

—Luego las recogeremos.

—¿Adónde vamos?

—Ah, gringo, eso no te lo voy a decir. A la montaña, a la Bekaa, al Golán, al *wadi* Ramm... Ya veremos.

Empezaba un viaje que no hubiera querido hacer nunca. El último viaje de Marta.

CAPÍTULO X

Después de mi entrevista con el senador Perkins, volví a casa. Me dolía mucho la cabeza y tenía el cuello rígido e inflamado. Nada como un *bloody mary* bien cargado y unas cuantas aspirinas.

Descolgué el teléfono y marqué el número de Pennsylvania Avenue.

—¿Nina?

—¿Qué hay, amor? ¿Qué tal la entrevista con Perkins?

—Interesante. Interesante, sí... Mira, cógete un taxi y vente para acá. Te daré algo de comer y charlaremos un rato. Después me iré a Nueva York.

Colgué sin decir más. Me quedé un momento frente al teléfono, pensando. Me estaba olvidando de algo. De repente, maldije en voz alta, descolgué nuevamente el auricular y llamé al *New York Times*. Se me había borrado completamente de la cabeza mi decisión de llamar a John Mazzini para prepararle para una eventual llamada de Thomas Perkins.

—Ya me parecía a mí que me telefonearías, Chris —dijo John, riendo—. Me acaba de llamar el senador Perkins para preguntarme si te conocía y si te había encargado una serie de artículos sobre Centroamérica... Le he dicho que por supuesto que sí. ¿Qué te traes entre manos, bandido?

—Prudente caballero, este senador. ¡Qué tío! No se fía ni de su sombra. Mira, tenía que hablar con él y tuve que inventarme esta historia. Oye, Johnny... gracias por el favor, ¿eh?

—Nada, hombre... El día menos pensado me vas a meter en un lío. ¿Cuándo vienes por aquí?

—Esta noche. Voy a ver a Pat y a resolver unas cosas con él.

—¡Hombre! Ni te atrevas a marcharte de Nueva York sin almorzar conmigo, o cenar, o tomarte mil copas. Te mato, ¿eh?

—De acuerdo, de acuerdo. Te llamo mañana por la mañana. Preparé una jarra de *bloody marys* y, decidido a curarme de todos mis males, puse en ella media botella de vodka, mucho limón y un largo chorro de guindilla líquida. Debía estar ardiendo. Me aguanté las ganas de probarlo hasta que llegara Nina Mahler y, para hacer pasar el rato, empecé a preparar una salsa holandesa. A Nina le encantan los *eggs Benedict*.

Entró por la puerta de la cocina, arrastrando los pies, jadeando y bamboleándose de derecha a izquierda.

—¡Humm! ¡Aquí huele a gloria! ¿A ver? —Y metió un dedo en la cacerola, en la que daba vueltas pacientemente a mi último esfuerzo culinario—. Buenísimo —decretó, después de haberse chupado el dedo—. Para mí, tres huevos, por favor. —Cogió la jarra y sirvió dos grandes vasos de *bloody mary*. Probó el brebaje e, inmediatamente, carraspeó—. ¡Uá! Está que lampa... Buenísimo.

Cocino pocas cosas, pero las que hago, las hago bien. De mis huevos Benedict, llenos de jamón y trufas, y recubiertos de salsa holandesa, estoy justificadamente

orgullosa. Los devoramos en silencio y, después, preparé café.

Nos fuimos al salón y nos sentamos cómodamente en sendos sofás. Estornudé y me retumbó la cabeza entera.

—Bueno, cuéntame del senador Perkins.

—No, no, espera, Nina. Dime primero cómo va la lectura de los historiales de nuestros tres héroes.

—Nada, Chris, amor. Absolutamente nada. Limpios como ángeles. De Fulton, hasta he rebuscado en sus tiempos de universidad, por si hubiera algo revelador... qué sé yo... pertenencia a clubs de izquierda, sociedades democráticas de debate. Cualquier cosa. Nada. Phi Beta Kappa... Partido Republicano muy pronto... Absolutamente nada. Es un anticomunista rabioso...

—¿Masters?

—Exactamente igual. No hay hueco por el que hayan podido penetrar los rusos.

—¿El bueno de...?

—¿Gardner? El peor de todos. Es el troglodita mayor de todos los tiempos. No pertenece a la sociedad John Byrch de puro milagro. Es miembro de todos los clubs carcas que te puedas imaginar. Yo creo que se sorprendería a sí mismo si un día se encontrara cruzando alguna palabra con un soviético sin tenerle agarrado por el cuello... No. Para mayor seguridad, hasta he pedido los perfiles psicológicos de los tres. Nada. —Sacudió la cabeza con desánimo.

—Caramba, Nina. Parece que te entristece...

—No, amor. No puede entristecerme averiguar que el presidente de los Estados Unidos, el director de la CIA y el bueno de Gardner sean tres verdaderos patriotas... Me desconcierta. —Se chupó un dedo que estaba manchado de negro y empezó a frotárselo con vigor con el pulgar de la mano izquierda—. Me desconcierta, porque su inocencia deja sin resolver el problema de quién es el responsable de la fuga en el ordenador de la CIA... Y, mientras tanto, Markoff, riéndose.

—Vamos a ver, Nina. Parece mentira que te tenga que decir esto a ti, pero te recuerdo que no hemos hecho más que empezar una investigación que es forzosamente complicada. Hemos empezado por lo más obvio, para ir descartando posibilidades, cuanto más sencillas, mejor... Una fuga en el computador mejor custodiado del mundo nunca es asunto de poca monta... —Me froté un ojo—. Sería francamente idiota poder descubrir un lío de éstos en una sola tarde invertida en leer unos cuantos papeles.

—Hombre, los esquemas más perfectos son siempre los más sencillos, ¿no?

—Sí, desde luego, pero no cuando se refieren a una materia que es compleja en sí, como un ordenador sofisticadísimo. Vamos a ver. Nina, vamos a ver. ¿Qué tenemos entre manos? Nos han robado la memoria del computador de la CIA. Hemos quedado en que es algo que resulta tremendamente difícil de hacer; es preciso disponer de extraordinarios recursos técnicos y científicos. El ladrón final puede ser uno solo, pero el montaje de la operación requiere, estoy seguro, un sólido equipo. Punto dos:

como suele ser normal en estos casos, la fuga se descubre por casualidad, gracias a un error cometido por un operador al cambiar una inscripción que hay en la memoria. El error es tan burdo que no cuadra bien con un robo que ha requerido la utilización de mucha técnica sofisticada. ¿Qué nos indica eso?

Que hay un equipo y que el que utiliza finalmente el ordenador para robar no es necesariamente el que montó el robo. Punto tres: todo este tinglado requiere, como hemos visto, un computador en poder de los ladrones que sea, al menos, tan potente y utilice la misma técnica que el de la CIA. ¿Sabemos ya cuántos de esta naturaleza hay sueltos por ahí?

Consultó su reloj.

—A las tres me van a dar la lista... Cinco minutos.

—... Y tendremos una indicación razonable de quién ha sido el que nos ha robado. No sabremos aún quién es el traidor, pero andaremos cerca... Me parece demasiado sencillo —dije con poca convicción—, demasiado sencillo, Nina.

Nina se mordió el labio inferior.

—He hecho una cosa más, amor.

—¿Sí?

—He pedido a Moscú que nos averigüen si hay o ha habido algún signo de entusiasmo, alguna pequeña sonrisa triunfal que sugiera que nuestros amigos de la KGB están contentísimos desde que conocen las maldades que archivamos en nuestro computador.

Me di un golpe en la frente con la palma de la mano. Vi las estrellas del firmamento: nadie sacude impunemente una zona de la anatomía que ha recibido recientemente los amorosos cuidados de una porra llena de plomo.

Nina sonrió.

No se me había ocurrido lo más elemental de todo este asunto: comprobar si, como habíamos supuesto sin más, los beneficiarios del robo habían sido, en efecto, los soviéticos. En Moscú tenemos, como todo servicio de inteligencia que se precie, un *topo* infiltrado en la KGB. Está tan arriba en la estructura de mando, que no lo utilizamos más que en casos extremos y previa autorización de Masters.

—¿Y? —pregunté.

—¡Hombre! Nada todavía, amor. Caramba, no se le puede preguntar al *topo* una cosa así, llamándole por teléfono. Va a tomar algún tiempo...

—OK, OK, estoy hecho un idiota. No me funcionan las neuronas.

El teléfono que estaba a mi lado empezó a sonar. Descolgué el auricular.

—Rodríguez —dije. Miré a Nina—. Es para ti.

—Dame un papel y un lápiz.

Debajo de la mesa del teléfono había un bloc de papel y un bolígrafo. Se los di.

—Sí —dijo Nina, sujetando el auricular con el hombro y disponiéndose a apuntar, con el bloc colocado sobre las rodillas—. Venga... —Y empezó a anotar—. Sí... IBM, sí... ¿cuál?... sí... —Así estuvo un rato, escribiendo nombres de ordenadores y de

lugares donde estaban instalados. De pronto, vi que se enderezaba y se le escurría el auricular. Soltó el bolígrafo, recogió nuevamente el auricular y, apretándoselo al oído, exclamó—: ¡Repite eso!... Sí... a ver, deletréamelo... bien. ¿Y dónde está? ¿Dónde? ... Bueno, bueno, olvídalo. ¿Es todo?... Gracias.

Colgó el teléfono. Levantó lentamente la vista y me miró. Echó la mandíbula inferior hacia adelante, como si fuera un bulldog, y se puso el bolígrafo en la boca.

—Tenemos la confirmación de quién es nuestro ladrón, amor... le tenemos, pero se nos ha escapado.

—¿Cómo es eso? ¿Cómo es eso?

—Verás —sonrió—, te puedo dar una lista no muy larga de los ordenadores que tienen tecnología suficiente para operar con el nuestro y de los lugares e instituciones en los que están instalados. ¿Qué te parece?

—Venga, Nina, déjate de tonterías.

Me incliné sobre su bloc de notas, intentando ver lo que había escrito y lo escondió en su regazo.

—Venga, mente privilegiada. Hay ordenadores para todos los gustos: IBM, UNIVAC, ATLAS. Todos están controlados. Pero hay uno... ¿Sabes cómo se llama? ASPCOMP, amor. ¿Me oyes? ASPCOMP...

Debí poner cara de idiota, porque Nina soltó una carcajada.

—No entiendo de qué me hablas.

—ASPCOMP. ¿No te sugiere nada?

—No, no me sugiere nada —dije pacientemente. La hubiera matado.

—Aspiner Computers, amor, Aspiner Computers. ¿Aspiner? ¿Eh? ¿Malcom Aspiner? —Se quitó el bolígrafo de la boca y se recostó triunfalmente en el sofá.

Noté que me subía una oleada de calor a la cara y que se me aceleraba el pulso. Me puse de pie, encendí un cigarrillo, me acerqué a la mesa de las bebidas y me serví un licor de pera en un vasito. Me temblaba el pulso, pero yo también soy capaz de irritar a la gente. Nina me miraba en silencio, apenas sugiriendo un ligero aire de superioridad.

—Aspiner, ¿eh? —pregunté por fin—. El hijo de su madre. Todo concuerda. ¡Ahí está la conexión! Esa es la prueba que queríamos, ¿eh? Roba la memoria del ordenador de la CIA. Para hacerlo, utiliza su propio computador. Le es fácil, porque su máquina es una de las que tiene incorporada la nueva tecnología de impulsos electrónicos de sonido...

—... Te diré más: Aspiner Computers no sólo tiene tecnología suficiente para producir un ordenador parejo al de la CIA. Es que, además, amor, probablemente Aspiner es el que ha desarrollado la mayor parte de esa tecnología...

—... Humm... Sigue el rastro de Perkins por razones que desconocemos. Supongo que el papel que Pat ha descubierto en uno de los libros de su biblioteca es una reproducción del *print-out* que nos entregó Masters. Aspiner comprueba en el *print-out* que su nombre aparece y lo cambia porque le parece vital que no se le ligue

a Perkins... Y, finalmente, le matan...

—... Y nosotros quedamos como unos imbéciles y sin enterarnos de nada. ¿Qué quiere decir todo esto, amor? —preguntó, pensativamente.

—¡Y yo qué sé! —contesté con irritación—. No entiendo absolutamente nada. Vamos a ver —apuré la copa de licor de un trago y tosí—. Vamos a ver. ¿Cuántas preguntas quedan sin contestar? Espera, no me interrumpas. Primero, no sabemos quién es el traidor que le facilita la clave del ordenador de la CIA. Segundo, no sabemos cómo Aspiner es capaz de acceder a la memoria sin dejar rastro de su presencia. Es más, sabemos que eso es imposible. Tercero, no sabemos para qué hace todo esto. Cuarto, no sabemos qué pinta Markoff en este lío. ¿Qué conexión puede haber entre el representante de la KGB y uno de los más excelsos capitalistas del país? Cuarto... o quinto... ya no sé ni qué es... ¡Ah!, ¡por cierto! ¿Dónde está el ordenador de Aspiner?

—Ni idea, Chris. Hay un ASPCOMP 34 en la NASA. Pero seguro que Aspiner no ha empleado ése... Y no se sabe que haya otro.

—Vaya. Roba... nos roba y ni siquiera sabemos con qué. Lo llevamos bien. Sexto, no sabemos qué interés tiene respecto de Perkins, nuestro ilustre senador. Me parece que le voy a tener que preguntar muchas cosas a mi amigo Tom. ¿Te dije que me pidió que le llamara Tom? —Nina hizo un gesto negativo—. Y, finalmente, séptimo, no sabemos por qué ni quién le ha matado... Pues vaya...

—... Y, octavo, no sabemos por qué anoche te desvalijaron y te dejaron tirado en la alfombra...

—... Vaya, Nina. Ya pensaba yo que no te habías creído lo de mi caída por la escalera —dije, sonriendo—. ¿Qué te hizo sospechar?

—Tú no te caes por las escaleras, amor. ¿Qué te quitaron?

—Pues, mira, la verdad es que no estoy seguro... Ladrones, no eran. No me quitaron nada de valor —señalé los cuadros, que seguían apaciblemente colgados de las paredes—. Anoche miré someramente en el cuarto oscuro, que es donde estaban cuando llegué, y, aparte de un poco de desorden, no parece faltar nada... Las cámaras están en su sitio... —Hice un gesto de ignorancia—. No sé... ¿Papeles? No guardo ninguno en la casa... Bueno, solía utilizar el cajón de debajo de la ampliadora, al lado de donde guardo los ácidos, pero hace tiempo... —Me quedé callado, mirando a Nina. Luego, me levanté muy despacio y dije—: Espera un momento, espera un momento.

Salí del salón, bajé la escalera y entré en el cuarto oscuro. Encendí la luz. Miré a mi alrededor con un poco más de detenimiento y después me acerqué a la ampliadora. La estuve contemplando un buen rato. Suspiré. Cuando volví al salón, Nina me miró con curiosidad.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de que el cajón cierra mal y de que una de mis manías es dejarlo siempre bien encajado? Pues está desencajado. Por tanto...

—... Noveno, no sabemos por qué los que entraron en tu casa anoche te conocían y sabían que sueles guardar papeles en el cajón de la ampliadora... Estupendo.

—Esto huele cada vez peor, ¿verdad?

—¿No me digas? —Cada vez que digo una tontería, Nina me la hace pagar sin piedad. Chasqueó la lengua—. ¿Qué tal con Perkins?

—Puede que nuestro senador sea un peligroso enemigo de la CIA, pero ciertamente no me parece serlo de los Estados Unidos.

—Chris, amor, éstos son conceptos subversivos. Como te oiga Gardner, te manda a Siberia.

Cuando llegué al aeropuerto de La Guardia, la noche neoyorquina estaba oscura y desapacible. Lloviznaba un aguanieve helador y molesto.

Pat me esperaba en el gran vestíbulo que había sido escenario de mis proezas fotográficas. Las arrugas que le surcaban las mejillas, desde los lados de la nariz hasta casi el mentón, parecían haber profundizado en la piel con el cansancio. Se le habían marcado unas grandes ojeras violáceas y llevaba la frente permanentemente fruncida.

—He aquí a un hombre preocupado. ¿Qué tal vas, Pat?

—¡Bah! El fiscal me va a arrancar las bolas con tenazas al rojo vivo, el Comisionado me sacará los ojos y me colgará en la plaza pública por los pulgares, pero, aparte de eso, todo va bien... ¿Qué tal, Chris? ¡Pero, hombre! ¿Qué te ha pasado en la sien? —exclamó, notando por primera vez mi lamentable aspecto.

—No me parece que vayamos a ganar el concurso de los hermanos más guapos de América, ¿eh? Nada, no es nada... una pupa en el cuero cabelludo. Anoche tuve una visita. Lo malo es que no sé por qué... todavía.

Pat me miró con aire de desaprobación.

—Humm, estás tú bueno. Siento haberte despertado esta mañana... Dios sabe en qué líos andarás metido.

Rara vez me preguntaba por el lado más tenebroso de mis actividades y, en consecuencia, rara vez le hablaba del bueno de Gardner, de la CIA y de las fruslerías que componían el cincuenta por ciento de mi vida. Creo que mi profesión oscura y desagradable le producía desasosiego. Lo único que aprobaba, como me había oído hablar de Pedro, era el concepto de que, cuando le pillara (porque no había duda de que un día le encontraría), le mataría.

—Oye, Chris. ¿Cómo es que te ha interesado tanto saber que Aspiner andaba en líos con el senador Perkins? Porque, en cuanto te hablé de él, se te puso la voz como unas campanillas y decidiste venir a Nueva York...

Su coche estaba aparcado justo enfrente de la puerta de salida. Ventajas de ser policía. Nos metimos en él, se arrellanó en su asiento, encendió las luces y el motor y arrancó en dirección a Manhattan.

—Bueno —dije—, es una larga historia que se complica por minutos.

—Tenemos toda la noche para hablar, Chris.

—¿Adónde vamos ahora?

—A tomarnos una hamburguesa en P. J. Clark y, después, a casa de Aspiner. Cuenta, anda.

Yo, de Patrick, me fío mucho. Es un profesional concienzudo, las bases de cuya actividad son la perseverancia y la discreción. Cada vez que me ha preguntado algo, se lo he contado sin reservas porque sé que es como enterrar un secreto en una tumba. También sé que si le digo que no puedo hablar de algo, considerará que tengo mis razones y no insistirá.

Le expliqué toda la cuestión tal y como se había ido desarrollando; sólo me callé mis sospechas respecto del presidente y de Masters. Cuando hube terminado de hablar, dio un largo silbido.

—Caray, Chris. Vaya historia. —Se quedó callado. Al cabo de un momento, torció la cabeza hacia mí y me miró en silencio.

—¿Quieres hacer el favor de mirar por dónde vas?

—Espera, espera... te falta una incógnita para añadir a tu lista de preguntas sin contestación: décimo, no sabemos por qué el fiscal del distrito me ha ordenado interrumpir la investigación sobre la muerte de Aspiner. Imagino que algo tendrá que ver en toda esta historia. —Sonrió por primera vez—. ¿Qué te parece? ¿Eh?

P. J. Clark es una institución en Nueva York. Es una casa de un par de pisos, hecha de ladrillo, con antiguo cristal esmerilado en las ventanas. Situado en la esquina de la Tercera Avenida con la calle 55, sus dueños irlandeses vendieron toda la manzana a un par de bancos con la condición de que el local nunca fuera derruido. El resultado es una de esas maravillosas locuras que sólo ocurren en Nueva York: desbordando la antigua casona, un inmenso rascacielos la empequeñece y protege, como si fuera una grácil planta que crece en una vieja y descascarillada maceta. Por dentro, P. J. Clark es sencillamente un trasnochado bar que tiene, a su espalda, un gran comedor rectangular. El suelo está hecho de espesas planchas de madera ennegrecida por el paso de los años y de las gentes. Las mesas también son de madera oscura. Unas lámparas de dudoso gusto iluminan la escena con incierta eficacia. Y unos gigantescos camareros, con aspecto de púgiles irlandeses medio sonados y amenazantes, sirven con sorprendente amabilidad las mejores hamburguesas del mundo. Es uno de mis restaurantes preferidos. Marta y yo íbamos mucho, y siempre nos sentábamos en una mesa del fondo, debajo de un enorme cartelón en el que están escritos con tiza blanca los platos que se pueden comer.

—Buenas noches, teniente —dijo uno de los tres camareros que había en la barra—. Chris —añadió, con una leve inclinación de cabeza, como si me hubiera visto la noche anterior.

Sin preguntar, nos sirvió una cerveza a Pat y, a mí, un *whisky* con soda. «*It's on the house*». Nunca me quejo cuando paga la casa. Cuando se va con Pat a los sitios, suele ocurrir y él suele rechazar la invitación. Nunca en P. J. Clark, sin embargo,

porque allí no se trata de un soborno, sino de un gesto de amistad. Son buena gente.

CAPÍTULO XI

Llegamos al piso de Aspiner a las once y media de la noche. MacDougall, viejo y solitario, nos franqueó la entrada con un guiño cómplice. Abrió la puerta, paseó la mirada por el vestíbulo, se apartó para dejarnos pasar y volvió a su ascensor.

—Hasta luego, teniente —dijo, poniendo voz de conspirador—. Cuando hayan terminado, estaré abajo. Avísenme: echaré los cerrojos y conectaré las alarmas.

—Hasta luego, Patrick —dijo mi hermano.

Pat cruzó el vestíbulo rápidamente, entró en el salón y encendió las luces.

—A ver —dije, extendiendo la mano—. A ver, ¿qué?

—El papel que descubriste sobre el senador Perkins.

—¡Ah! Aquí está. —Se acercó a la biblioteca, sacó un grueso tomo encuadernado en piel de uno de los estantes superiores y lo abrió. Hacia la mitad del libro, doblado en dos, estaba el papel. Lo cogí y lo desdoblé. Era prácticamente un duplicado del *print-out* de Masters. Hasta el papel tenía la misma calidad. Sólo difería del que yo conocía en un detalle. La famosa perspicacia Rodríguez en marcha: «Mharles Rettikg» había desaparecido.

«09. 01 Teléfono Malcom Aspiner, amigo personal, cita para golf».

—¿Qué? —dijo Pat.

—El mismísimo *print-out*, sólo que con el nombre cambiado... Ya tenemos la prueba que buscábamos. Sigo sin entender una sola palabra de lo que ocurre, Pat. Esto es cada vez más complicado...

Doblé el papel y me lo metí en el bolsillo de la cazadora. Me rasqué la cabeza. Fui hacia el ventanal, saqué un pañuelo y me soné ruidosamente. Este catarro me iba a perseguir hasta el fin de mis días. Me encogí de hombros y encendí un cigarrillo.

—¿No te parece que este dúplex tiene una configuración extraña? —me preguntó mi hermano.

Yo miraba por la ventana al río que, veintiún pisos más abajo, oscuro y silencioso, se deslizaba entre Manhattan y Brooklyn. Tenían una cierta belleza aquellas aguas turbias y ominosas, reflejando temblonamente la silueta y las luces de decenas de rascacielos apiñados sobre ellas. De vez en cuando, un enorme trozo de hielo flotaba lentamente por el East River, camino del mar. En realidad, *camino del mar* es una figura poética, porque el río ciertamente va hacia el mar, pero, en este caso, también *proviene* del mar, porque no pasa de ser un brazo del océano que rodea Long Island. Tonterías que se me ocurren en las noches de febrero cuando mi cerebro está bloqueado y no discurre.

—¿Qué? —pregunté distraídamente, volviéndome hacia Pat, que estaba en el centro del salón, mirando a la biblioteca con aire preocupado.

—Digo que me gustaría que te dieras cuenta de que el piso éste tiene una configuración extraña...

Sacudí la cabeza.

—¿Para demostrar qué?

—Ya verás. Es como si le faltara un trozo, ¿no?

—¿Cómo es eso? —pregunté sorprendido. Luego me quedé quieto, escuchando—. ¡Espera! —exclamé, levantando una mano y mirando hacia el techo—. ¿No has notado un temblor? Ahora mismo... ¿Como un runruneo medio raro?

—No. No he notado nada.

—No sé... serán imaginaciones mías... ¿Qué decías?

—Digo que se espera uno un apartamento mucho más grande de lo que es éste. ¿A que es una sensación curiosa? Ya sabes lo que son estos dúplex... Tampoco es que los arquitectos se rompieran la mollera para diseñarlos. Trabajaban mucho las fachadas. Las hacían clásicas o góticas o *art déco*.

Levanté las cejas ante esta inesperada muestra de erudición arquitectónica de mi hermano.

—... Luego, por dentro, colocaban las habitaciones como Dios les diera a entender... Como tenían espacio de sobra, hacían unos grandes cubos, les colocaban una escalera en medio y, hale, un dúplex...

—Ya. ¿Y?

—Pues a mí, éste no me salía. Fíjate: llegas al descansillo, entras en el vestíbulo, lo cruzas y llegas al salón, ¿eh? A la izquierda del salón está esta puerta que va hacia el comedor y las cocinas. ¿Y a la derecha? Nada. La biblioteca. —Sonrió y abrió las manos.

—Espera un momento, que no te entiendo... Bueno... la biblioteca y ahí se acaba el piso, ¿no? Quiero decir, por ese lado. ¿O no?

—Ahí está la cosa.

—No —dijo, haciendo gestos negativos con la cabeza—, ahí no acaba el piso. El vestíbulo es un rectángulo que por la derecha desborda al salón... es más ancho que el salón, vamos.

—Bueno —dije.

—En el extremo derecho del vestíbulo hay una puerta y, detrás, está la escalera para subir al piso de arriba, ¿eh? Bien. Luego subiremos y lo verás con tus propios ojos... Pero llegas al piso de arriba y resulta que es un rectángulo perfecto, lleno de habitaciones, saloncitos y cuartos de baño. Y la *suite* principal resulta que está encima de un espacio que está más a la derecha que la biblioteca del salón, es decir, encima de un espacio en el que, hipotéticamente, no hay nada... Amárrame esa mosca por el rabo.

—Hombre, puede que el espacio este que te falta esté ocupado por el salón del dúplex de al lado...

—... Pues, no señor. Vete a la otra entrada, sube por el otro ascensor, llega al dúplex de al lado y te encontrarás como a un kilómetro de aquí. Entre aquél y éste, hay un espacio en blanco... Claro, que si hay un espacio en blanco, yo soy un oso hormiguero... Además, miras a la fachada desde el río y hay una serie de ventanas

que no corresponden a nada...

—Pat, te estás quedando conmigo...

—Hombre, mi trabajo me ha costado. Me pasé horas dando vueltas y...

—... Ya sabes lo que hay detrás de la biblioteca. Pat puso cara de frustración y apretó los labios.

—No, Chris, no lo sé. Caramba, sólo sé que hay algo, un espacio tapiado, secreto, vete tú a saber. Como no entendía nada, me fui al Ayuntamiento y pedí los planos de esta casa... Más allá de esta biblioteca —dijo señalándola con el pulgar— hay un espacio de cuatrocientos metros cuadrados, querido... Lo malo es que no sé cómo llegar a él. —Hizo un gesto negativo con la mano—. No te molestes. —Me estaba acercando a la biblioteca—. También me pasé horas pegando golpes con la mano en los paneles y en la pared... Nada. Sólido como una caja fuerte.

—¿Nada? —pregunté con incredulidad—. ¿Ni un ruidito a hueco? —Pat negó con la cabeza—. Pues si hay algo detrás de esta biblioteca, y es lógico asumir que se trata de una cámara acorazada, tiene que haber un modo de acceder a ella...

—¿Te refieres a esto? —preguntó con aire de superioridad—. Ven. Acércate.

Y fue hacia la biblioteca, haciéndome gestos para que me uniera a él; di unos pasos y me puse a su lado. Se había detenido delante de una de las secciones de la biblioteca que estaba a la izquierda de la chimenea, a la altura de nuestros ojos.

—Oye, ¿cuántas cosas más has descubierto en tres días de hacer el ratón por esta casa?... Mira, si te hace ilusión mantener el *suspense*, por mí no lo hagas. No estoy yo para muchas emociones.

—Calla. Ya termino. —Quitó los libros que había delante de nosotros y los fue apilando en el suelo. Detrás, como en el resto de la biblioteca, había un panel de madera lisa—. Mira.

—¿Y?

Metió los dedos entre la estantería y el panel, lo levantó hacia arriba y desprendió toda la sección, un rectángulo de unos cuarenta centímetros cuadrados. En la pared lisa y blanca que quedó expuesta había una diminuta rejilla y, encima de ella, un pequeño agujero, a través del que se veía una lente.

—Aquí está el secreto, Chris... la llave...

—Muy bien, fenomenal —dije con cierta agitación—. ¿A qué esperas? Venga, ábrelo de una vez... ¿Qué es lo que hay que hacer?

—Eso me gustaría saber a mí... No tengo ni idea de lo que es esto. Pensé que tú lo sabrías.

Me quedé callado, reflexionando. Di a la rejilla un par de golpes con el índice de la mano derecha y, al cabo de un momento, dije:

—No he visto un cacharro así en mi vida... Hombre, Pat, parece evidente que, detrás de esto, hay un sistema de apertura que debe ser una combinación de circuito cerrado de televisión y sonido. Pero, de ahí a saber cómo opera... ni idea. ¿No tienes en tu sección a algún especialista que entienda de electrónica?

—*La Abuela* —contestó mi hermano sin dudar—. *La Abuela es un monstruo. Sabe todo lo que hay que saber de todo lo que sea vigilancia electrónica, radio, sonido, láser, vídeo. Le tiene puestos aparatos de escucha hasta a su propia mujer en el baño. Él dice que es para mantenerse en forma, pero, como es tan feo y tan celoso, seguro que no la deja ni ventear en paz. Las malas lenguas dicen que le tiene puesto a su mujer un micrófono en el ombligo... pero por dentro.*

Cuando dejé de reír, le pregunté:

—¿Y por qué no le has llamado?

—Bueno... mira... la verdad es que sigo esta investigación por mi cuenta, sin permiso. Ya sabes, más bien desobedeciendo órdenes. Me da no sé qué meter a mi gente en el lío. Preferí esperar a que vinieras. En el fondo, tenéis más medios que nosotros.

—Pues no va a haber más remedio, Pat. No puedo utilizar a la gente de la CIA.

—Ya —dijo, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el teléfono. Lo descolgó, marcó un número y esperó—. Hola —dijo, al cabo de un momento—. ¿Está Andy?... Pat Rodríguez... gracias... ¿*Abuela*?... Te necesito ahora mismo. Vente para acá, anda. Y tráete tu bolsa de los milagros... East River Club Building. ¿Sabes dónde está?... Bien. Pregúntale al portero por mí. —Colgó y se volvió hacia mí—. ¿Sabes a lo que se dedica *la Abuela*? A rastrear putas y a cazar chulos. —Le dio un ataque de risa y se atragantó. Tosió y se puso colorado—. El año pasado se vistió de vieja, con peluca y todo. Había que verle andar sobre tacones. —Se dio unas cuantas palmadas en el muslo. Luego, se enderezó y se secó las lágrimas—. Parecía una abuelita...

—Pero, hombre, a un tío así no se le tiene deteniendo a proxenetas, sino poniéndole micrófonos a Breznev debajo del trasero...

—Ya. Pero tuvimos un problema. ¿Recuerdas que hace año y medio hubo un diplomático ruso que se pasó a nosotros? Estaba destinado en las Naciones Unidas.

Asentí.

—Pues nos dio por averiguar por nuestra cuenta y sin permiso lo que andarían pensando los soviéticos en su embajada... Estábamos convencidos de que se lo querían cargar. Mandamos a *la Abuela*, y Dios sabe lo que hizo porque, entrar, no entró en la embajada, pero los trufó de micrófonos, de aparatos activados por voz, de sensores direccionales, qué sé yo. Puso tantos, que se acabaron dando cuenta. Armaron un lío tal que me llamó el gobernador del Estado para echarme la bronca. Hubo que esconder a *la Abuela* y le acabamos mandando a la sección de prostitución... Está que fuma... —Soltó una carcajada estentórea.

—Oye, Pat, para montar esta cámara de seguridad, Aspiner tuvo que tener aquí a obreros y técnicos, ¿no? ¿Cómo lo hizo?

—Vaya. Creí que no me lo preguntarías nunca. —Se puso serio—. Hace año y medio, Aspiner hizo una reforma en el piso. Pidió permiso de obra y cambió todos los cuartos de baño; rehízo las cocinas; sí, hijo, son dos: la principal, aquí abajo, y otra, en el piso de arriba, para preparar desayunos. Y reforzó la seguridad. Montó un nuevo

sistema independiente de calefacción y aire acondicionado, televisión de circuito cerrado, música ambiental... lo que quieras. Lo del refuerzo de la seguridad lo justificó diciendo que tenía que proteger las obras de arte que tenía en el dúplex...

—No me sorprende.

—... Puedes imaginar que, armando un follón así, haces lo que quieres... hasta instalar una cámara de seguridad de cuatrocientos metros cuadrados. Y no se entera nadie... Para entrar aquí, MacDougall ha tenido que desconectar tres sistemas de alarma.

—Oye, a propósito, ¿cuánto hace que no ves a Tina? Se dio una palmada en la frente.

—¡Ay mi madre! ¿A qué estamos hoy? ¿A martes por la noche? ¿Cuándo te fuiste tú? ¿El domingo a mediodía? Pues... desde el domingo a mediodía. Me mata... Humm. Santo cielo. —Descolgó el teléfono nuevamente, me miró y añadió—: Mejor la llamo.

Durante la media hora siguiente, me di una vuelta por toda la casa. Fue como visitar un museo. Cada pared, cada hueco, cada descansillo tenía colgado un cuadro colosal, un dibujo magnífico, una litografía original de un maestro. No era, sin embargo, una mezcla abigarrada y ostentosa de arte. Se notaba perfectamente que cada espacio había sido estudiado y calculado, que la iluminación había sido meditada y que ninguno de los cuadros había sido colgado al buen tuntún. Cada rincón respondía a un concepto decorativo de extraordinario buen gusto, ideado para relajar o alegrar o descansar o, simplemente, para asombrar por su dramática explosión de luz y color. Nada estaba de más. Y, por fin, me di cuenta de que aquello no era un museo... Era una casa maravillosa, decorada con sencillez. Bueno, cada sencillez habría costado un mínimo de medio millón de dólares. Sentí envidia y, al mismo tiempo, me dio pena no haber podido conocer al dueño de todo este esplendor. Había tenido que ser un hombre sensible e inteligente.

Dos increíbles bodegones holandeses del XVII, en el comedor. En una hornacina tapizada de terciopelo, santo cielo, la *Madonna in maestá*, de Duccio di Boninsegna. El Canaletto, los dibujos de Durero, ¡un cartón de Leonardo!, un pequeño retrato de una chulapona por Goya, el Juan Gris, una ristra de impresionistas. En la *suite* principal, toda una colección de pintura española contemporánea: Picasso, Dalí, Miró... Era para volverse bizco.

Y no había sido siquiera su domicilio principal.

Qué desperdicio, morir asesinado. Claro, en aquel momento no me daba cuenta de que, probablemente, para Aspiner, el envite con la vida en juego era su modo de existencia, el único modo de existencia que quiso, la única forma de conseguir todo lo que tuvo. Debiera haber estado más atento a los mensajes que me enviaba mudamente aquella casa. Hubiera sabido cómo era Aspiner. Pero, para eso, debería haber sido menos obtuso. Nadie es perfecto.

—Todo este montaje tan importante —le dije a Patrick distraídamente—. ¿Nadie

lo vigila? ¿Nadie lo protege? —Sacudí la cabeza e inmediatamente me olvidé del asunto porque, en ese momento, sonó el timbre de la puerta.

La Abuela es un hombre pequeño y muy flaco, de media edad y canosa apariencia. Tiene la nariz larga, arropada en decenas arrugas que le surcan la frente, las mejillas y el mentón; los ojos, azules y acuosos, miran con bondad e inocencia a su alrededor. Lo único que desentona en la desastrosa apariencia son las manos, jóvenes, nerviosas y delicadas. En la mano derecha traía una enorme bolsa de cuero negro.

—Abuela —dijo Pat— tenemos un problema.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó, dejando que su mirada se paseara rápidamente por toda la habitación.

Seguro que estaba calculando dónde había que poner micrófonos y cámaras para que la vigilancia fuera más eficaz.

—¿Qué es esto? —Pat señalaba el espacio de la pared que había puesto al descubierto en la biblioteca.

La Abuela se acercó y se puso de puntillas. Examinó atentamente la rejilla y el pequeño agujero. Silbaba suavemente una ligera melodía, de la que repetía constantemente cuatro o cinco compases. Finalmente, dejó la bolsa en el suelo y, sin mirarnos, dijo:

—Aspiner Securities... Estos tíos inventan cosas nuevas todos los días. Esta la acaban de comercializar hace un par de meses. En realidad, no tiene demasiado misterio. Es un sistema combinado de apertura de seguridad. Este cacharro —señaló el agujero— tiene un vídeo dentro y la rejilla esconde un micrófono... Las dos cosas están coordinadas por un pequeño ordenador. Cuando se combinan la imagen y el sonido programados, el computador instruye a la puerta y ésta se abre. En otras palabras, aquí delante se tiene que poner el dueño de la casa y, cuando el vídeo le ha reconocido, debe pronunciar una frase. Entonces, el aparatito procesa el sonido y las palabras y, si está satisfecho con lo que ha oído, ¡zas!, ábrete sésamo.

—Tenemos otro problema, *Abuela* —dije.

Me miró con curiosidad, como si me viera por primera vez.

—¡Anda, si creí que eras la sombra de éste! —señaló a Pat.

—Soy Chris, el hermano de Pat. —*La Abuela* hizo un gesto de asentimiento—. El dueño de todo este tinglado ha tenido la ocurrencia de morirse...

—Olvídalo... —Hizo un gesto cortante con la mano—. En ese caso, no hay quien abra esto... Hombre, puedes volar la pared...

—Nada de ruido, *Abuela* —interrumpió Pat—. Este es un trabajito particular y más bien anónimo... No. Hay que encontrar un modo de abrir esto por las buenas.

La Abuela hizo repetidos gestos negativos.

—Imposible. Tendríamos que cambiar las instrucciones. Para eso, aparte de que probablemente debería hacerlo el propio dueño del piso, habría que llegar al computador. Y ése está dentro. No. Imposible... La esencia de estos aparatos es su

inviolabilidad. Tienen circuitos propios, metidos en una camisa de acero y molibdeno. Hasta tienen su propia fuente de energía. No. Aquí no entras ni con láser.

Patrick resopló con resignación.

—¿Y en caso de muerte? ¿No puede estar previsto algo? Este tío no se va a llevar todos sus secretos a la tumba, ¿no?

La Abuela se encogió de hombros.

—A menos —dije—, a menos de que haya alguien más. Qué sé yo... un socio, un cómplice... no sé. ¿Sería posible que este ordenador tuviera instrucciones de abrir a más de una persona?

—Desde luego. Depende de a cuántos has metido en el programa.

—Oye, Pat. ¿Cuánta gente ha venido aquí desde que Aspiner murió?

La Abuela dio un silbido.

—¿Aspiner, eh? —dijo.

—Nadie. La casa ha estado cerrada hasta este mediodía. La viuda viene mañana, me dicen.

—Habrá que vigilar, ¿no?

—Humm.

—Digo yo que habrá que investigar a los parientes de Aspiner, a sus socios, a sus amigos. Gente así, ¿no?

—Oye, Chris, ¿por qué no le enseñas tu profesión a otro? Levanté una mano.

—Perdona, Pat... Es que me molesta tener tantas preguntas sin contestar, qué quieres que te diga.

—Sí. Y lo malo es que, como está suspendida la investigación, todo lo que hagamos, va a haber que hacerlo sin armar ruido.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... —Pat se metió las manos en los bolsillos, se dio la vuelta y se acercó a la ventana.

La Abuela le miró y, luego, se volvió hacia mí.

—Por ejemplo —dijo—, habría que hablar un poquito con los que instalaron el sistema. Los chicos de Aspiner Securities. Conozco a un par de ellos y les puedo preguntar. ¿Qué te parece, Pat?

—Me parece —contestó mi hermano sin volverse— que si los chicos a los que conoces han hecho un trabajo para su patrón y les va en ello el empleo, no te van a contar ni el color de la hierba.

—Hombre, se puede intentar... Sonó el teléfono.

Pat se volvió de golpe y frunció el ceño. Miró la hora en su reloj. Murmuró:

—La una de la madrugada. ¿Quién diablos...?

—¿Vas a contestar? —pregunté.

Los tres nos habíamos quedado absolutamente inmóviles. El teléfono seguía sonando.

—¿Pat?

Hizo un gesto negativo con la cabeza. Finalmente, como seguía sonando, se encogió de hombros, dio dos zancadas hasta la mesa en la que estaba el aparato, nos miró brevemente y levantó el auricular. No hay nada más imperativo que un teléfono sonando.

—Sí —dijo con poca convicción. Al cabo de un momento, muy lentamente, bajó el auricular y lo colocó nuevamente en su sitio—. Han colgado —dijo—. Vamonos de aquí.

CAPÍTULO XII

Confieso que dormí como un lirón. Sólo me desperté una vez con la nariz completamente tapada. Me soné, me puse unas gotas y ya no me enteré de nada más hasta las diez de la mañana, hora en que abrí los ojos y, sin moverme, hice un repaso mental de todos mis males, antes de tomar decisiones precipitadas: la nariz, tapada, tal vez fraccionalmente menos que el día anterior; la garganta, hecha un basurero, reseca y dolorida; el cuello, humm, rígido y dispuesto a dar la lata; la herida en el cuero cabelludo, bastante bien. Bueno. Nada que justificara la inmovilidad. Imposible quedarme en la cama, que era lo que de verdad me apetecía. Me levanté y abrí la puerta de la habitación.

—¿Chris? —Era la voz de Tina, que llegaba desde abajo—. ¿Qué tal estás? Te preparo un café.

Abrí la ventana y miré hacia la calle. La casa de Pat está en un sector particularmente tranquilo de Brooklyn Heights. Es de los pocos lugares totalmente humanizados de Nueva York. Aunque, en aquel momento, la nieve lo cubría todo, en primavera, con el deshielo, los árboles se esponjan y el pequeño parque que hay en uno de los extremos de la calle se llena de flores y, sobre la hierba, fresca y jugosa, corren los niños, brincan los perros y se pasea la gente, sonriendo amablemente. Todo muy bucólico.

Me di una ducha larga y perezosa. Nada de agua fría al final que me estimulara como un tónico. No estaba yo para proezas.

—¡Vaya! —dijo Tina, sonriendo—. Nuestro héroe ha amanecido con buena cara. Anoche parecíais dos cadáveres...

—¿Pat?

—Se ha marchado ya. Tenía que estar a las ocho en la comisaría. Dice que le llames.

—Huele que alimenta. Tina rió.

—Siéntate, anda. Tómate el café, que te frío un par de huevos. ¿Tostadas?

Asentí.

—Ahí tienes el periódico. ¡Ah! Acaba de llamar Nina Mahler.

Descolgué el teléfono y marqué el número de Washington.

—¿Nina? ¿Qué tal estás?

—Bien, bien... Cuéntame lo de anoche. ¿Qué ha pasado? Le conté pormenorizadamente nuestra visita al piso de Aspiner. Sólo al final, Nina dio un largo silbido. —Caray— dijo y guardó silencio.

—¿Nina? ¿Estás ahí?

—Sí, sí, amor, estoy aquí. Yo...

—¿Tienes algo que decirme?

—Eh... Bueno... la verdad es que anoche tuve visita en casa...

Me quedé callado. Pasados algunos segundos, pregunté en voz baja:

—¿Y qué pasó?

—Nada, nada —se apresuró a contestar Nina—. Yo no estaba. Fue parecido a lo tuyo. Un poco de desorden... no falta nada... Son verdaderos profesionales.

—Entonces... nos están dando un aviso.

—¿Porqué?

—Si son verdaderos profesionales, y yo también creo que lo son, no hubieran dejado rastro de su paso por esa casa si no hubieran querido que lo supiéramos.

—Ya. Ya lo he pensado, ya... ¿Chris? Otra cosa, amor...

—¿Qué?

—Markoff se está moviendo. No dije nada por un momento.

—¿Otra vez? ¿Como en el Midwest?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Anoche.

—¿Quién le está siguiendo?

—Staines.

—¿Lo sabe Gardner?

—Sí.

—Vuelvo esta noche. —Colgué.

Tina me puso delante un succulento plato de huevos fritos, tostadas y bacon. Me guiñó un ojo.

—Este niño está muy flaco —dijo, imitando la voz de mi madre. Rió y me pellizcó en la mejilla. Estaba guapísima—. Anda, come.

Cogí tenedor y cuchillo y me puse a devorar lo que había en el plato. Después de rebañar hasta la última migaja, me levanté con la taza en la mano, me acerqué al fogón y me serví café. Suspiré, satisfecho, y encendí un pitillo. Estornudé ruidosamente.

Decidí llamar a Dennis. Le había prometido que le contaría cómo iban las cosas. Quería, de paso, averiguar si habíamos tenido más visitas nocturnas.

—Bethesda.

—Extensión 2502, por favor.

—Oficina del doctor Keatley, buenos días.

—¿Está el doctor, señorita?

—El doctor Keatley no ha venido esta mañana. ¿Quiere dejar algún recado?

—Gracias. Sólo diga que le ha llamado Christopher Rodríguez.

—Gracias.

Llamé a casa. No contestaba nadie. En vista de ello, decidí cumplir con mi promesa de ver a John Mazzini, pedirle perdón por mi encerrona del día anterior y almorzar con él. En algún sitio tenía que comer un bocado y, con Johnny, un buen bocado estaba siempre garantizado: en los últimos años, se había puesto como un tonel a base de frecuentar diariamente los mejores restaurantes de cada ciudad a la

que los avatares de su profesión le llevaban. Quedamos citados en la Cote Basque, el maravilloso establecimiento francés de la calle 55.

—Y ahora, dime lo que te traes entre manos con el senador Perkins —me ordenó Johnny, alargando la mano y cogiendo el vaso de vodka con tónica que le acababa de traer un camarero—. Oye, tienes un aspecto fatal. ¿Qué te ha pasado?

—Nada, Johnny. Tengo un catarro bestial y, además, resbalé con el hielo y me di una costalada de campeonato.

A Mazzini se le escapó una rápida mirada a mi pie. Cuando volvió a levantar la vista, había en sus ojos una involuntaria expresión de lástima. Pat, sentado a mi lado, dio un bufido; nunca ha sabido disimular.

Había intentado acudir solo a la cita, pero de Patrick ya no había quién se despegara ni con soplete; «este caso es mío, por lo menos tanto como tuyo, y si crees que te voy a perder de vista, vas listo».

—No me traigo nada especial entre manos con Perkins —dije y bebí un sorbo de mi *whisky* con soda—. Mi entrevista con él tenía un motivo absolutamente genuino: con esto del pie, estoy empezando a pensar seriamente en dejar la fotografía y dedicarme a escribir...

—No me lo creo. Venga, hombre. Tú siempre has despreciado el periodismo literario.

—... De sabios es cambiar, Johnny...

—¿Y la fotografía deportiva? ¡Venga ya! Tus fotos de ahora tienen tanto drama, tanta emoción como las que hacías antes de... bueno... antes. Oye, oye —añadió, mirándome fijamente—, ¿cómo es que no has ido a la Copa del Mundo de esquí?

—Ya te digo... ¡Si es que no quieres escucharme, hombre! Me gustaría empezar a escribir. De verdad... De repente, ayer por la mañana leí la entrevista de Perkins en el *Washington Post*, ya sabes, la que ha hecho sobre Centroamérica, diciendo que se va a meter con Fulton y no le va a dejar gastarse el dinero en operaciones de desestabilización. Le tiene mucha manía, ¿eh?

Mazzini dio un gruñido.

—Bueno, pues... por fin, me decidí a intentar escribir algo que me rondaba por la mollera desde hacía tiempo: una serie para ver si puedo desentrañar la madeja de la intervención americana en aquellos países... Así, de pronto... Ya sabes... Pensaba enseñártela cuando la tuviera terminada. —Me estaba metiendo yo solito en un laberinto verbal. Si quieres que te crean, haz que tus mentiras sean muy sencillas. Sonreí—. Y, luego, para convencer a Perkins, no se me ocurrió nada mejor que invocar tu nombre... —Separé las manos con las palmas hacia arriba y me encogí de hombros.

—Chris siempre ha sido muy trolero —dijo mi hermano.

—Muy gracioso —apostillé, mirándole con severidad.

—Además —añadió Pat, que nunca puede callarse a tiempo—, da la casualidad de que el nombre de Perkins aparece cada vez con mayor frecuencia en conexión con

una investigación que estoy dirigiendo.

Cerré los ojos.

John Mazzini levantó las cejas.

—¿Sí?

—Malcom Aspiner —dijo Patrick, asintiendo—. Cada vez que levanto la esquina de una alfombra, ¡zas!, salta Perkins...

—¿Sí?... Oye, un momento. ¿Cómo, cada vez que levantas... cada vez que levantas? Esta investigación ha sido cerrada. Yo también leo los periódicos, ¿sabes? Además, la prensa ha dicho que Aspiner murió de un infarto o algo así, pero, aunque me dedico a política internacional, aún conservo contactos con la Policía y con el fiscal del distrito: Hartfield me dijo que le habían asesinado, pero que preferían la versión del infarto para evitar especulaciones en bolsa, crisis financieras... cosas así. Pero, amigo mío, la investigación ha sido oficialmente cerrada. ¿Qué andas tú husmeando? ¿Sabes algo que no sabe John Mazzini, famoso periodista del *Times*, celoso protector de la comunidad? Habla, habla, que por la boca muere el pez, ¿eh?

Patrick se mordió los labios y se removió inquietamente en su asiento. Chasquéé la lengua.

—Johnny, celoso cuidador de la comunidad —dije festivamente—, te parecerá una fantasía, pero Patrick, que no se ha quedado satisfecho con los motivos que le ha dado el fiscal para interrumpir la investigación, ha decidido seguirla un poco por su cuenta.

—Eso —murmuró mi hermano.

—Vaya, teniente —dijo Mazzini con socarronería—, no me digas que ahora vas a montar un departamento de homicidios por tu cuenta. ¿O es que ya no castigan la insubordinación en la Policía de Nueva York?

—Oye, oye —interrumpí con impaciencia—, ¿cómo nos hemos metido en este lío? Lo de Pat no tiene nada que ver con mi entrevista con Perkins. Pat —añadí, mirándole—, no te dejes confundir por este miserable periodista y no hables más, anda. Johnny, bastante follón tiene éste para que, encima, le saques en los periódicos. Te agradeceré que te lo calles, ¿eh?

John se recostó en su asiento, sonriendo. Tomó una tostada finísima y le untó mantequilla parsimoniosamente. Luego, levantó la vista y miró al camarero que nos traía la *Bisque de homard* que habíamos pedido los tres. Nos colocaron un humeante plato de sopa a cada uno por delante y, mientras el camarero retiraba los aperitivos que habíamos tomado y sustituía los ceniceros, el *somelier* se acercó con una botella de Pouilly. Fumé en la mano, manteniéndola ligeramente inclinada para que Johnny la inspeccionara. Mazzini hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento y el *somelier* vertió un poco de vino blanco en su copa. Tomó el vaso con la mano derecha, mordisqueó un poco de tostada con mantequilla y probó el vino.

—Humm, buenísimo... Cuidado, Chris, que te quemas con la sopa. Me parece que está demasiado caliente.

Me llevé una cucharada de sopa a la boca. Estaba sensacional. Tenía pequeños trozos de bogavante flotando en el espeso líquido de color rojizo.

—Está buenísima —dije. Parece mentira las cosas que se pueden hacer con un poco de langosta, nata y coñac.

—Muy bien —dijo Johnny—. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, si! Malcom Aspiner. ¿Qué tienes que decirme, Pat?

—Nada. No tengo que decirte nada. Mira, Johnny, si te lo callas ahora, puedes pedirme lo que quieras... más adelante.

—Bueno, no os asustéis, caramba. Lo único que quiero es la exclusiva de lo que obtengas.

Pat asintió solemnemente y yo, riéndome, añadí:

—Seguro que te llevas un artículo sensacional. —No sabía lo cerca que estaba de la realidad.

—¿Por qué te ríes?

—Hombre, acabará siendo una tontería de faldas y lo único que ocurrirá será que Aspiner, el pilar de la comunidad, terminará quedando a la altura del betún... Nada que haga temblar la nave del Estado.

Segunda plusmarca Rodríguez en errores de ciento ochenta grados. He repasado, una detrás de otra, las tonterías que cometí en esta historia y, realmente, puestas en cadena, darían fácilmente la vuelta al mundo por el ecuador.

—Bueno —dijo Mazzini—. ¿Qué te ha parecido el enemigo público número uno?

—¿Thomas Perkins? —pregunté. Asintió.

—A mí me gusta. Pero tú le conoces mejor que yo, ¿no?

—Sí. Sí que le conozco bien, sí. Thomas Perkins —recitó—, Tom para los amigos... Californiano, rico, poderoso. Un *play-boy*; le encantan las señoras... y ¿a quién no, eh? Trigo absolutamente limpio... Honrado... ¿qué más se me ocurre?... Apostaría a que no llega a presidente de los Estados Unidos, por mucho que le guste la idea. Es... demasiado ingenuo para eso. Los cuentos de hadas no suelen tener un final feliz en este país. Qué sé yo. Es demasiado transparente...

—Un hombre perfecto, ¿eh? Y ahora, dime si tiene alguna conexión con la KGB.

Johnny me miró con incredulidad y soltó una carcajada.

—¿KGB? ¡Vamos, hombre! No te lo crees ni tú... Eso es imposible. ¿Controvertido? Ciertamente. No es el amigo más íntimo que tiene Fulton. Pero, de ahí a que sea un espía soviético, va un trecho considerable. No hombre, no.

Supongo que hubiera sido más lógico recabar toda esa información de Nina, pero lo que me interesaba no era tener el reflejo de un cálculo de probabilidades emanado de un servicio cuya misión es sospechar de todo el mundo, sino el sentimiento instintivo de un lobo del periodismo que rara vez se había equivocado al enjuiciar a una persona. Que yo supiera.

—¿Por qué lo preguntas? —me dijo.

—Hombre, Johnny, qué quieres que te diga. Un personaje así, que está en

desacuerdo con prácticamente la totalidad de la política norteamericana, que combate cada una de las acciones de Washington, sería un candidato ideal para Moscú, ¿no?

—No, Chris. No seas ingenuo. Oye, ¿cuánto hace que no hablas con algún norteamericanito de a pie? Por ejemplo, yo estoy absolutamente de acuerdo con todos los planteamientos de Perkins y soy más americano que tú. El *Times* estaría dispuesto a promocionarle —añadió fervorosamente—. Pero, con toda nuestra fuerza, somos incapaces de hacer que cambie la opinión pública. Le vamos a apoyar en cada ocasión que se presente... pero... —Hizo un gesto de impotencia. Se quedó callado y, luego, me miró con cierta sospecha—. Oye, Chris, te has vuelto muy carca últimamente.

—No hombre, no. Lo que me ocurre es que me gusta saber por dónde piso.

¿Cómo podría explicarle a mi viejo amigo que me pagaban por sospechar de todo el mundo? ¿Por ver espías comunistas hasta debajo de las piedras del monumento al pollo frito del coronel Sanders? Había tenido demasiado contacto con los Markoff de este mundo. Sacudí la cabeza con irritación.

Terminamos la *bisque* en silencio y, mientras nos cambiaban los platos, levanté la vista.

—Oye, Johnny, ¿qué es el Club?

—¿El Club? ¿Qué Club? —Me miró con sorpresa.

—No sé... *El club*. Yo qué sé. Perkins aludió a él.

Se quedó pensativo. Después, levantó lentamente la cabeza y se humedeció los labios con la punta de la lengua. Patrick miraba alternativamente a uno y a otro, siguiendo silenciosamente la conversación sin perder detalle; seguro que estaba analizando cada palabra para ver si algo de lo que decíamos podía servirle para desentrañar el misterio de la muerte de Aspiner. De vez en cuando, llevaba la copa a sus labios y bebía un poco de vino.

Dimos tiempo a que nos sirvieran el segundo plato y a que se repitiera el complicado ritual de la cata del vino, esta vez con un Burdeos que estaba colosal. De seguir así, me iba a costar trabajo levantarme de mi silla cuando terminara el almuerzo.

—Ya sé por dónde vas —dijo, finalmente, Johnny, apurando su primer vaso de vino tinto. Se secó los labios con la servilleta.

—Pues yo, no —dije.

—No me interrumpas, hombre. Nadie sabe muy bien si es una organización formal, ni cuáles son las reglas por las que se rige. Nadie será capaz de suministrarte la lista completa de sus socios, pero, en fin... Supongo que le llaman *el Club*, porque debe serlo por excelencia. ¿Qué es un club, Chris?

—Hombre, más o menos, el diccionario lo define como una asociación de personas, unidas por un interés común, que se reúne periódicamente para llevar a cabo actividades conjuntas.

—Pues, chico, personas con un interés tan común como ése, hay pocas. Se dice

que el Club reúne en Nueva York a los veinte o veinticinco hombres más ricos del país. Banqueros, industriales, millonarios del petróleo... ¿Te imaginas? El par de docenas de hombres más ricos del mundo... ¡Hombre! —añadió, señalando a Pat—, Aspiner era uno de sus miembros más conspicuos. Hasta se rumorea que era el presidente...

—¡Caray, tú! —exclamó Patrick—. Entonces... entonces, no me sorprende que, si les da la gana, puedan interrumpir una investigación policial sobre la muerte de uno de ellos.

—Exactamente, Pat. Lo que, desde luego, tienen, por simple suma de millones de dólares, es una fuerza enorme. Ríete tú de cualquier monopolio del poder. Supongo que, si el Club habla, hasta el presidente de los Estados Unidos escucha.

—Espera un momento —interrumpió Pat—, que digo cosas y ni siquiera me presto atención. Vamos a ver. Si el fiscal del distrito Hartfield decide interrumpir una investigación sobre la muerte de un digno miembro de la comunidad, sabiendo que se trata de un asesinato, digo yo que la presión que se ha ejercido sobre él debe haber sido fenomenal. Porque Hartfield podrá ser un imbécil pomposo, un culo cuadrado, pero lo que, desde luego, no es, es un corrompido.

—¿Estáis seguros de que se trata de un asesinato?

—Sí, desde luego... Hasta tenemos un sospechoso...

—¿Cómo? ¿Detenido?

—¡Qué va! Ya me gustaría... Mazzini le miraba con atención.

—Oye, me parece que este asunto empieza a ser más serio que los tiquismiquis de un escrupuloso teniente de homicidios.

—¿Monopolio de poder? —dijo—. Ríete tú de la mafia, si esto que estamos hablando es verdad.

Los tres nos miramos en silencio. Johnny empujó su plato hacia adelante, se recostó en su asiento e, hinchando los carrillos, exhaló largamente.

—Carajo —dijo, por fin—, si se me permite la expresión.

Nina Mahler me estaba esperando en el aeropuerto de Washington. Acababan de dar las seis de la tarde y ya era noche cerrada.

Nina nunca iba a esperar a nadie, si se exceptúa el día en que volví del Oriente Medio sin Marta.

Debí poner cara de sorpresa ante tamaña generosidad.

—¿Qué pasa?

Apretó los labios y me miró con la cabeza ladeada. Llevaba un espantoso traje verde asomándole por debajo de un viejo abrigo de pieles. Ni un atisbo de la malicia socarrona tan suya.

—Vamos, anda.

Bueno, si no me iba a contar lo que pasaba, no sería yo quien se lo preguntara. Ya me enteraría a su debido tiempo. Odio las puestas en escena melodramáticas.

Nos montamos en un automóvil que nos esperaba aparcado frente a la salida de la

terminal. Era un coche del Centro y lo conducía un chófer silencioso y eficaz. Arrancamos inmediatamente, pero, en vez de dirigirnos hacia Washington, tomamos la autopista de Baltimore.

Puse un gesto de resignación cristiana y me arrellané en mi asiento. Encendí un cigarrillo y me puse a silbar la primera melodía que se me pasó por la cabeza. Si Nina creía que me iba a impacientar, estaba lista.

Al cabo de diez minutos de rodar en silencio, no pude más.

—Nina, ¿qué diablos pasa? Silencio.

—Bueno, por lo menos, dime a dónde vamos.

—Baltimore. Hotel Regency.

Y la luz penetró finalmente en mi obtuso cerebro.

—Markoff —dije.

—Markoff.

—¿Ha pasado algo nuevo o qué?

Silencio. Nina se inclinó hacia mi lado y, con el índice, dio dos golpes en la guantera del asiento de atrás. Suspiré pacientemente, irritado con tanto drama. Alargué la mano y abrí la guantera. Delante de mí, reluciendo con el brillo opaco del metal bien engrasado, había un enorme revólver.

—Vaya, hombre. ¿Y este melodrama?

—Cógelo.

Lo cogí y me lo metí en el bolsillo de la cazadora.

Markoff debía estar acorralado. Y Markoff acorralado, es un bicho peligroso. De lo contrario, no podía entenderse tanta precaución. Se me ocurrió que, posiblemente, al bueno de Vladimir le habían pillado con los pantalones en los tobillos, sin protección y haciendo algo horrible, algo que rompía todos los pactos entre caballeros. Me encogí de hombros, intentando aparentar una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

Cuando, finalmente, el coche dobló la esquina de la calle en que está el hotel Regency de Baltimore, dije:

—No se detenga. Siga un poco y dé la vuelta a la manzana. El chófer hizo lo que se le ordenaba.

—¿Por qué? —preguntó Nina.

—¿Dónde está la protección de Markoff?

—No se la ha traído.

—No se mueve nunca sin su equipo, Nina.

—Esta vez, sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Empezó hace veinticuatro horas... Un día entero lleva confundiendo pistas, amor.

—Markoff moviéndose sin su equipo —dije, pensativamente—. ¿Sabes lo que eso quiere decir, Nina?

Asintió.

—La condición, ¿verdad? Para guardar el secreto, debe asistir a la entrevista solo. Nina volvió a asentar.

—Un *topo*... se está entrevistando con *el topo*. Dios del cielo.

Silencio.

—¿Quién es, Nina? Silencio.

—¿Y Staines?

—¿Puedes creer que le vio por casualidad? —El automóvil pasó por delante de la puerta del hotel sin detenerse—. En la estación municipal de autobuses, amor. Dime, Chris, ¿cuál es el tic más característico de Markoff? ¿Qué es lo que más le gusta hacer?

Me lo pensé un momento.

—Comer manzanas —dije, por fin, mientras miraba atentamente por la ventanilla.

—¿Y qué hace con ellas?

—Cuando ha terminado de comerse una manzana, se limpia los dientes con un palillo, lo pincha en el corazón de la manzana y tira corazón y palillo a la primera papelería que ve.

—No te lo vas a creer, amor. Staines estaba en la estación municipal de autobuses a la hora en que Markoff empezó a moverse. Había entrado a tomarse un café, por pura casualidad. Compró un periódico de la tarde y se lo leyó en la cantina. Terminó su café, se acercó a la papelería y tiró el periódico. ¿Sabes lo que había en la papelería?

—Una manzana atravesada por un palillo.

—Una casualidad entre un millón.

—Una casualidad entre un millón, sí señora. ¡Qué barbaridad!

—Es la primera vez que le pillamos. —Suspiró—. ¿Cómo entramos en el hotel?

—La verdad, Nina, es que no somos una pareja que pase precisamente desapercibida en los vestíbulos de los hoteles. —Reí—. ¿Dónde está Staines?

—Décimo piso, enfrente de la habitación 1035, que es la de Markoff.

—OK. No tiene remedio. No he visto a ninguno de los chicos de Markoff en las posiciones que ocupan habitualmente. Es verdad que, esta vez, está solo. Vamos. La próxima vez que pase por delante de la entrada —le dije al conductor—, deténgase, que nos bajamos.

Nina no había sonreído ni una sola vez. No sonrió ahora. No dijo nada más. Me sentí vagamente inquieto.

Enfrente de la habitación 1035 del hotel Regency de Baltimore hay un cuarto ropero, de esos en los que las camareras guardan las escobas y los trapos, la lencería y las toallas. Staines estaba sentado encima de un cubo, sin moverse, esperando pacientemente. Era un hombre paciente, Staines. Tenía los ojos enrojecidos y la barba crecida.

Cuando nos vio llegar, abrió la puerta, salió al pasillo rápidamente y nos dijo en voz baja:

—Tenemos la habitación de la esquina, la 1002. No se ve desde aquí. —Me entregó la llave, mirándome fijamente; no dijo nada. Se volvió hacia Nina—. *¿Walkie-talkies?*

Nina abrió su enorme bolso y sacó un pequeño transmisor. Se lo entregó a Staines sin pronunciar palabra, y a mí me dio el otro.

Estuvimos dos horas esperando en la habitación 1002. Dos horas. No se me van a olvidar fácilmente. Dos horas esperando en silencio, porque Nina no pronunció una sola palabra. Sólo, de vez en cuando, se humedecía un dedo, se lo olía y, después, se lo frotaba contra la mano contraria.

Finalmente, el aparato de radio carraspeó y se oyó la voz de Staines, metálica y distante.

—Ya.

Me acerqué a la puerta de la habitación y la abrí sigilosamente, apenas una rendija.

Unos segundos después, camino de los ascensores, pasó Dennis.

El doctor Dennis Keatley.

CAPÍTULO XIII

Abrí los ojos. Dennis conducía el Land-Rover a toda velocidad por la pista del desierto. Llevaba las manos crispadas sobre el volante y miraba fijamente al frente. A mí, me había instalado, no sé cómo, en el asiento de atrás, con las piernas extendidas. Me miré el pie. Lo tenía envuelto en una venda y por la parte delantera asomaba un poco de algodón manchado de sangre. No me dolía y supuse que aún no se me había pasado el efecto de la morfina.

—Más deprisa —dije, pero Dennis no me oyó. Yo tenía la garganta seca y me notaba la lengua pastosa. El Land-Rover daba grandes saltos por encima de matorrales y piedras y, a su paso, levantaba una tremenda polvareda. El sol lucía implacable en el cielo y, en cada salto del vehículo, me cegaban sus rayos restallando oblicuamente sobre la ventanilla.

Tragué saliva. Por lo menos, hice el gesto de tragar saliva. Extendí la mano derecha y me agarré al respaldo del asiento delantero. Por el rabillo del ojo, Dennis vio mi mano y volvió la cabeza para mirarme. Sonrió.

—Más deprisa —repetí.

—¿Qué tal estás? —Volvió a mirar a la pista.

Me encogí de hombros, pero no vio el gesto de indiferencia porque en aquella coctelera no había quien distinguiera un movimiento de otro.

—Bah —dije—. Más deprisa. Dennis echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué?

Hice un gesto con la mano, como si quisiera impulsarle hacia adelante.

—Que vayas más deprisa, hombre.

—Ah. Voy todo lo deprisa que puedo, Chris —contestó, gritando para hacerse oír. Me incorporé un poco.

—¿Tú crees que le alcanzaremos?

—No sé. Nos lleva mucha delantera y su *jeep* corre más que este cacharro. —Guardó silencio por un momento—. La verdad es que sabemos a dónde va, ¿eh?, al Coral Beach a cazar a Larry Staines... ¿eh? Y no sabe que le vamos siguiendo.

Estaba mareado y me dolía la cabeza. Pensaba solamente en Marta, prisionera de Pedro, viajando con él en dirección a Aqaba, y recordaba su última mirada, el mensaje que había en sus ojos: «Le mataré, Chris, le mataré». Y pedía al cielo que no lo intentara, que ni siquiera se le ocurriera hacer un gesto de amenaza. Era como imaginar al más delicado gorrión amenazando a un tigre. Marta estaba hecha para reír y bailar y amar, y Pedro sólo era una máquina de provocar muerte. Dios santo, hacía apenas una hora, con un simple y despectivo gesto, sin darle importancia, había cortado cuatro dedos de mi pie de un liviano machetazo. ¿Qué no haría con Marta? Le rompería los huesos sin esforzarse. Más deprisa, Dennis, por Dios, más deprisa.

Repentinamente, Dennis dio un frenazo. El coche derrapó violentamente y, finalmente, se detuvo. Me había caído al suelo, entre los dos asientos.

—¿Qué pasa? —Intenté incorporarme.

Dennis seguía inmóvil, detrás del volante. Dio un gemido y echó la cabeza hacia atrás.

—¡Oh, no! ¡No, por Dios! —exclamó. Abrió la portezuela del Land-Rover y se bajó.

Desde el suelo del coche, yo no veía más que la parte superior de su espalda y la cabeza, que ahora tenía inclinada, como abrumada por un peso insoportable. Muy lentamente, se dio la vuelta y me miró. Fue la segunda y última vez que le he visto llorar en mi vida; unos lagrimones enormes le corrían por las mejillas, dejando dos rastros terrosos en el semblante cubierto de polvo.

Recuerdo haber comprendido perfectamente en aquel momento lo que Dennis había visto y por lo que había detenido el coche y me recuerdo, como si fuera ahora, dando un grito largo y desgarrado, como el de un animal salvaje y herido. Nunca creí que pudiera sentirse tanta desesperanza; nunca creí que un dolor pudiera calar tan hondo, pudiera literalmente retorcer los intestinos, bloquear los músculos en un espasmo interminable.

Me veo aún doblando los brazos sobre mi estómago y vomitando incontinentemente sobre mi hombro derecho.

Sin decir una palabra, Dennis abrió la portezuela de atrás y alargó la mano. Con un tremendo esfuerzo, extendí mi brazo izquierdo y Dennis tiró de mí.

Cerré los ojos y dejé que me ayudara a ponerme de pie. Me apoyé contra el Land-Rover. No quería mirar, sabía que no quería mirar y, sin embargo, abrí los ojos y miré.

Marta estaba en el suelo, de costado, casi en posición fetal, cubierta de polvo. Quise echar a andar y me falló la pierna derecha. Caí a la arena; un pie de Marta quedaba a apenas un metro de donde yo estaba. Me arrastré como pude hasta ella y, con enorme ternura, toda la ternura que me quedaba en el alma, le pasé un brazo por detrás de la nuca e hice girar su cara hacia mí. Tenía los ojos cerrados y la expresión pacífica de quien duerme un sueño apacible y amante. Le rocé la frente con los dedos para quitarle el polvo y soplé delicadamente sobre sus ojos; sus pestañas se movieron con el aire.

—¿Está muerta, Dennis? Dime, ¿está muerta?

Dennis debió de ponerse en cuclillas, porque noté su mano apoyada en mi hombro. Luego, me ayudó a poner a Marta de espaldas. La herida que la había matado era un pequeño orificio a la altura del pecho izquierdo. Nada más. Pedro ni siquiera había necesitado violencia. Probablemente, sólo un disparo, displicentemente hecho para combatir a un gorrión amenazante.

Me quedé sentado, con la cabeza de Marta apoyada en mi regazo, mirándole los rasgos delicados del semblante, esculpidos suavemente, como los de una *madonna* de Andrea del Sarto. Mucho tiempo después, levanté la cara y miré a Dennis, que estaba arrodillado detrás de mí. Entonces, con un sollozo, abrió los brazos y me recogió en

ellos, meciéndome, meciéndonos a Marta y a mí, como si fuéramos niños.

No sé cuántas horas pasamos así, ni cómo consiguió arrancarme a Marta de los brazos. Sólo sé que, habiendo contemplado mi dolor descarnado y abierto, mi desgarró de animal primario, los asumió generosamente. Sólo sé que estoy vivo gracias a él y que, después, durante infinitos días, fue mi único vínculo con una vida que ya no me apetecía vivir, pero en la que permanecía con el solo objeto de vengarme de Pedro.

Miré a Dennis alejarse por el pasillo del hotel Regency de Baltimore y no pude ni abrir la boca. Apoyé la frente contra el quicio de la puerta, incapaz de razonar o de pensar en otra cosa que no fuera un sentimiento abismal de vergüenza, de rabia y de tristeza combinadas. Si sólo hubiera sentido desencanto, creo que le habría matado allí mismo. Pero había mucho más: había traición compartida, yo era tan traidor como él, yo era el verdadero *topo* de toda esta historia. Yo, el genio Rodríguez. Era como si yo hubiera hablado personalmente con Markoff y le hubiera contado todos nuestros secretos. Y lo que más me enfurecía era que Dennis había podido traicionarnos solamente, porque, a base de recomponer mi alma, había llegado a conocerla mejor que yo, había hecho superflua la barrera de los secretos. Yo, que me había protegido tan bien de su homosexualidad, había hecho de él algo más íntimo que un amante. Bien, Rodríguez, bien.

Me volví y me apoyé contra la puerta. Nina no se había movido. Me miraba, pálida y angustiada y, cuando nuestros ojos se encontraron por fin, vi que su semblante se descomponía de miedo. Nina me tuvo miedo en aquel momento. Me horroriza pensar en la cara que debí poner.

Me metí las manos en los bolsillos. Carraspeé y, cuando me disponía a hablar sin saber realmente qué decir, me salvó el transmisor de Staines que llamaba desde el cuarto ropero:

—Sale Markoff.

—OK. Vente para acá.

Esperé unos segundos, me di nuevamente la vuelta, agarré la empuñadura de la puerta y conté despacio hasta cinco. Poco faltó para que me hubiera equivocado: Markoff estaba ya delante de los ascensores y acababa de apretar el botón de llamada.

—Señor Markoff —dije.

Se volvió con un sobresalto y se quedó inmóvil, paralizado por la sorpresa. En ese momento, se le acercó Staines con un revólver en la mano. Hay que reconocerle a Markoff su capacidad de recuperación.

—¡Qué dramático! —exclamó suavemente—. Señor Rodríguez. ¡Ah! Señorita Mahler. No la imaginaba a usted saliendo al campo de batalla.

—Venga aquí —dije secamente.

Mi expresión no debía ser de cordialidad extrema, porque Markoff obedeció inmediatamente. La puerta del ascensor se abrió y el ascensorista asomó la cabeza. Cuando vio a Staines con la pistola en la mano, se le pusieron los ojos despavoridos,

cerró la cancela y desapareció.

—Larry, ocúpate de eso —le dije a Staines señalando el ascensor con la barbilla.

Me aparté para que Markoff entrara en la habitación y cerré la puerta. Se acercó a un silloncito, me miró levantando las cejas y se sentó.

—¿Cómo me han pillado moviéndome? —preguntó. Puse cara de enigma y no contesté.

—Ah, claro, no me lo van a decir. Los métodos son los métodos. En otras circunstancias, me hubiera acabado enterando. —Una clara alusión a que Dennis se lo hubiera contado; levantó una mano—: Dicho sea sin intención de ofender... ¿Qué van a hacer conmigo?

—Lo siento, señor Markoff —dijo Nina, con voz cansada—, pero me temo que le vamos a tener que retener de una manera más o menos permanente.

A Markoff se le saltó un pequeño tic en la mejilla. Tenía miedo.

—Son las reglas del juego —dijo resignadamente.

—Usted y Keatley han estado hablando durante varias horas. No podemos permitir que explique usted a sus amos el estado en que están nuestras investigaciones...

—¿En relación con la fuga de su computador? —Hizo una mueca—. En realidad, todo este asunto es puramente anecdótico, porque...

Sonaron unos discretos golpes en la puerta de la habitación. Era Staines que volvía. Sin mirar, extendí la mano hacia atrás e hice girar el picaporte. Grave error. Vi que Nina abría mucho los ojos. Me di la vuelta. Era efectivamente Staines que volvía, pero, detrás de él, había cuatro ciudadanos de la URSS como armarios. Un diez a Rodríguez por cómo detecta a los guardaespaldas.

Retrocedí hacia el centro de la habitación. Uno de los soviéticos tenía un arma en la mano. Hizo un gesto con ella y levanté los brazos.

Markoff se puso de pie. En su cara había una expresión de sorpresa.

—Creí que se movía usted solo —dije—. La garantía del *topo* y todas esas cosas... —Era evidente que él también pensaba que se había movido solo. Su propio servicio era responsable de una grave falta de etiqueta: le habían seguido y habían roto la inviolabilidad del *topo*. Mala cosa—. Las reglas del juego, señor Markoff...

—Lo lamento —me dijo con cierta irritación—. Me temo, sin embargo, que la presencia de mis colegas en esta circunstancia es más alivio que carga. —Habló secamente en ruso y uno de sus espías abandonó inmediatamente la habitación—. Tengo que proteger al doctor Keatley, ¿no es cierto? Les voy a tener que retener hasta que nos hayamos asegurado de que está a salvo. —Sonrió—. Algo menos permanente que lo que ustedes tenían previsto para mí, ¿verdad? —Sacó una manzana de su abultado bolsillo y le dio un mordisco.

—¿Puedo bajar las manos? —pregunté; me temblaban, mitad por cansancio y mitad por rabia.

—Naturalmente. Pero, antes, permítame que le despoje de esa horrible pistola que

lleva usted en el bolsillo.

El muy hijo de su madre se estaba divirtiendo. Se acercó a mí y me quitó el arma. Nina dio un bufido; seguro que pensaba que estábamos en una película del Oeste y que yo iba a sacar mi revólver y armar una ensalada de tiros, saliendo victorioso del trance. La miré con pena.

—Siéntate, Nina.

Staines ya se había instalado en un sofá, sin decir palabra, como si todo el incidente no fuera con él.

Markoff se puso serio. Me miró y me pareció que había cierta simpatía en la expresión de sus ojos. Levantó una ceja, le dio otro mordisco a la manzana y me dijo:

—El doctor Keatley ha sido agente soviético desde mucho antes de que usted le conociera en el Líbano con Pedro Ortega. Desde 1957, para ser exactos... Le digo esto por evidentes razones y porque ya no tiene importancia. No creo que pueda volver a trabajar para nosotros en un país occidental. Ustedes verán si quieren hacer de su defección un escándalo... Por lo que a nosotros toca, preferiríamos que todo quedara en el mayor de los secretos. —Dio tres rápidos mordiscos a su manzana y, manteniéndola en la mano izquierda, se sacó un palillo del bolsillo y empezó a limpiarse los dientes.

—¿Sabe usted dónde está Pedro Ortega? —pregunté. Pinchó el palillo en la manzana, la dejó en un cenicero y luego hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no lo sé, no... Tuvimos al doctor Keatley con él por razones similares a las de ustedes. —Separó las manos—. Ya ve usted, señor Rodríguez, los extremos se tocan... Y ahora, si me lo permiten, les voy a dejar. Tengo muchas cosas que hacer. —Se dirigió hacia la puerta, puso la mano en el pomo y volvió la cabeza hacia mí—. Se quedarán ustedes aquí, en compañía de mis colaboradores, hasta que yo llame mañana por la mañana. Pónganse cómodos. —Abrió la puerta—. ¡Ah! Una cosa más, señor Rodríguez. Si le consuela saberlo, nosotros no tenemos nada que ver con la fuga de su computador... Absolutamente nada que ver.

CAPÍTULO XIV

Ni que decir tiene que, en la reunión que se celebró en el salón de mi casa a la mañana siguiente, el ambiente era de franca consternación. Nina Mahler y Staines, desplomados en sendos sillones, miraban obstinadamente al suelo. Yo, que acababa de preparar café para los tres, estaba de pie, mirando por el ventanal hacia la calle. Después de una noche pasada sentado en un sofá del hotel, me dolía el pie horribilmente.

Suspiré. Finalmente, giré en redondo y me encaré con mis dos compañeros de desventura. Las cosas son como son y no hay más remedio que enfrentarse con ellas e intentar minimizar el desastre.

—Bueno —dije. Hasta yo mismo me di cuenta de lo cansada que sonaba mi voz—. Vamos a ver qué catástrofes han ocurrido...

Staines aportó su contribución filosófica al tema:

—Aparte de la cagada general, Chris, poca cosa —dijo.

—Larry —interrumpió Nina—, no digas tonterías... Lo que importa ahora es ver qué podemos salvar de todo esto. —Levantó la vista y la fijó en mí—. ¿Cómo estás?

Me encogí de hombros.

—Bah. Así, así. Más o menos como un plátano podrido aplastado por un autobús. —Sacudí la cabeza de derecha a izquierda y me metí las manos en los bolsillos—. ¡Qué historia!

Nina sorbió ruidosamente un poco de café.

—Vamos a ver, vamos a ver... La traición de Dennis... ¿Qué pasa con la traición de Dennis? Un momento, Chris, no me interrumpas. Dennis, bueno... sabe bastantes cosas, todas las que le has contado en dos años...

—¿Te parece poco?

—No. Me parece una enormidad y creo que, además, es un daño irreparable. Pero está hecho. ¿Afecta realmente a nuestro trabajo de ahora?

—No sé, Nina... Lo que sí sé es que esta mañana me voy a ir a visitar al bueno de Gardner, le voy a contar todo y voy a durar entre vosotros lo que un helado a la puerta de un colegio. ¿Sabéis lo que van a hacer? Primero, un *debriefing*: me voy a pasar un mes en la casita de la pradera, a estricta dieta de Pentotal, contando a nuestros interrogadores la historia de mi vida con Dennis. Si sobrevivo, me van a dejar suelto por la calle y, una hora después, me atropellará un coche. Adiós, Christopher Rodríguez. —Me acerqué a la mesa y cogí un cigarrillo.

—Espera un momento, que no estás prestando atención. ¿Cuáles fueron las últimas palabras de Markoff? ¿Eh? Te miró compasivamente y te dijo, ¿eh?, que ellos, los soviets, los de la KGB, no tenían nada que ver con el robo del computador. Nada que ver, ¿me oyes? Y yo me lo creo. ¿Qué interés hubiera tenido en decírtelo si no?

—Hombre, por salvar a Dennis...

—A Dennis no le salvan ni la paz ni la caridad. Está quemado, totalmente acabado. Nos han tenido una noche en el hotel para darle tiempo a salir de los Estados Unidos. A partir de esta noche, estará instalado en su cómoda *dacha* a las afueras de Moscú. No, hombre. Lo que dijo Markoff es absolutamente verdad.

—Muy bien. De acuerdo. ¿Y? —Encendí el cigarrillo y me puse a toser.

—Fumas demasiado —dijo Staines flemáticamente y chasqueó la lengua.

Le miré con irritación. Me volví lentamente hacia el ventanal.

—¿Cómo, y? Pues que los ladrones del computador de la CIA no son los soviéticos.

Me quedé callado. Implacable, Nina añadió:

—Si el ladrón fuera otro servicio socialista, Markoff lo hubiera sabido. Aparte de que ninguno de ellos tiene organización para montar una fuga así. Y si a nuestro traidor no le apetece vender secretos a la KGB, no te quiero ni contar lo poco simpáticos que le deben caer los búlgaros.

Asentí lentamente.

—Por tanto —continuó Nina—, hay que buscar en otro lado...

—Un momento —dije—. Hombre, Nina, que estás saltando de conclusión en conclusión demasiado deprisa. ¿Cómo estás tan segura de que Markoff decía la verdad?

—Dame una sola razón para que nuestro Vladimir mintiera o, simplemente, nos hablara del tema.

Lo pensé durante un momento. Me acerqué a la mesa nuevamente y apagué el pitillo en un enorme cenicero de mármol.

—Ninguna —dijo Staines.

—Ninguna —concordé, levantando la vista y mirando a Nina—. Él sabe que, pase lo que pase, vamos a encontrar al traidor. Sabe que vamos a ponerle un tampón a la fuga —sonreí amargamente—. Aunque nos hubiera mentido y le creyéramos, se le ha acabado la bicoca. Por otra parte, Dennis es un puro accidente en toda la historia; no es más que un relator de información. Pero no tiene claves, no tiene acceso a más datos que los que le he dado yo. Nada —añadí salvajemente—, nada. A Markoff le es indiferente contarnos o no contarnos que conoce la historia de la fuga. Por tanto, si lo hace y no tiene nada que ganar o que perder, es que le interesa contárnoslo por otro motivo. ¿Cuál? No tengo ni idea. Pero que en sus palabras había un mensaje, no me cabe duda.

—Sigue, sigue, Chris... Sigue, que por fin estás pensando y discuriendo. Creí que se te había secado el magín.

—No hay nada como un público entusiasta. —Rodríguez, el sarcástico—. Vamos a dar un salto a otro lado, Nina. ¿Qué sabemos? O, por lo menos, ¿de qué estamos razonablemente seguros? Y déjame que fantasee un poco. Malcom Aspiner... Aspiner Computers. Sabemos con un margen bastante amplio de certeza que Aspiner

es el autor de los robos y que lo hace con un ordenador propio, cuyo paradero desconocemos, aunque apostaría a que está en su dúplex, detrás de la biblioteca. ¿De acuerdo? Sabemos ahora que Aspiner no era un agente soviético; me consuela mucho, porque no encajaba en absoluto con su forma de vida ni con su trayectoria. Lo que no sabemos son tres cosas: quién es el traidor que le facilita la clave a Aspiner, quién mata a Aspiner y por qué y para quién trabajaba Aspiner, puesto que no lo hacía para Markoff...

—Y una cosa más —interrumpió Staines—. Quiénes fueron los que entraron de noche en vuestras respectivas casas y te sacudieron a ti con una porra.

—Hombre, Larry, no tiene nada que ver. Pueden haber sido los soviéticos en busca de información, de algo que les faltara. Da igual...

—No, señor. ¿Para qué iban a entrar los soviéticos en tu casa, si Dennis podía facilitarles lo que quisieran?

Me mordí el labio inferior.

—Tienes razón. Sí, señor...

—Venga —dijo Nina.

—Y yo me pregunto: ¿si Aspiner no trabajaba para los soviets, es razonable pensar que lo hacía para otros intereses que están claramente más a la derecha?

—Evidentemente.

—¿Para una organización norteamericana?

—Posiblemente.

—¿Para una organización norteamericana, plutócrata y capitalista? —Sonreí.

—Eso me parece mucho fantasear, Chris.

—Tal vez, pero ¿no podría ocurrir que nos estuviéramos enfrentando con una organización que piensa que el Gobierno norteamericano es demasiado débil en sus tratos con el enemigo y que necesita una ayudita sin que nadie se entere?

—Deberías escribir novelas —dijo Staines.

—Sí, pero no es imposible. Si no nos fue imposible imaginar que había un traidor en las alturas vendido al comunismo, lo que ya era descabellado, no nos es imposible imaginar que hay un traidor vendido al capital. —Abrí las manos—. ¿Por qué no?

—¿Para qué? Una organización de derechas ayudando al Gobierno ¿para hacer qué? —preguntó Staines.

—No lo sabemos, y, en todo caso, de momento, no creo que tenga mucha importancia —dijo Nina—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Quiero ir a parar a que es razonable que volvamos a sospechar, con más causa hipotética, de nuestros tres protagonistas: Fulton, Masters y el bueno de Gardner.

Staines me miró con sorpresa, pero no dijo nada.

—Muy bien. ¿Y qué? —preguntó Nina.

—Pues que si el verdadero culpable, uno de los tres, se entera de que Dennis es un traidor, de que le hemos descubierto, de que se ha marchado y de que Markoff nos ha dicho que ellos no tienen nada que ver en este asunto, tendrá todo el interés del

mundo en quitarnos la investigación de las manos, ahora que está empezando a encarrilarse en la buena dirección.

—Por tanto —apostilló Nina—, será mejor que no se enteren de lo que ha pasado con Dennis.

—Humm... de momento. Hasta ahora, no lo sabemos más que tres. ¿Qué os parece? —Me dio la horrible sensación de que, en realidad, estaba defendiendo mi vida, evitando la estricta dieta de Pentotal y el atropello del coche.

Nina me miró largamente; estoy seguro de que adivinó mi pensamiento.

—De acuerdo —dijo por fin.

—OK —dijo Staines y chasqueó la lengua.

—Espera un momento. —A veces pienso que soy demasiado honrado—. ¿Seguimos descartando a Masters? ¿Se lo contamos todo?

—¿Cómo es eso? —preguntó Staines.

—El director de la CIA no puede ser el malo de la película, porque él ha lanzado la investigación. Él fue quien descubrió todo este lío. Y no va a tirar piedras contra su propio tejado.

—Ya.

—¿Le seguimos descartando?

—No —dijo Nina.

Somos un par de desconfiados.

El resto de la mañana lo pasé apiadándome de mí mismo. Y tomando algunas decisiones: nuestra investigación no parecía avanzar más que en línea horizontal. Hacíamos acopio de datos que, poco a poco, nos iban convenciendo de que estábamos metidos en un asunto de proporciones considerables y bastante turbias, pero no pasábamos de ahí. No conseguíamos despejar ninguna de las incógnitas principales.

Si hay algo que me molesta es quedarme estancado, sin ser capaz de avanzar, sabiendo, al mismo tiempo, que a mi alrededor están pasando cosas que ni siquiera intuyo. Lo malo es que, cuando me pasa eso, las consecuencias suelen ser catastróficas porque me pongo a dar palos de ciego y organizo unas tragedias de proporciones épicas.

Alguien nos estaba vigilando. Alguien seguía paso a paso las incidencias de nuestra investigación, con la evidente intención de darnos un disgusto en cuanto nos acercáramos a la verdad. Pues había llegado la hora de provocar alguna reacción. Era el momento de abandonar las elucubraciones académicas y de lanzarse a sembrar el campo de minas.

Cómo estaría yo aquella mañana que, a la hora de almorzar, me fui a la cocina y me preparé un bocadillo de queso, que me comí, tomándome una cerveza. Odio los bocadillos de queso y la cerveza.

Subí lentamente las escaleras. Al llegar al rellano, en vez de torcer a la derecha hacia mi habitación, me detuve. La puerta de Dennis estaba cerrada. Estuve un largo

rato parado, mirándola. Finalmente, di dos pasos y puse mi mano derecha en el picaporte. Esperé unos segundos y, después, lo hice girar muy despacio. Di un empujón a la puerta y no me moví hasta que se hubo abierto silenciosamente del todo.

La habitación estaba en perfecto orden. La cama, pulcramente hecha, las sillas en sus sitios, las persianas, entornadas. Todo impecable y cuidado, como era Dennis. Y, sin embargo, espantosamente desierto, heladoramente vacío. Me aproximé al gran armario empotrado y lo abrí. Dentro, no quedaba absolutamente nada. El doctor Keatley se había ido para siempre. En una esquina, no recuerdo cuál, había estado siempre, apoyada contra la pared, una rama seca y derecha, que Dennis había utilizado como fusta, como juguete, en nuestros tiempos de Jordania. Tuve que escudriñar las esquinas una por una. La rama había desaparecido. Dennis no había dejado ni un solo recuerdo de su paso por mi casa. Como si se hubiera ido de un hotel.

Me encogí de hombros.

Fui a mi cuarto y me tumbé en la cama. Encendí un cigarrillo y, por primera vez en una semana, no me dio un ataque de tos. Me estaba curando. ¡Una semana! ¿A qué estábamos hoy? ¿Jueves? Todo este lío había empezado con una llamada de John Lawrence el jueves anterior por la noche, convocándome a la reunión con el bueno de Gardner el viernes por la mañana. Apenas una semana. Me parecía que había transcurrido un siglo.

Sonó el teléfono.

—Diga.

—Lo siento.

Me dio un vuelco el corazón.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Lo siento, Chris.

—¿No estás ya en la Unión Soviética?

—No.

—¿Dónde estás? —Rodríguez, investigando a fondo.

—No te lo puedo decir... Yo... no me podía marchar sin hablarte.

—¿Clavas el puñal y luego miras a ver por dónde sangra?

—No digas tonterías... Tú, precisamente tú, no digas tonterías, Chris. Sabes bien que a ti no te he clavado ningún puñal... A ti, no. Pero siento todo esto... —La voz se le quebró en un sollozo—. Lo siento por mí, lo siento por ti... y... sobre todo, lo siento por Marta...

—¡No me mientes a Marta! —grité, incorporándome de un golpe en la cama.

El teléfono cayó al suelo con estrépito.

Hubo un largo silencio. Creí que había colgado.

—¿Dennis? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí —contestó, con voz resignada, al cabo de unos segundos.

Y, de repente, comprendí que Dennis, en realidad, no me había engañado nunca. Había traicionado, sí, unas ideas, unas entelequias superfluas, por las que se mata, por las que se paga, por las que se corrompe. Pero a mí, al hombre, al amigo, no me había engañado. Conmigo había compartido la tristeza y había recompuesto los trozos de mi corazón. Que se fuera en paz.

—Está bien... Está bien, Dennis... Yo también lo siento. Que tengas suerte.

Suspiró con alivio. Sonreí para mis adentros y hasta pensé en decirle que podía haberse dejado la pequeña fusta de madera del Jordán.

—Una cosa más —dijo—. No dejéis de fijaros en Costa Rica... ¿Has oído hablar del sur de Cartago?

Colgó. No me había llamado «vida» ni una sola vez.

CAPÍTULO XV

¿Qué era este *sur de Cartago*? Igual que me ocurría con todo lo demás, el nombre me había saltado a la cara de repente, sin que yo tuviera idea de lo que quería decir.

Por lo menos, iba a averiguar dónde estaba. Bajé al salón. De la biblioteca saqué el enorme atlas del mundo del *National Geographic*, lo puse encima de la mesa, lo abrí y busqué la doble página de Centroamérica. Qué poco tienen que ver los colores con que se dibujan los mapas con lo que, luego, resulta ser la realidad de los montes y los ríos, de las tonalidades y las sombras. Y, sin embargo, la impresión que queda, la que sorprende cuando es desmentida por la realidad, es la del dibujo de los cartógrafos. Algún día voy a recorrer el mundo haciendo un atlas fotográfico para que la gente pueda viajar y enterarse sin necesidad de moverse de su butaca.

En el atlas del mundo, Costa Rica aparece como el diminuto país que es, pintado de blanco y con los bordes en verde. Más o menos en su centro, está la ciudad de Cartago, firmemente plantada en la falda del volcán Irazú, como a treinta o cuarenta kilómetros al este de la capital, San José. ¿Al sur de Cartago? Poca cosa que le parezca de interés a los técnicos del *National Geographic*. Apenas una línea, como una cicatriz: la cordillera de Talamanca, que imagino debe ser el espinazo costarricense de la cordillera de los Andes. En lo que a mí respectaba, podía haberse tratado de la serranía de Shanghai; no me decía nada. Punto muerto.

Cerré el atlas y me quedé de pie, mirando al teléfono. Fui hacia él, descolgué el auricular y, durante unos segundos, lo mantuve en la mano, a media distancia entre la mesa y mi oreja. En realidad, no estaba pensando en nada, estaba haciendo acopio de decisión para empezar a dar palos de ciego.

Marqué el número de Pennsylvania Avenue y pedí que me pusieran con el bueno de Gardner. No estaba contento mi jefe y empezó a dar gritos en el mismo momento en que se puso al teléfono.

—¿Señor Gardner?

—¡Rodríguez! ¿Dónde diablos han estado ustedes metidos?

—¿Se refiere usted a Nina y mí?

—¡Sabe usted muy bien a quién me refiero! No pierda el tiempo con tonterías.

Alcé los ojos al cielo; este hombre era capaz de agotarle la paciencia al santo Job.

—Nos hemos pasado la noche siguiendo a Markoff...

—¿Y qué?

—Nada. Absolutamente nada. Se ha movido de un sitio para otro, nos ha tenido girando como peonzas, y nada. Yo creo que se trataba de una columna de humo para esconder otra cosa. ¿Algún otro que se estaba moviendo? No lo sé.

—Ya. Habrá que averiguar si hemos detectado alguna otra actividad. ¿Y Nueva York? ¿Qué ha pasado por allí?

—Nada que aclare demasiado lo que está ocurriendo. Anduve husmeando por el piso de Aspiner y, aparte de que sí parece ser el autor del robo de nuestro

computador, no acabamos de establecer claramente su conexión con la KGB o la razón de su muerte. —Soy un mentiroso de primera y me debería dar vergüenza.

Gardner dio un gruñido.

—No me parece que estén ustedes avanzando mucho, ¿eh? ¿Qué pasa con los computadores?

—Pues parece que Aspiner Computers produce un ordenador que sería capaz de asimilar la información del de la CIA... pero ya nos lo imaginábamos.

—¿Van a investigarlo?

—Sí, señor.

—¿Qué más han averiguado de nosotros? ¿Del presidente, de Masters y de mí?

—¿Una cierta nota de ironía?

—No mucho, señor. Pero había que hacerlo, ¿no?

—Tonterías. —Me hablaba como si estuviera regañando a un niño. Pero... usted es el que está al frente de este asunto. Usted verá.

—Sí, señor. Señor Gardner, ¿qué es el sur de Cartago? Silencio. El silencio de las grandes ocasiones.

—¿Cómo dice? —Gardner había puesto un tono de cautela en su voz.

—Nada especial, señor. A medida que vamos avanzando en este asunto, salta, de vez en cuando, un lugar que se encuentra al sur de Cartago. Y no sé qué es o lo que quiere decir.

Silencio. El bueno de Gardner disimula mal.

—No sé a lo que se refiere usted, Rodríguez... Al sur de Cartago. —Le costó un considerable esfuerzo decirlo—. ¿Qué tiene que ver con todo esto? ¿Cartago? ¿Túnez? ¿Qué tiene que ver Túnez en esto?

Un buen trabajo de improvisación. Como mentiroso, estaba, por lo menos, en la misma categoría que yo.

—Túnez, no, señor. Cartago, Costa Rica.

—No sé de qué me está hablando. ¿Qué quiere decir todo esto?

—Eso es lo malo, señor. No sé lo que quiere decir... Pensé que, tal vez, usted supiera si encaja, si tiene algo que ver...

—No, que yo sepa, Rodríguez. Esto del sur de... ¿Cartago?, ¿sale en conexión con qué?

Guardé silencio por un momento, pensando en la respuesta que podía dar.

—Eh... Aparecía en un *print-out* que he descubierto en casa de Aspiner. No sé. Puede haber sido un *print-out* perfectamente legítimo, relativo a otra cosa. No sé... algo que tenga que ver con los negocios de Aspiner... Vaya usted a saber.

—¿Qué decía? —preguntó Gardner secamente.

—¡Ah! Nada especial. Algo así como que el sur de Cartago empezaba a ser activado, qué sé yo.

—Quiero ver ese *print-out*.

—¿Por qué?

—¿Ya usted qué le importa?

—Nada, señor —me apresuré a decir.

—Quiero simplemente ver qué es.

—Muy bien. —Rodríguez, metido en un lío por mentir. ¿De dónde me iba yo a sacar un papel así?

—Venga a visitarme a última hora de hoy. —Colgó.

—Sí, señor —murmuré—. Sí, señor. —No tenía ninguna intención de hacerlo.

Una de mis propiedades más notables es un viejo Volkswagen, un escarabajo color naranja, que guardo en el garaje de casa. Es el único coche que ha sido capaz de resistir mi forma de conducir y que siempre responde con fidelidad a mis esporádicas exigencias. Debe de tener una batería a prueba de bomba; absolutamente eterna. Y es que otro de mis odios es manejar automóviles.

Entré en el garaje, encendí la luz y saludé mudamente al vetusto vehículo. Encima del capó había una caja de cartón que contenía fotografías desechadas, papel de ampliación usado, recortes inútiles y alguna botella de plástico vacía. Recordaba haberla puesto ahí semanas antes, con la vaga intención de meterla en el cubo de la basura. La agarré con ambas manos y la dejé caer en un rincón.

Abrí la puerta del garaje, di algunas palmadas amistosas al Volkswagen, me metí en él, introduje la llave en el contacto y la hice girar. El motor estornudó un par de veces y acabó arrancando con la suavidad algo metálica de estos tanques alemanes. Mientras los alemanes produzcan un solo Volkswagen, seremos incapaces de derrotarlos.

Hacía mucho frío y el sol invernal, que había hecho su primera aparición sobre Washington en semanas, empezaba ya a declinar sobre el horizonte. El atardecer se estaba cerrando y la luz se había vuelto violácea.

Me dirigí hacia Langley lentamente, no porque me apeteciera el paseo, sino porque conduzco despacio y con inmaculada prudencia. Según Nina, lo que me pasa es que conduzco muy mal. Se ve bien que nunca viajó conmigo en mis tiempos de guerrilla en Jordania.

Masters me recibió inmediatamente.

—Siéntese.

Me hubiera gustado adivinar si, detrás del tono impersonal con que se dirigió a mí, había irritación con un patoso que nunca acaba de saber por dónde anda, o resignación con un meticuloso obstinado al que hay que dejar llegar, paso a paso, al objetivo que se ha propuesto.

Le conté, con un poco más de detalle que al bueno de Gardner, lo que había pasado en los últimos días, utilizando las mismas pequeñas correcciones de matiz y estilo. Me estaba convirtiendo rápidamente en un estupendo actor y empezaba a estar seguro de que, de seguir así, no salvaría mi alma de las penas reservadas en el infierno a los mentirosos de pro. Qué se le va a hacer.

—Y, si no estoy equivocado, no nos han descubierto ustedes, a Fulton, a David o

a mí, actividades que nos ligen a la KGB...

—No, señor.

Me dirigió una sonrisa. La primera en días.

—No sé si esto aclara o no la situación. A veces me pregunto... Guardó silencio.

—¿Qué, señor?

—Nada, nada, Christopher. No quiero influir en su investigación.

—¿Le puedo hacer una pregunta?

—Adelante. —Levantó las cejas.

—¿Qué es el sur de Cartago?

Desde luego, esas tres palabras provocaban las más extrañas reacciones en la gente. Masters se quedó callado y dejó de sonreír. Se pasó la mano derecha por la mata de pelo blanco y, de repente, el azul de sus ojos se hizo más oscuro, más opaco. Estaba preocupado.

—¿Qué sur de Cartago? —preguntó por fin con cautela—. No veo qué tiene que ver Túnez con todo esto.

—Sur de Cartago, Costa Rica, señor.

—Ya. ¿Por qué lo pregunta?

—No lo sé muy bien... Me topo con el sur de Cartago cada vez que escarbo un poco en todo este asunto.

—No creo que tenga importancia...

—Eso mismo me dice el señor Gardner, pero... con toda franqueza, señor, empiezo a no creérmelo.

Masters me miró en silencio durante un buen rato. Saqué un paquete de cigarrillos de mi bolsillo, levanté las cejas en señal de petición de permiso para fumar y el director asintió. Luego, hizo repetidos gestos afirmativos con la cabeza y suspiró. Finalmente, tomó la decisión de contármelo. Se le notó en la cara.

—Christopher... —empezó, lentamente—. El sur de Cartago es, en efecto, una operación de la CIA, pero no creo que deba usted conocerla. Durante veinte años, ha sido el secreto mejor guardado de los Estados Unidos...

—Perdón, señor. No pretendo que me desvele usted secretos de Estado, pero me temo que éste, concretamente, tiene relación con nuestra investigación, es cada vez más esencial a nuestra investigación, a juzgar por las veces que salta a la palestra... Además... no me parece que sea ya un secreto tan celosamente guardado. Aspiner, por lo menos, lo conocía. —Estabas mintiendo Rodríguez y, sin embargo, ni siquiera intuías lo cerca que estabas de la verdad.

—Humm... —suspiró nuevamente—. Tal vez tenga usted razón... Ni qué decir tiene que nada de lo que le voy a contar deberá ser explicado, sugerido... vamos... que no se le debe siquiera mover un músculo de la cara si alguien se lo mienta... ¿eh? —Se puso tremendamente serio y las facciones del semblante se le endurecieron—. Le va en ello la vida, Rodríguez.

Respiré hondo.

—Sí, señor.

Masters cogió un lápiz y empezó a jugar con él, dándole vueltas en una mano.

—En 1961, en abril de 1961 para ser más exactos, una fuerza combinada de guerrilleros cubanos exiliados y de agentes de la CIA efectuó un desembarco en un lugar conocido como bahía Cochinos en Cuba. Desde que Fidel Castro había tomado el poder el primero de enero de 1959, su paulatina conversión al marxismo, con la creciente influencia del partido comunista cubano, le había costado a los Estados Unidos muchos millones de dólares... Millones de dólares en expropiaciones, en negocios perdidos... Nuestra paciencia se agotaba rápidamente. Por otra parte —Masters se recostó en su asiento—, en lo que a nosotros y a muchos cubanos que le habían apoyado, respectaba, Fidel había traicionado las ideas que habían hecho que la burguesía cubana se pusiera de su parte a última hora. Fidel Castro, en otras palabras, había transformado la lucha anti-Batista que le había dado la victoria, en una revolución marxista...

—No es que los Estados Unidos fueran precisamente pacientes con él —interrumpí.

Masters levantó una mano y dijo secamente:

—Los motivos y responsabilidades de los Estados Unidos no están siendo discutidos ahora, Christopher. Esto no es una clase de teórica en la Universidad de Harvard, sino un relato pragmático de acontecimientos. —Me miró severamente, se puso de pie y empezó a pasear por el despacho; iba hasta la ventana, miraba brevemente hacia los jardines de Langley, se daba la vuelta y volvía hasta donde yo estaba sentado. Y vuelta a empezar. Ablandó el tono de su voz y prosiguió—: Una gran parte de la clase media que apoyaba mayoritariamente a Fidel, la que había sido más furibundamente anti-Batista, se marchó desengañada de Cuba y empezó a establecerse en Miami. —Me pareció superfluo explicarle que yo también conocía la historia—. Poco a poco, aquellos cubanos fueron organizándose, fueron montando unidades de combate. Para ello contaron con el apoyo logístico y material de la CIA. Pudo ser un error. No lo discuto. Pero eso fue lo que sucedió.

Me dio la impresión de que Masters no estaba muy de acuerdo con estas actividades de su agencia, pero, cuando lo dijo, me estaba dando la espalda y no pude verle la expresión de la cara. Giró en redondo y, acercándose a mí, continuó:

—Cuando se consideró que aquella fuerza de desembarco estaba preparada, la Junta de Jefes de Estado Mayor convenció a Jack Kennedy de que un asalto a Cuba contaría con el apoyo inmediato de la población y provocaría la caída de Castro. Había informaciones suministradas por nuestros agentes en la isla que parecían confirmar esta probabilidad. —Torció el gesto—. El presidente dio su visto bueno, el desembarco se efectuó y fue un absoluto fracaso: la mayoría de los asaltantes murió o fue hecha prisionera. Usted recordará el escándalo que se produjo. Kennedy asumió toda la responsabilidad y, si no estoy equivocado, se juró nunca más hacer caso de lo que dijera su Junta de Jefes de Estado Mayor. Pero, amigo mío, el desastre de bahía

Cochinos envalentonó a Castro y, lo que es peor, a Krushev. La URSS ayudaba crecientemente a Cuba y, con ello, empezó a armarla de tal manera que el Gobierno de Washington se preocupó seriamente. Dejemos a un lado —añadió sonriendo sarcásticamente— los distintos y pintorescos esfuerzos que se hicieron para asesinar a Castro: la mafia, la CIA, los vietnamitas —agitó la mano izquierda—, qué sé yo... El hecho es que, de repente, se comprobó que Krushev estaba instalando misiles en Cuba y que los misiles apuntaban a territorio norteamericano. Fue la gota que colmó el vaso y el presidente Kennedy mandó un ultimátum a la URSS. Octubre del 62... Incluso si mi trabajo no me lo recordara a diario, tendría el incidente grabado en mi memoria porque entonces me pareció que nos habíamos vuelto locos todos. Durante quince días estuvimos al borde de la guerra nuclear. Pero Krushev se arrugó y todo pasó.

Se quedó callado, mirando por la ventana, y yo, aprovechando la circunstancia de que no me veía, encendí un cigarrillo.

—La CIA mandaba mucho en aquel entonces —continuó Masters con un deje de tristeza en la voz—. Sí, señor —añadió suspirando. Me pregunté si el suspiro era añoranza o preocupación—. La CIA no creyó que todo hubiera pasado. Tal vez hizo bien... Un año más tarde moría Kennedy en Dallas. Nunca se ha aclarado el misterio, pero la teoría que más firmemente barajó nuestra agencia fue que se trató de una represalia de Castro o de la Unión Soviética por los intentos de asesinato contra Fidel... Se lo creyeron en serio, Christopher...

—¿Y usted qué cree?

—Mi opinión vale de poco, pero si quiere oírla... Creo que al presidente le mataron un par de locos histéricos, megalománicos y sedientos de sangre... Creo que no hubo conspiración. Este es un país violento, Christopher, un país violento... En fin... El hecho es que se decidió..., el presidente Johnson decidió prepararse seriamente para cualquier amenaza que pudiera venir desde Cuba. Había... mucha histeria. Empezábamos a meternos cada vez más en Vietnam, y Centroamérica era un bastión americano con un solo grano de pus: Cuba. Había que prepararse para cualquier eventualidad. Lyndon Johnson decidió hacer lo que había hecho Krushev, sólo que al revés: plantar misiles apuntando hacia Cuba.

Me enderecé de golpe en mi silla. Se me habían puesto los pelos de punta.

—En realidad —prosiguió con voz cansada—, apuntando a Cuba es un eufemismo por misiles apuntando a toda Centroamérica... Se buscó cuidadosamente un emplazamiento seguro, que estuviera fuera del territorio de los Estados Unidos.

—¿Por qué fuera del territorio de los Estados Unidos?

—Eso me pregunto yo también. En su momento, se arguyó que, así, nadie podría acusar a los Estados Unidos de hacer el matón... Sí... no me mire así. Ya le he dicho que estaban todos histéricos. Yo creo que, en realidad, querían tener a todo el mundo metido en el ajo, aunque fuera involuntariamente, para no correr solos con la responsabilidad. Es más que probable que el genio al que se le ocurrió la idea pensara

que, colocando los misiles fuera de los Estados Unidos, si había que dispararlos, podríamos echarle la culpa a otro. El caso es que se escogió el lugar de emplazamiento con mucho cuidado, sopesando las probabilidades de que el país que resultara elegido llegara a sufrir una revolución. No, si visión tenían —dijo, sonriendo con cierta amargura—. Nicaragua, El Salvador y Honduras fueron descartadas. Guatemala fue un firme candidato durante tiempo, pero la lucha de guerrillas lo hacía peligroso. Panamá, por el canal, no podía ser...

—... Y se decidió que fuera Costa Rica.

—Y se decidió que fuera Costa Rica. Un país tranquilo, sin grandes problemas políticos, sin guerrilla, sin ánimo revolucionario... ¿Qué quiere que le diga? Había un lugar ideal, aislado, en alto, en la cordillera de Talamanca... Abrió los brazos y, simultáneamente, dijimos:

—Al sur de Cartago.

Nos quedamos en silencio. Finalmente, me puse de pie y me acerqué a la ventana, parándome al lado de Masters.

—Señor Masters. ¿Los costarricenses saben todo esto? ¿Se contó con ellos?

—Eso es lo malo, Christopher. No lo saben, no. No tienen ni idea de que están, literalmente, sentados encima de una bomba.

Di un largo silbido. Hacía horas que no daba largos silbidos.

—Pero, señor, toda Centroamérica puede saltar por los aires el día menos pensado. La misma Costa Rica. Los nicaragüenses están al lado, utilizan, unos u otros, qué más da, territorio costarricense para moverse, reagruparse, insultarse... Hace un par de días, leí un artículo en el *Post* en el que se hablaba de movimientos guerrilleros embrionarios en Costa Rica. ¡Dios del cielo! ¿Y no se les ha dicho nada? —Masters hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Cómo es posible que se monte una serie de silos y se metan misiles en un país tan pequeño como aquél, sin que se entere su propio Gobierno?

—Le voy a poner un ejemplo: hace poco, una avioneta salió de Puerto Limón, en el Caribe, en dirección a San José. Es un vuelo de menos de quince minutos y se hace en línea recta. Hubo una tormenta y el avión presumiblemente cayó. No se ha vuelto a saber de él. Aún lo están buscando... En la selva, amigo mío, no hay quien encuentre ni un Jumbo... Con buenos medios técnicos, puede montarse un emplazamiento de misiles sin que se entere nadie. Es así de sencillo.

—¡Dios del cielo!

—Me enteré de todo esto el día en que me senté en aquel despacho —dijo, señalando su mesa con la barbilla—. Desde entonces no duermo muy bien.

—Con todo respeto, esos misiles hay que quitarlos de ahí, señor.

Asintió solemnemente.

—Hay que quitarlos de ahí —dijo—. Estamos todos de acuerdo, Christopher. ¿Y cómo se hace? Con el lío que hay armado allá, con los movimientos guerrilleros, con el cuidado con que se sigue la llegada de técnicos americanos a cualquiera de

aquellos países, ¿cómo se hace? Llevamos meses pidiendo a los costarricenses que nos dejen enviarles una misión técnica de asistencia, pero ellos saben lo que quiere decir *asesores* y se resisten. Les decimos que les vamos a ayudar a reforzar sus defensas en la frontera con Nicaragua, que les vamos a desarrollar lo que quieran. Pero se resisten...

—Es horroroso, señor.

—Humm. Me da pena sacar esos misiles de ahí —dijo pensativamente.

Le miré con sorpresa: me había estado equivocando con Masters. Hasta había estado a punto de contarle que la KGB no tenía nada que ver con todo este asunto. Me mordí los labios. A este hombre no le espantaba el hecho en sí de que el Gobierno tuviera ahora misiles en donde nadie le mandaba; le molestaba e irritaba que hubiera estado tan loco como para plantarlos en un momento de histeria y con riesgo de que el mundo se enterara. Le molestaba el posible escándalo, no la posible utilización. Este hombre estaba dispuesto a usarlos cuando le conviniera.

—Pero no hay más remedio que sacarlos, antes de que los descubra un grupo guerrillero —añadió, y volvió repentinamente la cabeza hacia mí y me miró con intensidad—. Que Aspiner supiera lo que hay al sur de Cartago es gravísimo, porque también lo sabe la KGB.

—¿Qué podemos hacer?

—Nuestra gente de allá tiene vigilados a los grupos guerrilleros y, además, ningún agente de la KGB se mueve sin que lo sepamos. En cuanto podamos, meteremos allá a un grupo de técnicos, sin que se entere nadie, ¿eh?, y lo desmontaremos todo... Es esencial que usted descubra al traidor, Christopher. No podemos permitir que cosas así ocurran nunca más.

Era de noche cuando salí de Langley. Los momentos melancólicos, los instantes de reflexión, mi pesimismo ocasional, me requieren contacto con el mar. Recorrí en mi viejo Volkswagen la distancia entre Washington y Annapolis en algo menos de media hora. Annapolis es un pequeño pueblo costero, apacible y quieto, poblado de casas de madera y viejos sauces; en las afueras, está la Academia de Marina y un antiguo club marítimo tiene reservada la cabecera de la ensenada para sus vetustos locales de madera. Uno de los pueblos más elegantes de los Estados Unidos.

Cuando llegué, casi no circulaba nadie por las calles. La bahía de Chesapeake era una masa negra de agua, más intuida que vista. En la lontananza, se divisaban las luces del gran puente sobre el río Severn y, de vez en cuando, las luces de posición de buques de considerables proporciones deslizándose hacia mar abierta por el canal de navegación. Enfrente, en línea recta, muy a lo lejos, del otro lado de la bahía, una sugerencia temblorosa y apenas visible de bombillas y focos indicaba el emplazamiento del pueblecito de Cambridge.

Apagué el motor delante del caserón del club. Me bajé del coche. Detrás de mí, en la dársena, podía oírse el ruido del agua golpeando suavemente contra los cascos de los escasos veleros que no habían sido izados a seco.

Hacía mucho frío, pero el viento estaba en calma y la noche estrellada. Me acerqué al borde del malecón. A una treintena de metros, meciéndose perezosamente en el agua, había un espléndido Nautor Swan, impecablemente blanco en la oscuridad.

El Swan, un velero que construyen unos cuantos perfeccionistas en Finlandia, es un barco poco conocido en los Estados Unidos. Hay tres o cuatro en América. El mío es uno de ellos. Sus once metros y medio de eslora están amorosamente diseñados, precisamente para lo que debe hacer un Swan: correr en regatas y cruzar el océano, si se le antoja. Parece una bayoneta; potente más que bello, con la popa cortada en ángulo agudo, surca el agua con decisión y enorme fuerza. Todo está diseñado para la velocidad, desde la bañera muy poco profunda hasta la cabina que apenas sobresale del puente, afilándose hacia la proa, como un cuchillo. Tres años antes, Marta y yo se lo habíamos comprado a un millonario extravagante que lo tenía en las Bahamas y nunca lo usaba. Habíamos pensado cruzar el Atlántico. Nunca llegamos a emprender la travesía.

Me dio un escalofrío y me aparté del borde del malecón. Crucé despacio el aparcamiento y, frotándome las manos para restablecer la circulación, empujé la puerta del bar y entré. Al fondo del salón, una enorme chimenea, en la que ardían grandes troncos, daba calor y luz vibrante a los pocos clientes que había a aquella hora. A mi izquierda estaba la larga barra de caoba, oscurecida por años de amorosos cuidados. Los adornos de cobre brillaban de puro limpios y bruñidos.

El barman me levantó la vista del vaso que estaba secando cuidadosamente.

—Buenas tardes —dije.

Me saludó con una inclinación de cabeza. Me acerqué a él.

—¿Qué va a ser?

—*Whisky* con soda.

Me lo sirvió silenciosamente, le pagué dejando el dinero encima de la barra, cogí mi vaso y me dirigí lentamente hacia una mesa que estaba un poco apartada, al lado de una de las ventanas.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches, señor Rodríguez —me contestó Markoff. Tenía puesto un grueso jersey de lana verde y, en los pies, llevaba unas grandes botas de goma. Me senté en la silla que quedaba libre.

—¿Qué tal tripulante es usted?

—Soy de Leningrado —afirmó con orgullo, como si todo quedara dicho—. En mi juventud hice muchas regatas. En una ocasión me seleccionaron para el equipo olímpico... Pero no llegué a ir a las olimpiadas —añadió con un poco de tristeza—. Y usted, ¿qué tal lo hace? Su afición a la vela es una de las facetas menos conocidas de su personalidad.

—Soy de Puerto Rico... Pero eso no quiere decir nada. —Sonreí—. Cuando se pasa la infancia en un bohío, no queda mucho tiempo para hacer vela... No, el mío es

un típico caso de vocación tardía. Tuve mi primer bote, un cascarón, a los veintiocho años. Compré... compramos el *Marta* hace apenas tres. —Me quedé pensativo—. Últimamente lo he usado poco.

Rió.

—Diversifica usted demasiado sus actividades, *gaspadin* Rodríguez... Quíteme una curiosidad. ¿Cómo un hombre como usted, un liberal, una persona sensata, está metido en una actividad como la suya?

Levanté vivamente la cabeza. Hizo un gesto con la mano y sonrió, quitando hierro a la pregunta.

—¿Y usted, señor Markoff? ¿Cómo es que se dedica a esto? Antes de contestar, atrajo con un gesto de la mano la atención del barman y le pidió una botella de *whisky*.

—Nosotros matizamos menos a la hora de defender los intereses de la patria, pequeño hermano mío. ¿Cómo le diría yo? Una sola línea ideológica, una sola línea de defensa. Los espías soviéticos defendemos una sola opción porque creemos ciegamente en ella. Pensé que a los norteamericanos les pasaba lo mismo y resulta que usted es distinto. En la Unión Soviética, usted no sería un agente de la KGB, Christopher. Hoy somos hermanos y le puedo llamar Christopher... Perdóneme la impertinencia, pero a usted hay muchas cosas de la actuación de sus autoridades que no le gustan. No quiero ofenderle o entristecerle hablando del doctor Keatley, pero a través de él le conozco bien... No se lo tome a mal, se lo suplico. —Cogió la botella que acababa de traernos el camarero y llenó nuestras copas hasta el borde—. Brindaré en alemán y así nos quedaremos a medio camino: *prost*. —Levantó el vaso y se lo bebió de un trago.

Le miré en silencio y luego levanté a mi vez la copa y la apuré de golpe. El *whisky* me abrasó el esófago y se me saltaron las lágrimas.

—*Nasdarovie* —contesté.

Markoff sonrió.

—Vladimir... usted es un hombre inteligente. Usted vive aquí, en una sociedad que tiene muchos defectos, pero que es libre, que da opciones. No me diga que prefiere la suya, porque no me lo creo.

—No vamos a tener ahora una discusión ideológica, pero le aseguro que creo firmemente en nuestro sistema, Christopher... Firmemente. No soy tan tonto que no vea los defectos que tiene, la incomodidad, las dificultades de la vida en mi patria. ¡Claro que sí! Pero no lo compare usted con el suyo. Compárelo con el mío de hace sesenta años...

—Tal vez nuestra ventaja es precisamente que un hombre como yo puede ser agente de la CIA y nunca agente de la KGB...

—Tal vez, un hombre como usted acabará loco o colocando bombas, ¿eh?

—Tal vez. ¿Usted nunca tiene dudas?

—Desde luego. —Llenó nuestras copas nuevamente—. Pero soy muy

nacionalista, ¿sabe? —Dio un pequeño sorbo al licor y miró hacia el techo—. Allá tengo a mi familia, una pequeña dacha en las afueras de Leningrado. A mí me gustan las salchichas y los *blinis*... prefiero el vodka al vino... prefiero el canto triste y melancólico del Don... —Sacudió la cabeza—. Estoy un poco anticuado... ¿Que los campesinos engañan al Estado con sus cosechas o con la gasolina que usan en sus tractores? Desde luego. ¿Y quién no lo hace? ¿No engañaría usted al fisco norteamericano si pudiera? Cada uno con su sistema...

—Y Di... Dios en el de todos. —Me había patinado un poco la lengua. El *whisky* estaba haciendo efecto. Miré a Markoff de hito en hito; estaba imperturbable, como si hubiera bebido agua—. ¿Y Dennis? ¿Qué me dice de Dennis? —Me noté algo belicoso.

Suspiró.

—¿Dennis? Dennis Keatley será profundamente infeliz en la Unión Soviética... Es el precio que se paga. —Abrió las manos—. Hábleme de navegación. Dígame lo que prefiere. ¿Un paseo al sol o un viento huracanado hinchando la génova, poniéndole en peligro, obligándole a colocar rizos en el último minuto posible para que no se le rompa el palo?

Se estaba poniendo positivamente lírico. A lo mejor era su forma de emborracharse.

—Fuerza nueve, Via... Vladimir, fu... fuerza nueve —asentí solemnemente.

—¿Existe algo más bello que un *spinnaker* flotando como un balón?

—El pecho de una mujer —dije vigorosamente.

—Sí, pero el *spinnaker* es más grande.

Llenamos nuestros vasos y volvimos a brindar solemnemente. Se me ocurrió que, muchos años antes, había visto una película en la que un americano era invitado a beber en Moscú por cinco o seis oficiales soviéticos; cada vaso era una ocasión de brindis por un héroe de la Unión Soviética. El último brindis, antes de caer borrachos, había sido por Vladimir Ilich Popoff, descubridor de la patata. Estuve a punto de brindar por Vladimir Ilich Popoff, pero en el último instante me dio la risa y me callé.

—¿Por qué nos peleamos, Christopher? Siempre peleando...

—¿Por qué quiere usted matar a Gardner? Se puso serio.

—Eso es distinto. Gardner no respetó las reglas del juego.

—A veces me pregunto si eso es lo que es todo este asunto: un juego.

—¿Por qué no? Todo es un juego, si considera usted dónde vamos a estar dentro de cincuenta años.

—Cuando éramos pequeños, en Puerto Rico, mi hermano y yo, sí que todo era un juego. No estudiábamos nada, siempre hacíamos novillos... Yo creo que sólo nos obligaron a tomarnos el colegio en serio cuando llegamos a Nueva York.

—¿Pasaron hambre?

—Hambre, hambre en el trópico se pasa poca. Se come mucha mierda, se está infraalimentado, pero hambre... Había turistas, gente rica, qué sé yo. Una temporada,

nos dio por limpiar zapatos. Mi hermano Patrick, que siempre ha sido muy habilidoso con las manos, construyó una caja de madera y yo, que era el más sinvergüenza de los dos, robé unos cepillos y unas latas de betún... Llegamos a tener un negocio bastante floreciente, pero invertíamos las ganancias en pequeños lujos, más que en comida. Alguna vez comprábamos una hamburguesa... —Meneé la cabeza—. ¡Qué va! Robábamos maní y bananas en el mercado, íbamos al cine a soñar con las aventuras de Gary Cooper... ¿Y usted? ¿Pasó hambre?

—Mucha. Hambre y frío. Estuve en Leningrado durante todo el sitio de la ciudad. Novecientos días... Los alemanes estaban empeñados en arrasarla. —Sirvió *whisky* en las copas—. Seiscientas mil personas murieron de hambre, Christopher. ¿Sabe usted lo que comíamos? Un par de lonchas de pan candeal al día y agua. Yo tenía derecho a un poco más porque contribuía al esfuerzo de la guerra... ¿Sabe usted que mi padre se comió una vez un trozo de su cinturón, hervido en agua? —Apretó los labios—. Murió...

—Debía usted ser muy niño. Asintió.

—Trece años... —Rió—. ¿Sabe usted lo que hacíamos? Los alemanes bombardeaban todos los días y, como nuestras casas eran sobre todo de madera, ardían como la yesca. Nos tiraban bombas incendiarias. Los niños nos paseábamos por los tejados con tenazas o pinzas grandes o palas... lo que hubiera a mano, y, cuando caía una bomba, corríamos a cogerla y la tirábamos a la calle... Mi padre era carpintero. —Se bebió la copa de un trago; este hombre no tenía fondo—. Entre todos taparon los grandes palacios y los museos y las iglesias con lonas. Luego fueron y construyeron maquetas fuera de la ciudad. Los alemanes las bombardeaban, creyendo que eran de verdad... Los engañamos como a chinos.

—¿Puede un golfillo de Leningrado trasladarse a Moscú con su familia, luchar, ganar una máquina de fotografía en una partida de póquer, matricularse en la universidad, triunfar sin la ayuda de nadie y acabar pudiendo comprarse un barco de vela como el mío?

—No puede, no... ¿Qué le pasa al golfillo, en Estados Unidos, si no triunfa?

—Come mierda.

—Pues en la Unión Soviética le costará más descollar, pero si fracasa, comerá salchichas, salmón y, de vez en cuando, caviar. Christopher, Christopher, estamos hablando de sistemas diferentes... Estoy cansado —añadió, repentinamente.

La botella de *whisky* estaba vacía.

—Y yo borracho. Duerma el espía rojo en el barco plutócrata del espía imperialista.

Nos levantamos con el exagerado cuidado de los que no están muy seguros de su estabilidad. Markoff pagó la cuenta y salimos a la calle. El frío era tremendo, pero, con la clase de calefacción interior que llevábamos auestas, no lo notamos demasiado.

El marinero del club había dejado un bote con motor fuera borda atado al muelle.

Nos montamos en él y, mientras yo tiraba de la cuerda del arranque, Markoff soltó la amarra y se sentó pesadamente. Me pareció que el bote oscilaba peligrosamente, pero acabó enderezándose y, dos minutos después, acostamos el *Marta*. No recuerdo bien cómo nos subimos a la cubierta, ni tengo memoria clara de haber bajado al camarote. Por un instante me venció el alcohol. Luego, me acuerdo de que, de uno de los compartimientos estancos que había en el camarote, saqué cuatro mantas y dos sacos térmicos de dormir. Nos tumbamos en las banquetas y, después de meternos en los sacos, nos cubrimos con las mantas.

Con una voz profunda de bajo, Markoff se puso a cantar suavemente una melodía triste y melancólica, una de sus canciones del Don. Lo último que recuerdo es que pensé que, probablemente, no íbamos a pasar frío.

Me desperté con resaca. Las sienes me latían y tenía la boca pastosa. En cubierta, Markoff tarareaba con vigor la misma melodía que había estado cantando antes de dormirse. Aparté las mantas, salí de mi saco de dormir y me puse a buscar ropa caliente con verdadero frenesí. Cada vez que respiraba, una cortina de vaho quedaba suspendida en el aire frío del camarote. Juro que, a pesar de todo, me desnudé. A toda velocidad me volví a vestir con la ropa más gruesa que encontré.

Cuando salí a la bañera, Markoff, de espaldas a mí, contemplaba la bahía. Hacía un día espléndido.

Se volvió. Llevaba la misma indumentaria de la noche anterior y, en la mano izquierda, sostenía una manzana mordisqueada. Se había estado limpiando los dientes con un palillo. Lo pinchó en la manzana y la tiró al mar. Tenía el pelo revuelto y la sonrisa alegre.

—¡Ah, pequeño hermano mío! Hace un tiempo magnífico. Hay buena brisa y vamos a navegar.

—Vladimir... —Sacudí la cabeza—. No se puede estar de tan buen humor por la mañana.

Rió estentóreamente. Volví a bajar al camarote y me puse a preparar café. El marinero del club había comprado las provisiones que yo le había encargado y había llenado el depósito de *gasoil*. Cuando volví a cubierta con un tazón de café humeante en cada mano, Markoff ya había pasado los cabos por las poleas y tenía los sacos de la génova y de la mayor a proa.

—¡Eh! —le dije, levantando un tazón.

Me miró, sonrió y, poniéndose de pie, vino hacia mí.

Markoff es un excelente tripulante, tanto, que parecía que habíamos navegado juntos toda nuestra vida. Sin hablar, soltando sólo una carcajada de vez en cuando, realizó impecablemente cuanta maniobra fue necesaria en el segundo preciso, sin que yo dijera nada. Por ejemplo, cuando el viento de la bahía nos pegó de pleno, casi a rachas huracanadas, haciendo que la velocidad del *Swan* saltara de golpe a diez nudos, Markoff puso los rizos a la mayor sin siquiera consultarme. Unas millas más allá, la mar se volvió menos traidora y, al irle yo a dar una instrucción para que no

perdiéramos velocidad, izó el *jib*. Puntual y preciso en cada momento.

Sentado o de pie detrás de la gran rueda del timón de aluminio, disfruté como hacía tiempo que no disfrutaba. Tuve nuevamente la sensación hilarante de estar flotando sobre un poderoso caballo, que arriesgaba la caída o el vuelco, pero que respondía instantánea y dócilmente a mis órdenes.

Un día maravilloso.

Cuando volvimos a Annapolis de anohecida, no habíamos comido, no habíamos bebido, estábamos empapados en sudor. Me dolían las manos y estaba muerto de cansancio. Me sentía el rey del mundo.

Nos dimos una larga ducha caliente en el club y, vestidos nuevamente con ropa de ciudad, subimos al restaurante, en donde procedimos a dar buena cuenta de una enorme cena, o merienda, o almuerzo, o lo que fuera. Langosta asada a la brasa, un gigantesco filete, patatas fritas, ensalada, café, pan, queso, fruta. Lo nuestro parecía un menú completo, la carta entera de la casa.

Al final de la cena, encendí mi primer cigarrillo del día. Me supo a gloria y me di cuenta de que se me había pasado totalmente el catarro.

—Vladimir —dije, mirándole con seriedad. Markoff levantó la vista y de sus ojos desapareció la jovialidad—. Ustedes no han tenido nada que ver con el robo del computador...

—No —contestó haciendo gestos negativos con la cabeza. Ya se lo dije—. Sonrió. —Y lo lamento... Pero... nada es perfecto en el mundo.

—¿Qué tienen ustedes que ver con el sur de Cartago? Bajó los ojos y, con el dedo índice, se dedicó a empujar las migas de pan que había encima del mantel, amontonándolas delante de su taza de café.

—Un poco más... Un poco más, Christopher.

—¿Puede usted quitarme la curiosidad? ¿Por qué me está ayudando?

—Porque este asunto nos preocupa y nosotros no podemos resolverlo. No nos podemos meter...

—¿Por qué?

—Las reglas del juego, amigo mío, las reglas del juego. Tal como yo lo veo, es un problema interno de los Estados Unidos. Sería una falta inexcusable de etiqueta meternos en camisa de once varas... También preferimos que los trapos sucios sean lavados en la casa de cada cual.

—Humm. Y, si nos damos la bofetada, prefieren que nos la demos solitos.

—Exactamente.

—¿Qué es lo que saben del sur de Cartago?

—Vamos a ver, Christopher. —Me miró directamente a los ojos—. Sabemos lo que hay en el sur de Cartago. Eso, ya de por sí, nos asusta. Pero no queremos levantar la liebre. Hay demasiada gente involucrada en el asunto y preferiríamos que los misiles no cayeran en manos inconscientes que pudieran llegar a hacer mal uso de ellos.

Levanté las cejas con sorpresa.

—¿Se refiere usted a las guerrillas? Markoff asintió solemnemente.

—Lo cierto es que nos gustaría ver que la CIA se lleva los misiles de donde están.

¿No podrían ustedes dejarse convencer?

—No lo sé, Vladimir.

—Ya. Si le consuela, no sabemos el lugar exacto de emplazamiento. En cambio, sabemos que Malcom Aspiner conocía el dato y suponemos que ése es el mejor botín que ha producido el robo de la memoria del computador de la CIA.

—Un momento, un momento. ¿Cómo saben que Aspiner conocía el dato?

—No se lo puedo decir. Sí le puedo decir, en cambio, por qué le mataron.

—¿Y quién fue?

—¡Ah! Ese es un secreto que me guardaré. Había que intentarlo, ¿no?

—¿Por qué lo mataron?

—Aspiner, un patriota norteamericano donde los hubiera, tenía una extraña obsesión, Christopher: quería a toda costa que las guerrillas costarricenses se enteraran de dónde están los misiles y que se apoderaran de ellos. Tuvimos que impedirlo. ¿Se imagina usted lo que pueden hacer unos cuantos jóvenes entusiastas y revolucionarios con unos cuantos misiles de cabeza atómica entre las manos? No, no. Imposible. El único modo de impedirlo era matando a Aspiner antes de que pudiera comunicar el dato a sus agentes en Costa Rica. Lo malo... —Se quedó callado.

—¿Lo malo?

—Bueno, lo malo es que estamos bastante seguros de que tuvo tiempo de comunicarlo... Eh... quien le mató pecó de excesivo celo y no nos contó el problema hasta que, con Aspiner muerto, hubo regresado a Costa Rica. Complicado y preocupante, ¿no?

—¿No les vendría bien que se armara un lío tremendo en Centroamérica? ¿No hubiera sido mejor para el Kremlin dejar que los guerrilleros se apoderaran de los misiles?

—¿Y permitir una desestabilización del mundo occidental? Por Dios, no diga tonterías —contestó con irritación—. No, hombre, no. Tenemos una paz precaria, pero es una paz. No nos metemos en la zona de influencia de los Estados Unidos... Además, ¿se imagina usted un misil destruyendo Miami? ¿Cuánto tiempo tardaría Washington en destruir Leningrado?

—¿Y Cuba?

—Hombre, algo hay que molestar, ¿no? —Sonrió—. ¿Por qué hizo Aspiner lo que hizo? ¿Actuó solo? ¿Se trata de una conspiración de mayores proporciones? Tiene usted que averiguarlo. —En su voz había de pronto un tono de urgencia—. Pero no creo que disponga de mucho tiempo. Hágalo, Christopher, y dese prisa.

—¡Vaya historia! —le dije, y me quedé pensativo.

—Una cosa más: está usted en peligro. Tenga cuidado y muévase en la sombra, porque me parece que tiene usted muchos enemigos.

Más tarde, en el aparcamiento, antes de dirigirnos cada uno a nuestro coche respectivo, le miré, le tendí la mano y dije:

—Buenas noches, señor Markoff.

Markoff me cogió la mano entre las suyas y me dio un apretón firme y seco.

—Buenas noches, señor Rodríguez. La tregua había terminado.

CAPÍTULO XVI

Cuando llegué a casa, ni me molesté en encerrar el coche en el garaje. Estaba tan cansado que, sin encender las luces, subí la escalera, me desnudé y me metí en la cama. Al minuto, estaba durmiendo.

El teléfono sonaba, pero yo no quería dejar de mirar a Marta, que bailaba en el escenario y, en cada pirueta, me sonreía. Abría los labios y pronunciaba mudamente mi nombre. Chris, Chris, Chris.

—¿Chris?

Di un gruñido.

—¿Qué?

—Que no me preguntes si estaba durmiendo porque puedo contestar con varias blasfemias... —Bostecé largamente—. ¿Quién diablos es?

—Mazzini.

—Oye, Mazzini, ¿por qué os empeñáis todos en llamarme al alba? Caramba. —Bostecé nuevamente.

—Son las ocho y media, querido. ¿A qué hora te levantas tú normalmente?

—A las diez o las doce. ¡Yo qué sé!... ¿Qué pasa?

—Que voy a ir a Washington esta mañana.

—¿Por? —Miré a la mesilla, buscando un cigarrillo. No había.

—Perkins da una conferencia sobre Centroamérica y quiero oírla... Has despertado mi curiosidad.

—¿A qué hora?

—Un almuerzo en el Club de Prensa.

—¡Hombre! Vamos juntos. Aunque nunca uso coche en Washington, si quieres, te voy a buscar al aeropuerto. ¿A qué hora llegas?

—No tengo ni idea... Aún tengo que pasar por el periódico. No importa, Chris. Nos vemos en el Club a las doce.

—Muy bien. —Colgué. Aparté las sábanas, puse los pies en el suelo y me levanté—. ¡Dennis! —grité y, luego, recordé que Dennis, esa mañana, no me iba a preparar el desayuno. Ni ésa, ni ninguna otra. Apreté los labios. Me puse la bata y bajé a la cocina a hacerme un café.

Con él en la mano, abrí la puerta de casa y recogí el *Washington Post*. Hacía un día espléndido y frío. Mi Volkswagen, cubierto de escarcha, seguía en la calle, lo que, considerando la afición que tienen algunos washingtonianos a la propiedad ajena, era notable. Cerré la puerta y fui al salón. Me senté al lado del teléfono. Descolgué el auricular y llamé a mi hermano.

—¿Alguna cosa por Nueva York?

—Nada, Chris. Seguimos intentando entrar en la famosa cámara acorazada de Aspiner, pero no está resultando fácil. No sé lo que estará haciendo *la Abuela* con sus

amigos de ASPCOMP... Ya veremos. De momento, hemos trufado el apartamento de cámaras y micrófonos... —Su voz sonaba preocupada—. Nada de esto es muy legal, Chris, y no me gusta. Entre otras cosas, porque, sin permiso del juez para entrar en el dúplex, nada de lo que descubramos va a poder ser utilizado en el juicio.

—Humm... No nos preocupemos por el juicio, Pat. Aquí no se trata de condenar a Aspiner. Se trata de averiguar qué hay detrás de todo esto. Si encontramos algo, ya vestiremos el santo. —Me dio la sensación de que esta actitud mía no estaba resultando muy constitucional. Me encogí de hombros: nada de lo que yo estaba haciendo era muy constitucional—. ¿Pat? En los próximos días, es posible que no esté muy localizable. No te preocupes. Ya te llamaré yo.

—Cuídate.

También llamé a Nina Mahler.

—¿Qué tal con nuestro amigo?

—¿En Annapolis?

—Sí.

—Ya te lo contaré luego. ¿Por qué no os venís Staines y tú más tarde? A las tres o así.

—Muy bien.

Sorprendentemente para ser un sábado, el comedor del Club de Prensa estaba lleno. Estas cosas no pasan más que en los Estados Unidos. Había mucha gente joven, evidentemente, universitarios.

John Mazzini me había reservado un sitio a su lado en la mesa que estaba directamente enfrente del podio desde el que iba a hablar el senador Perkins.

—Johnny, me sorprende que estés dispuesto a almorzar la bazofia que dan aquí.

—La misión divina del periodista es sagrada y pasa por delante de los placeres materiales —sentenció.

—Se te van a quitar los sacralismos en cuanto nos traigan el plato de fiambres.

Y, efectivamente, unas camareras desganadas nos pusieron delante un plato de plástico con unas lonchas de jamón y mortadela, col cruda y ensaladilla de patatas, que no eran el manjar más apetitoso que hubiera visto en mi vida. Absolutamente incomedible. Mazzini dio un gruñido y, con el tenedor de plástico, pinchó una patata y se la llevó a la boca. Puso cara de disgusto.

—El arte culinario americano tiene sus virtudes —dijo solemnemente.

Bebí un sorbo de agua, que es lo único que se sirve en estos almuerzos de trabajo.

En la mesa principal estaban sentados, además de Perkins, el presidente del Club, el tesorero (responsable directo del restaurante de la venerable institución) y algún otro distinguido miembro de la junta de gobierno. Es notorio que el tesorero tiene úlcera de estómago y que nunca prueba la comida. Dios le confunda.

El presidente del Club se levantó y presentó al senador con las frases al uso en este tipo de ocasiones.

—Brillante político, hombre del futuro, crítico de la Administración, la

conciencia de Washington... —Perkins sonreía con alguna timidez.

Finalmente, se puso de pie, aceptó los aplausos de la concurrencia con una leve inclinación de cabeza, levantó la vista y nos miró a todos lentamente.

—Agradezco la presencia de tanta gente —empezó diciendo—, aunque no me sorprende porque ¿qué se puede hacer en Washington en un sábado por la mañana? Dormir, ir a tomar un *brunch* a Georgetown, vagabundear por las calles, jugar al tenis. Todas ellas, actividades antisociales, poco productivas y exponentes del peor egoísmo. —Hubo una carcajada general—. Hablando en serio, agradezco a todos ustedes que hayan venido. Se lo agradezco especialmente a los jóvenes, porque, en un día de descanso, la cuestión centroamericana los inquieta y los atrae lo suficiente como para sacrificar unas horas, con riesgo personal de sus estómagos. —Nuevas risas—. Centroamérica es un volcán —dijo, poniéndose serio—. Es más, *todos* sabemos que es un volcán, pero el Gobierno del presidente Fulton parece quererlo ignorar en aras de no sé qué intereses privilegiados de los Estados Unidos. —Dio un enérgico golpe en el atril con su dedo índice—. Los Estados Unidos son una enorme nación. El país más rico y más poderoso de la tierra. Como tal, tienen en sus manos la *responsabilidad* de lo que ocurre en el mundo libre. Mi tesis es que tal responsabilidad exige la defensa de la libertad y del sistema que nos hizo grandes en todo el mundo, y no, y *no*, su destrucción en aras de nuestra defensa. ¿Quiénes somos, qué derecho nos ha dado Dios de sacrificar al mundo que nos rodea para defender egoístamente lo que tenemos dentro de nuestras fronteras? Más bien debe ocurrir al contrario: si estamos convencidos de que nuestros valores son los mejores, lo que debemos hacer, basados en nuestra convicción de que nada prevalecerá contra nosotros, es extenderlos a donde podamos, para que otros disfruten de lo que tenemos. Mi tesis es que nada desestabilizará a los Estados Unidos y, menos que nada, lo que ocurre en unas pequeñas naciones del istmo centroamericano, porque nada nos amenaza... —Perkins nos miró fijamente a Johnny y a mí y sonrió levemente.

El silencio en la sala era total.

—No quiero insistir ahora en las razones de lo que está ocurriendo en Nicaragua, en El Salvador, en Honduras, en Guatemala. Son de todos conocidas. Todos los que están aquí hoy saben bien lo que dio origen a los movimientos revolucionarios que asolan a aquellos pequeños países. Todos saben de la responsabilidad de los Estados Unidos. Son errores del pasado y no vamos a insistir en ellos. Pero Washington tiene una responsabilidad histórica: reconocer que es legítima la lucha de aquellos pueblos contra la opresión y la pobreza y ayudarlos a salir del pozo en que se hunden. Con generosidad, con entrega y con visión de futuro. —Perkins se metió la mano en el bolsillo y su tono se hizo más coloquial—. Hace apenas veinticuatro horas, el secretario de Estado, el de Defensa, el director de la CIA y el consejero de Seguridad Nacional han hecho pública una declaración en la que aseguran que los Estados Unidos no planean invadir Centroamérica, ni ahora ni nunca. Humm... Nos aseguran

que lo único que ocurre es que las obligaciones de los Estados Unidos al amparo del Tratado de Río, del Tratado que regula el estatus del canal de Panamá y de otros planes de contingencia militar para situaciones catastróficas, asistencia humanitaria o evacuaciones de emergencia, les fuerzan a mantener o actualizar tales planes militares... Nos aseguran que nunca han tenido intención de utilizar a nuestro ejército para invadir país alguno de aquella región. La declaración negaba que existieran planes —tomó un papel que tenía delante y leyó—: «... de actuación militar estadounidense en América Central. Todas las actividades de los Estados Unidos», nos dicen —levantó la mirada—, «han sido explicadas con detalle a los comités competentes del Congreso, de acuerdo con la ley». —Dejó el papel a un lado—. Muy bien. Este notable comunicado hace fe de lo dolorosamente inadecuado de la política del presidente Fulton con respecto a Centroamérica. Los Estados Unidos no invadirán —sonrió—. En vista de que existe la sospecha generalizada de que eso es precisamente lo que tiene intención de hacer el presidente, este compromiso de no intervención por parte de las cuatro personalidades citadas resulta extremadamente importante. Es exactamente lo que hemos venido exigiendo del presidente Fulton... Muchos de nosotros, sin embargo, aún sospechamos que lo único que ha hecho la Administración en este caso es apagar el incendio de un día en particular. Acallar el escándalo cotidiano y nada más. Muchos de nosotros sospechamos que nuestros cuatro amigos se dedican a hacer juegos de palabras: puede que los Estados Unidos no estén *planeando* una invasión, pero ¿no será más bien que están preparándose para provocarla? ¿Para ser provocados? ¿No será eso lo que hay detrás del establecimiento de bases y la realización de maniobras (¡previstas hasta 1989!) en Honduras? ¿No será eso lo que hay detrás de la creciente actividad militar en El Salvador? ¿Detrás de los sabotajes en Nicaragua?

Johnny seguía las palabras de Perkins intensamente. Saqué un cigarrillo y lo encendí. El estudiante que estaba a mi derecha me miró con irritación. Los de la liga antitabaco se están poniendo insoportables.

—Si lo que se está preparando —continuó Perkins— es una invasión a gran escala, entonces nuestros cuatro políticos y su jefe, ¿eh?, su jefe, son unos cínicos y deben ser condenados por ello. Pero creo que éste es un veredicto prematuro. Creo que los cinco son sinceros cuando nos anuncian su moderación. Incluso aceptando que les gustaría intimidar a los sandinistas y a las guerrillas salvadoreñas, es preciso suponer que se dan cuenta de que una invasión de los Estados Unidos sería costosa militarmente, provocaría una nueva división en nuestro país (como la que hubo durante la guerra del Vietnam) y dañaría la imagen, la influencia y el prestigio norteamericanos en el mundo. También comprometería las posibilidades que el señor Fulton tiene de ser reelegido. Por consiguiente, nos aseguran que no invadirán. Lo hacen vigorosamente y uno sospecha que, así, piensan que tranquilizarán al Congreso y le convencerán de que vote en favor de prestar a sus amigos latinos la ayuda que les permita librar sus propias batallas... Bueno... Esa es la explicación que nos dan los

altos cargos de la Administración Fulton, mientras que el presidente nos asegura que, aunque no tiene planes de invadir Centroamérica, un presidente nunca debe decir nunca. El señor Fulton quiere calmar al Congreso, pero al mismo tiempo quiere evitar que se tranquilicen los marxistas latinoamericanos.

Perkins bebió agua del vaso que tenía delante y torció el gesto.

—Está malísima —dijo, dirigiéndose al presidente del Club de Prensa—, y me convence una vez más de que el agua nunca debe traspasar el umbral de los dientes.

Carcajada general. Adoración en los presentes. No creo que Perkins tenga dificultades en obtener el voto de su auditorio de aquel día.

—Este nuevo comunicado, sin embargo, no hace más que resaltar su dilema. En parte por su propia rigidez y en parte por la de sus adversarios, la Administración Fulton ha venido aplicando una política basada sustancialmente en el uso de la fuerza y de la coacción. Al retirar la amenaza de invasión, el presidente torpedea su propia política. —Perkins separó las manos, con las palmas hacia arriba y levantó las cejas—. Suspender la amenaza sólo tiene sentido si, simultáneamente, se abre la vía de la negociación... cosa que la Administración aún no ha hecho. Si eso no ocurre, los enemigos de Fulton pensarán que les ha guiñado un ojo y que, si son pacientes, es posible que los Estados Unidos acaben marchándose de Centroamérica. Pues no... Me parece casi imposible imaginar que un conservador como Fulton esté dispuesto a hacer caso omiso de lo que ha sido la sustancia de la política norteamericana desde el término de la guerra mundial y a aceptar que una parte de América Central sea abandonada a manos de unos revolucionarios armados, de ideología marxista y claramente vinculados a la Unión Soviética. A mí, si fuera presidente —hubo una algarabía de gritos y aplausos—, no me importaría —dijo Perkins, levantando una mano para pedir que se restableciera el silencio; no sonrió—. Pero, para Fulton, es absolutamente impensable, ¿no? Me pregunto, por consiguiente, cómo va a impedir que ocurra una cosa así, si, al tiempo que se compromete a no intervenir militarmente, no abre la vía a una solución negociada. Me parece que la alternativa que se reserva, la estrecha alternativa que se reserva, es continuar aplicando la política que le ha llevado a su confusión actual. Uno de los resultados de esa política es la crisis aguda en que se encuentra el programa de ayuda... Y he aquí el problema en que se ha metido el señor Fulton, al dejar que sean el Pentágono y la CIA los que hacen su política centroamericana. El peligro no es que estas dos instituciones quieran forzar a los Estados Unidos a meterse en una guerra. El peligro, amigos míos, es que el secretario de Defensa y el director de la CIA no dejen al presidente Fulton otro medio de impedir la pérdida, y digo pérdida entre comillas, de El Salvador, por ejemplo, que la invasión militar. La intención de Fulton es ser fuerte; su control del dilema es débil. Centroamérica está desgarrada y él la está desgarrando aún más.

Perkins guardó silencio. Luego, abrió las manos.

—¿Qué quieren que les diga? Puedo utilizar un símil que está muy gastado, pero que me parece pertinente: en Centroamérica podemos establecer la paz de los

cementerios. No se alzaría ninguna voz, no habría problemas, el istmo quedaría arrasado. No quiero hablar de lo que nos costaría conseguirlo. Sólo quiero decir que la historia nos juzgaría severamente y que recaerían sobre nuestras cabezas las responsabilidades de una destrucción incontable. Los romanos fueron conocidos porque, en un momento grave del mundo, extendieron a todos los confines de la geografía conocida una civilización nueva y sensata, basada en el derecho y en el arte, en la cultura y en el bienestar. Fue lo que se conoció con el nombre de *pax romana*. Con toda franqueza, preferiría que los Estados Unidos promovieran una *pax americana* de este estilo y que no se nos recordara por haber practicado una *pax americana* de muerte y desolación.

Hubo una salva de aplausos. El senador volvió a alzar la mano derecha, pidiendo silencio. Cuando se restableció, Perkins continuó:

—Me sería fácil ahora hacer demagogia. Me sería fácil emplazar al presidente Fulton a que iniciara una política con visión de futuro, una nueva frontera, el restablecimiento de una generosidad que fue la virtud principal de nuestro pueblo, la que hizo de esta nación lo que hoy es. Me sería fácil decirle que le reto a que lo haga porque, si no, nuestro pueblo acabará derrotándole y eligiendo a un nuevo presidente con más imaginación y voluntad de paz. —Sonrió—. Pero no lo voy a hacer, porque es sencillo hablar desde aquí y considerablemente más difícil actuar desde detrás de la mesa del despacho oval. Si algún día lo ocupo... —Hubo un pandemonium de gritos y silbidos. Perkins esperó un momento—... Si algún día lo ocupo, le enseñaré que se puede hacer. Pero, mientras tanto, conociendo las dificultades y las limitaciones, conociendo los condicionamientos económicos y sociales, las complejidades militares e ideológicas, le pido solamente una cosa: le pido que diga a nuestros amigos centroamericanos que está dispuesto a negociar y que lo haga, que compruebe si no es más fácil una solución regional para un problema que es regional, Centroamérica para los centroamericanos, que una solución asentada en la falsa premisa de que todo es un enfrentamiento entre amigos y enemigos, entre Este y Oeste. Muchas gracias.

Una ovación estruendosa acogió sus últimas palabras. Perkins, sonriendo, se sentó y nos volvió a hacer una leve inclinación de cabeza a Johnny y a mí. Los dos aplaudíamos como locos, menos por el entusiasmo que nos había producido su discurso que por el temor a que una frialdad por nuestra parte desatara la furia del resto del auditorio.

Cuando se levantó la sesión, Johnny y yo nos acercamos a Perkins y, en medio del tumulto, pudimos decirle que le esperábamos a comer algo sensato en el restaurante 1776, en Georgetown. Sonrió, asintió y, con cara de resignación, siguió atendiendo a cuantos se agolpaban a su alrededor.

Una hora más tarde, estábamos los tres cómodamente sentados frente a succulentos platos de carne, bebiendo un excelente vino.

—Estas cosas sirven de poco —dijo Perkins—, pero, por lo menos, le refrescan a

uno la memoria y le recuerdan que hay, ahí fuera, una juventud sana y vibrante. Bueno... en algo tengo que invertir mis sábados por la mañana. ¿Y qué dice la prensa?

—Poca cosa, Tom —contestó Johnny—. Dicen que somos poderosos, pero lo cierto es que, cada día que pasa, me da la impresión de que es menor nuestra fuerza para cambiar el curso de los acontecimientos...

—Os cargasteis a Nixon.

—¡Qué va! Sacamos a la luz los trapos sucios, que hicieron que a los que de verdad mandan les fuera imposible no echarle. Es muy distinto.

—Tom —dije—, ¿le puedo hacer una pregunta?

—Huy, esos prolegómenos me dan mucho miedo. Pero... adelante.

—Hace tres o cuatro días, cuando le entrevisté, al final de nuestra charla... no sé si lo recuerda, habló usted de un Club.

Le vi ponerse en guardia. Asintió.

—¿Qué es ese Club? Johnny me miró con sorpresa.

—Ya hablamos de eso el otro día, ¿no?

—Sí, Johnny. Pero me interesa que el senador me cuente algo más, porque sabe algo más.

—¿Y por qué le interesa a usted que le cuente algo más sobre el Club, Chris?

—No sé, a lo mejor estoy confundido... pero, a medida que profundizo en el tema de Centroamérica, me da más la impresión de que el Club tiene algo que ver con nuestra política allá, con las cosas que ocurren... —Me mordí el labio inferior—. No sé —murmuré.

Perkins miró discretamente a su alrededor. Nuestra mesa estaba en un rincón del restaurante y las inmediatamente adyacentes estaban vacías. Bajó la voz.

—El Club, ¿eh?... No me sorprendería... Mire, Chris, le voy a contar mi teoría sólo porque Johnny Mazzini está aquí y le avala... Estas cosas no se cuentan a la ligera. No me sorprendería... —Se quedó un momento pensativo, me miró y siguió hablando—... que, efectivamente, el Club tuviera algo que ver con Centroamérica. No me sorprendería nada.

—¿Porqué?

—Vamos a ver. El Club reúne a los veintisiete hombres más ricos del país. Eso, en sí, no es particularmente grave. Igual que se reúnen los miembros de una profesión, los compañeros de una facultad, los que hacen regatas... No es malo. El problema surge cuando se tienen que poner a defender sus intereses. Toda asociación defiende sus intereses. Es normal. Sin embargo, los medios de que disponen las sociedades normales son limitados y topan con los intereses contrapuestos de otros grupos y todos se controlan entre sí. En el caso del Club, ¿qué otros intereses contrapuestos pueden llegar a limitar su actuación? Ninguno. ¿De qué medios disponen para defenderse? De todos. De absolutamente todos. Qué tentación, ¿eh? Ni siquiera necesitan aparecer en público, dar golpes de Estado, asesinar o hacer

barbaridades. Conque cualquiera de los miembros del Club tome una decisión en su respectiva área de actividad, el mundo entero tiembla. Tienen el poder suficiente para subir o bajar los tipos de interés, concurrir o no a préstamos sindicados a países, aumentar o disminuir la producción de sus industrias, estimular o interrumpir la investigación tecnológica... No hacen nada ilegal.

—Pero moralmente...

—No estamos hablando de moral, Chris, estamos hablando de capitalismo. De hecho, ¿eh?, de hecho, son tan poderosos que sus intereses son los intereses de los Estados Unidos. ¿Se da usted cuenta? Supongo que, un día, hubo algo que les molestó o que les fue perjudicial. Decidieron defenderse y comprobaron lo fácil que les resultaba. De ahí a tomar decisiones que afectan al mundo entero, no hay más que un paso. Y otro, a tomar decisiones por capricho o por juego.

—Me está usted diciendo, Tom, que no hay modo de luchar contra ellos.

—Con sus mismas armas, no. ¡Claro que no! Tienen, además, la ventaja en este momento concreto de que la Casa Blanca está de su parte. La única forma de combatirlos sería políticamente. Pero ni siquiera así... Que, por una de esas increíbles cosas de nuestra democracia, resulte elegido a la presidencia del país un enemigo del Club. ¿Es posible? ¿Podría hacer algo? El tiempo lo dirá... Y aun así, me pregunto...

—¿Y Centroamérica?

—Ahora mismo voy. La gente del Club es gente patriótica, americanos de pura cepa. Para ellos, Dios es norteamericano. Nada de lo que hay alrededor importa un pimiento. Los Estados Unidos antes que nada. Eso, en sí, tampoco es malo. —Sacudió la cabeza—. Sólo lo es cuando la preterición de los otros implica su destrucción...

—¿Cómo dices? —interrumpió Mazzini. Se había quedado con la copa de vino a medio camino entre el mantel y la boca.

—Así es. Tal vez nosotros no podamos o no queramos entenderlo, pero así es.

Me incliné hacia adelante.

—¿Tiene usted la certeza de que intenten hacer algo así?

—No. Claro que no. Lo que les voy a decir ahora es pura especulación, pero, bueno... —Suspiró y guardó silencio. Luego pareció decidirse. Asintió—. Esos caballeros son maltusianos. Creen que los recursos del mundo son limitados y que se están agotando. Creen que lo único que vale la pena salvar son los Estados Unidos. Y, si en el penoso proceso de salvamento, caen otros, qué se le va a hacer... Yo diría más —añadió, como si la idea no le pareciera demencial—... estarían dispuestos a acelerar la destrucción de otros, si ello asegura la supervivencia de los Estados Unidos, o incluso el simple provecho de su economía.

Johnny y yo nos habíamos quedado sin habla. Si un hombre como Perkins, que no daba la impresión de ser un fantasioso, podía imaginar cosas así, la realidad probablemente superaba a la fantasía. Nos miró y levantó las cejas, como si la expresión de nuestros semblantes le causara sorpresa.

—Pero, vamos a ver —dijo—, ¿qué es lo que tienen los países centroamericanos que nosotros queramos obtener?

—Materias primas —contesté.

—Humm —asintió—. ¿Qué más?

—Bocas hambrientas —dijo Johnny.

—Sí, señores. Exactamente: materias primas y bocas hambrientas. ¿Qué mayor interés pueden tener los Estados Unidos que conseguir materias primas baratas? ¿Qué más pueden querer que poblaciones esclavizadas y muertas de hambre? Un estómago quejoso es el mejor antídoto contra una cabeza que piensa. Por tanto, el silogismo es extremadamente fácil: si queremos materias primas baratas, procedentes de zonas que no causen quebraderos de cabeza, destruyamos sus economías, deshagamos sus medios de comunicación, inutilicemos sus universidades y sus hospitales, descabecemos a los líderes... Estoy firmemente convencido de que el Club no quiere que el presidente Fulton negocie en Centroamérica; quiere que la invada y que la destruya. Y no estoy muy seguro de que el presidente no esté de acuerdo... Y eso no es más que el principio. Una vez dominado el istmo, se puede pasar a Colombia, esmeraldas y cocaína, Venezuela, petróleo, Brasil, minerales y madera, Argentina, cereales y carne... ¿Algo más?

—¡Pero es la peor megalomanía posible!

—Es más que megalomanía. Es locura de camisa de fuerza, amigos míos.

—Pero ¿no se dan cuenta de que es imposible? ¿De que el suyo es un sueño irrealizable? —preguntó Johnny.

—¿Es tan imposible? El Club es Dios, amigos míos. —Pegó con el índice en el mantel—. Tiene el brazo largo, la memoria perenne. Los millonarios son heredados por sus hijos, que son millonarios. Disponen de todo el tiempo que necesiten. La práctica les ha demostrado que son invencibles y que, sin dar la cara, con un poco de paciencia, cada una de sus operaciones se salda con un éxito resonante. ¿Cuál es la deuda pública de Argentina? Cuarenta mil millones de dólares. ¿Cuál es la deuda pública de Venezuela, de Brasil, de México? Ahí tienen una operación del Club. El precio del café y del estaño y del azúcar ha caído en picado en los últimos años. Otra operación del Club...

—¿Le consta?

—No. Pero casa con la fuerza del Club, con su paciencia y con su sigilo. Los miembros del Club podrán estar locos, pero no olviden ustedes que son brillantes financieros, superhombres de la industria. Con esa cantidad de poder, ¿quién no se volvería loco?

—Tom... —Me miró como si volviera de un sueño—. ¿Qué quería Aspiner de usted?

—¡Ah, Aspiner! Malcom Aspiner. El presidente del Club. El peor de todos, el más inteligente. El que lo había conseguido todo en la vida y arriesgaba por el puro placer de arriesgar. Un esteta del peligro. Un hombre admirable en muchos

sentidos... ¿Qué quería de mí? Sencillo: que dejara de dar la lata. Que me vendiera a ellos. Y es que, ¿comprenden?, no me iban a matar. Hubiera sido lo sencillo, pero no necesitan matar. Una vez se equivocaron: mataron a Kennedy y casi los pillaron. Ya no matan. Ahora quieren controlar. Y Aspiner podía permitirse el lujo de jugar a todas las bandas. Si yo hubiera querido, hubiera dispuesto de todo el dinero necesario para ser presidente. Aspiner quería tener un aliado en la Casa Blanca el día en que se fuera Fulton. —Sonrió—. Sólo que yo no me dejaba. Por eso, no creo que vaya a ser presidente de los Estados Unidos nunca...

—¡Pero a esa gente hay que pararla! —exclamó Mazzini.

—¿Pararla? Combatirla todavía; combatirla por decencia. Pero ¿pararla? Amigo mío —le dijo Perkins, mirándole compasivamente—, eso es imposible... ¿No ves que ellos *son* los Estados Unidos? Destrúyelos y destruirás a los Estados Unidos.

CAPÍTULO XVII

—Pero, entonces —exclamó Nina—, si es verdad lo que me estás diciendo, este Club del demonio es mucho menos pacífico de lo que cree Perkins. Qué razón tenía.

—¡Exactamente! No es que el Club quiera que Fulton intervenga en Centroamérica. Es que quiere que los guerrilleros descubran los misiles que hay al sur de Cartago, se apoderen de ellos y que los utilicen. Ríete tú de una intervención militar. Fulton los aniquilaría. No dejaría piedra sobre piedra. Al Club parece haberle entrado la prisa...

—Luego, Markoff tenía razón, amor: la información que te dio de que Aspiner quería que las guerrillas encontraran los misiles concuerda con la que te da Perkins de que el Club quiere controlar a base de destruir...

Staines chasqueó la lengua.

—¡Su padre! Oye, ¿y a mí que me gusta jugar al póquer y que me dejen en paz?

—¡Vaya con Markoff! Los rusos saben lo que está pasando. No son tontos, ¿eh?

—No... Y yo que creí que me había contado todas estas cosas por puro cariño personal... —Me rasqué el muslo. El pie me daba latidos que me subían dolorosamente pierna arriba.

—Entonces, ¿quién es el malo de esta película? —preguntó Staines—. ¿Fulton, Masters o Gardner?

Staines siempre acertaba con la pregunta correcta. Es pintoresco ese hombre. Sucio y desgarrado, con la cara afilada y huidiza de un zorro, Staines tiene una mente ágil y ordenada. Un hombrecillo indefinido, que es capaz de pasar inadvertido en un estadio vacío. Un hombrecillo... con una fuerza, una ferocidad, un potencial de violencia que rara vez he visto en asesinos profesionales. Claro que, bien mirado, Staines es un asesino profesional, el mejor de todos.

—¿Fulton, Masters o Gardner? Y yo qué sé. Cualquiera de los tres, supongo. Ya no estamos hablando de un traidor a la patria. Hablamos de un superpatriota... lo que es peor. Cualquiera de los tres.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer, amor?

—Tú, poner cara de sorpresa y confusión... Staines y yo, irnos a Costa Rica. Es más urgente que paremos aquello que no que descubramos esto. Nos vamos ahora, Larry —le dije, levantándome de mi butaca—. Voy a meter cuatro cosas en una bolsa y nos vamos.

—Bueno —dijo Nina—. Tienes el coche fuera. Os llevo. Primero, a casa de Larry a recoger su cepillo de dientes. ¿Tú te lavas los dientes, amor? Y luego, al aeropuerto. ¿Dónde tienes las llaves, Chris?

—Están encima de la mesita del vestíbulo.

—Os espero en el coche.

Subí a mi habitación, abrí un armario y saqué una bolsa de cuero, el único equipaje que siempre me acompaña. Me asomé a la ventana. Nina, bamboleándose

como un pequeño elefante, cruzaba lentamente el jardincillo en dirección al Volkswagen. Metí en la bolsa las cosas que necesitaba; entré en el cuarto de baño y empecé a recoger lo que precisaba para mi aseo personal.

La explosión me retumbó en el pecho, como si me hubieran dado un puñetazo sordo y violento, y se me taponaron los oídos. Recuerdo el ruido de los cristales de las ventanas saltando hechos añicos. Creo que comprendí lo que había pasado en aquel preciso instante. Por un momento, me quedé aturdido, con la cabeza apoyada contra el quicio de la puerta. Al cabo de unos segundos, reaccioné: no podía quedarme allí indefinidamente, por mucho que quisiera no ver lo que había pasado en la calle. Tiré la bolsa de viaje por el hueco de la escalera y, después, más que bajar, me dejé caer por los peldaños. El vestíbulo estaba lleno de cristales rotos y la mesita en la que habían estado las llaves del coche había sido tirada al suelo por la onda expansiva de la bomba; un jarrón de Murano, cuyo soporte era normalmente la mesa, estaba en el suelo, milagrosamente intacto.

Me asomé al exterior. Mi Volkswagen era un montón de chatarra retorcida y humeante. Evidentemente, la bomba lo había levantado en el aire, desplazándolo unos metros y dejándolo caer sobre la nieve del jardincillo.

Eché a correr, medio saltando sobre mi pierna sana. Cuando me acerqué, el coche despedía calor y, de la parte trasera, salían, de vez en cuando, unas tímidas llamas que terminaban de abrasar, supongo, los componentes de plástico y caucho. Olía fuertemente a pintura quemada.

De Nina y de Staines, ni rastro. Levanté la vista y miré hacia la calle. Sobre la calzada había un único zapato negro, de Nina, y un reguero de sangre sobre la nieve sucia y helada de la acera.

Y, finalmente, la vi. Vi a Nina, lo que quedaba de ella, estampada contra el tronco de un árbol. Se me revolvió el estómago. Quise acercarme, pero mis piernas no me obedecieron. Me mareé y la frente se me empapó de sudor frío. Repentinamente, doblado en dos, vomité, con grandes arcadas retorciéndome el pecho en dolorosos espasmos.

A lo lejos, sonó la sirena de un coche de la Policía.

Me volví hacia la casa. En el suelo, pegado a la pared de la derecha, estaba Staines. Se había quedado sentado con las dos manos apoyadas sobre la tierra. Llevaba en la cara una mirada ausente y aturdida. Le cruzaba la mejilla un rasguño sanguinolento.

La sirena sonó más cerca.

Las puertas de algunas casas colindantes empezaron a abrirse y algunos de mis vecinos fueron saliendo tímidamente a la acera. Me acerqué al lugar donde estaba Staines. Cuando hube llegado hasta él, sacudió la cabeza, se tocó la herida de la mejilla con un dedo, puso una mueca de dolor y me miró.

—Carajo —dijo—, conque el Club no necesita matar, ¿eh? —Torció la cabeza y se quedó en silencio, escuchando el ruido de las sirenas—. ¡Vete! Vete ahora mismo

—exclamó, apremiantemente—. No pierdas el tiempo. No pienses en nada... Vete... por Dios, Chris, que van a por ti... —Tosió—. ¡Dios! ¡Corre! Yo me encargo de todo... Nos veremos en Costa Rica. —Tosió nuevamente e inclinó la cabeza.

Sin pronunciar palabra, entré en casa y, del vestíbulo, recogí la bolsa de viaje y mi bastón.

Fui al salón, abrí el cajón de mi mesa, saqué la pistola y mi pasaporte y los metí en la bolsa. Levanté la vista y, uno por uno, miré mis cuadros. Noté que algo raro me ocurría en la mejilla. Me pasé la mano por la cara y luego me miré los dedos. Había unas lágrimas en ellos. No me había dado ni cuenta de que estaba llorando.

Salí por la puerta trasera.

Me había puesto en marcha. Y eso era malo.

CAPÍTULO XVIII

Es una mujer extraordinariamente bella. Tanto que, cuando entró en el bar del Gran Hotel Costa Rica, levantó la cabeza y se detuvo al lado de la barra, las conversaciones se interrumpieron, como si nos hubieran cortado el aliento a todos los presentes, y nuestras miradas convergieron en ella, como atraídas por un imán.

Me hubiera gustado hacer de Paola una descripción menos dramática, menos de novela rosa, pero no se me ocurre otro modo de explicar la impresión que causa a quienes la contemplan por primera vez. El semblante siempre está serio y, sin embargo, dos mínimas y enigmáticas arrugas en las comisuras de los labios sugieren la posibilidad de una sonrisa instantánea y cálida. Casi parece que no se desplaza cuando anda y, sin embargo, la languidez con que mueve las piernas interminablemente largas sugiere que su cuerpo encierra un felino terriblemente rápido y ágil. Parece fría y casi asexuada y, sin embargo, la boca ancha, los hombros atléticos, la curva de los pechos apenas intuida y las caderas firmes y redondas sugieren la posibilidad de una amante apasionada. Su rostro tiene una gran pureza de líneas, desde los ojos grandes y negros hasta la barbilla suave y voluntariosa y la nariz larga y recta. Una mata de pelo color azabache, como el ala de un cuervo, le llega hasta la cintura.

Esa es la suma total de los lugares comunes que se me ocurren. Qué le voy a hacer.

No se parecía en nada a Marta y me reproché inmediatamente haberle hecho un retrato tan fiel de sensaciones. Me dio la impresión de que estaba traicionando mi recuerdo y sólo me consolé cuando me di cuenta de que acababa de admirar un objeto de arte que no me apetecía en absoluto poseer.

Fijó la vista en mí y, por la inmovilidad de su semblante y el ligero entornar de sus ojos, comprendí que estaba repasando en su mente la descripción que, sin duda, le habían hecho del célebre periodista Rodríguez.

Se acercó a mi mesa y me levanté para saludarla. Es casi tan alta como yo.

—¿Christopher Rodríguez? —Tenía la voz grave y melodiosa.

—Sí —contesté—. Y usted es Paola Barrientos. —Le tendí la mano y me dio la suya con un apretón seco y breve—. ¿Quiere sentarse?

—Gracias. —Se sentó y cruzó las piernas.

Me dio la impresión de estar en una pecera y de tener a todos los clientes del hotel mirándome con envidia. Nunca me pongo colorado. Nunca. Pues me puse colorado. Lo noté perfectamente. Soy así de tímido. Paola sonrió mínimamente y, tal y como yo lo había previsto, se le iluminó la cara.

—Lo siento —dije—. Es que soy muy tímido, ¿sabe?, y, de repente, me ha pillado de sorpresa tanta expectación... Parece como si estuviéramos en una jaula. —Miré a mi alrededor con irritación.

—Sí... La gente es siempre así. Son medio subnormales. No les haga caso.

—¿Le apetece tomar algo?

Pidió un *jaibolito*, que es un trago típico de Costa Rica. Allá no lo beben más que los hombres, pero me da la sensación de que Paola no se arredra ante tales cosas. Cuando trajeron la bebida y comprobé que era algo tan poco exótico como un gran vaso de *whisky* con agua y mucho hielo, miré a Paola supongo que poniendo cara de incompreensión ante tan pintoresco nombre.

—*High ball* —dijo—, es un high ball, pero adaptado a nuestra lengua. Aquí comprobará usted que la influencia norteamericana es enorme y que, por pura pereza, se toman del inglés palabras que tienen su perfecto y sencillo equivalente en español... Un bomper es un parachoques, un switchecito es un enchufe y a los vigilantes nocturnos los llaman guachimán. —Separó las manos y torció el gesto.

Tenía los dedos largos y sensibles. Me dio risa todo aquello. —No sé que tenga gracia— añadió severamente—. Los ticos...

—¿Ticos?

—... Sí, a los costarricenses nos llaman así... Los ticos somos blandos, perezosos, nos sometemos a la última moda, nos movemos al son que nos tocan otros...

—Hombre, por lo que estoy viendo, más que defectos, eso que me está usted contando es una tremenda virtud: la capacidad de supervivencia. Son ustedes pequeños y débiles y, para sobrevivir, tienen que pactar y transigir... No me parece mal, la verdad.

—Tal vez tenga usted razón, pero a los que somos más jóvenes, a la nueva generación, ese tipo de actitudes nos molesta. Quisiéramos vernos con más espinazo... Oiga —dijo mirándome fijamente—, ¿me permite una pregunta?

—Adelante.

—¿Usted es que es así o es que tiene mala cara hoy? Pensé contestarle una impertinencia, pero me pareció que me había hecho una pregunta que consideraba perfectamente genuina, sin pizca de sentido del humor, por pura curiosidad. Debía yo de estar guapo aquella tarde.

—Lo cierto es que no mejoro mucho cuando me encuentro bien —contesté, sonriendo—, pero he tenido unos días un tanto ajetreados antes de llegar aquí y supongo que tengo la tez algo verde.

Me había costado bastante trabajo llegar a San José. Habían sido muchas horas de aeropuerto, muchos vuelos, mucho calor y mucho frío.

Hace años, planeé una vía de salida de Washigton que me resultara de absoluta garantía. Nadie la conocía entonces y nadie la conoce ahora. La ideé precisamente para el tipo de contingencia que me había hecho abandonar la capital de los Estados Unidos con la precipitación con que lo había hecho: en peligro, perseguido por enemigos desconocidos que querían desesperadamente conseguir sacarme la piel a tiras y teniendo que moverme deprisa. Para la humanidad entera, en esos momentos Christopher Rodríguez volaba por esos mundos de Dios, habiéndose volatilizado en

el aeropuerto de Shannon, República de Irlanda. Costoso y cansado, pero eficaz, ¿no?

Claro que, bien pensado, lo único que había conseguido era llegar a Costa Rica en una sola pieza. No tenía la menor duda de que mi presencia acabaría siendo notada. Con mi tamaño y mi bastón, no suelo pasar inadvertido.

Nunca había estado en Costa Rica. Tres días antes había llegado a bordo de un pequeño bimotor, fletado en Panamá. Sólo me había costado setenta y dos horas localizar a Paola. No está mal para una persona que no conoce el lugar.

Cuando se llega volando, se accede al valle rozando la cresta del Irazú, el volcán sombrío y amenazante, agrisado por la lava y el polvo. Repentinamente, se abre ante los ojos del viajero, no la selva cerrada que se espera, sino el valle rico y casi llano, salpicado de montículos y rodeado por un impresionante anfiteatro de montañas. La luz es deslumbrante y los azules del cielo se componen de centenares de reflejos líquidos, cuya riqueza casi pastosa tiene el calor de una acuarela barroca y recargada. En febrero, el color dominante es el amarillo: no ha llovido aún y la sabana está reseca. Y, sin embargo, a medida que el avión va perdiendo altura y que la tierra cobra fijeza y dimensión, saltan a la vista grandes parches de vegetación tropical. El paisaje, que unas millas antes había sido ocre, tiene, aquí y allá, una densidad verdinegra, casi en sombras: es como una espesa barrera unidimensional de la que apenas si sobresalen algunas copas de árboles y el abanico familiar de alguna palmera. Cuando se está a punto de aterrizar, el cielo, repentinamente descolorido por el calor del mediodía, contrasta con una vegetación que tiene el matiz fotográfico de un claroscuro espeso y sin relieve.

A lo lejos, en una cortada que se abre y se pierde sobre la falda de una montaña, crece una vegetación rica, de plantas, de apiñados arbustos, de árboles gigantescos, unidos entre sí por hojarasca y lianas como la trama de una gruesa tela de algodón. Aquí y allá hay un grupo de casas de madera y caña cubiertas por tejados de cinc, pintados de color ladrillo mate. Más allá, entre palmeras y árboles corpulentos, se adivinan otras casas más pulcramente pintadas de blanco, con pequeños jardines delante; sólo los tejados son iguales a los de las casas más pobres y destartaladas.

Pero lo que me dejó maravillado, por todo lo que me recordaba a Puerto Rico, fue la calidad vegetal del colorido increíble y lujuriente de aquellos parches de fronda tropical. Todas las tonalidades imaginables de verde están ahí: desde el triguero y amarillento de algunos arbustos salvajes cuajados de flores hasta el casi índigo de las hojas del cocobolo; desde el tono mate de la hierba hasta los mil matices irisados y jugosos de las lianas y los cauchos. Las enormes hojas de los bananos se mecen suavemente en la brisa del mediodía, mientras que en los cafetales jaspean grises verdinegros. Cascadas de buganvillas rojas, violetas y anaranjadas se desploman por todos sitios. Un espectáculo asombroso de una naturaleza casi descompuesta a fuerza de riqueza.

Por primera vez en meses, sentí que estaba profundamente vivo y, por un instante, no quise acordarme de Nina o Dennis.

Hubiera deseado con verdadera angustia tener a Marta a mi lado.

El bimotor se detuvo ante el edificio terminal del aeropuerto. Di un par de palmadas de agradecimiento en el hombro del piloto, y me contestó levantando el pulgar y deseándome suerte. La iba a necesitar. Recogí mi bolsa de cuero y me bajé del avión.

Un policía vestido de uniforme caqui me esperaba al pie de la escalerilla y me pidió que le acompañara. Con un pasaporte yanqui, en Costa Rica se tarda en entrar aproximadamente un minuto y medio. Tomé un taxi y le pedí que me llevara a un hotel céntrico, cualquiera que estuviera bien.

—Ay, don, más céntrico que el Gran Hotel Costa Rica, no lo va a encontrar.

—Pues lléveme allá.

El taxi era un viejo Toyota naranja y destartelado y tardó casi media hora en recorrer los quince kilómetros de autopista que separan al aeropuerto de la ciudad. Observaba al taxista fijamente mientras me explicaba las cosas que íbamos viendo. Me pareció que San José era una ciudad tropical, abierta y fea, como todas las de la región, pero con edificios modernos y, al menos, una ancha avenida, graciosa y llena de luz, bordeada de palmeras y pequeños chalés. Aprendí un montón de cosas inútiles durante el recorrido: que las distancias y las direcciones se dan en varas («Mi casa, don, está a doscientas cincuenta varas al norte de la pulpería La Luz», ¿qué cosa?, «Pulpería, don, una tienda de comestibles», ah), que la moneda se llama el colón, pero en realidad le dicen peso, y que mi taxista era heredero de una inmensa fortuna, dejada por un virrey del Perú a sus descendientes de la séptima generación, que resultaba ser la suya. No le hice ni caso.

Cuando desembocamos en la plaza en que se encuentra el Gran Hotel Costa Rica, me quedé boquiabierto. El hotel tiene delante un jardincillo y, a su izquierda, hay un bellissimo teatro de piedra y tejadillos de cinc.

—¿Y eso qué es? —pregunté al taxista.

—Eso, don, es el Teatro Nacional. Lo hicieron calcadito de uno que dicen que hay en Europa y lo pagaron los cafetaleros, regalando cinco centavos por saco vendido de café. Las maderas son de aquí, ¿sabe? —añadió con orgullo—. Como hay mucha, hasta los suelos son de caoba y cocobolo... Los cristales y las lámparas y los mármoles los subieron a lomos de mulo desde Puerto Limón. —Rió.

Le faltaban todos los dientes delanteros.

—¿De cuándo es?

—Ay, 1898... me parece. Dicen que lo estrenó don Jacinto Benavente, que vino por aquí de cómico. —No me pareció oportuno señalarle que no sabía quién era Jacinto Benavente. Yo, de teatro español, sé bastante poco.

Se detuvo ante la puerta del hotel. Le miré especulativamente durante unos segundos más y decidí que no era mi hombre: hablaba demasiado. Le pagué y le dejé una generosa propina, tanta, que el hombre se bajó a abrirme la puerta.

No tuve dificultad en conseguir una habitación grande y cómoda, con un ventanal

que daba a la plazoleta. El botones que se empeñó en subirme la bolsa a la habitación era un muchacho joven, pequeñito y con aire despierto. Me abrió la puerta de la habitación y le dije:

—Espera un momento.

Me rebusqué en los bolsillos, saqué un billete de veinte dólares y se lo di. Me miró. Tenía los ojos pillos y la expresión experimentada de alguien mucho mayor.

Se quedó de pie, sin decir nada. Una persona a la que regalan veinte dólares por nada y se queda quieta y sin pronunciar palabra, es una persona más lista que un rayo, porque sabe que hay algo más.

Me di la vuelta y fui hacia la ventana.

—En todas las ciudades del mundo —dije—, y especialmente en las pequeñas, existe siempre una gente que lo sabe todo. Saben a quién ha detenido la Policía, dónde se encuentran cosas de contrabando, quién puede conseguir una pistola. Saben a quién hay que sobornar para obtener algo que es imposible de conseguir, saben por dónde llega la droga, quién la controla, saben quiénes son los espías... —El botones seguía sin decir nada. Giré la cabeza y levanté una ceja—. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí, señor.

—Pues quiero hablar con él.

—Sí, señor. —Sonrió.

Tenía la tez oscura y los dientes blanquísimos.

—Te daré cien dólares más.

—Sí, señor. Que tenga una estancia feliz en Costa Rica, señor. Cerró cuidadosamente la puerta.

Me desnudé y me di una larga ducha. Luego me puse una camisa limpia y unos pantalones de gabardina y bajé a la calle.

Inmediatamente, me encontré sumergido en un mundo que conocía bien porque era el mismo de San Juan: la gente apiñada en las aceras; los vendedores ambulantes ofreciendo su mercancía a gritos, pina y coco y garrapiñadas; las mujeres, vestidas con la ropa más estrafalaria imaginable; las niñas, con minifalda recogida con un imperdible debajo del trasero para que se les marcara más el movimiento ondulante de las caderas; un par de indios tumbados en la hierba de una plaza, dormitando. Me detuve ante un puesto callejero y tomé un café recién colado. Estaba buenísimo. Deambulando lentamente, me encontré ante el mercado central. No pude resistir la tentación: entré y me asaltaron todos los olores de mi niñez; a plátano y banana, a guava y a aguacate, a papaya y a zapote. Aquí, una tienda de especias; más allá, un puesto de limas y naranjas verdes. Y en toda esa mezcla de sensaciones, agudas en un sitio, demasiado perfumadas en otro, flotaba, como un catalizador, un ambiente espeso y fuerte, húmedo y polvoriento. Salí del mercado sonriendo como un tonto.

Tardé un par de horas en volver al hotel. Entré en el bar, casi desierto a esa hora, y pedí un *sándwich* de jamón, «chancho», me dijo el camarero, y una Coca-Cola.

Subí a mi habitación y, a los dos minutos, sonaron discretamente unos golpecitos en la puerta. Abrí y allí estaba mi botones, sonriendo abiertamente.

—Buenas tardes, señor. Debe usted ir a la Soda Palace y sentarse...

—¿Ahora?

Dudó.

—No. Ahora no. Mañana en la mañana, mejor. Va usted a esperar mucho... Mejor, no les muestra impaciencia, ¿no?

Me metí la mano en el bolsillo, saqué cien dólares y se los di. Sonrió nuevamente.

—Si quiere algo de mí, me llama. Soy Rene.

—OK, Rene. Si necesito algo, no dudaré ni un momento en llamarte.

—Buenas noches, señor. —Dudó un momento. Luego, preguntó—: ¿Necesita alguna cosa para esta noche?

—No, gracias. Esta noche voy a dormir.

A las ocho de la mañana del día siguiente empezó mi espera en la Soda Palace, un enorme bar que hace esquina a la avenida Segunda y la calle 6 y que mira hacia la catedral. No tiene ni puertas ni ventanas: todo está abierto a la calle y no se sabe dónde termina la acera y dónde empieza el restaurante. Al fondo, una larga barra cruza el establecimiento de parte a parte. Al principio, me miraban con sorpresa, viéndome pasar tantas horas sin moverme, sentado en una mesa de la esquina, leyendo el periódico y, luego, un libro. Pero, como pedía regularmente cosas que beber o que comer y las pagaba religiosamente, me acabaron dejando en paz.

En el día y medio que, entre unas cosas y otras, permanecí allí, pude darme cuenta de que el dueño de la Soda Palace tenía montada una organización que funcionaba como una maquinaria bien engrasada y que ingresaba dinero a espuestas. Un gran cartel rezaba: «Soda Palace, paellas, mariscos, bodas, banquetes, se sirve a domicilio. Hay churros». Abierta las veinticuatro horas del día, acudían a ella tipos muy distintos de la vida costarricense, pero separados en compartimentos estancos, de forma casi ritual: señoras de misa y desayuno, comerciantes de café, vendedores de mercado y mercadillo, quinceañeras descaradas esperando la hora del cine o al medio novio, intelectuales de tertulia (lo que, por el respeto con que se les trataba, parecían ministros del Gobierno), trasnochadores, prostitutas a la caza de lo que saltara e insomnes irredentos. Sobre todo este guirigay continuo, presidía, como un rey alborotador y amable, un gran andaluz de pelo rizado y nariz enorme, al que la gente llamaba Antonio. Con la risa pronta y el humor vivo, se paseaba por entre las mesas dando palmas y cantando; pero, detrás de la fachada reidora y alegre, no se le escapaba un detalle, no se le iba una conversación. Estuve mirándole con admiración durante horas. Y él, a mí. Pero, evidentemente, había decidido esperar a ver lo que yo hacía, antes de abordarme. Un genio. Hasta los camareros habían sido cuidadosamente seleccionados para cada turno: viejos de marcha cansina para las señoras y los comerciantes, mestizos para los vendedores, chavales recortados e insolentes para las niñas quinceañeras, hombres de media edad para los intelectuales

y los ministros y jóvenes groseros y mal encarados, de humor zafio y vivo, para los trasnochadores, las prostitutas y los insomnes.

De vez en cuando, seguro de que estaba siendo observado, me levantaba y me daba un paseo por la plaza o por una de las calles, mirando escaparates y comprando cigarrillos. Hacia las once de la noche del primer día volví al hotel, subí directamente a mi habitación y me metí en la cama.

A las nueve de la mañana siguiente, estaba puntualmente sentado frente a mi mesa en la Soda Palace. Pedí un zumo de naranja, un café y una tostada. Como siguiera a este ritmo muchos días, me iba a poner como un tonel. En la mesa de al lado, había un hombre desayunando y leyendo el periódico. Me incliné hacia él.

—Perdone, ¿me podría usted pasar el azucarero?

—Cómo no —contestó Staines—. Tome —añadió y me lo entregó.

—El café aquí es excelente.

—Buenísimo, sí, señor —me contestó, sonriendo amablemente. La herida de la mejilla estaba cicatrizando—. Han arreglado los cristales de tu casa y he puesto tus cuadros en lugar seguro...

—¿Mucho follón?

—Mucho. —Sonrió nuevamente. Me serví azúcar.

—¿Quién fue?

—Humm. Huele a CIA que apesta. Tiene todas las trazas...

—Gracias —dije, devolviendo el azucarero.

—De nada —contestó y se enfrascó nuevamente en la lectura del periódico.

Al poco rato, se acercó un chico joven, un adolescente menudo y flaco. Llevaba una gran caja de madera agarrada por un poyete en forma de suela de zapato. Le había visto rondando por la Soda tres o cuatro veces.

—¿Limpia? —preguntó a Staines, que hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Limpia? —repitió, mirándome.

Asentí.

Se instaló delante de mí en cuclillas, dio un golpe con la mano en el poyete y coloqué mi pie derecho sobre él. Me limpió los zapatos amorosamente y me los dejó como un espejo. Cuando hubo terminado, me dio un pequeño empujón en el zapato izquierdo y dijo:

—Son treinta pesos.

Le pagué y, en mi mano, quedó un diminuto papel doblado en dos. Dejé que se levantara y saliera de la Soda. Luego, desdoblé el papel; escrito en mayúsculas algo infantiles ponía «Sígame».

Pagué mi desayuno, me puse de pie y salí del bar. El limpiabotas esperaba un poco más allá, andando lentamente hacia la catedral. Esperé a que cambiara el semáforo y se detuviera el chorro de automóviles y destartalados autobuses y crucé de acera.

Estuvimos andando algo más de media hora, en dirección al sur. Lentamente,

cruzamos calles y avenidas, hasta que el tráfico se hizo menos intenso y, entre casa y casa, empezó a aparecer algún solar, algún descampado, algún sembrado de cafetales. No muy lejos, se veía la sabana abierta y, al fondo, un monte escarpado, azul oscuro en el contraluz de la mañana.

Finalmente, el limpiabotas se detuvo frente a una pequeña casa de madera y la señaló con la barbilla. Se puso a andar nuevamente y, torciendo la siguiente esquina, desapareció.

Me aproximé a la casa. La puerta estaba entornada, y el interior, en penumbra. Con la contera del bastón empujé la puerta un poco más y entré. La habitación era pequeña y, en su centro, había una mesa redonda de madera. Sentado ante ella, un hombre gigantescamente gordo se limpiaba la calva con un mugriento pañuelo de seda. Con los ojos entreabiertos, me miraba con fijeza, y su boca, redonda y húmeda, hacía pequeños pucheros. La mano que sostenía el pañuelo estaba cargada de anillos de oro; uno de ellos era un solitario con un enorme brillante engarzado.

—Buenos días, señor Rodríguez —dijo con voz meliflua, casi femenina.

Nunca había visto a un eunuco, pero me pareció que debían hablar así.

—Pase, pase, por favor.

Di dos pasos hacia la mesa, separé una silla y me senté en ella.

—Tenía usted mucho empeño en verme, señor Rodríguez. Pues ya me ha encontrado.

Todo era un poco teatral. Este montón de grasa debía haber visto *Casablanca* muchas veces y daba la impresión de estarse sintiendo como un héroe de película. Emitió un extraño sonido, medio hipo, medio tos. Indudablemente, su forma de reír.

—En realidad, le he encontrado yo —dijo.

No estuve muy seguro de cuánto tiempo iba a poder aguantarle sin propinarle una torta. Yo, Bogart.

Silencio.

—Soy Danilo Lewinston, para servirle —dijo, un poco más secamente.

Le miré a los ojos; los tenía acuosos y huidizos. Este hombre era peligroso y decidí no infravalorarlo. Se pasó el pañuelo por la calva.

—Vamos a ponernos de acuerdo, señor Lewinston. Usted tiene un precio y yo, probablemente, voy a poder pagárselo. —No le gustó que se lo dijera. Mal empezábamos—. Sin embargo, ese precio tiene que incluir la garantía de su discreción...

—Soy un hombre modesto, señor Rodríguez... extremadamente modesto. Vivo sin ambiciones con lo que tengo y no necesito más. Sólo aspiro a la satisfacción de hacer favores a los amigos o a las personas que me interesan. ¿Es usted persona que me interese? —Agitó la mano del pañuelo y el brillante de su solitario emitió un vivo fulgor.

—No lo sé.

—Pues, entonces —dijo con voz suavísima—, va a tener usted que

demostrármelo. Me va a tener usted que contar quién es y qué es lo que quiere. Y, luego, decidiremos si es usted merecedor de mi ayuda.

Jaque mate. Christopher Rodríguez acorralado.

Lewinston rió nuevamente y, muy despacio, levantó la mano que había tenido escondida hasta entonces. En ella sujetaba un enorme revólver.

—Ya ve usted lo que son las cosas, amigo mío... Usted no lo cree, pero tengo un genuino deseo de convertirme en su amigo y valedor.

La mano que sujetaba la pistola estaba absolutamente inmóvil; la tenía apoyada contra la mesa y el cañón de aquel monstruo me apuntaba directamente al estómago. Nada de puntería olímpica; este hombre encañonaba al bulto. Una bala de aquéllas era capaz de abrirme en canal aunque me diera en la muñeca.

Suspiré.

—Es usted un desconfiado. Por supuesto que necesito su ayuda. Por eso le he buscado y por eso estoy aquí.

—Mi querido amigo. Yo ayudo a mucha gente. —Inclinó la cabeza y se secó el sudor de la calva—. ¿Con quién hablaba usted en la Soda Palace?

—¿Cómo dice?

—Le pregunto que quién era su interlocutor en el bar en el que estaba usted esta mañana.

—¡Ah! ¿Uno que estaba en la mesa de al lado? —Asintió—. Ah, no tengo ni idea... Un americano al que pedí que me pasara el azucarero. No le había visto antes en mi vida.

—Pero estuvieron ustedes hablando...

—Bueno... unas frases sobre el tiempo y cosas así. Asintió nuevamente e hizo un pequeño puchero con los labios. Era un mohín absolutamente obsceno.

—Humm... Christopher Rodríguez. ¿A qué se dedica usted?

—Soy periodista.

—Periodista, ¿eh? ¿Y qué puede querer un periodista americano en Costa Rica? —Rió y noté que, cuando lo hacía, su estómago se agitaba en pequeñas ondas de grasa—. Quiero decir, amigo mío, ¿qué puede querer un periodista americano que requiera la intervención amistosa de Danilo Lewinston?

Se secó una vez más la calva y, a continuación, se pasó el pañuelo por la cara. Producía verdadera repugnancia. Si hubiera estado escribiendo una novela, no habría podido escoger un estereotipo más representativo del malvado del trópico.

—Me propongo escribir una serie de artículos para el *New York Times* sobre Centroamérica. Cómo está la situación, cuál es el futuro de estos países, cuáles son los movimientos guerrilleros... Todas esas cosas. Y he pensado que, empezando por Costa Rica, me será útil entrar en contacto con las formaciones guerrilleras...

—¿Sí? —preguntó Lewinston suavemente.

—... Sí. Todos sabemos en Estados Unidos que en Costa Rica empieza a haber algún grupo guerrillero autónomo, probablemente ayudado por los sandinistas.

Quisiera encontrarlos y hablar con ellos. Ver lo que quieren, cómo pretenden conseguirlo...

—¿Por qué piensa usted que puedo ayudarle? ¿Los guerrilleros ticos? Yo soy un hombre respetuoso con la ley...

Si él respetaba la ley, yo era arzobispo de Nankín.

—... Y no tengo tratos con la guerrilla.

—No digo que los tenga, pero estoy seguro de que sabe quiénes son, dónde están y cómo se puede entrar en contacto con ellos.

—Tal vez, tal vez. Pero ¿por qué debería hacerlo?

—Bueno... posiblemente para obtener una asistencia a su maltrecha economía... ¿no?

Rió con renovado entusiasmo.

—Si yo supiera quiénes son y dónde están los guerrilleros costarricenses, probablemente se lo contaría a la Policía de mi país, ¿no?

—¿Sí? Yo creo más bien que no se lo contaría, porque le iría en ello la vida.

Se puso repentinamente muy serio. La pistola se enderezó un poco más y vi que apuntaba directamente a mi corazón.

—¿La vida, señor Rodríguez? Danilo Lewinston nunca se juega la vida. Soy una persona demasiado importante para eso. —Hizo un exagerado mohín con los labios y se secó la saliva con el pañuelo.

Levanté prudentemente una mano.

—No estoy intentando insultarle. Estoy intentando decirle que creo que es usted la persona mejor informada de este país.

Eso le gustó. La pistola se relajó fraccionalmente. Tampoco era para dar saltos de alegría: dejó de apuntarme el corazón y volvió a encañonar el estómago.

—Tal vez —repitió—, tal vez. En el caso de que decidiera ayudarle, señor Rodríguez. —Se quedó pensativo un momento.

Le encantaba el *suspense* —... En caso de que decidiera ayudarle, ¿qué podría hacer por mí?— insistió.

—Bueno... estoy en sus manos. Usted dirá.

—Humm. Puede que más adelante podamos hablar de una relación fructífera y continuada. Me parece usted un hombre de muchos recursos, amigo mío. Y tal vez valga la pena aprovecharlos. De momento... efectivamente, creo que no sería excesivamente impertinente pedirle, en efecto —rió alegremente; la alegría de este hombre cortaba el apetito al más hambriento—... una modesta contribución a...

—... ¿A la causa diocesana, a las obras de caridad de Danilo Lewinston?

Aplaudió blandamente. La mano del pañuelo con la mano de la pistola. Cerré los ojos.

—¿Podría usted aplaudir en otra dirección, por favor?

Rió más aún y se le saltaron unas lágrimas, que se secó inmediatamente con el pañuelo. Su estómago era una verdadera sinfonía acuática. Y, en medio de las risas y

de los hipos, con la voz atragantada por la jocosidad, preguntó:

—¿Mil dólares?

—Bueno... Paga mi periódico... De acuerdo. Mil dólares. No los llevo encima.

—Me encogí de hombros.

—Ah. ¡No importa! Amigo mío, las relaciones amistosas que establezco están basadas en la confianza mutua. Yo me fío de usted. Mire, ¿ve? —Levantó el revólver y se lo guardó en uno de los bolsillos de su mugrienta chaqueta.

Cuando el arma hubo desaparecido, moví lentamente mi mano izquierda, la que tenía debajo de la mesa, y también me guardé mi pistola en el bolsillo del pantalón. Lo hice lo más discretamente posible; no quería ofender a nadie.

—Deje el dinero en un sobre —continuó mi amigo Danilo—, y entregúeselo al botones del hotel. Él me lo hará llegar...

—Muy bien. ¿Cuándo tendré noticias tuyas? Abrió los brazos.

—Amigo mío, lo que usted me pide no es sencillo e implica un gran riesgo para mí... Tomara algún tiempo. Pero no se preocupe. Tendrá noticias mías a la mayor brevedad posible.

Decidí hacerle ver que yo no era tan tonto como parecía.

—Amigo Danilo, usted me ofende...

Levantó las cejas y me miró con sorpresa.

—Me asegura que se fía de mí y tiene al joven limpiabotas detrás de la puerta, apuntándome con un arma. —Chasqueé la lengua varias veces—. Me hace usted pensar que, si hubiera llevado el dinero encima, mi vida habría estado en peligro. Y eso es muy malo para mi úlcera de estómago.

Debajo de los interminables pliegues de sus párpados, sus ojos me miraron especulativamente. Poniéndose las manos a la altura del voluminoso pecho, hizo pequeños gestos negativos, con el pañuelo agitándose como el pompón de una corista.

—No, no, no... Es, ¿cómo le diría yo?, una forma de reaseguro, ¿verdad? —Y rió de nuevo.

CAPÍTULO XIX

Tardé un gran rato en regresar al hotel. Había decidido dar un rodeo y aprovechar el sol de la mañana para pasear y reflexionar un poco sobre todo este asunto.

Me preocupaba verme metido (por instrucciones del director de la CIA, era cierto) en un problema que desbordaba su cauce y se complicaba mucho más de lo esperado, que ya era bastante. Que los soviéticos intentaban darnos la lata, era lo que había asumido Masters al encargarme de la investigación. Pero que, de repente, nuestros amigos rusos no tuvieran nada que ver con el problema y que fueran los propios norteamericanos los que se dedicaran a robar nuestro, *su* computador, a estimular la revolución en Centroamérica y a asesinar a su propia gente, rompía todos los esquemas. Se planteaba un problema de traición mucho más sutil que el de venderse al enemigo: se trataba de norteamericanos que se habían puesto más papistas que el papa y que estaban empeñados en enmendarle la plana al mismísimo presidente de los Estados Unidos. Y, ¿dónde terminaba el patriotismo y empezaba la traición? Era cuestión de grado. Lo malo era que yo estaba seguro de que, si preguntaba a cualquiera de nuestros tres sospechosos o, probablemente, a la mayoría de los norteamericanos, todos se inclinarían por la bondad de destruir al enemigo (léase revolucionario centroamericano o piojoso centroamericano), antes que caer en la maldad de colaborar con el oso bolchevique. Era una cuestión de matiz; la opción no era blanco o negro, sino blanco marfil o blanco nieve. Justamente el matiz que atenta contra la esencia maniquea del espionaje. Y yo, venga a colaborar con el oso.

¿No había yo matado en aras del principio de defensa de los Estados Unidos? Pues ellos habían matado con mucha mayor convicción, llevando la defensa de los Estados Unidos a sus últimas consecuencias.

Había un traidor entre los tres. Pero ¿cuál? Y, lo que es más importante, ¿cabía llamarle traidor? ¿No era, más bien, un patriota? Me resultaba terrible pensar que una actuación como la suya podía llegar a contar con la comprensión de los otros dos. Si preguntaba a Masters, a Fulton o al bueno de Gardner cuál sería su opinión en un caso así, estaba convencido de que los tres, en mayor o menor grado, invocarían el principio de que los Estados Unidos está antes que nada. A lo más que llegarían los dos que no eran traidores sería a menear severamente la cabeza y a lamentar que se utilizaran métodos tan violentos. Pero, bueno, dirían, a lo hecho, pecho y no perdamos el tiempo en detalles de escrúpulo.

Y, aparte de mi venganza personal, ¿qué diablos pintaba yo en este tinglado? Absolutamente nada. Estaba empeñado en una lucha solitaria contra todos, contra todos los míos, y me apoyaba, para mayor *inri*, en la buena voluntad de los rusos. Pues, en un par de semanas, había conseguido labrarme un excelente porvenir.

Andando lentamente, llegué al parque Morazán, una manzana de plantas, zacate y arroyuelos, metida entre calles y rodeada de edificios. Me senté en un banco frente al

monumento erigido en honra del libertador Morazán. Como siempre que se trata de un monumento a la lucha por la independencia de una región, se encaramaban al pedestal unas cuantas figuras de bronce, con el semblante tenso por el sacrificio y las privaciones de la guerra, los tendones del cuello y de los hombros visibles y señalados por el esfuerzo, y los cuerpos, poderosos y grandes, con enormes manos lanzando la flecha o empuñando la espada que derrota al malvado enemigo. Todo muy dramático y, probablemente, poco acorde con la realidad. Habría que haber visto a los inditos luchando contra el colonizador, la malaria y los mosquitos.

Levanté la vista y, allá al fondo, se alzaba la gigantesca y amenazante mole del volcán Irazú, ensombrecida por el contraste con el azul limpiísimo del cielo. Un volcán que solamente está dormido y que, de vez en cuando, se despierta retumbando el sueño de los costarricenses y gruñendo como un gran mastín inofensivo. Después de muchos dolores de parto, alumbró una lluvia de fuegos artificiales y suelta polvo. El polvo flota y, empujado por la brisa, acaba cayendo sobre los jardines capitalinos, sobre las casas, sobre los automóviles, y se mete por todas partes. La última vez que el Irazú soltó su polvareda, la cosa duró dos años y empezó el día en que Kennedy visitaba oficialmente el país. «Pucha, la gente creía que era caspa», me contó después Antonio, el dueño de la Soda Palace, riendo estentóreamente.

Decidí que esa tarde haría un poco de turismo y subiría al Irazú. Pero, el hombre propone y Dios dispone. No subí al Irazú en aquella ocasión.

Regresé al hotel. Pedí mi llave y subí a la habitación. Nada más entrar en ella y echar un vistazo, me di cuenta de que alguien había estado registrándola. Sólo un fotógrafo profesional, después de muchos años de utilizarlo, sabe cómo se colocan en su estuche los cuerpos de las cámaras, las lentes, los filtros y las películas sin exponer. Por más que muy ligeramente, el orden de mi estuche había quedado alterado. Vaya. El señor Lewinston era definitivamente muy curioso.

Apreté los labios y, metiendo la mano en el bolsillo de mi pantalón, saqué la pistola y la miré. Por lo menos, la escondería un poco, pensé. Así, tal vez, conseguiría dificultar su localización por la siniestra legión parroquial de mi buen amigo Danilo. Abrí mi bolsa de viaje y extraje de ella otra, más pequeña, de plástico. Del cuarto de baño, cogí un rollo de esparadrapo, metí la pistola en la bolsa y la precinté herméticamente con él. Levanté la tapa de la cisterna del lavabo y deposité la bolsa en el agua. Un truco conocido, pero generalmente eficaz.

Volví al dormitorio y levanté el auricular del teléfono. Pedí que subiera Rene el botones y que, luego, me pusieran con Nueva York, con la comisaría de distrito en que trabajaba mi hermano.

Al instante, sonaron unos discretos golpes en la puerta. La abrí y allí estaba Rene, sonriendo anchamente.

—Sí, señor.

—Hombre, Rene, me dicen que te tengo que entregar un sobre.

—Sí, señor.

—Espera un momento. Pasa, anda.

Entró en el vestíbulo de mi habitación y cerró la puerta. Llevaba justo mil dólares en el bolsillo, pero si Lewinston había pensado que los iba a sacar en la mugrienta casa en la que había ocurrido nuestra interesante conversación, iba listo. No estoy loco. C. Rodríguez seguía siendo un buen juez de caracteres; había apostado a que ésa sería la cantidad que me costaría la gestión de mi amigo Danilo. El resto del dinero estaba guardado en la caja de seguridad del hotel.

Dándome la vuelta, entorné la puerta del pequeño vestíbulo de mi habitación, dejando a Rene de pie en el reducido espacio. Fui hacia la mesa que había frente a la ventana, abrí un cajón y saqué un sobre. Me metí la mano en el bolsillo, extraje los mil dólares y los introduje en el sobre. Lo cerré y volví hacia donde estaba Rene.

—Toma —dije, abriendo la puerta semicerrada.

—Sí, señor... ¿Qué tal le fue?

—Bien, hombre. Creo que he conseguido lo que quería. Gracias, Rene.

—Para servirle. Con mucho gusto... ¿Señor?

—¿Qué hay?

—Este... Ándese con cuidado, señor. Esta gente no es muy buena.

—Me andaré con cuidado.

Sonrió, abrió la puerta del pasillo, salió al vestíbulo y la cerró cuidadosamente.

El teléfono empezó a sonar. Me tumbé en la cama y descolgué el auricular.

—Sí.

—Su llamado a Nueva York, señor...

Hubo una serie de clics y, luego, ruido de estática y alguna conversación cruzada en la lejanía.

—Aló?

—Homicidios.

—Aló? *¿Me podría poner con el teniente Rodríguez, por favor?*

—Momento.

—Rodríguez. —La misma voz seca y competente de siempre.

—¿Pat?

—¡Chris! ¡Pero, hombre de Dios, hombre! ¡Me has tenido sobre ascuas! ¿Qué te ha pasado? ¿Dónde carajo estás?

—Lejos. No te preocupes, hombre... Estoy bien.

—¿Bien? Tienes a Tina llorando desde hace días y a mí con...

—Ni lo pienses, Pat. Ya te dije que no...

—Ya sé, ya sé. Pero, caramba, escoges unos métodos para desaparecer que ni Houdini. Aquí hay un follón armado que bueno... ¿Estás bien?

—Sí —repetí, pacientemente—. No te preocupes por mí. Tengo más vidas que un gato. —Lo cierto era que se me estaban empezando a agotar—. Cuéntame de allá.

—Diana. ¿Me oyes? Diana. —Aunque le sabía encerrado en su despacho, oí que bajaba un poco la voz—: ¿Has oído hablar de Nick Lattimer?

—Claro, Lattimer and Lattimer. ¿Quién no? El primer banco de depósito del mundo... ¿Y qué?

—*La Abuela es un genio. Tenemos registrado a Lattimer en vídeo, de frente, de perfil, de cerca, de lejos, de pie y sentado. Tenemos su voz y tenemos la clave para abrir la cámara acorazada del dúplex. ¿Me entiendes? El dúplex...*

—Te entiendo muy bien... ¿Y qué más? —pregunté excitadamente.

—Bueno, pues fue antes de ayer. MacDougall le abrió la puerta, y Lattimer entró, hizo todas las operaciones necesarias y, ¿sabes lo que se corrió como si fuera el sésamo? —Río.

—No. ¿Qué?

—¡La chimenea! Con fuego y todo. ¡Qué bárbaros! —exclamó con entusiasmo—. Desde la pared del comedor, tenemos filmado el hueco por el que se entra a la cámara acorazada y, al fondo, se ve una consola de esas de computador, ¿sabes? Lattimer estuvo un rato sentado frente a ella, leyendo unas cosas y luego se marchó.

—Vaya con el Club, ¿eh? Vaya con el Club. Lattimer. Otro pilar de la comunidad.

—Sí, señor. ¿Qué hacemos ahora? Porque yo no le puedo detener y si le pido por favor que me abra la puerta...

—¡Ni se te ocurra! No hagas absolutamente nada hasta que yo vuelva, ¿entendido? Ten cuidado, Pat, que estos tíos son peores que la mafia.

—No te preocupes, hombre. No haré nada más hasta que vuelvas. Oye... —Dudó un poco—... Esto... siento lo de Nina, ¿sabes?

—Ya... Hasta pronto. ¡Oye! Espera, no cuelgues. ¿Tienes a mano la lista de pasajeros que volaron a Costa Rica la noche en que mataron a Aspiner?

—Claro.

—Por favor, mándamela al Gran Hotel Costa Rica por télex. —Al diablo con las precauciones—. Es urgente. ¡Ah!, y llama a Johnny Mazzini y dile que te he llamado y que estoy bien... Dale un beso a Tina, ¿eh?

—*Ciao... Cuídate, ¿eh?* —Colgó.

Me dolía el pie y, sorprendentemente, la herida casi cicatrizada del cuero cabelludo me latía sin cesar. Debía ser el cansancio. Tenía hambre. Llamé al servicio de habitaciones y pedí que me trajeran un *Club sandwich* y un vodka con tónica.

Tres minutos después, llamaron a la puerta. «Caray —pensé—, qué rapidez».

Abrí la puerta. En el pasillo no había un camarero con una bandeja. Había dos policías de uniforme.

—¿Señor Christopher Rodríguez?

—Sí, soy yo. ¿Qué desean?

—Nos gustaría que nos acompañara a la Dirección Nacional de Seguridad, por favor.

—¿Por qué?

—Una mera formalidad, señor.

Pese a mi decisión de no hacerlo, había infravalorado a mi buen amigo Danilo

Lewinston, modelo de cristianos. Mal hecho. Rodríguez.

—Del aeropuerto nos dicen que ingresó usted al país en condiciones... irregulares.

—¿Irregulares? ¡Pero si mi pasaporte fue visado por la policía!

—Sí, señor —dijo pacientemente el oficial que había estado hablando, un caballero de enorme bigote, que lucía en la bocamanga las dos estrellas de teniente. Llevaba el pantalón bajo, descansando en las caderas, y en su estómago no había un átomo de grasa. Un tipo sólido—. Precisamente es lo que queremos aclarar. Si usted hace el favor de acompañarnos... —El tono levemente más seco.

Las autoridades de Policía, cuando no son hermanos míos, me producen erisipela.

—Muy bien. Un momento... Voy a recoger mi pasaporte. En el ascensor, Rene el botones miraba impasiblemente al frente. Sólo cuando llegamos a la planta baja, volvió la cabeza hacia mí e hizo un rápido gesto de complicidad para tranquilizarme.

La Dirección Nacional de Seguridad es el pomposo nombre dado a un pequeño chalé que hay a las afueras de San José, en uno de los extremos de lo que llaman la Sabana. La Sabana es un gran parque colocado, como la panza de una gota de agua, en el confín oeste de la capital. Lo rodean grandes avenidas bordeadas de casas elegantes y blancas. Todo muy apacible y alegre. Todo, menos el chalé de la Dirección Nacional de Seguridad, que es como la oficina de la policía secreta de cualquier país tercermundista: siniestra, sucia y destartada. El vestíbulo de entrada es una habitación rectangular, con baldosa verdinegra en el suelo y pintura verde, desconchada y sucia, en las paredes. Unos bancos extremadamente incómodos, doy fe de ello, adosados a las paredes, sirven de lugar de paciente espera.

Entraban y salían montones de personas, unas de uniforme y otras de paisano, que se movían, atravesando el vestíbulo, con la indiferencia típica del policía hacia los desechos humanos sentados en los bancos. Un guardia de uniforme, desganadamente apoyado contra la puerta de entrada, vigilaba sin vigilar, fumando cigarrillos que pedía prestados a los compañeros que le pasaban por delante. Una enorme pistola le pendía del cinto.

Durante una hora, nadie me dirigió la palabra. Compartía el banco con dos hombres de media edad, ambos pobres y mal vestidos. Olían poderosamente a sudor. Uno, el más cercano a mí, tenía el aire asustado y nervioso del inocente; fumaba sin cesar y retorció entre sus manos un viejo sombrero de paja. De vez en cuando, suspiraba profundamente. El otro, sentado en el extremo, ponía una cara de suficiencia paciente y casi ofendida en su inocencia; un semblante que delata indefectiblemente al culpable.

—¿Señor Rodríguez?

—Levanté una mano.

Un oficial joven y bien vestido había aparecido en el umbral de una puerta de cristales y miraba curiosamente en dirección a mí.

—¿Quiere venir?

Entré en el pequeño despacho. Los únicos muebles eran una mesa de madera, detrás de la que había un sillón forrado de plástico gris, y dos sillas algo destartadas.

—¿Quiere sentarse?

Le entregué mi pasaporte antes de que me lo pidiera.

—Aquí hay algo que no entendemos. Usted ha ingresado al país utilizando un método poco usual... En vez de llegar por línea regular, ha venido en una avioneta fletada desde Panamá...

—No veo lo que eso tiene de anormal... Cuando trabajo para mi periódico, viajo de la forma que me parece más rápida y cómoda.

—Sí, pero nos parece un dispendio innecesario: había dos vuelos regulares a la misma hora.

Verdaderamente kafkiano: la Policía local preocupándose por las finanzas del *New York Times*.

—Bueno... —Me encogí de hombros—, tenía mi viaje organizado desde antes de salir de Nueva York.

El oficial abrió mi pasaporte y, como cualquier policía del mundo, se puso a pasarle las hojas distraídamente, buscando en ellas algo que nunca encuentran. Me gustaría saber lo que es. Levanto la vista.

—Sí, pero, luego de ingresar al país, se pasa usted dos días sin hacer nada, sentado en la Soda Palace... ¿Por qué?

—Vamos a ver. Yo no le enseño a usted cómo debe hacer su trabajo... Cuando viajo a un país por primera vez, para hacer un reportaje sobre él, me gusta empezar por entender el ambiente, por husmear los olores y las idas y venidas de la gente. Me siento y miro. ¿Qué le parece? —Fin de la discusión.

Probablemente, habían decidido expulsarme del país, pero no sabían muy bien por qué, ni cuáles argumentos utilizar. Los costarricenses son civilizados y poco arbitrarios.

—¿Para qué periódico trabaja usted?

—El *New York Times*.

Aquello le impresionó. Se mordió los labios. Un hombre de paisano se asomó a la puerta.

—Oswaldo, vení un momento...

El oficial se levantó de detrás de la mesa, la rodeó y, pidiéndome perdón, salió del despacho. Estuvo ausente quince minutos, al cabo de los cuales, regresó, acompañado por un joven bien vestido y con el semblante inteligente. Llevaba unas gafas de montura de concha. Se dirigió directamente a mí.

—Me llamo Julián Benítez y soy el director de *La Nación*. —Sonrió y me tendió la mano.

—No sabe usted lo que me gusta verle —le contesté, levantándome.

Nos estrechamos las manos.

—Ha habido una confusión —dijo el oficial—. El señor Benítez está dispuesto a garantizar su presencia en el país y, en ese caso, nada tenemos que decir. Puede usted marcharse cuando quiera.

—Muchas gracias. ¿Me devuelve usted mi pasaporte?

Se apresuró a entregármelo. Me pareció adivinar una expresión de alivio en su rostro. Un policía honrado. Salimos a la calle. Benítez me sonrió.

—No voy a criticarle sus métodos de iniciar una investigación para un reportaje... Pero aquí hay mucha gente poco fiable y debe andarse con ojo.

—Gracias. No olvidaré su consejo. ¿Cómo se enteró de mi situación?

—Rene es buen chico... muy despierto. Quiere trabajar para mí...

—Pues, en lo que a mí concierne, debe usted darle el Pulitzer... Me parece que me ha sacado de un buen lío.

—No, hombre. Tampoco hay que exagerar. Nunca ocurre nada grave en Costa Rica. Este es un país amable y sencillo, señor Rodríguez. Cuando hable de nosotros en su periódico, no lo olvide, ¿eh?

—No lo olvidaré... ¿Quiere tomarse una copa conmigo?

—¿Por qué no? Vamos. Yo le llevaré al hotel.

En el bar del hotel, nos sentamos ante una mesa un poco apartada. Volví a pedir el *Club sandwich* y el vodka con tónica que me habían sido escamoteados por la policía y Benítez quiso tomarse un coñac.

—¿Qué quiere usted escribir, Christopher?

—Quiero escribir una serie de artículos para mi periódico en la que se analicen las causas de la actual situación en Centroamérica, las consecuencias previsibles de lo que ocurre y la influencia que tiene la presencia de los Estados Unidos en la región.

—Casi nada. —Sonrió.

—¿Cómo es Costa Rica, Julián?

—¿Qué quiere que le diga? ¿Sabe usted cómo nació mi país? La concesión de su independencia le fue comunicada por telegrama, desde Guatemala, a lomo de mulo. Y, cuando se enteraron los ticos de la noticia, se pasaron años intentando que la Corona española les readmitiera en su seno. No tenían ganas de luchar y los asustaba estar solos. Somos una nación de campesinos pacíficos. No queremos molestar a nadie y queremos que nos dejen en paz, pero no solos. Eso es Costa Rica...

—Una nación pacífica...

—... Mire... Esto que le voy a decir son *clichés*, pero me parece que son útiles para entendernos. Creo que somos el único país que ha hecho una revolución para derrocar un sistema comunista; fue en 1948... un sistema comunista democráticamente elegido... Bueno, el único, no. Pero lo que sí es único es que, una vez eliminado el sistema, el triunfador de la revolución aquella se retiró voluntariamente y convocó elecciones... ¿Qué le parece? Somos el único país americano que tiene abolido constitucionalmente al ejército... ¿Qué le parece? Somos el único país latinoamericano sin analfabetismo. La tirada de mi periódico es,

proporcionalmente, la más grande del mundo... Y... —Sacudió la cabeza resignadamente— somos el país con la deuda per cápita más alta del mundo... ¿Qué le parece?

—Caray. Efectivamente, con unos cuantos *clichés* está todo dicho... Dígame Julián, ¿cómo aciertan ustedes a sobrevivir estando rodeados, como están, por países en ebullición?

Bebió un largo sorbo de coñac.

—Vamos a ver —dijo, limpiándose la boca con la mano—. Por una parte, éste siempre ha sido un país moderadamente próspero, con una clase media sólida y, aunque dé vergüenza decirlo, sin mestizaje... Aquí no hay indios. El café, las vacas, el banano, siempre han sido suficientes para dar de comer a todos. No hay estrepitosas diferencias de nivel económico. No hay tiranía. No hay oligarcas... una familia, como en Nicaragua, o catorce, como en El Salvador... Eso nos ha dado paz hacia dentro. Un panorama así tenía que resultar atractivo para los Estados Unidos. A los gringos les interesa mantenernos así. Y eso ha sido, al mismo tiempo, nuestra salud y nuestra perdición. Tenemos muchos problemas, Christopher. Somos una tentación para cualquiera. Los propios norteamericanos quieren utilizarnos para atacar a los nicaragüenses, a los panameños... —Abrió las manos. Miró la hora en su reloj—. ¡Santo cielo! Las cinco y media. Tengo que ir a hacer mi periódico de mañana. Sabe donde me tiene, ¿eh? Si necesita algo...

—Desde luego... Julián. Me miró, alzando las cejas.

—Gracias. Sonrió.

—Por nada, hombre, por nada. —Se levantó y se alejó apresuradamente.

Apuré mi copa, firmé la nota, me levanté y me dirigí hacia el ascensor. Rene sonrió alegremente. No dije nada. Sólo cuando llegamos a mi piso, salí al pasillo, me volví y le espeté:

—Rene.

—¿Sí, señor?

—Tus amigos son unos pillos.

Bajó la vista.

—Dile a Danilo Lewinston que tiene un contrato conmigo. Yo he pagado mi parte... Dile que si él no cumple con la suya... Pregúntale si sabe lo que quiere decir que un hombre armado empiece a moverse... Seguro que lo sabe... Pues dile que si no cumple con lo prometido, Christopher Rodríguez empezará a moverse. ¿Eh?

Rene abrió mucho los ojos.

—Sí, señor —contestó con voz asustada.

—Y, Rene, gracias por avisar a Benítez. Eres un buen chico.

—Sí, señor. ¡Ah, señor! —añadió—, llegó esto para usted por télex. —Y me entregó un largo papel lleno de nombres: la lista de pasajeros que me mandaba Pat.

—Gracias, Rene.

Una hora después, una llamada anónima me citaba en el bar del hotel a las siete

de esa tarde. Me encontraría con Paola Barrientos. Ella podría contestar a mis preguntas.

—¿Qué es lo que usted quiere de mí? —preguntó Paola, descruzando las piernas e inclinándose hacia adelante.

Durante un momento, la miré en silencio.

—No estoy muy seguro —dije, por fin—. Me da la impresión de que, a lo mejor, me puede usted ayudar a entrar en contacto con alguna de la gente a la que quiero entrevistar para mi serie de artículos.

—¿Qué quiere usted decir? —replicó secamente.

—Mire, Paola, ¿puedo llamarla Paola? —No cambió la expresión de su rostro—. Mire. No nos engañemos. Danilo Lewinston —torció el gesto y puso cara de repugnancia— me ha puesto en contacto con usted con un propósito específico: el de poder hablar con los guerrilleros que andan sueltos por ahí...

—La gente como Lewinston, señor Rodríguez, es la que da mal nombre a este país. Habría que aplastarla como a cucarachas. —Apoyó el pulgar encima de la mesa y lo hizo girar. Le dio un escalofrío.

—Será —contesté—, pero ha resultado bastante eficaz a la hora de que usted se entreviste conmigo.

—No sé lo que quiere usted decir... ¿Guerrilleros? No conozco a ninguno. Algún rumor hay de que circulan por la selva algunas bandas, pero creo, más bien, que se trata de nicaragüenses...

—¿Por qué ha venido entonces?

—Me ha interesado conocerle. ¿Un periodista del *New York Times*? Siempre es útil. Mire usted, señor Rodríguez, el que yo ignore si hay guerrilleros, o dónde están, no quiere decir que no esté de acuerdo con su concepto. Si hay guerrilleros, desde luego defienden unas ideas con las que estoy de acuerdo. No le voy a hacer grandes discursos demagógicos —agitó una mano despectivamente—, pero a este país le hace falta un revulsivo. Alguien tiene que ponerlo en pie... Si no, un día, nos encontraremos con que ya no tenemos país o con que se pudre, de la misma forma que están podridos nuestros políticos, nuestras instituciones. Que usted escriba sobre eso, nos vendrá estupendamente. Sería incluso mejor que el *New York Times* llegara a publicar en portada dos fotografías suyas.

Levanté las cejas con sorpresa. Paola no me estaba mirando y no se dio cuenta de mi gesto. Había investigado quién era yo, ¿eh? Vaya, vaya.

—Una, amarillenta y pasada de moda, inmortalizando a mi padre y a sus amigos; otra, vibrante y moderna, recogiendo la estampa de unos estudiantes con las manos enlazadas con alguno de los míseros desechos humanos que circulan por ahí... Esa sería su historia, señor Rodríguez. —Levantó la mirada y sonrió. Cuando sonreía, se le arrugaban las comisuras de los labios y los párpados y la expresión se le tornaba terriblemente femenina.

—Me parece que sabe usted de mí bastante más de lo que parece —dije en voz

baja—. ¿Quién le ha dicho que soy fotógrafo?

Se puso inmediatamente colorada y confieso que me dio un apuro tremendo. Desvié los ojos y cogí mi vaso de *whisky*. Carraspeó.

—Bueno... Christopher Rodríguez es un personaje famoso. —Y, con una franqueza que desarmaba, añadió—: Tenía gran curiosidad por conocerle.

Solté una carcajada.

—Muy bien... Hablemos de Costa Rica, entonces, y veamos cómo me pinta usted esas dos fotografías que tengo que hacer.

—Voy a hacer algo mejor. Esta noche vamos a cenar a mi casa. Mis padres dan una cena... —Se interrumpió y me miró—. ¡Oh, sí! Vivo con mis padres, ¿sabe?... La casa es grande y tengo mi propio apartamento en ella.

Me dio la impresión de que se estaba justificando.

—¿Sí?

—Bueno, pues, dan una cena para sus amigos. Académicos, periodistas, políticos..., hasta el presidente de la República. Le voy a llevar y, así, podrá ver con sus propios ojos lo que le digo. Luego, hablaremos de lo demás. —Se levantó—. Pasaré a buscarle a las nueve. No hace falta que se ponga corbata.

Menos mal, porque no había traído.

CAPÍTULO XX

El ventanal que daba al jardín estaba abierto y, en la luz algo amarillenta de las velas del porche, el decorado tenía un regusto antiguo, como efectivamente había dicho Paola, de fotografía rancia. El césped se perdía en la penumbra y una mata de buganvilla violeta caía de la tapia lejana, casi fosforescente en la oscuridad, como si hubiera acumulado los últimos rayos del sol poniente. En la terraza había una gran mesa redonda y baja y, a su alrededor, una docena de cómodas tumbonas, tapizadas en *chinz* de vivos colores.

Hasta Paola se había vestido a la vieja moda tradicional del trópico, con una falda amplia, estampada con grandes flores, y una blusa blanquísima adornada con vainicas. Los hombros y el escote, desnudos en la noche, tenían el brillo de la caoba, y su gran mata de pelo le enmarcaba el semblante. Una sonrisa fija y algo impersonal la mantuvo fríamente distante durante toda la velada.

Al principio, su padre, un hombre pequeño, amable y lleno de gracia malévola, se había sorprendido de su presencia en la cena, a la que parecía asistir excepcionalmente. Paola la explicó señalándome y sugiriendo que yo necesitaba entrar en contacto con la vida del país. Qué mejor que empezar con una comida a la que asistirían las «fuerzas vivas».

Si he de decirlo con franqueza, me ocurrió una cosa peculiar en aquella cena: en ningún momento me sentí partícipe de ella y, a la larga, me acabé aburriendo sobremanera. Y no es que los comensales fueran cualquier cosa. Estaban presentes dos catedráticos, un director de periódico, el presidente de la República, el de la Academia de la Lengua, un médico humanista y dos diputados, amén del dueño de la casa que, por lo que pude colegir, era bastante conocido localmente como novelista y escritor de artículos. Había mucho talento sentado en aquel porche. Y, sin embargo, daban la impresión de ser una tertulia incambiada a lo largo de años, cerrada a las innovaciones y más preocupada por mantener un estilo literario chispeante que por discutir en profundidad de los temas. Puede que esté siendo injusto y que ignore deliberadamente que aquella gente había acudido a la casa de los Barrientos a descansar, a charlar inconsecuentemente entre amigos. Pero confieso que me irritó, porque esperaba más de la reunión.

Tuve la impresión, mirando a la cara impávida de Paola, de que los chistes y bromas eran repetición hasta la saciedad de un ingenio exhibido durante décadas. Me pareció que se producía una doble traición al espectador, en este caso C. Rodríguez: por una parte, se utilizaban *clichés* que eran un estereotipo de la realidad; por otra, aquellas píldoras de sapiencia eran pronunciadas en un tono lo suficientemente ligero como para sugerir que allí se estaban diciendo verdades profundas que luego eran disfrazadas en aras de la sencillez con que se manifiestan los grandes hombres, cuando, en realidad, no eran disfraz de nada. Todos ellos acababan dando la

sensación de que se habían quedado encasillados en maravillosos tiempos pasados en los que nada estaba en peligro. Debo estar siendo injusto, precisamente yo, que debería sentirme atraído por la interpretación bucólica de la vida; pero llegaba a Costa Rica con demasiada carga emocional y nerviosa como para poderme deleitar con una exhibición de diletantismo.

Durante un solo momento, pronto evaporado, se trató con un poco más de seriedad de la situación centroamericana. El presidente, que no es ningún tonto, olvidó la sonrisa y bajó el tono de voz para hablar cansadamente de las presiones que estaba recibiendo de parte de los Estados Unidos para que los autorizaran a enviar técnicos y asesores, que pudieran ayudar a Costa Rica a hacer frente a las amenazas revolucionarias del norte.

—¿Y cómo voy a ignorarlas, pucha? Tan pronto les digo que sí como que tenemos que esperar un tiempito, ve, y, mira, se me acaban los argumentos...

—Lo que tenes que hacer —dijo fogosamente el director de periódico—es contarles que nuestra independencia es buena propaganda para ellos y que se dejen de asesores y manden más plata.

—No podemos seguir viviendo de la plata de los demás, Beto. Y hablaban y sufrían por problemas menores, sin conocer la verdadera amenaza que pendía sobre sus cabezas: unos misiles atómicos instalados sin su conocimiento, justo debajo de sus camas. Al sur de Cartago, Dios del cielo. A cuarenta kilómetros de donde estábamos. Miré a Paola, que, por una vez, seguía atentamente cuanto se decía.

—Tómese un jaibol, don —me dijo Barrientos, sonriendo—. Paola, servíselo vos. Paola se levantó y fue hacia la mesa del bar.

—Pucha, cómo creciste, niña —le dijo admirativamente el presidente Cañas.

Si las miradas heladas pudieran matar, nos hubiéramos quedado sin presidente de la República en ese mismo momento. Pero el presidente, un hombre alto y enjuto, tiene la piel de rinoceronte. No hizo caso, se volvió hacia los demás y dijo:

—¿Sabes la última, Beto? Armé una carajera que ya no sé cómo parar. Hace un par de meses —se inclinó hacia adelante y colocó los codos sobre las rodillas—, se me ocurrió contarle a Oswaldo Madriz, y ya sabéis cómo es de correveidile, que yo era el heredero por séptima generación de la fortuna de un virrey del Perú. Abrió mucho los ojos el hijoeputa. —Todos rieron y el dueño de la casa se levantó a servirse un vaso de *whisky*; se acercó a la mesa sin dejar de mirar al presidente—. Bien. Le expliqué que yo, que soy de cuna noble y extremeña...

—¿Vos? —interrumpió uno de los catedráticos—. Pesebre guanacasteco y medio indio, es lo que llevas en la sangre...

—... Déjame, Luis, no me interrumpas... Yo, que tengo la cuna que queda dicha, tuve un antepasado que fue virrey del Perú a principios del siglo XVIII. El ilustre prócer, le expliqué a Oswaldo, había amasado una considerable fortuna en plata, oro y joyas. Pero su máspreciado tesoro no era aquella fortuna, sino su hija de dieciséis años, doña Dolores, rubia y esbelta, con la tez de porcelana. Virtuosa y amante del

hogar, doña Dolores era una niña inocente y pura. Pero, hete aquí que, un maldito día, se presentó en el palacio virreinal un indio pelón y miserable, patizambo y agujero, lleno de malas artes, y enamoró a la dulce Dolores. Una noche fatídica, la raptó y se la llevó al Machu Pichu. El virrey, loco de dolor y de furia, montó una expedición de busca y castigo y, tras meses de persecución y batalla, encontró a la niña de sus ojos... casada y con unorro renegrido y chaparro en brazos. Si no es porque le detuvo su lugarteniente, la hubiera atravesado allí mismo con su espada. Lleno de tristeza y pesadumbre, el virrey regresó a Lima y decretó que su descendencia no heredaría el tesoro en plata, oro y joyas, hasta que no se le hubiera purificado la sangre. Es conocido el principio científico, le dije a Oswaldo, que es más bruto que un hato de bueyes, es conocido el principio de que la sangre se renueva cada siete generaciones; por ello, el virrey redactó solemne testamento, estableciendo que el tesoro debería ser entregado a quienes demostraran pertenecer, por línea directa, a su séptima generación. Envió el testamento a la Casa de Contratación de Sevilla y el tesoro, un enorme y pesado baúl, fue depositado en manos y custodia del Gran Maestre de la Soberana Orden de Malta, tras un arriesgado viaje a lomo de mulo por la China continental, que por entonces andaba mucho corsario inglés, hijo de mala madre, suelto por el Caribe y no podía fiarse uno de las rutas establecidas. Todos los contertulios seguían el relato del presidente, con la sonrisa anticipada de la hilaridad que les iba a producir el final de la historia.

—¿Sabéis lo que hizo Madriz? Repentinamente, se me descubrió un parentesco conmigo y ha escrito a Malta y Sevilla para reclamar la herencia. —Hubo una carcajada general. El presidente levantó una mano—. No acaba ahí la historia: como Oswaldo es incapaz de cerrar la boca, lo ha ido contando por ahí y me han salido más primos que pulgas a un perro... Por lo menos, tengo asegurados los votantes para la próxima... El hijoeputa. —Se dio una palmada en el muslo, mientras los demás reían a mandíbula batiente y el director del periódico se secaba las lágrimas.

Tal vez estuviera siendo injusto, pero me hizo poca gracia. Paola me miró e hizo un gesto con la cabeza. Asentí.

—Papá, Christopher... el señor Rodríguez tiene mucho que hacer mañana y va a tener que madrugar. Creo que será mejor que le lleve al hotel.

Nos levantamos los dos.

—Que tenga buena suerte, don —dijo Barrientos—. Y no trabaje demasiado.

—Muchas gracias por la cena —contesté, ceremoniosamente. Me acerqué al presidente—. Buenas noches, señor presidente. ¡No, por Dios! No se levante. Me voy sin molestar a nadie. Adiós a todos.

—Buenas noches —contestaron a coro. Era buena gente.

—¿Ve lo que quería decir? —me preguntó Paola cuando estábamos en el coche. Conduce aprisa y magníficamente—. Viven en otra época.

—Humm... No me parece que el presidente sea un inconsciente, ¿eh?

—Bueno... Tal vez, no. Pero se deja arrastrar por esa pandilla de locos, que

operan como si aún estuvieran en el siglo XIX.

—De acuerdo —dije, apretando mi pie derecho contra el suelo del coche, en un vano intento de frenar en una curva que Paola había tomado a gran velocidad—. Ya tengo mi primera fotografía. —Encendí un cigarrillo—. ¿Cuándo voy a tener la segunda?

Dudó un momento, antes de contestar:

—No le entiendo.

—Quiero decir que usted me ha enseñado cómo viven los antiguos del lugar. Ahora quiero saber cómo viven los jóvenes, los que saben el peligro que se avecina, los que sufren y se rebelan contra las injusticias, contra los sueños pasados de moda...

—Tal vez se lo pueda explicar yo.

—Tal vez. Dígame. ¿Qué hace usted en la vida?

—Trabajo en un bufete que hace un poco de todo: defensa laboral, asesoramiento social, análisis económico... un poco de todo. Nuestros clientes son, sobre todo, gente humilde. Cuando podemos, no les cobramos.

—¿Qué es usted? Quiero decir qué profesión tiene.

—Estudié economía en Yale...

Di un silbido. Machista que es uno.

—Caray. Estoy impresionado.

—Humm. Clase del 80... Mi padre es rico y pudo permitirse el lujo de mandarme allá y pagarme la carrera. Lo menos que puedo hacer ahora es compensar a mi país por lo que me dio...

—Será a su padre, ¿no?

—No. A mi país. Mi padre es rico gracias a lo que le da este país, gracias a lo que obtiene de él.

—Ya. Habría que discutirlo. Cuando pienso en lo que me costó sacarle a mi país lo que me ha acabado dando, no tengo ninguna gana de devolverle nada... de compensarle por nada.

—Hábleme de usted.

Nos habíamos detenido en un semáforo y Paola se había vuelto a mirarme. Los ojos le brillaban en la oscuridad.

—Bueno... No hay mucho que decir. Nací en San Juan de Puerto Rico hace treinta y cinco años. Nuestro padre murió al poco de nacer yo, como consecuencia de unas viejas heridas recibidas en la guerra mundial. Mi hermano y yo tuvimos una infancia más o menos miserable, como las que se suele tener en estos casos. Cuando tenía once años, mi madre nos llevó a Nueva York porque un hermano suyo, que trabajaba allí, la convenció... Y poco más. Siempre me gustó hacer fotos. Tuve suerte y... bah, pude ir a la universidad y, después, libre como un pájaro, agarré mi cámara y me fui por ahí.

Arrancó en silencio y no volvió a abrir la boca hasta que detuvo el coche en la

puerta del hotel. No me había preguntado lo que me pasaba en el pie.

—Hace una noche espléndida —dije—. ¿Le apetece que nos sentemos en ese banco —con el dedo señalé un banco de madera que había en el jardincillo de delante del hotel— y charlemos un poco más?

Se encogió de hombros.

—Si quiere...

Salimos del automóvil y fuimos andando despacio hasta el banco.

—¿Está usted casado?

No contesté inmediatamente. Paola me miró y me dio la sensación de que le hubiera gustado que la tragara la tierra.

—No quería decir eso... Quiero decir... que no lo tome como suena. Es simple curiosidad. Qué sé yo, por ver cómo es usted. —Me pareció que estaba siendo sincera. Había dicho la última frase con sequedad, con total indiferencia. Creo que me molestó. Por pura vanidad masculina, me molestó. Y, entonces, cometí una de mis tonterías: decidí contárselo para intentar impresionarla.

—Estuve casado. Mi mujer murió en un accidente. Como si le hubiera contado que me gustaba la lechuga.

—Lo siento.

—Bah, son cosas que pasan. —Y me dio un vuelco el corazón.

—No diga eso. Eso no se dice así.

Se me deshizo la garganta.

—Es mentira —dije—. No son cosas que pasan. ¡Dios! —De repente, alargué la mano y le agarré la muñeca. Intentó retirar el brazo, pero no la dejé. Y, como un torrente incontenible, le conté todo. Le hablé del *wadi* Ramm, de Pedro, de la muerte de Marta, de mi venganza... todo. Un resto de sensatez me impidió contarle el porqué, la verdadera razón de la muerte. Mientras hablaba, notaba que me iba subiendo por la garganta un enorme sollozo. Finalmente, me callé y agaché la cabeza. Paola ya no intentó retirar su brazo.

—Lo siento —dijo. Y esta vez era de verdad—. Lo siento mucho.

—No me haga caso. Nunca hablo de esto. Lo siento. Nunca bajo la guardia.

—¿Quiere que demos un paseo?

Le solté el brazo y asentí en silencio. Nos levantamos y nos pusimos a andar hacia el teatro. Ninguno de los dos quería hablar.

Y así estuvimos durante largo rato, deambulando por las calles desiertas y calladas. Eran casi las dos de la madrugada cuando volvimos al hotel.

—Olvédelo, olvédelo todo —dije salvajemente. Me miró sin decir nada—. No, la verdad es que no quiero que lo olvide. Quiero que me perdone. Por mí y por Marta. Y quiero darle las gracias. Es usted una buena compañera de silencio. —Sonreí débilmente. No quería decir lo que venía a continuación, pero no tenía más remedio —: Dígame una cosa, Paola. ¿Por qué mató usted a Malcom Aspiner?

Abrió mucho los ojos y se puso pálida. Se dio la vuelta, fue hacia su coche, se

metió en él, puso en marcha el motor y arrancó con un violento chirrido de ruedas.
Vaya manera de darle las gracias.

CAPÍTULO XXI

Pero vamos a ver. MacDougall, el ascensorista de casa de Aspiner, había descrito a la mujer que había llegado con éste al dúplex la noche en que murió, como muy guapa, muy alta y con la tez de un colorido parecido al nuestro. Al cabo de un rato, quien quiera que fuese la mujer, había tomado un taxi y había ordenado al conductor que la llevara al aeropuerto Kennedy; y, según Patrick, a la hora en que había llegado al aeropuerto, sólo habían despegado dos vuelos, uno de ellos en dirección a Costa Rica. Finalmente, Markoff. Mi buen Vladimir me había dicho que el asesino había regresado a San José después de pinchar a Aspiner por el cuello como si hubiera sido una aceituna. Y, bueno, después de todo, el nombre de Paola estaba en la lista de pasajeros enviada por mi hermano desde Nueva York.

Dicho todo lo cual, no había ni una sola razón que pudiera hacer pensar que estos elementos identificaban a Paola como asesina de Aspiner. Ni una sola, salvo que, desde que la había conocido aquella tarde, no había podido quitarme la impresión de que todo coincidía, hasta la imagen física que me había hecho mentalmente de la mujer que había estado en el piso de Malcom Aspiner en Nueva York. Soy un fatalista y, aunque no estoy muy seguro de lo que me impulsó a hacerle la pregunta a Paola, supongo que fue una intuición repentina, el convencimiento de que todo gira en pequeños círculos concéntricos y de que un destino misterioso me había ido conduciendo inexorablemente hasta este momento, desde el día en que John Lawrence me había llamado a casa para que asistiera a la reunión con el bueno de Gardner a la mañana siguiente. Las piezas del rompecabezas iban encajando poco a poco y me parecía que un instinto mágico guiaba mi mano sin yerro.

Pero, hubiera sido mejor no empezar, haber oído la orden de Gardner y haberme levantado de aquella mesa como alma que llevara el diablo. Mucho mejor estar en mi barco rumbo a las Bahamas o al Polo norte, qué sé yo. Lo mío no eran piezas de rompecabezas sino losas de tumbas.

Las cosas son así, sin embargo, y, cualquiera que fuese la razón para hacerlo, yo había lanzado un dardo en la oscuridad y había acertado de lleno con la diana. Y le había dado a Paola un susto de muerte; probablemente, más de mi muerte que de la suya.

No me quedaba más remedio que esperar pacientemente a que Paola decidiera volver.

Me desvestí lentamente y me metí en la cama. Tardé mucho tiempo en dormirme. Me asaltaban imágenes de Marta, recuerdos del olor de su piel, ecos de su risa, sombras de su mirada. Me debí quedar dormido porque me encontré reviviendo con morboso detalle la escena del descubrimiento de su cuerpo sin vida, abandonado en el desierto. Me desperté de golpe, inundado de sudor frío y con la garganta seca. Bebí un vaso de agua y encendí un cigarrillo. Miré la hora en mi reloj: eran las cuatro de la madrugada. No conseguí conciliar nuevamente el sueño.

Poco a poco, con el paso de las horas, se fue despertando la ciudad. Primero, fueron carretas tiradas por mulos; unas llevaban fruta, sobre todo piñas y papayas; otras, chatarra y basura.

Luego, fue algún camión, cambiando estrepitosamente de marcha antes de la curva. Más tarde, empezaron a circular los autobuses y, entre acelerón y acelerón, podían oírse las conversaciones de los pocos peatones que pasaban por debajo de mi ventana. San José es ciudad madrugadora.

Hacía fresco y, en el cielo, no se veía ni una nube. Sola, allá a lo lejos, la imponente mole del Irazú se negaba a cambiar de color y se obstinaba en mostrarme su faz negra y malhumorada.

A las siete de la mañana, no pude aguantar más en la cama y me levanté. Después de afeitarme, me di una larga ducha caliente, me vestí y bajé al comedor a desayunar.

Decidí fumarme el primer pitillo del día en la plazoleta de enfrente del hotel. Salí a la puerta y, con un bostezo, me estiré largamente.

A una veintena de metros, había un coche aparcado. Meneé la cabeza y me dirigí despacio hasta donde estaba. Abrí la portezuela de la derecha y me instalé en el asiento del pasajero. Paola, sentada al volante, miraba al frente; una hostilidad agresiva flotaba en el aire. Suspiré y no dije nada.

Puso en marcha el motor y arrancó en dirección al oeste. Pronto salimos de la ciudad y tomamos la autopista del aeropuerto. Paola conducía muy aprisa: tardamos aproximadamente una hora en llegar a Puntarenas, el puerto costarricense del Pacífico. Hacía ya muchísimo calor, pese a lo temprano de la hora. Atravesamos Puntarenas, dejando el muelle a la izquierda y seguimos por una carretera de tierra, levantando una polvareda espantosa. A la izquierda, el mar, muy azul, estaba completamente en calma. A la derecha, íbamos cruzando bosquecillos de palmeras y algún trecho más denso de grandes árboles, entrelazados de lianas y hojarasca; pero la mayor parte de la vegetación eran arbustos y grandes extensiones de hierba pardusca y medio quemada. Durante unos kilómetros, nos alejamos de la costa, adentrándonos en la sabana. Al cabo de media hora, Paola, por fin, redujo la velocidad y, girando a la izquierda, se introdujo por un estrecho camino. Detuvo el automóvil ante una gran cancela de madera y alambre. No había abierto la boca en todo el trayecto. Me miró. Sin pronunciar palabra, me bajé del vehículo, fui hacia el portalón, levanté la anilla que lo mantenía enganchado al poste de madera y lo empujé. Basculó sobre sus goznes silenciosamente y acabó enzarzándose en las matas del otro lado de la alambrada. En vez de ser tierra batida como el resto del camino, la entrada estaba hecha de grandes tubos de hierro, separados veinte o veinticinco centímetros unos de otros. Así se evitaba que se escaparan las vacas.

Me aparté para dejar pasar al automóvil, cerré la cancela y me volví a subir. Ahora, Paola conducía muy despacio; a un lado y a otro del camino, la vegetación era muy densa y apenas si podía distinguirse el interior del bosque. Todo estaba en sombras y la humedad y el calor se habían hecho pegajosos. Una gota de sudor se me

deslizó por las costillas.

Tras una revuelta del camino, apareció una amplia extensión de hierba y, detrás, protegida por enormes palmeras y gigantescos arbustos de buganvilla, la casa. Era un *bungalow* algo rudimentario, con un gran porche cerrado por una fina malla metálica, defensa universal del trópico frente al asalto de mosquitos y otros bichos de mal vivir. Las películas románticas siempre presentan escenas en playas blanquísimas, al pie de cocoteros lujuriantes, pero nunca señalan el calor que hace y los verdaderos elefantes con alas que zumban, provistos de las más aviesas intenciones. Nada es perfecto en este mundo.

Paola detuvo el automóvil frente al porche y se bajó de él. Llevaba toda la espalda empapada en sudor. Sus piernas, que los diminutos pantalones enseñaban generosamente, brillaban de humedad. Se acercó a la casa e, inclinándose, metió la mano por detrás de una de las piedras sobre las que se asentaba el porche. Sacó una llave, subió los escalones y abrió la puerta de rejilla metálica. Introdujo la llave en la puerta del *bungalow* y desapareció en su interior. Al instante, se oyó el runruneo de los aparatos de aire acondicionado que iba poniendo en marcha. Se asomó al porche y me miró.

—Me voy a dar un chapuzón en el mar. Hace demasiado calor —dijo—. Usted haga lo que quiera. Si quiere bañarse... —Hizo una mueca de indiferencia—. Si no, puede esperarme en el salón. Pero está que arde.

—No tengo traje de baño.

Se encogió de hombros, salió de la casa, bajó los escalones y se dirigió hacia un pequeño camino que había a la izquierda. Volví al coche, saqué mi bastón y, renqueando un poco, seguí a Paola. El camino zigzagueaba por entre palmeras, cayendo en desnivel hacia el mar. Una playa de arena muy blanca, rodeada de vegetación, se abría sobre el agua. Inmóvil y ausente, Paola miraba el horizonte desde la orilla. Estuvo así un largo rato. Finalmente, se sacudió con un escalofrío y, con total sencillez, se quitó la camisa y los pantalones y se quedó desnuda. La sensualidad tremenda de aquel gesto tan absolutamente natural fue para mí como si hubiera recibido un puñetazo en la boca del estómago. Me quedé paralizado, mientras ella entraba en el agua, se daba la vuelta hacia mí y, arqueando la espalda, se lanzaba al mar como un delfín ágil y sinuoso.

Sin apartar la vista de donde ella nadaba con movimientos gráciles y llenos de fuerza, me desnudé. Por primera vez en meses, me pareció que mi maltrecho pie no sólo era un irritante impedimento, sino que, además, era una visión obscena y deforme. El agua estaba fresca y me puse a nadar vigorosamente mar adentro; al cabo de un rato, me detuve y me volví hacia la orilla. Paola salía en ese momento del agua y, en la distancia, su cuerpo perfecto y armonioso, las largas piernas tostadas, los pechos firmes y pequeños y la larga mata de pelo negro componían, sobre el contraste de la arena blanca, un cuadro de sorprendente belleza. Recogió su ropa y, sin volverse, empezó a andar por el camino hacia la casa.

Permanecí en el agua mucho tiempo, nadando y buceando y haciendo un esfuerzo por que la memoria me trajera imágenes de Puerto Rico, de días interminables pasados en la playa de San Juan con Pat y la golfería del barrio. Espiábamos a las turistas americanas y nos gastábamos bromas en voz alta, para que nos oyeran y se decidieran a vencer nuestra timidez. Era yo muy precoz.

Paola me esperaba en el salón del *bungalow*, cuya temperatura era ahora muy soportable. Se había puesto un bikini y, sentada en una enorme butaca, bebía un gran vaso de un líquido lechoso, lleno de hielo. O habían dejado la nevera enchufada la última vez que habían estado en la casa, o les funcionaba muy bien. Señalé una jarra que había encima de la mesa y, por primera vez, sonrió.

—Agua de pipa con ginebra. Está rica.

—¿Agua de qué?

—De pipa. De coco.

Fui hacia la mesa y me serví un vaso del brebaje. Estaba buenísimo y, probablemente, emborrachaba sin sentir.

—Markoff dice que es usted un gran bebedor.

—Markoff miente: acabé debajo de la mesa. ¿Cuándo habló con él?

—Anoche, al volver a casa. ¿Cómo supo usted que había matado a Aspiner?

—Métodos secretos. Escuela americana.

Se puso muy seria con lo que, indudablemente, era el recuerdo de la noche anterior.

—Siento lo de anoche —dije.

Levantó bruscamente la cabeza; en la boca tenía un gesto amargo y la expresión de sus ojos era heladora. Se encogió de hombros.

—Es su problema —contestó.

—Ya lo sé. Pero quiero que sepa que no fue un truco.

—¿No? —Rió—. No me lo creo. Estuvo usted muy convincente.

En sus palabras sonaba una ironía furiosa y herida. Vaya. La comprendí bien: Paola había permitido que mi tragedia personal la afectara, se había ablandado y, cuando más vulnerable estaba, yo había aprovechado la apertura para clavarle un cuchillo. C. Rodríguez, tan delicado como siempre.

—Lo siento. —Tuve un impulso casi irresistible de acariciarle la cara e, incluso, me incliné hacia adelante. Me miró fríamente y me detuve—. ¿Qué le dijo Markoff?

—Que era usted un hombre confuso y confundido y que había que aprovechar la irritación que usted siente ahora hacia sus amos.

—Tonterías. Ni estoy confundido ni me irritan mis amos... más que de costumbre. Markoff dice tonterías.

—¿Cómo supo que yo había matado a Aspiner? —repitió—. Porque Markoff no se lo dijo. Se rió bastante cuando le conté lo rápidamente que me había encontrado...

—Bah... eso fue fácil. Costa Rica es un país muy pequeño.

—Bebí un sorbo del brebaje. —En cuanto a lo otro, a por qué sé que mató a

Aspiner... yo qué sé... intuición... algo así. Además, el portero de la casa de Aspiner la describió a usted muy bien.

—Me incliné hacia adelante y la miré de hito en hito. —¿Qué hacemos ahora?

Alargó una pierna e hizo descansar el pie encima de la mesa. Lo tenía fino y estrecho, con largos dedos y el tobillo delicado.

—¿A qué ha venido usted?

—¿No se lo dijo Markoff?

—No.

—Pero, se lo imagina.

—Sí. Ha venido a impedir que las guerrillas encuentren los misiles y se adueñen de ellos.

—Exactamente. Necesito su ayuda.

—¿Para qué? Ustedes, los de la CIA, con su poder y su prepotencia, se bastan y se sobran para acabar con las guerrillas, con los misiles y con Costa Rica. —Me miró con sorna.

—Con la pequeña diferencia de que nosotros los de la CIA, en este caso, yo, el de la CIA, no podemos andar dando mucho escándalo... ¿Hablamos en serio?

Asintió.

—Bien. Yo no puedo utilizar el poderío de la CIA, primero, porque el Gobierno de Costa Rica no sabe lo que está enterrado en Talamanca, al sur de Cartago. Por cierto, ¿ha estado usted allí?

—No.

—... Segundo, porque no sé quién de la CIA quiere que evitemos la tragedia y quién quiere que se arme la marimorena. Tercero, porque el Club... —La miré inquisitivamente, para ver si había oído hablar del Club; asintió nuevamente con la cabeza—... El Club es un cáncer que hay que eliminar y no quiero levantar liebres innecesarias. Y lo haría, si anduviera pregonando a los cuatro vientos lo que quiero hacer.

—¿Ha oído usted hablar del comandante Ernesto?

—No. ¿Quién es?

—El comandante Ernesto es el jefe de las guerrillas en Costa Rica. Lleva un año organizándolas. Un verdadero genio. Hace un año tomó a un grupo de estudiantes y de campesinos medio chiflados, de ideología incierta e insegura y, desde entonces, los ha organizado, les ha enseñado a combatir, a sacrificarse.

—¿Cuántos son?

—Unos noventa, pero cada día se suman más... Por ahora, no los utiliza más que en acciones de frontera, en el norte, cerca de Nicaragua... Asaltos a la gente de ARDE... cosas así. Pronto empezarán aquí y creo que intentarán estrenarse con un golpe espectacular...

—¿Cómo capturar los misiles norteamericanos?

Hizo una afirmación con la cabeza.

—Como capturar los misiles norteamericanos... y —sonrió-hacerle chantaje a los Estados Unidos.

—¿Qué? ¡Santo cielo! Ese hombre está loco. ¿No se da cuenta de lo que puede ocurrir en cuanto se enteren en Washington de que tiene los misiles?

Ladeó la cabeza e hizo una mueca mitad de resignación y mitad de indiferencia. Se levantó sin esfuerzo aparente y se dirigió hacia una puerta, detrás de la cual vi que estaba la cocina. Me incliné hacia adelante para seguirla con la mirada; igual que me ocurría con Marta, me fascinaba la parte baja de su espalda, arqueada y perfecta, con los músculos tensándose suavemente debajo de la piel y dos hoyuelos, perfectamente visibles por encima de la parte baja del bikini. Abrió la nevera y el reflejo de la luz le dio en el estómago.

—¿Quiere comer algo?

—No, gracias.

Sacó dos rajitas de melón y volvió hacia el salón con una en cada mano. Se sentó y dio un gran bocado a la que llevaba en la derecha.

—¿No sabe el comandante Ernesto que Washington le pulverizará en dos minutos?

—No creo que le importe demasiado la probabilidad de que eso ocurra. —Sonrió—. Todo sea por la revolución. —Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Y usted, ¿qué piensa?

Se puso inmediatamente en guardia.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que qué opina de todo esto, que cuál es su ideología.

—Bueno... Ya lo sabe usted. Yo soy —se enderezó algo solemnemente— comunista.

Como suele ocurrir, me pareció una declaración algo tonta.

—Entonces, las locuras del comandante Ernesto le vienen bien, ¿no? Ustedes, los comunistas, quieren la revolución y, con este hombre, van a tener ración doble.

—No diga tonterías... Queremos la revolución para corregir injusticias y para mejorar las condiciones de vida del pueblo, no para que vengan los gringos y nos arrasen el país. No diga tonterías —repitió severamente.

Vaya. No contesté. Saqué un cigarrillo, me lo puse en la boca y lo encendí.

—¿Me da uno?

—Uy, perdón. No sabía que fumara. —Le ofrecí un cigarrillo y se lo encendí.

Paola cerró los ojos y exhaló una gran nube de humo por la nariz.

—Mmm... Está buenísimo. Dejé de fumar hace tres meses. Pero no podía más. Viéndole, además, encendiendo uno detrás de otro... no puede una resistir la tentación.

—¿Le conoce usted bien?

—¿A quién?

—Al comandante Ernesto.

Me miró seriamente y apretó los labios.

—Sí.

No dije nada. Esperó un momento y, luego, añadió con total frialdad:

—Es mi amante.

—Caray. —Di un largo silbido. Se encogió de hombros.

—De alguna manera había que controlarle y averiguar sus intenciones y sus planes.

—Me parece que es como echar perlas a los cerdos... dicho sea con absoluto respeto hacia el comandante, que es probablemente un Adonis.

—No. No lo es, no. —Sonrió—. De todas formas, gracias por el cumplido. —Dejó caer la ceniza del cigarrillo sobre el suelo; levantó la mirada y, sin afectación alguna, añadió—: Durante toda mi vida adulta, he sido una mujer terriblemente... Me gusta mi cuerpo... me encanta disfrutar con él.

Confieso que, al viejo machista Rodríguez, declaraciones así le escandalizan bastante.

—... La parte más difícil de mi trabajo es sacrificar mi cuerpo cuando no quiero ni me apetece... —Sacudió la cabeza—. No, la verdad es que no es cierto... Creo que es más difícil engañar a alguien, mentirle, por mucho que la mentira sea por una buena causa. —Se quedó pensativa por un momento—. El comandante Ernesto —dijo, por fin— es un hombre inteligente y un absoluto fanático... Verdaderamente peligroso. A veces, me da miedo.

—Por lo que deduzco, a usted no le gusta demasiado, ¿eh? No es, ¿cómo diría yo?, la persona con quien se iría a París a tener una romántica aventura.

—No. La verdad es que no. —Sonrió.

—Pues, entonces, o es muy tonto o es un fatuo. Porque de esas cosas, de que la mujer con que se está le aborrece a uno, se da uno cuenta en seguida, creo yo.

—No es tonto. Tal vez, un poco fatuo.

—Usted ha debido pararle hace tiempo —dijo con cierta frialdad—. Usted sabe bien que ese hombre es un peligro público para todos... especialmente para la causa que usted defiende. —Bajó los ojos—. ¿Por qué no le ha matado? —Vaya cosas pregunto.

Dudó antes de contestar.

—Bueno... En primer lugar, no es fácil sorprenderle. Siempre está alerta. Yo creo que duerme con un ojo siempre abierto. Y, después, bueno... la verdad es que no nos viene mal su capacidad de organización y... y... el dinero y la ayuda que recibe.

¿Qué pensaba esta mujer del comandante? Yo creo que le fascinaba.

—¿De quién?

—Gadafi.

—¡Vaya, hombre! Ya me parecía a mí... —Hice una mueca de irritación y me rasqué la cabeza—. Paola, creo que están ustedes jugando con fuego. Y el que juega con fuego, acaba quemándose.

—Hay que aceptar los riesgos.

—Humm. Cuénteme lo que pasó. ¿Por qué fue usted a Nueva York a matar a Aspiner?

Se removió en su asiento.

—Descubrí un mensaje de Aspiner al comandante Ernesto...

—¿Qué?

—Sí.

—¿Me está usted diciendo que el agente de Aspiner aquí es el comandante Ernesto?

—Sí. Parece increíble, ¿verdad?

—El mundo se ha vuelto loco. El capitalista colaborando con el guerrillero... Todos locos.

—Bueno, cada cual atiende a sus intereses. Era una alianza temporal y puramente estratégica. —Sonrió.

—Pues esto acaba como el rosario de la aurora... y nosotros, de paso. Bien, santo cielo, bien... pues descubrió usted un mensaje de Aspiner a nuestro amigo el comandante. ¿Y?

—Le decía que estaba a punto de descubrir el emplazamiento exacto de los misiles...

—¿Cómo es eso? —interrumpí—. O tenía el emplazamiento o no sabía siquiera que existían los misiles. Si tenía capacidad de acceder al computador de la CIA, podía encontrar el dato inmediatamente.

—Por lo que deduzco, alguien le debió hablar de los misiles sin darle mayores precisiones y Aspiner decidió, entonces, buscarlas en el computador. No es fácil rebuscar en esa memoria; hay que saber lo que se busca... El caso es que, esa misma noche, el comandante me contó lo que pensaba hacer y...

—Pero, perdone que le interrumpa, ¿no sabía cuáles eran las intenciones de Aspiner?

—Oh, sí. Le daba mucha risa. Siempre dice que les va a enseñar a jugar al juego de la guerra. Sabe bien que el Club quiere provocar la revolución para que intervengan los Estados Unidos. Ya le digo que está loco. Pero no es un imbécil. No quiere disparar los misiles. Sólo quiere que apunten a los Estados Unidos y hacerles un chantaje. Sólo si interviene Washington, disparará. Siempre se ríe y dice que algún misil dará en el blanco.

—¿No sabe que ninguno tiene una sola oportunidad de dar en el blanco? ¿Que el sistema estratégico de la defensa antibalística, el radar y esas cosas, los destrozará antes de que lleguen a territorio norteamericano?

—Ahí está... Algo debe de estar tramando, pero ignoro lo que es. Desde luego, sé que ha enviado un mensaje a Libia y espera que le manden a un técnico en computadoras y balística, supongo que para que cambie los sistemas direccionales.

Me enderecé en mi butaca. Caramba, eso no se me había ocurrido. Me puse de pie

y me serví más agua de pipa con ginebra. Levanté la jarra y miré a Paola. Hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Qué más?

—Bueno, cuando me enteré del primer mensaje de Aspiner, no me lo pensé dos veces. Cogí un avión y me fui a Nueva York. Tenía tanta prisa, que no pude hablar con Markoff para decirle lo que pensaba hacer. —Se mordisqueó una uña y cambió de postura en el sofá—. Sólo cuando volví a San José, pude hacerlo y, al mismo tiempo, pedirle que enviara ayuda...

—... Y, paf, el famoso Christopher Rodríguez. No hay nada como sentirse utilizado.

Sonrió. Decididamente, estaba sonriendo mucho. Luego, bajó la cabeza y, por primera vez, me miró el pie desnudo y deforme. Lo encogí. Alzó los ojos e hizo un gesto mitad compasivo y mitad negativo con la cabeza.

—¿Le duele?

—Bah.

—No sé si puede usted moverse bien por la selva...

—¿Quiere decir que no soy la mejor ayuda que podía recibir?

Enrojeció violentamente.

—No... Por favor, no se ofenda. No quería decir eso. Markoff dice que es usted muy peligroso y muy rápido... que tiene muchos recursos. Pero... no sé... en la jungla... —Y agitó las manos.

—No se preocupe por mí... Me pregunto si el comandante Ernesto ha logrado averiguar dónde están los misiles, aunque Aspiner no tuviera tiempo de contárselo...

—Eso es lo malo. Sí le dio tiempo. —Apretó los labios—. Cuando llegué a Nueva York, ya lo había hecho. Me enteré al volver a Costa Rica... No me dio tiempo a detenerle —añadió con desesperanza.

Chasqueé la lengua.

—Vaya por Dios... O sea que el comandante está listo y lo único que espera es a que le llegue el técnico libio, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo va a conquistar el emplazamiento de los misiles? Imagino que están bien protegidos.

—¡Qué va! No olvide usted que Costa Rica no sabe nada de todo esto. Los gringos tampoco pueden tener aquí un regimiento. No... Son sólo unos cuantos. No será difícil.

—Humm. ¿Ha pensado cómo voy a llegar hasta el comandante Ernesto? Quiero decir, ¿cómo me va a llevar usted hasta él sin que me detengan antes sus hombres?

—Nada más fácil. Ya le he hecho saber que está aquí Christopher Rodríguez, un periodista del *New York Times* y que le quiere entrevistar. El mensaje de contestación es que esperemos aquí hasta que nos vengán a buscar. —Se puso de pie y se estiró—. Me voy a dar un baño.

Estuvimos en el *bungalow* algo más de veinticuatro horas, durante las cuales me dediqué a la vagancia más absoluta. Hablábamos poco, alguna vez coincidíamos en la playa, incluso en una ocasión, como dos buenos compañeros, nos desafiábamos para ver quién nadaba más deprisa hasta la punta de la barra.

Paola era buena compañía. Buena compañera de silencio, como le había dicho la noche antes. Me hubiera gustado que Marta la conociera. Se habrían divertido juntas, tomándome el pelo. De vez en cuando, Paola me miraba con una expresión traviesa y me gastaba alguna broma, alegre y desenfadada. Otras veces, yo me iba andando lentamente hasta el fondo de la playa, hasta la línea de palmeras, añorando a Marta con verdadera ansia física, doliéndome de que no estuviera conmigo disfrutando de este paraíso. La primera ocasión en que me di ese paseo, al llegar al final de la playa, oí un chasquido; no era el ruido de una rama rota o de una hoja pisada; fue un sonido ahogado, como el de una lengua moviéndose sobre un palillo de dientes. Me volví hacia el arbusto más próximo.

—¿Estás ahí? —pregunté.

—Aquí estoy —contestó, en voz baja, Staines—. Hace un calor del carajo. ¿No tendrás una cerveza a mano?

—No. ¿Qué pasó en Washington?

—¡Bueno! —Me hablaba desde detrás de una palmera, sin asomarse, para que nadie pudiera verle. Me había puesto de espaldas a la casa, mirando al mar—. Ni te lo puedes imaginar. No es que seas el hombre más popular del Distrito de Columbia, Chris. Vino Gardner en persona a ver lo que había pasado. No quería creerse que la bomba te estaba destinada y está seguro de que, por alguna razón, la pusiste tú...

—Es idiota...

—Hombre, no me descubres nada nuevo.

—Pobre Nina.

Estuvo un rato en silencio.

—Hice reponer los cristales de tu casa —dijo, por fin—, y me llevé los cuadros a la mía... Cuéntame. ¿Qué pasa aquí?

Le expliqué brevemente lo que había ocurrido desde mi llegada a San José. Staines es más listo que el hambre y no necesita demasiadas explicaciones. En lo que a mí concierne, tiene una virtud fundamental: por razones que ignoro, siente por mí el cariño de un hermano mayor. Siempre ha estado silenciosamente a mi lado en las ocasiones en que, solo y desamparado, necesitaba una presencia amiga. Es de esas personas que hacen que no se sienta la necesidad de mirar por encima del hombro, vigilándose la espalda. Pero, solamente está ahí cuando no hay nadie más. Es un tipo extraño, Staines. No sé nada de su vida, ni si tiene mujer e hijos o amigos. Ni si le gusta la pesa o el *baseball*. Nada. Un tipo raro.

—El comandante Ernesto, ¿eh? Cuidado con él. —Y desapareció.

Paola y yo pasamos una velada agradable, charlando de mil cosas, de nuestras experiencias, de lo que habíamos hecho cada uno en la vida. Le conté algunas

aventuras, el porqué de mi obsesión con la fotografía, mis teorías sobre el periodismo y los espías. Qué sé yo. Dudando un poco, con mucho cuidado, me preguntó por Marta, por cómo la había conocido, por lo que habíamos hecho juntos. Y, por una vez, no me importó nada rememorar en alta voz mi añoranza. Así es Paola de sencilla y directa. Una noche apacible y absolutamente memorable. Muy tarde ya, se levantó y anunció que se iba a la cama.

—Su habitación está en el fondo del pasillo, a la izquierda. En el baño hay cosas para afeitarse. No será la mejor cuchilla que haya utilizado en su vida, pero bueno... Son de mi padre. ¿Quiere un cepillo de dientes?

—Asentí.

—Le presto uno. —Entró en su habitación y, a los pocos segundos, salió con un cepillo en la mano—. Tome... Buenas noches.

Dormí como un lirón, sin despertarme y sin soñar.

Muy temprano por la mañana, sonó un teléfono en alguna parte de la casa. Oí que Paola hablaba pero no pude distinguir lo que decía. Me levanté y me puse el traje de baño que había encontrado la tarde antes en un cajón. Salí al pasillo.

—Buenos días —dije.

—Hola —me contestó Paola, desde la cocina—. ¿Qué tal ha dormido?

Fui hasta allí.

—Como una marmota. Me voy a dar un baño.

—No tarde mucho... Prepararé café. Nos tenemos que ir en seguida. —Le brillaban los ojos de excitación. Tenía puestos un pantalón largo y una camisa.

—¿Ah?

—Me han telefoneado. El comandante Ernesto nos espera... ¿Ya ha pensado en lo que va a hacer?

—No.

CAPÍTULO XXII

Pues, después de todo, acabé haciendo mi excursión al volcán Irazú aquella mañana.

Paola me explicó que el comandante Ernesto nos esperaba en la cima y que allí podríamos hablar. Muy dramático. Me sentí vagamente inquieto, porque no llevaba mi pistola; me la había dejado en el hotel el día anterior. De todos modos, no me veía yo desenfundando el revólver como en el oeste. El comandante debía estar tan protegido, que un gesto mío desencadenaría, con toda seguridad, varias ráfagas de ametralladora desde todos los puntos cardinales. Adiós, Christopher Rodríguez.

Al Irazú se asciende por una carretera pintoresca que arranca desde Cartago. Pasamos por la vieja capital colonial sin detenernos. Lo cierto es que tiene poco que ver; unas calles, casas de pueblo, tejados de cinc color ladrillo, y, en el centro, las ruinas de la antigua catedral. Son lo único que queda de la ciudad española de otrora; el resto lo destruyó un terremoto. A través de las ventanas ojivales de la derruida iglesia, se ve un patio interior, lleno de plantas y de verdura. Por las heridas de la piedra, han crecido buganvillas de todos los colores y los hules y las palmas lucen grandes hojas de un verde jugoso e intenso.

Después de dejar Cartago atrás, durante un buen rato bordea la carretera una vegetación tropical y húmeda que, poco a poco, se va transformando en un paisaje casi alpino, con vacas pastando y pinos en la lontananza. Y, repentinamente, tras una revuelta del camino, la vegetación desaparece y todo lo invade una tierra marrón oscuro, salpicada de grandes rocas de lava; no queda ni un arbusto.

Cuando alcanzamos la explanada final, no eran ni las nueve de la mañana. El sol lucía con fuerza y unas cuantas nubes muy blancas empañaban el azul del cielo. Paola detuvo el coche.

—Aquí es —dijo—. Ahora tenemos que subir un poco. ¿Qué tal el pie?

Levanté mi bastón con una sonrisa.

—Tengo un fiel aliado. ¿Vamos?

Suspiró. Nos bajamos del automóvil y nos pusimos a andar lentamente por un camino, que se distinguía del resto del paisaje sólo porque las pisadas de la gente tenían más aplastada la tierra. Miré hacia arriba. No se veía un alma y tampoco me parecía que hubiera mucho sitio para esconderse.

Después de andar un centenar de metros, finalmente, coronamos un repecho de lava. Frente a nosotros había una gran extensión llana y, al fondo, cortado abruptamente, podía distinguirse el enorme boquete del cráter. Más allá, a lo lejos, se veía el valle de San José, estrecho y verde, y, en el horizonte, una cadena de montañas azules.

Una sola figura estaba inmóvil, de espaldas a nosotros, al borde del cráter. No se le veía muy bien porque nos separaban unos doscientos metros de él, pero era evidente que iba vestido con un uniforme de campaña verde y marrón.

Siguiendo el camino, nos bajamos del repecho y empezamos a andar por la explanada.

A medida que nos acercábamos, empezó a latirme el corazón más deprisa. Aquella figura, alta y poderosa, me resultaba vagamente familiar y, de repente, supe, sin lugar a dudas, con absoluta y terrible certeza, de quién se trataba. Noté que se me hinchaban las venas del cuello. Agarré el bastón con más fuerza y, por un momento, cerré los ojos sin dejar de andar.

Hacía viento. Lo notaba silbar en mis oídos y levantar a lo lejos torbellinos de polvo. Vi que Paola me miraba con curiosidad.

Como si nos hubiera oído a pesar del viento, el hombre del cráter se volvió de golpe. Siempre le había gustado demostrar que tenía un sentido felino de la anticipación.

Pedro.

Juro que vi rojo, como si una nube de sangre me hubiera enturbiado las pupilas. Creí que iba a ahogarme y, durante unos segundos, fui incapaz de respirar. Me latían las sienes y me dolía la nuca. Sentí que jadeaba.

Me parece que di un grito salvaje, como el de una fiera herida.

Paola empalideció, comprendiendo de repente quién era su comandante Ernesto. Levanté la mano izquierda y la empujé por el hombro, apartándola de mi lado.

Se me llenó la boca de bilis.

Pedro estalló en una carcajada estentórea y levantó los dos brazos; en el derecho llevaba su machete.

—¡Mi amigo Christopher! —exclamó, riendo—. Mi amigo Christopher, el traidor. Te he estado esperando... Sabía que me acabarías encontrando. —Se pasó la lengua por los labios—. Te he estado esperando.

Di unos pasos más y me detuve frente a él, a unos metros, al borde del cráter. Miré hacia abajo y, muy al fondo, podían verse unas grietas de lava incandescente, de las que estallaban burbujas parduzcas y humeantes. Hasta nuestros oídos subía un ruido, como un rugido, tenebroso y bronco.

—Te espera el infierno allá abajo, traidor —gritó.

No dije nada.

Respiré hondo y noté que me invadía un frío de hielo. Dejé de temblar y se me apaciguó la respiración. Había llegado mi hora.

—Sigues sin hablar, ¿eh? —Enarboló el machete y amagó dos grandes cortes en el aire—. Da igual. Vamos a terminar lo que empezamos en el *wadi*, ¿eh?

Dio dos pasos hacia mí y se detuvo, riendo. Muy despacio, levantó el brazo en ángulo recto. La punta del machete estaba apenas a un metro de mi estómago.

Me quedé totalmente inmóvil. Oí la voz de Dennis gritándome que doblara las piernas, que ése no era modo de esquivar, que lanzara el cuerpo hacia adelante, más, más, más, ¡más!

Miré a Pedro a los ojos y esperé a que se le entrecerraran, anticipando la decisión de echarse sobre mí.

Iba a ser cuestión de una décima de segundo.

¡Ahora!

Hice dos cosas simultáneamente: separé mi pierna izquierda y, doblando la rodilla hacia el suelo, incliné todo el cuerpo sobre ella. En el último instante, Pedro intentó corregir la dirección de su machete y el filo me rozó el brazo. Pero ya tenía comprometido el movimiento y perdió el equilibrio. Dio un ligero traspiés, al tiempo que yo apretaba un pequeño botón que había justo debajo de la empuñadura de mi bastón. Todo el fuste saltó, impulsado por un resorte y debajo apareció una finísima hoja de acero, tan fina como la de un florete. Sólo que más rígida. Tenía el brazo doblado y, a unos centímetros de mi pierna derecha, estaba el hombro derecho de Pedro. Estiré el brazo y le di un golpe en la clavícula con el filo de mi arma.

Soltó una exclamación sorprendida. No pude haberle hecho mucho daño porque no había espacio suficiente para imprimir fuerza al golpe, pero le hice perder la estabilidad y tuvo que apoyar una rodilla en tierra.

Con el mismo movimiento de regreso del brazo, le atravesé el hombro. Pedro dio un grito de dolor y cayó de espaldas. Su machete estaba en el suelo, unos metros más allá. La camisa se le llenó de sangre.

Suspiré y sentí que se me agarrotaba el estómago, pero estaba exultante. Me puse a reír y, en el espacio de un segundo, le atravesé el muslo. Dio un rugido de dolor. Intentó levantarse, pero apreté el pomo del bastón contra el suelo y lo removí. Se retorció de dolor y, echando la cabeza hacia atrás, aulló como una bestia agonizante.

—¿Qué dices ahora? —pregunté riendo—. ¿Qué dices ahora? ¡Ahora vas a pagar! —Saqué la hoja de su muslo y se le desbocó un chorro de sangre—. ¡No te mueras aún! —Levanté el brazo y, cuando me disponía a clavarle el bastón en el pecho, sonó un disparo.

El cuello de Pedro se abrió como un florón y dejó de moverse.

Me volví de un salto, con el bastón en ristre, dispuesto a atacar a quien me estaba robando mi venganza.

Staines, con las piernas separadas, aún sujetaba su pistola con las dos manos. Varió la dirección del arma y me apuntó. Bajé el bastón.

Unos metros más allá, Paola estaba quieta, con los ojos muy abiertos y las dos manos tapándole la boca.

Staines bajó la pistola y se acercó hasta donde estaba Pedro, caído al borde del cráter. Le miró y, luego, metió la punta de su zapato entre el cuerpo y el suelo. Con un esfuerzo, empujó y le hizo rodar sobre sí mismo, hasta que, muy lentamente, empezó a deslizarse por la ladera del cráter. Sin un ruido, Pedro desapareció en el vacío. En la arena quedó un gran charco de sangre.

—Ya has tenido tu venganza —dijo Staines—. No eres una bestia. No te pongas a su altura. —Me miró y chasqueó la lengua.

Solté el bastón y me acerqué a Paola. No sé por qué lo hice, pero me abracé a ella. Empecé a temblar y la garganta se me rompió en un sollozo.

Como si fuera un niño pequeño, Paola se puso a acariciarme suavemente la nuca.

Me hubiera gustado preguntarle a Pedro cómo había sabido en el *wadi* Ramm que yo le había traicionado.

Nadie nos molestó. Nadie nos disparó ráfagas de ametralladora desde los cuatro puntos cardinales. Pedro había sido tan fatuo que había acudido solo a la cita.

CAPÍTULO XXIII

Separándola con las dos manos apoyadas en sus hombros, miré fijamente a Paola. Había en sus ojos una especie de ternura y miedo y creo que, en ese momento, comprendió lo que habían sido mis dos años sin Marta, mi búsqueda de Pedro, el hervor de mi sangre con el ansia de venganza. No me parece que mi semblante fuera una visión agradable. Meneó la cabeza de derecha a izquierda varias veces y la mata de pelo le cayó sobre la frente. Apartó mi brazo de su hombro y, con el dorso de la mano, se empujó el pelo hacia atrás.

—¿Quién es? —preguntó, señalando a Staines con la barbilla.

—¿Larry? Larry es mi ángel de la guarda.

Staines chasqueó la lengua sobre el palillo y, avanzando prudentemente un pie, se asomó al cráter y miró hacia abajo. Sacudió la cabeza y, luego, se dio la vuelta y echó a andar hacia el repecho. Paola miró a su alrededor y, cuando los hubo localizado, se inclinó y recogió el fuste y el espadín, con exagerado cuidado de no tocar la sangre; encajó el uno en el otro y me entregó el bastón reconstituido.

Nos pusimos a andar en pos de Staines. A medida que avanzábamos, me iba sintiendo físicamente peor; la retirada de la adrenalina siempre tiene el mismo efecto.

Paola arrancó lentamente, tomando las primeras curvas con cuidado. Conducía sin decir nada y Staines nos seguía en su coche alquilado. Sentado en el asiento del pasajero, me encontraba francamente mal. Estaba seguro de que tenía fiebre. Alternativamente, rompía a sudar o tiritaba de frío y, entonces, el sudor se me helaba en la frente y mi cuerpo temblaba con violentos escalofríos. Me dolía el hombro derecho, supongo que por esfuerzo del primer golpe asestado a Pedro. Era curioso: no me había dado cuenta de la furia con que le había pegado.

Iba hecho una pena.

De vez en cuando, Paola torcía la cabeza y me miraba con aire preocupado. Cuando, por fin, llegamos al *bungalow*, me bajé del automóvil sin esperar siquiera a que estuviera completamente parado. Me dirigí al camino que baja a la playa y, al llegar a ella, sin detenerme, entré en el agua, vestido como estaba. Durante muchos segundos, estuve boca abajo, dejando que se me rizaran sobre la cabeza las pequeñas olas que rompían en la arena con un murmullo apacible. Después, me di la vuelta y estuve tiempo meciéndome en el mar.

Poco a poco, me fui tranquilizando y los latidos de mi corazón se serenaron. Me sentía mejor. Me puse de pie y volví a la arena seca. El agua me chapoteaba en los zapatos; me los quité y, con ellos en la mano, subí por el camino hacia la casa.

Staines, sentado en un sofá del salón, mordisqueando su palillo, ni me miró. Paola, en cambio, se puso de pie de un salto y vino hacia mí, con expresión angustiada.

—¿Ve lo que le dije? —preguntó Staines con indiferencia—. No le pasa nada. Un

baño en el mar y... como nuevo.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Paola.

—Bah... Bien... Ya se me ha pasado.

—Hay un traje de baño seco en la habitación donde durmió usted. Póngaselo y venga aquí a tumbarse. —Señaló uno de los largos divanes—. ¿Quiere tomar algo?

—Hombre —contesté—. ¿Sabe lo que de verdad me apetece en este preciso instante?

—¿Qué?

—Darme una ducha y tomarme un gigantesco *jaibol*. Staines chasqueó la lengua.

El primer *whisky* me lo bebí de un trago, sin sentarme. Con el segundo en la mano, me tumbé en el diván. Miré, primero, a Paola y, después, a Staines y levanté mi copa.

—Por los amigos muertos —dije con sarcasmo.

—No seas macabro. Me encogí de hombros.

—Qué más da.

—Bueno, asunto terminado —dijo Paola, juntando las manos. En su voz había una nota de satisfacción final. Separó las manos y apoyó la derecha en el asiento, pegada a su muslo—. Como dice Markoff, es usted peligroso y rápido. —Sonreí.

—Hombre... terminado... —interrumpió Staines—..., lo que se dice terminado... No sé qué decirle. —Estaba en su posición favorita: recostado contra el respaldo de su sofá, casi tumbado sobre él—. Chris, los misiles siguen ahí, al alcance del mejor postor... Los costarricenses siguen sin saber lo que tienen debajo del culo... Estamos como al principio y, un día de éstos...

—... Va a llegar un técnico libio con la intención de corregir la puntería de esos cacharos —dije. Staines me miró con sorpresa.

—Gadafi, ¿eh? Asentí solemnemente.

—Gadafi, sí, señor.

—Vaya, ya me parecía a mí que no podía faltar éste... Bueno, pues más a mi favor.

—Ya me ocuparé del libio, no se preocupen —aseguró Paola. A juzgar por lo que había hecho con Aspiner, el técnico libio corría grave peligro. Paola hablaba con seguridad, como si fuera una directora de empresa y estuviera decidiendo, no de la vida de una persona, sino de la suerte que iba a correr un cargamento de tubos de acero. Era una fuente permanente de sorpresas, lo eran sus bruscos cambios de dureza a suavidad, de crueldad a preocupación...

—Lo que yo digo —insistió Staines—. No hay nada resuelto.

—Bueno, Larry, al menos no hay un guerrillero dispuesto a robar los misiles... —Me quedé pensativo—. A menos de que le hubiera comunicado su plan a alguno de sus lugartenientes.

—Miré a Paola inquisitivamente.

—No —contestó—, me consta que no. El comandante... —se interrumpió—.

¿Cómo se llamaba de verdad?

—Pedro Ortega.

—Pedro... Siempre le conocí como Ernesto... bueno, pues, Pedro nunca contaba sus planes a nadie. No quería delaciones.

—Carraspeó y añadió en voz baja: —Sólo a mí... este...

Por un momento no dije nada, esperando a que terminara la frase. A veces soy muy perverso.

—Bueno, pues entonces, como dice Larry, estamos como al principio de toda esta historia: nadie en Costa Rica sabe que hay misiles de cabeza atómica plantados al sur de Cartago; la CIA tiene intención de desarmarlos a la primera ocasión que se le presente y yo... —Sonreí—..., no tengo ninguna intención de dejarles que lo hagan.

Paola se enderezó con un sobresalto y Staines volvió la cabeza hacia mí, con una expresión de cortés curiosidad.

—¿Qué quiere decir?

—Nada especial. Simplemente que no voy a dejar que se salgan con la suya.

Abrió mucho los ojos. Staines preguntó:

—¿Quiénes?

—El Club, Larry, el Club. ¿O es que ya no te acuerdas? Oye, tenemos un traidor en Washington, una persona que se ha vendido a un misterioso Club, que está decidido a nacerle la pascua a esta pobre gente. —Señalé a Paola con el pulgar—. Esa gentuza ha causado demasiadas muertes. Nos han tenido... nos tienen, nos tienen, ¿eh?, al borde de una catástrofe. Lo intentarán de nuevo, Larry. No sé de qué os sorprendéis... Lo intentarán de nuevo. Sólo que no voy a dejar que lo hagan.

Paola se había puesto muy pálida y me miraba fijamente.

—¿Y cómo lo vas a impedir? —preguntó Staines—. ¿Tú, el caballero de la blanca armadura, solo con tu lanza?

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—Con mi lanza, no, Larry. Con mi pluma... sólo con mi pluma.

Paola se revolvió furiosamente contra mí.

—¡No puede usted hacer eso! —gritó.

—¿Que no puedo? Ya verá usted si puedo —dije con irritación. No parecían entender nada; parecían querer ignorar la clase de personas con las que nos estábamos enfrentando—. Mire usted, Paola, a mí me acabará costando la vida... no me cabe la menor duda de que acabarán conmigo. Probablemente lo harán, pase lo que pase. Pero, al menos, a ellos les costará la ruina...

—¿Y cómo vas a hacerlo?

—Vine a Costa Rica a escribir unos artículos... Pues, van a tener sus artículos. Voy a escribir una serie que recordarán para siempre.

—¿Sobre el Club y su maldad? —preguntó Staines con socarronería.

—Sobre el Club y su maldad, sobre lo que pretenden, sobre...

—¡No puede usted hacer eso! —repitió Paola, casi desesperadamente. Se había

inclinado hacia adelante en su sofá, con el semblante tenso y los ojos despavoridos—. ¿No lo entiende? Eso sería el fin de Costa Rica. —Había una nota de súplica en su voz—. ¿No lo entiende? ¿No comprende que el escándalo provocaría la intervención de los Estados Unidos en Centroamérica?

—... Sobre sus métodos —continué obstinadamente, como si no hubiera oído. Me había ido poniendo progresivamente furioso y sentía un deseo imparable de destrucción; quería acabar con todo—. ¿Es tolerable que esa gente pueda campar por sus respetos, haciendo y deshaciendo vidas y haciendas y países? No señor. A poco que pueda, no voy a dejar títere con cabeza.

—¿Títeres? No va usted a dejar a nadie, por Dios. ¿No comprende lo que pasará en cuanto usted revele que hay misiles en la cordillera de Talamanca? ¿Cómo es la historia?... El Club controla los Estados Unidos, los Estados Unidos quieren destruir Centroamérica, el Club entrega misiles a las guerrillas, las guerrillas destruyen Centroamérica. Muy bonito —dijo con ironía. Había decidido intentarlo por otro lado—. ¿Y me quiere usted decir cómo va a demostrar todo eso?

—Muy fácil. Tengo el computador de Aspiner. Es toda la prueba que necesito.

—Perfecto. Usted cuenta al mundo que al sur de Cartago hay un racimo de misiles y la avalancha por el oro de California va a parecer un juego de niños. ¿No lo entiende? Todos, ¡todos!, acudirían como abejas a un panal de miel: guerrilleros, policías, nicaragüenses, la ONU, los mercaderes de armas y, sobre todo, los Estados Unidos. Los Estados Unidos tendrían que intervenir y no dejarían piedra sobre piedra. Desde luego, la suya sería una venganza sonada. Usted salvaría su honor y morirían centenares de miles de personas. Moriríamos todos, pero su ego quedaría satisfecho...

Me encogí de hombros.

—Y el suyo —respondí—. Tendrían ustedes su revolución, ¿no?

—¿Usted no me escucha cuando hablo? —preguntó con voz casi estridente—. No queremos que arrasen al país. Queremos salvarlo... queremos... queremos un país pacífico y próspero...

—¿Eso quieren los comunistas... Moscú? ¡Venga ya! —Hice un gesto despectivo con la mano.

—¡Sí! Y los costarricenses. —Sacudió la cabeza. Hubo un largo silencio.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Paola, por fin, con voz tranquila.

—Es una cuestión de moral... pura cuestión moral.

—Me encantan las cuestiones de moral en las que acaba muriendo hasta el apuntador —dijo Staines.

Paola le señaló con el dedo.

—¿Oye usted a su amigo? Saboreará usted su triunfo sentado sobre una pila de cadáveres.

—Una cuestión de moral —repetí tercamente—. No se les puede dejar que se salgan con la suya.

Con un tono de voz casi inaudible pero melodramático, Paola dijo:

—No se saldrá *usted* con la suya, señor Rodríguez.

Se levantó del sofá y, muy pausadamente, fue al aparador. Dándonos la espalda, abrió un cajón. Como si fuera la cosa más natural del mundo, se dio la vuelta sujetando en su mano un enorme revólver. Últimamente, todos los revólveres que estaba viendo eran enormes. El cañón me apuntaba directamente a la cabeza. Casi me reí, pero luego me lo pensé mejor y no moví un músculo. Moverse, en estos casos, suele ser fatal. Paola sujetó el arma con las dos manos y dobló ligeramente las rodillas, poniéndose en perfecta posición de disparo.

Staines no había cambiado de postura y, cuando habló, lo hizo en tono neutral y tranquilo.

—No haga tonterías y deje la pistola, ande. Esas cosas suelen dispararse, ¿sabe?

No se había movido y, sin embargo, en sus palabras había una amenaza tan clara que el ambiente se cargó de electricidad. Paola vaciló y, en ese momento, supe que no iba a disparar. Habíamos estado bien cerca de la tragedia, sin embargo; estas situaciones de histeria tienden a irse de las manos. Respiré profundamente y la tensión se relajó de golpe, como si de pronto hubiéramos abierto una válvula de aire.

—No me dé esos sustos, Paola... —dije.

Bajó la cabeza y se mordió los labios. Miró el revólver con curiosidad, casi como si le sorprendiera verlo en sus manos. Puso el seguro y, con mucho cuidado, lo colocó encima del aparador. Juntó las manos, dio dos pasos y volvió a sentarse. Todo había ocurrido en unos segundos, pero me había parecido una eternidad. Paola, sintiéndose en ridículo, enrojeció violentamente.

Staines chasqueó la lengua. Conociéndole como le conocía, estuve seguro de que había estado apuntando a Paola todo el rato.

—Chris, hombre —prosiguió como si no hubiera pasado nada—, tus amigos del Club se van a salir con la suya de todos modos. ¿Tú solito contra ellos? ¡Vamos, hombre! Te aplastarán como a una hormiga. Y, además, al final de todo, habrán conseguido lo que quieren. Tendrán a una Centroamérica arrasada, que es lo que deseaban para empezar. ¿Y crees tú que los Estados Unidos van a permitir que se hundan todos los poderosos? ¿Todos los que enriquecen al país? —Soltó una carcajada—. Venga, hombre. Y, además, te dejarán en ridículo.

Me levanté de golpe.

—¿Pretendéis que me vaya de aquí con un amigo menos, con una amiga muerta y con un enemigo asesinado, y que quede todo igual?

—Al menos, habrás tenido tu venganza. ¿No era lo que querías? ¿No querías vengarte de Pedro?

—Tom Perkins me dijo que no había quién pudiera con ellos —murmuré. Les miré a los dos—. ¿No os dais cuenta de que no puedo aceptar esta clase de derrota? No voy a poder vivir sabiendo que el Club campa por sus respetos tan ricamente.

—Pues vete a otro sitio, amigo mío, a vivir como te dé la gana, sin pensar en

ellos, porque esta batalla la has perdido.

—No tiene remedio —dijo Paola—, pero, por lo menos, vamos a quedarnos como estábamos.

—Hasta la siguiente vez, ¿no?

—Pues sí, señor Rodríguez. Hasta la siguiente vez. Eso es lo que habremos ganado: unos meses de tiempo, unos años de respiro. No podemos pedir más.

—Siempre puedes volver a Nueva York y borrar la memoria del computador que hay en el dúplex de Aspiner —interrumpió Larry—. Es un modo como otro de hacerles la pascua...

—... Humm... y de evitar que den la información del emplazamiento de los misiles a otro guerrillero —concluyó Paola.

—Lo harán en cuanto se enteren de que te has cargado a Pedro.

—Sí... hay que darse prisa, aunque durante días, Pedro, simplemente, habrá desaparecido. Ni saben que el señor Rodríguez está en Costa Rica.

No dije nada. Me di la vuelta y salí del salón al porche. Hacía mucho calor. Empujé la puerta de rejilla y me dirigí al camino que bajaba al mar.

Cuando llegué a la playa, me senté en la arena, agarrándome las rodillas con los brazos, y me puse a contemplar el mar que, con la anochecida, empezaba a volverse de color índigo.

Estuve así mucho tiempo, mirando a lo lejos, pensando en mi velero, añorando el golpe del viento en las velas, la sal sobre la piel, el balanceo rítmico y poderoso del casco sobre el agua. Suspiré profundamente y volví la cabeza.

A dos metros de mí, de pie e inmóvil, mirándome, estaba Paola, totalmente desnuda. Tenía una pierna levemente adelantada y los brazos le colgaban a lo largo de los costados. La armonía de aquel cuerpo, la belleza y sensualidad de sus líneas, me dejaron sin habla. Las clavículas se le dibujaban finamente bajo la piel tersa de los hombros. Los pechos, firmes y más grandes de lo que me había parecido entrever el día antes, los muslos, largos y musculosos, toda su anatomía daba una sensación de poder y elasticidad.

Me levanté.

—No le iba a matar, ¿sabe? Pero, estaba furiosa y...

Se interrumpió. Di un paso hacia adelante y, sin quererlo realmente, alargué mi brazo derecho.

No recuerdo muy bien cómo ocurrió, pero, de pronto, me encontré abrazándola y sorprendiéndome de la increíble suavidad de su piel. Aparté la cara para mirarla; tenía en su semblante una expresión de ansiedad. Frunció el ceño. Muy despacio, me incliné y la besé.

Sentí que un viejo fuego olvidado se me reavivaba en el estómago y, de manera completamente natural, apareció delante de mí la imagen de Marta. ¡Dios! ¡Era a Marta a quien añoraba, era su cintura la que quería estrechar, eran sus labios los que quería tener sobre los míos! De un golpe, se me heló la sangre y noté que todos mis

músculos se tensaban.

Me separé de Paola y estuve un rato mirándola sin verla. Bajé la cabeza con una violenta sacudida.

Cuando alcé de nuevo la vista, en su cara había una mezcla de dolor y de sorpresa. Estaba sorprendida consigo misma, me parece.

—Lo siento —dijo en voz baja—. Lo siento. Usted... usted me llena de confusión, me desestabiliza mi mundo... No sé...

Lentamente, se dio la vuelta y entró en el agua.

A la mañana siguiente, Staines había desaparecido.

Regresamos a San José en silencio. Paola me llevó al hotel para que recogiera mis cosas, y en el ascensor, guiñó un ojo a Rene.

—Sí, señor —dijo.

Al llegar al aeropuerto, Paola detuvo el motor y se quedó quieta, con las dos manos apoyadas en el volante. Me incliné contra la portezuela y levanté la mirada.

—Gracias —dije. No me contestó.

Abrí la puerta del coche y salí a la acera. Recogí mi bolsa del asiento trasero.

—Siento no haber sacado fotos.

Volvió la cabeza hacia mí y me miró largamente, sin decir nada.

CAPÍTULO XXIV

En Nueva York hacía frío. Probablemente, aquella misma mañana, había caído una buena nevada. Parecía como si los automóviles aparcados se hubieran empotrado en los enormes montones de nieve apilada al borde de las aceras. Las calzadas estaban más o menos limpias tras el paso de las máquinas y, sin embargo, las ruedas de los coches, al circular, dejaban regueros de barro dibujándose de mil maneras en el asfalto y levantaban una nube de agüilla parduzca que acababa manchando los parabrisas de los que les seguían. Mi taxista no iba muy contento y mascullaba blasfemias y amenazaba con la determinación con que lo hacen los neoyorquinos, siempre empeñados en una áspera pelea contra sí mismos.

La casa de Pat en Brooklyn Heights tenía luz en cada una de sus ventanas. Seguramente, mis sobrinos andaban corriendo de un sitio para otro y las habían encendido para evitar los sustos que solían dar los mayores a los pequeños.

Tina abrió la puerta con la brusquedad de la persona que, siempre ocupada, hace las cosas deprisa y con total ahorro de movimientos. Su mirada inquisitiva se volvió, de golpe, tierna, al reconocermela.

—¡Chris! —exclamó. Y se abalanzó a mis brazos—. ¡Por Dios, qué miedo hemos pasado!... No sabíamos dónde estabas... tu coche saltó por los aires... Pat tuvo que ir a Washington, ¿sabes? Ay, Dios mío. ¡Pero, pasa, hombre! Que te vas a helar. —Se apartó de mí y tiró de mi brazo, arrastrándome hacia el interior de la casa. Cerró la puerta de la calle, me sonrió y, poniéndose de puntillas, me plantó un beso en la boca—. ¡Qué alegría!... ¡Pat! —gritó, volviéndose hacia el salón.

—¿Qué pasa? —Con un periódico en la mano, Patrick se asomó desde el cuarto de estar. Bajó el periódico, se apoyó en el quicio de la puerta y se quedó callado, sonriendo.

Repentinamente, mis cuatro sobrinos entraron en tromba en el vestíbulo y se lanzaron sobre mí. Mi ahijada llevaba puesto el corpiño de baile que le había regalado unos días antes.

—¡Eh! —exclamó, riendo, Tina—. ¿Queréis dejar en paz al tío Chris?

—¿Te vas a quedar? ¿Te vas a quedar? —preguntaron todos a coro.

—Claro que sí. Me voy a quedar. Luego, me daré un baño bien caliente y, mientras me lo doy, os contaré mi última aventura.

—¡Uy! —dijo Marta—. ¿Vas a estar desnudo? —Y se llevó una mano a la boca.

—Claro, pero, como me lo voy a dar con espuma, no me veréis... Hale, a trotar por ahí —dije, empujándoles suavemente.

—Ven para acá —dijo mi hermano—. Siéntate y cuenta, que nos has tenido sobre ascuas.

—No hay mucho tiempo, Pat. Estamos en una carrera contra reloj... —Me puse serio—. Encontré a Pedro, ¿sabes?

Me miró fijamente y no dijo nada. Luego, me dio una palmada en la rodilla. Tina,

sentada a mi derecha, suspiró y dijo:

—¿Quieres tomar algo?

—Dame un *whisky* con agua, anda...

Se levantó a servirme la bebida y, desde la cocina, gritó:

—¡No habléis de nada hasta que yo vuelva!

Sonreí. Cuando finalmente tuve el vaso en la mano, dije:

—¿Sabes, Pat? También averigüé quién mató a Alcom Aspiner.

—La chica, ¿eh? —Mi hermano levantó la barbilla.

—La chica —contesté, asintiendo con la cabeza—. Fue tal y como lo imaginaste. Está en Costa Rica. Cogió un avión de vuelta desde Nueva York la noche en...

—¿Que has estado en Costa Rica? —interrumpió Tina.

—Sí, señor, allí he estado.

—¿A buscar a la chica?

—No, mujer... Todo ha sido una casualidad, un lío de coincidencias en el que me ha metido precisamente éste —dije, señalando a Pat.

Y les conté toda la historia, tal y como yo la conocía. Apenas omití un detalle o dos. No me interrumpieron. Sólo al terminar, Tina dio un silbido y dijo:

—Caray, Chris, parece como de novelón de la tele. Menudo jaleo.

—Desde luego —dijo Pat—. Y ahora te faltan dos cosas por hacer, ¿eh?

—¿Dos? —pregunté.

—Humm. Primero, tienes que localizar al traidor de Washington.

Asentí.

—¿Y segundo?

—Y segundo, tienes que impedir que el Club siga haciendo el bestia, oye, que estos tíos acaban con nosotros.

—¡Hombre, Pat! Eres la primera persona sensata con que me encuentro en los últimos tiempos.

Puso cara de sorpresa.

—Tú, igual que yo, eres partidario de castigar al Club. Todos los demás, incluidos Tom Perkins...

—¿El senador? —preguntó Tina.

—El senador... Johnny Mazzini y Larry Staines opinan que es una locura y que no se puede hacer.

—¿Por qué?

—Porque son demasiado fuertes y porque dicen que no serviría de nada. Larry dice que se reirían de mí...

—¡Sí, seguro! Con unos artículos tuyos en el *New York Times* se iban a reír seguro.

—Un momento —dijo Tina—. Eso que dice Larry no me parece una tontería. Esta gentuza parece muy fuerte, ¿cómo os diría?, dan miedo, ¿no?... Son capaces de... de cualquier cosa. Oye, que os matarían... Y además, seguro que tienen

recursos para reírse de vosotros.

Pat y yo nos miramos en silencio. Levanté la cabeza y saqué el paquete de cigarrillos de mi bolsillo. Encendí uno y, con él en los labios, dije:

—¿Sabéis lo que dice del Club Tom Perkins?

—¿Qué?

—Que no se les puede derrotar porque ellos son los Estados Unidos. —Eché el humo por la nariz.

—Por lo menos, podrías hacerles la pascua, ¿no?

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, borrando la memoria del computador de Aspiner.

—Eres un sabio, Pat. Lo mismo dice Larry. Pero ¿cómo entramos en la cámara acorazada?

—Lo tengo pensado, Chris. No es muy legal y cuesta subir veintiún pisos a pie, pero se puede hacer.

—¿Ah?

—Sí hombre, no me mires así. Se puede hacer. Tú déjame a mí. Sólo tenemos que esperar a la señal.

—¿La señal? ¿Qué señal?

—*La Abuela*.

Levanté una ceja y me quedé callado. Tina se frotó las manos.

—¿Queréis cenar?

—Estoy hambriento —dije—. Mira, mientras preparas la cena, me voy a dar un baño.

Estaba escrito que no cenaríamos esa noche ni que yo me iba a dar un baño. Sonó el teléfono. Pat alargó el brazo y descolgó el auricular. Escuchó durante un momento sin hablar, mirándome fijamente, y, finalmente, colgó.

—Vamos —dijo.

—¿*La Abuela opera por transmisión de pensamiento o qué?*

—No, *la Abuela* me llama cada vez que entra Nick Lattimer en el dúplex de Aspiner... Le dije que esperaríamos a que volvieras tú.

—Pues vamonos.

—¿Llevas la pistola?

—En mi bolsa de viaje está.

Tardamos quince minutos en llegar al rascacielos de la calle 51. Aparcamos el coche de Pat en la esquina de la Primera Avenida y nos acercamos andando hasta donde estaba una camioneta azul, detenida en frente de la puerta de entrada del edificio. La camioneta no tenía más ventanillas que las del asiento del conductor; el resto estaba herméticamente cerrado a las miradas de curiosos. Pat dio tres golpes en la portezuela trasera e, inmediatamente, ésta se abrió.

En el interior, a la luz difusa de una bombilla azul, podía distinguirse una repisa metálica que ocupaba todo un costado de la camioneta. Sobre ella había un

considerable número de aparatos electrónicos, monitores e, incluso, un pequeño receptor de televisión.

La Abuela estaba sentado sobre un taburete y tenía puestos unos auriculares. Se apartó un poco el que cubría su oreja derecha para poder oírnos.

—Abuela —dije, inclinando un poco la cabeza.

—¡Pero hombre, si está el fotógrafo! ¿Dónde te metes? Te hemos estado esperando. —Se volvió hacia Pat—. ¿Podemos empezar el espectáculo?

—Vamos, *Abuela*.

Se quitó los auriculares, recogió su maletín del suelo y dijo:

—Vamos.

Pat me tocó en el brazo.

—Un momento, Chris. Toma esto. Te va a hacer falta. —Y me entregó una media de seda de las que se ponen los atracadores para taparse la cara.

Levanté las cejas.

—¿La pistola? —Asentí.

Pat empujó la puerta y saltó a la acera.

—¿Cuánta gente está con él allá arriba?

—Los dos guardaespaldas de siempre, jefe.

—Muy bien. ¿Quién está en la portería?

—El viejo MacDougall.

Pat miró a derecha e izquierda, antes de decidirse a cruzar la calle. Unos metros más allá, una farola iluminaba un montón de nieve, detrás del que, quieta y rígida, podía distinguirse la silueta de un hombre. Los tres nos quedamos inmóviles mirándole. Apreté la mano sobre la empuñadura de mi bastón. Hay veces en que se pone uno verdaderamente histérico. El hombre se movió.

—Larry —dije—. ¿No podrías intentar hacer apariciones menos dramáticas?

Staines se acercó, andando despacio.

—Se está mejor en Costa Rica —dijo, con voz tranquila—. Este tiempo es una mierda.

—Nunca dejas de sorprenderme.

—Larry —dijo mi hermano—, éste es *la Abuela*.

—Qué hay. —Se cambió el palillo de lado—. ¿Ibais a ir de fiesta sin mí? Y yo, ¿cuándo me voy a poder divertir?

Cruzamos la calle. Unos metros más allá de la entrada principal del rascacielos hay un pequeño pasadizo que conduce a la parte trasera de la casa, sobre la que se abre una salida de incendios. Es una vieja puerta metálica, de las que sólo pueden abrirse desde dentro, empujando una barra que las atraviesan de derecha a izquierda. En una de sus visitas anteriores, Pat había colocado una cuña de cartón debajo de uno de los goznes, con lo que la puerta había quedado ligeramente entornada. Era evidente que aquel pasadizo no era utilizado nunca.

De su maletín, *la Abuela* sacó un destornillador y, haciendo palanca, abrió la

puerta. Entramos los cuatro y mi hermano se llevó el dedo índice a los labios. Con la otra mano, señaló la escalera. Empezamos a subir; un piso más arriba, había una puerta de doble hoja: la salida al vestíbulo principal.

Seguimos subiendo.

Veintiún pisos son muchos pisos. Tardamos casi media hora en subirlos, parando de vez en cuando para recuperar el aliento. *La Abuela* jadeaba; entre todos le ayudamos a subir su maletín. Pesaba como un ataúd.

Al llegar arriba, nos detuvimos detrás de la puerta que daba al descansillo. Pat, siempre precavido, llevaba una media de seda de más. Se la entregó a Staines. Todos nos tapamos las cabezas. La cara me empezó a sudar inmediatamente.

Nos apiñamos detrás de mi hermano. Levantó su revólver y nos miró. Asintió con la cabeza y empujó suavemente la puerta. Miró por la rendija e hizo un gesto negativo. Abrió la puerta del todo y salimos al descansillo. La puerta del dúplex estaba cerrada. Pat se acercó a ella y apretó el timbre. Apartándose un poco, levantó una pierna y esperó.

A los pocos segundos, se oyó que giraba el picaporte. Sin esperar a más, Pat pegó una patada en la puerta y ésta se abrió violentamente. A medio camino, rebotó contra algo que había detrás de ella. Se oyó una exclamación de dolor. Pat se abalanzó por la abertura y sin detenerse corrió hacia el salón, con *la Abuela* y yo pisándole los talones. Miré hacia atrás; Staines apuntaba con su pistola al guardaespaldas que estaba caído en el suelo. Tenía sangre en la cara.

En el salón, Pat, agachado y con la pistola sujeta con las dos manos, apuntaba al segundo guardaespaldas, que había levantado los brazos y estaba quieto junto a la ventana.

La Abuela y yo seguimos, sin detenernos, hacia la biblioteca. La chimenea estaba corrida perpendicularmente al resto de la habitación. La chimenea había ocultado un pequeño pasaje de paredes metálicas. Entramos por él. Detrás del pasadizo, había una enorme sala, llena de consolas y armarios metálicos. Cada armario tenía una ventana, detrás de la cual podían verse cintas girando en tambores de colores grises y azules. En medio de la sala, una gran mesa en forma de media luna sostenía una pantalla y varios teclados. Sentado ante ella y mirándonos con cara de sorpresa estaba Nick Lattimer, el célebre banquero. Debíamos estar guapos. Lattimer se había quitado la chaqueta y estaba en mangas de camisa, una impecable camisa de seda color crema.

—Señor Lattimer —dije. Mi voz sonaba como si estuviera hablando a través de un pañuelo—. Levántese, por favor. —Lo hizo—. Apártese un poco de la mesa. Gracias. —Sin dejar de apuntarle, me volví hacia *la Abuela*—. ¿Quieres mirar eso un poco?

La Abuela se acercó a la mesa. La gran pantalla estaba encendida y, en ella, aparecían unas líneas escritas en color verde fosforescente.

—Aquí hay lo que yo llamaría una clave —dijo, señalando con el dedo a un

pequeño marco de latón atornillado a la mesa. Un tarjetón había sido introducido en él—. ¿Qué quieres que haga?

Lattimer, completamente aterrado, se había colocado detrás de la mesa. Su cara ofrecía un aspecto pálido y le temblaban las manos.

—Quisiera que apagaras el computador para que volvamos a empezar desde cero.

—¿Para qué?

—Ahora te lo explicaré.

La Abuela pulsó rápidamente una serie de teclas. La pantalla se apagó.

—Ya está —dijo—. ¿Y ahora?

—Enciéndela.

—Ya está.

—Bueno. Esa clave que tienes ahí es la de nuestro hombre de Washington. Es la que esta gente usa, la que les facilitó quienquiera que sea, ¿no?

—Desde luego. —Lanzó una exclamación de sorpresa y se sentó en la silla.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Levantó una mano y me hizo señas de que me callara. Durante un buen rato, estuvo manipulando el teclado y, finalmente, levantó la cabeza.

—Había oído hablar de esto —dijo con tono triunfal—, pero no sabía que ya lo hubieran fabricado. ¡Qué bárbaros!

—¿Qué es?

—Estos tíos —sacudió la cabeza—, han inventado el ladrón perfecto. Es un lío explicártelo, pero, con esta generación de ordenadores que funcionan a base de impulsos sónicos, ASPCOMP ha fabricado una pantalla, un campo electrónico, que es como una especie de cortina: escribes sobre ella, los impulsos llegan a la memoria, el ordenador cumple tus instrucciones y... no dejas ni rastro de tu paso. Por ejemplo, si tienes que firmar para que el ordenador te obedezca, firmas, el ordenador te obedece y luego tu firma no aparece por ningún sitio.

—Ahora comprendo cómo no aparecía el nombre del ladrón por ningún sitio, ¿eh?

—No sé de qué me hablas... ¿Qué quieres hacer ahora?

Me acerqué a la mesa.

—¿Es ésa la clave? —pregunté, señalando al pequeño marco de latón.

La Abuela asintió con la cabeza.

—Bueno, pues prepárame el computador para que lo empiece a utilizar.

—¿Con clave o sin ella?

—Sin ella. Ya la marcaré yo.

Pulsó unas teclas y, en el ángulo superior izquierdo de la pantalla, se iluminó la palabra «Ready». El ordenador estaba preparado.

—Déjame que me siente.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a borrar toda la memoria. —Levanté la vista y miré al banquero. La malla

de seda me apretaba la nariz y tenía ganas de rascármela—. El señor Lattimer recordará que Malcom Aspiner estaba pisando los callos de nuestra organización en Miami. Le avisamos muchas veces. —Lattimer puso cara de sorpresa; no sabía de lo que le estaba hablando—. Esta vez, vamos a borrarle la memoria. Es nuestro último aviso. La próxima vez, nos pondremos serios. —Me volví hacia *la Abuela*. No podía distinguirla la cara, pero seguro que me estaba mirando como si estuviera loco—. Llévate al señor Lattimer al salón y dile a los compañeros que le inmovilicen de espaldas a la biblioteca. No quiero que hable o mire a la cámara. No tengo ninguna gana de que nos deje encerrados.

Apuntándole con el revólver, *la Abuela* se llevó a Lattimer. A los pocos segundos, regresó.

—¿Me quieres decir de qué carajo estabas hablando? —preguntó—. Sonabas como si fueras un mafioso.

—Un pequeño truco bastante burdo, *Abuela*. Así le tenemos confuso durante un tiempo. Sugiriéndole que esto es una venganza de mafiosos, a lo mejor, le tenemos dando vueltas en redondo durante un rato y no le da tiempo a avisar al traidor en Washington, antes de que yo llegue hasta él.

—No sé muy bien de qué estás hablando, Chris.

—Verás: tenemos tres sospechosos. Una de tres personas dio la clave a Aspiner. Cada una de las claves es diferente... Vamos a averiguar quién fue.

—Ya. Vas a poner la clave y, uno por uno, los tres nombres. Cuando el ordenador te diga que está preparado para funcionar, será porque ha reconocido el nombre correcto que concuerda con la clave. Y tendrás a tu traidor.

—Exactamente.

Me quité la máscara de malla y me rasqué la nariz. Miré a la pantalla. La palabra «Ready» seguía luciendo tranquilamente.

Leí la clave en el pequeño marco de latón: «Diez espacios». Pulsé diez veces la tecla espaciadora. «Cuatro veces a.» Lo hice. «Punto y aparte». Le di a la tecla. «Setenta y dos». Marqué un siete y un dos. «Diez espacios. Punto y aparte».

La pantalla seguía diciendo «Ready».

Muy lentamente, escribí «Henry fulton». Por encima de mi hombro, *la Abuela* dio un silbido.

La máquina no echó humo, no gritó, no hizo nada.

—Dale a la tecla de *enter* —dijo *la Abuela*.

Levanté la mano y acerqué el dedo índice a la tecla. Me quedé en suspenso durante unos segundos y, por fin, bajé la mano y pulsé la tecla.

Inmediatamente, en pantalla, una mano invisible empezó a escribir de izquierda a derecha: «La información no es correcta. No tengo autorización para ejecutar».

Respiré hondo.

La pantalla se apagó.

—¿*Abuela*?

Por encima de mi hombro, *la Abuela* apretó unos interruptores; se encendió la pantalla y escribió «Ready».

Repetí la clave y, rápidamente, escribí «Henry Masters».

«La información no es correcta. No tengo autorización para ejecutar».

Me quedé absolutamente inmóvil.

—Carajo —dije.

—Es el tercero, ¿eh? —preguntó *la Abuela*, encendiendo nuevamente la pantalla.

Escribí la clave y, a continuación, «David Gardner». La palabra «Ready» desapareció. Una rápida línea de puntos verdes recorrió la pantalla y, finalmente, en su centro, en letras más grandes, apareció nuevamente «Ready».

El ordenador estaba listo para darme la información que quisiera. Toda la información secreta de los Estados Unidos.

Me recliné contra el respaldo de la silla. *La Abuela* se quitó la careta.

—*Abuela*, ¿cuánto tardarías en borrar esta memoria?

Me miró y se pasó la lengua por los labios.

—Unos diez segundos.

—¿Toda entera? —pregunté, sorprendido.

—Sí, señor. Enterita. —Y soltó un graznido. La cara se le arrugó aún más. Estaba riendo.

—Pues, venga. —Me levanté para dejarle que ocupara mi sitio.

Se sentó y se puso a teclear frenéticamente. Un pitido agudo sonó en la sala. Unos segundos después, la pantalla se apagó definitivamente.

—Hala —dijo *la Abuela*—, a freír puñetas. —Y dio un nuevo graznido. Se levantó de la silla.

Me metí la mano en el bolsillo, saqué la pistola y enderecé el brazo. Apunté a la pantalla. Apreté el gatillo y el disparo sonó en aquella sala hermética y metálica como si hubiera sido el trueno del fin del mundo. La pantalla saltó hecha añicos y unos cuantos cables dieron un chisporroteo alegre y totalmente irrespetuoso.

—Vámonos —dije—. Ponte la máscara.

En el salón, los dos guardaespaldas y Lattimer estaban boca abajo en el suelo. Tenían los tobillos y las muñecas firmemente atados y la boca tapada. Todo artísticamente hecho con esparadrapo. Staines es un genio. Perfectamente inutilizados durante, más o menos, una hora. Justo lo que necesitábamos para desaparecer.

—Llévame al aeropuerto Kennedy —le dije a mi hermano. En la acera del terminal, me bajé del coche y me volví hacia Pat.

—Cuídate. Cuida a los tuyos. Ya te diré dónde estoy, ¿eh, viejo?

Sonrió.

—Le alegras la vida a cualquiera —dijo.

Me metí las manos en los bolsillos y estuve mirando el coche hasta que desapareció en el tráfico de salida. A mi lado, Staines dijo:

—Es un buen tío. ¿Vamos de caza?

CAPÍTULO XXV

Descolgué el teléfono y marqué el número de Pennsylvania Avenue.

—Diga.

—Soy Christopher Rodríguez.

Silencio. Luego, nuevamente:

—Diga.

—Tengo que volver. —Una tontería, para señalar que estaba en peligro y que necesitaba hablar urgentemente con John Lawrence.

—¿Clave?

—*Shipmaster*. —*Desde luego, nos inventamos unas cosas totalmente ridículas*. —
¿Scrambler?

—Está.

Hubo un ruido de conexión e, inmediatamente, al otro lado del hilo telefónico, sonó la voz de John Lawrence.

—Por Dios, Chris, ¿dónde estás?

—En Washington, John. Tengo que volver.

—¿Necesitas cobertura ahora?

—No. Tengo que ver a Gardner. Es *urgente*, John.

—Está visitando a su madre.

John Lawrence era inocente. En caso contrario, no me hubiera dicho dónde estaba el bueno de Gardner. Respiré con alivio.

—Gracias, John.

David Gardner, modelo de hijos, tenía una costumbre totalmente atípica: una o dos veces al mes visitaba a su madre, en un hogar de ancianos en el que la tenía alojada. Me había opuesto muchas veces a estas excursiones: aunque eran un secreto bien guardado, me parecía ridículo que acudiera solo. Sus guardaespaldas se quedaban en el pueblo que está justo antes del gran parque del asilo y allí tomaban un café, esperando a que Gardner regresara de su visita. Solía tardar un par de horas.

Marqué el número de la embajada soviética.

—Embajada de la Unión Soviética, dígame.

—¿Cómo dice? —pregunté, poniendo voz de sorpresa.

—Embajada de la Unión Soviética.

Reí.

—Le va a parecer mentira... Quiero decir que le pido perdón. Me he equivocado de número. Fíjese que quería llamar a la tintorería... —Imaginé los circuitos de la CIA activándose como locos, los analizadores de voz, los micrófonos...

«Me temo que va a haber que darse prisa», pensé. La embajada me colgó el teléfono. Va quedando poca gente con buenos modales.

Volví a llamar a Pennsylvania Avenue.

—¿John?

—Chris, ¿qué pasa?

—No puedo entrar en contacto con Gardner. —Puse voz de angustia—. Voy a Langley.

—¿Masters?

—Masters. —Colgué.

Los lavabos del Club de Prensa de Washington están desgraciadamente tan sucios y destartados como el resto del edificio, lo que es útil a la hora de tener entrevistas discretas: nadie los utiliza si no es absolutamente indispensable. Markoff se lavó cuidadosamente las manos. Me dio la espalda para secárselas y me miró a través del espejo del lavabo.

—Amigo mío —sonrió secamente—, el truco de la tintorería empieza a estar algo desgastado.

—Ha sido la última vez, Vladimir. —Levantó una ceja; me había comprendido bien—. Tiene usted poco tiempo. Le parecerá raro, pero, en este momento, Gardner está visitando a su madre en un asilo de ancianos en Virginia.

—¿Sí?

—Hasta que salga del parque del asilo, estará solo.

Le di la dirección. Con total frialdad, acababa de condenar al bueno de Gardner a muerte.

—¿Por qué me lo dice?

—En recuerdo del sur de Cartago...

—¿Encontró usted su venganza?

Asentí.

—Es un plato bien frío, ¿verdad?

—Adiós, Vladimir.

—Adiós, mi joven amigo. —Salió apresuradamente del lavabo.

Suspiré. Bajé nuevamente a la calle y descolgué el auricular de uno de los teléfonos públicos. Marqué el número directo de Masters en Langley.

—Masters. —La misma voz seca y cortante de siempre.

—Señor, le habla Christopher Rodríguez.

—Me han dicho que está usted en Washington y que ha pedido volver.

—Sí, señor.

—Venga ahora mismo.

Me entró la vaga aprensión de estarme metiendo en la boca del lobo. Pero no había más remedio.

Masters debía haber avisado, porque me subieron a su despacho inmediatamente. Levantó la vista de sus papeles y me miró con curiosidad.

—Siéntese. Y ahora, cuénteme.

Estuve hablando sin interrupción durante una hora. Una vez, cuando le conté la rocambolesca historia de nuestro asalto de la noche anterior al dúplex de Aspiner y la

sorpresa de Lattimer, sonrió. El resto del tiempo estuvo serio e inmóvil, mirándose casi sin pestañear.

Sonó un teléfono. Lo descolgó y dijo:

—Masters. —Repentinamente, soltó el lápiz que había tenido en la mano y se enderezó en su asiento. Cerró los ojos. Sin añadir palabra, colgó el auricular.

—¿Le pasa algo, señor?

—Nada... —Tosió—. Siga.

—Queda poco más, señor. Teníamos un traidor, un *topo*. Como ha visto usted, no es un *topo* soviético, como habíamos pensado al principio. Es nuestro agente del Club. La verdad es que no sé cómo calificarle, si de traidor o de patriota. Lo ha podido usted comprobar por mi relato; ése es el verdadero fondo del asunto. David Gardner nos traicionó por patriotismo... —Meneó la cabeza—. ¿Qué va usted a hacer con los misiles, señor?

—Ahora que, gracias a usted, ya no están en peligro, probablemente nada.

—Ya.

Guardó silencio durante unos segundos. Miró hacia la ventana y, después, fijó la vista en mí nuevamente.

—David Gardner ha muerto, Christopher.

Me pareció oportuno dar un brinco en mi silla.

—¿Qué?

—Ha muerto. La llamada de hace un momento... —añadió, señalando el teléfono.

—¿Cómo ha sido?

—Un disparo en la cabeza.

—Pero ¿dónde le cazaron?

Me miró con severidad: no se *caza* a la gente. Cuestión de semántica.

—Ya sabe usted que visitaba regularmente a su madre... Hice un gesto de frustración, levantando bruscamente la barbilla.

—¡Siempre dije que me parecía una locura que lo hiciera sin protección, señor!

—Pues, ya ve usted —dijo Masters. Se mordió el labio inferior.

—¿Se sabe quién ha sido?

—Juran que tiene que haber sido Markoff.

Me levanté de un golpe.

—Voy a por él.

El director de la CIA alzó una mano.

—Siéntese —dijo con voz cansada—. Son las reglas del juego... En el fondo, Gardner ha pagado ahora por la operación del Midwest americano, ¿no le parece? Lo que son las cosas de la justicia retributiva: los soviéticos nos han acabado haciendo un favor y, de un plumazo, nos han quitado de encima el problema de Gardner. —Asintió con la cabeza y se quedó pensativo—. Ya nos ocuparemos de Markoff. —Apretó los labios y, durante unos segundos, estuvo dudando. Finalmente, arrugó el

entrecejo y dijo—: En... Christopher...

—¿Señor?

—Eh... tengo una proposición que hacerle.

—Usted dirá.

¿Qué diablos me iba a contar ahora?

—Quiero que tome el puesto de Gardner.

Me quedé de hielo. La ironía tan increíblemente cruel, el sarcasmo absoluto de aquella proposición, me cortaron el habla. Miré a Masters con asombro, pero, por la seriedad de su semblante, vi que me había hablado con total honradez. Me estaba ofreciendo el puesto de Gardner. ¡A mí!

Poco me faltó para soltar una carcajada. Por pura histeria, ¿eh?, no porque la situación me hiciera gracia.

—Bueno... yo... esto... —balbuceé—... no sé qué decirle, señor. Yo... no sé que decirle —concluí, bajando la cabeza.

Masters tenía la mirada clavada en mi rostro. Asintió varias veces mudamente, volvió a coger el lápiz y empezó a batir con él un ligero ritmo sobre la mesa.

—Piénseselo, Christopher. No me conteste ahora. Piénselo hasta mañana. — Sonrió con angustia.

Apreté las mandíbulas. Después de unos segundos, dije:

—Sí, señor. Muchas gracias. Mañana tendrá usted la contestación. —Me puse de pie, le hice una breve inclinación de cabeza, me di la vuelta y salí de su despacho.

Iba como un sonámbulo. Sabía que me tenía que detener a pensar un poco en todo esto, a reflexionar sobre una situación que me resultaba tan increíblemente ridícula, que me parecía hasta ofensiva.

Eso es lo que era la oferta de Masters: un insulto personal.

Miré hacia atrás, contemplando por unos segundos la imponente mole de Langley. Luego me di la vuelta y seguí andando.

La idea de que yo fuera a sustituir al bueno de Gardner al frente de aquella pandilla de asesinos me parecía obscena. ¡Pero si le había matado yo! De modo que no es que yo fuera una virgen sin mancha. Y, por otra parte, ¿quién era yo, quién era cualquiera, para tirar la primera piedra contra aquella institución? ¿Quién era yo para dudar de la necesidad de su existencia? Yo había sido su instrumento, ¿no?

En este mundo, además, todo es necesario: el espionaje, las muertes, las operaciones de desestabilización. Todo se hace en nombre de la defensa del supremo bien de la patria.

Yo no discutía el concepto. Las he visto de todos los colores en mi vida y mis baremos de tolerancia tienen el diámetro del cráter del volcán Irazú.

Lo que me producía repugnancia, sin embargo, era pensar que yo podía meterme aún más en esa espiral maloliente, hundirme sin remedio y sin salida posible en ese fango.

No señor. No sería yo.

Me quedaba aún un resto de individualidad, un mínimo de libertad. Durante unas horas más, tenía libertad de movimientos. Me quedaban unas horas, apenas unas horas, para volver a ser lo que siempre había querido ser: un hombre solo.

¿Enemigos? ¿Amigos? ¿Había sido Gardner mi amigo? ¿Es Dennis, el que me salvó la vida, el que mimó mi regreso a la existencia, mi enemigo? ¿Es Markoff, el que compartió mi pan y mis canciones y mi barco, mi enemigo? ¿Y Marta? ¿Valía la vida de Marta haber conseguido una pequeña ventaja táctica en la lucha diaria entre Oriente y Occidente? Santo Dios.

Volví a casa en un coche oficial.

—No me espere —dije.

Hice un par de llamadas y subí a mi habitación. Recogí unas cuantas cosas, miré a mi alrededor y salí del cuarto. Cerré cuidadosamente la puerta y bajé las escaleras.

El *Marta* se mecía apaciblemente en el agua y su casco blanquísimo resplandecía en la primera sombra del atardecer. Una estrella había aparecido sobre el horizonte.

Miré a mi alrededor, buscando al marinero para que me llevara hasta el barco. No estaba.

De las sombras en que estaba inmerso el pequeño astillero que hay en el muelle, se apartó una silueta. Al principio, no supe quién era, pero después que dio unos pasos en dirección a mí la reconocí. Llevaba puestos unos *jeans* azules y viejos y, debajo de un anorak verde, asomaba un grueso jersey de lana. Su larga melena le caía sobre la cintura. En la mano, traía un bolsón de plástico.

—¿Qué hace usted aquí? —pregunté.

Paola se encogió de hombros. Estaba guapísima.

—He venido a buscarle.

—¿Cómo sabía dónde encontrarme?

—Me temo que se lo dije yo —contestó Staines desde detrás de mí.

Me volví a mirarle.

—¿Por qué, Larry? ¿O es que ya no entendéis nada? Hizo un gesto de indiferencia.

—No te ibas a ir solo, ¿no?

Le miré largamente y luego me parece que moví la cabeza varias veces de arriba abajo.

—Sí. Sí que me voy a ir solo, sí. —Volví la cabeza hacia Paola y dije—: Lo siento. —Giré sobre mí mismo y empecé a andar hacia el borde del embarcadero.

—Quiero ir con usted —dijo Paola con voz tranquila. Me detuve. Suspiré y me volví hacia ella nuevamente.

—No.

—El Atlántico es largo, Chris —dijo Staines.

—No.

—Pero ¿es que no entiende usted nada? —exclamó Paola, con un grito repentino que me sobresaltó.

En su voz había el mismo tono de desesperación casi infantil que el que había utilizado la última vez que nos habíamos visto en la playa del *bungalow*.

La miré, enarcando las cejas; reconozco ahora que poner aquella expresión de fría indiferencia me costó bastante trabajo.

—Me parece que entiendo demasiado, Paola...

—No, Chris, no... No entiende usted nada —repitió con el mismo tono un poco histérico.

Vi que apretaba los puños, haciendo un esfuerzo para calmarse; respiró profundamente. Con voz más tranquila, dijo:

—Usted descarta las cosas con facilidad, ¿verdad? El gran hombre de acero... —añadió con sarcasmo—. Mire, olvídense por un momento de sí mismo. ¿De acuerdo?

No dije nada.

—En Costa Rica le dije que usted alteraba mi mundo... Ahora... viéndole hacer lo que quiere hacer... no sé cómo explicárselo... —Se pasó las manos por los muslos, como si quisiera secárselas—. Usted... usted me ha forzado a cambiar mi forma de decidir, de interpretar las cosas...

Levanté las cejas con sorpresa.

—¡Aj! —dijo con rabia—. ¿Por qué tuvo usted que venir a Costa Rica?

—Tenía que terminar un trabajo —contesté calmamente.

Por una vez Staines no dijo nada; creo que le habría matado.

—Tenía que terminar un trabajo —repitió Paola—. Sí... Pero, el suyo. No el de la CIA... —Me apuntó con un dedo acusador—. Usted no vino a cumplir una misión de la CIA. Vino a vengarse de Pedro...

—¿Y?

—Pues que me costó trabajo entenderlo... pero, cuando le comprendí —hizo un gesto de irritación—, ¿no lo entiende?... Me pareció que, qué se yo... —Juntó las manos con fuerza y se le blanquearon los nudillos—. Todos mis esquemas se fueron al diablo... Usted era un hombre solo, haciendo lo único que le importaba... Vengarse, vivir, amar, morir...

Calló de repente y me miró sin pestañear, como si ya nada le importara.

No abrí la boca.

Entonces añadió muy despacio, como si quisiera deletrearlo:

—¿No lo entiende?

—Sí que lo entiendo, sí. ¿Y qué? —Bravo, Rodríguez. Me sentía miserable y mezquino.

—Pues, que *tengo* que comprender... lo que usted es, lo que quiere... Usted...

—Busque la explicación en otro sitio, Paola —dije secamente—. Aquí, conmigo, no la va a encontrar... Hágame caso: busque su camino por otro lado. Yo no se lo puedo enseñar. —Levanté una mano para que no me interrumpiera—. Es más: no se lo quiero enseñar.

—¡No es por usted, Christopher! ¡Es por mí! Usted me lo debe a mí. ¡Sí! No

ponga esa cara de sorpresa. Es usted quien me ha enseñado que hay otro camino... Yo no se lo pedí...

—¡Un momento, un momento! —exclamé con irritación—. Lo que usted haga con sus sofismas es cosa suya. Pero no me eche encima obligaciones con las que no tengo nada que ver. Yo, estimada señorita, no tuve intención de enseñarle absolutamente nada.

—... Y tiene que convencerme de que es el que yo quiero seguir —continuó, como si no me hubiera oído.

—No diga bobadas, Paola. —Suspiré como cada vez que voy a decir una tontería que no concierne a nadie—. Yo no tengo más que una deuda: Marta.

Paola me miró con sorpresa y de pronto empezó a sonreír.

—No sea usted presuntuoso —dijo con sarcasmo—. Ese, estimado señor —me lo había merecido— es su problema. No seré yo quien se interfiera en él... Ese es su problema —repitió—. Cada cual con su egoísmo.

—Vaya —concluí socarronamente.

—Se lo voy a tener que decir como suena, para ver si entiende usted el lenguaje sencillo: le estoy pidiendo ayuda, Christopher. Nada más. Sólo ayuda... No voy a hacer nada que estorbe su dolor o su rabia o lo que sea... No. —Bajó los ojos. Carraspeó y, de golpe, la expresión de su cara se dulcificó—. Por favor...

Suspiré.

—Paola. —Bajé el tono de voz—. Paola. Usted sabe que, de esta profesión nuestra, no se sale más que con los pies por delante.

Abrió mucho los ojos.

—¿Sabe usted lo que es este viaje mío?

—Sí —contestó en un murmullo—. Una huida...

—Una huida, Paola. Sacudió la cabeza y, tímidamente, dio un paso hacia mí. Con un hilo de voz, dijo:

—Tal vez, Christopher, tal vez... Pero para usted, sobre todo, es algo más. Es lo que más le importa: es su canto de libertad...

Bajé la cabeza. Paola alargó una mano y me la puso en el brazo:

—¿Christopher? Levanté la mirada.

—Deje usted que también sea el mío.

Estuve en silencio durante un largo rato. Por fin, dije:

—Me encontrarán, Paola. Lo sabe, ¿verdad? Me encontrarán pronto, ¿hummm? Y esta gente no perdona.

Se encogió de hombros.

—Da igual. Lo que dure.

Suspiré otra vez. —Vamos— dije.

Staines chasqueó la lengua sobre su palillo.



FERNANDO SCHWARTZ (Ginebra 1937). Hijo de diplomático, estudió Derecho en la Universidad de Madrid, y a continuación en la Escuela Diplomática hasta integrarse en el cuerpo diplomático. Ocupó diversos puestos en embajadas y misiones diplomáticas y fue embajador en Kuwait (el embajador más joven que ha tenido España), y en Holanda. Fue portavoz del gobierno para asuntos exteriores y abandonó la carrera para trabajar en una empresa cazatalentos, y posteriormente en el Grupo Prisa, en el que fue consejero editorial de *El País* y profesor de Opinión de la Escuela de Periodismo El País en la Universidad Complutense de Madrid. Durante nueve años fue presentador del programa Lo Más + de Canal +. Publicó por primera vez en 1971 y entre otros ha obtenido el Premio Planeta en 1996.